This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

B 854,589

8
6

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN · LIBRARIES ·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR · SIGILLUM · MICHIGANENSIS
ARTES · SCIENTIA · VERITAS
1817

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN · LIBRARIES ·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR · SIGILLUM · MICHIGANENSIS
ARTES · SCIENTIA · VERITAS
1817

ROMANCERO ESPAÑOL

COLECCION

DE ROMANCES HISTÓRICOS Y TRADICIONALES

ESCRITOS POR LOS SEÑORES

BOCCHERINI, CABIEDES, CASTILLO Y SORIANO,
CLARK, LARRAZA, MUÑOZ Y RUIZ, NAVARRO Y GONZALVO,
OSSORIO Y BERNARD, VERA, Y OTROS

MADRID
1873
IMPRENTA DE J. NOGUERA, Á CARGO DE M. MARTINEZ, BORDADORES, 7

Depósito central: Libreria de Cuesta, Carretas, 9

860.B
R756

Es propiedad.

Rev. H. McLaughlin
(entete)
1-28-64

Á NUESTROS LECTORES

Tres años ó poco más hace que nos agrupamos varios amigos con el propósito de consagrar algunas veladas á recreos artísticos y literarios.

Teniamos el corazon dolorido por las desgracias de la patria. Teniamos abrumada la inteligencia bajo la presion candente de los comentarios políticos, que rara vez se interrumpen en el ahumado recinto de los cafés. Teniamos sed de paz, sed de alegría, sed de sentimientos puros, tranquilos y elevados.

Las artes y las letras vertieron en nuestras almas el bálsamo de sus consuelos; nos acariciaron con sus dulcísimos encantos, y nos adormecieron al arrullo de sus fantásticas inspiraciones.

Y sin embargo, ¿es verdadera dicha la que disfrutamos solos? ¿Es tan infecunda, es tan pobre, es tan egoista el alma humana, que puede vivir un instante solamente para sí? ¿Es tan impotente el cierzo revolucionario que no encuentre un resquicio por donde penetrar en la estancia mas cuidadosamente cerrada? No.

Tan pronto como se dibujó en nuestra alma una concepcion poética quiso escaparse del recinto donde pretendiamos aprisionarla, quiso revestir el atavío nacional, ornarse con las glorias patrias, y llegar hasta *el pueblo*, hasta ese pobre pueblo, cuyo amor es para todos una necesidad, y cuyo servicio es un problema insoluble, un verdadero logogrifo, si se apaga la antorcha de la fé, si se vela el cielo de la esperanza y se rompen los lazos de la caridad.

Escribamos para el pueblo, dijimos; recordemosle su historia y sus tradiciones para que se goce en ellas como se goza el anciano en los dulces recuerdos de su juventud. Despertemos en él todo el entusiasmo de sus mas santas empresas para que

sienta robustez en su corazon. Luchemos contra esas torpes apologías del crímen, y contra esas mal rimadas aberraciones de la fantasía, con que tan frecuentemente se le emponzoña.

He aquí la historia de nuestro trabajo, de nuestros sacrificios, de nuestras aspiraciones; he aquí, en fin, la historia de nuestro *Romancero Español.*

Si hemos cumplido bien nuestro propósito, no hemos de juzgarlo nosotros. Hemos hecho un libro. ¿Quién estará destinado á fijar definitivamente su crítica?

No esperamos aplausos, que no pueden producir las manos ocupadas por el fusil, y ennegrecidas por la pólvora.

No ambicionamos gloria. ¿Puede alcanzarla el ciego que canta en la plaza pública, mientras que en torno suyo la piqueta allana los palacios y devora las fábricas el incendio?

No esperamos lucro, porque cuando afanosamente se busca pan, nadie se para á comprar versos.

¿Qué esperamos? ¿Qué hacemos? ¿Qué ambicionamos?

Para nosotros nada. Para nuestros lectores hemos hecho un libro modesto, que no encierra la pretension de conmover los cimientos de las sociedades, ni de regenerar un pueblo; pero un libro que puede permitir á su espíritu un instante de reposo entre los recuerdos de ayer y los sinsabores de hoy, que no matará su fé, ni ahogará sus esperanzas, un libro, en fin, que podrán hojear en sus hogares, sin lastimar el pudor de sus esposas y sin menoscabar la inocencia de sus hijos.

llanto de amor y de ausencia.
Ya alza el blasonado escudo,
ya perezoso comienza
su marcha, y dice volviendo
entre el dolor que le aqueja:
—«Dadme otro abraze, señora.»
—«El alma, don Juan, te diera.»
—«A vengarla en tus labios
»plegue á los cielos que vuelva.
«Adios María, adios hijo,
»adios de mi vida prendas,
»como esposo y padre os llora
»quien como valiente os deja.
«Ved de mis huestes que suben
»del Tajo por las riberas,
»mas brillantes las corazas
»que el oro de sus arenas.
»Así en la justa demanda
»á rescatar la honra nuestra,
»por si es poco la justicia,
»van la justicia y la fuerza.
»Que es la libertad, señora,
»aura de tan pura esencia,
»que quien una vez la aspira,
»no puede vivir sin ella.»
—«Sí, sí, parte, esposo mio;
»noble tú, santa la empresa,
»del mártir pueblo que gime,
»sois la esperanza y la estrella.
»Mi llanto, ¿qué importa un llanto
»que sus bendiciones secan?
»¡y tú vendrás á enjugarlo
»con laureles, con ternezas!»
—«¡Caballeros, al combate,
»al combate! presto hieran
»el aire de estas comarcas,
»los bronces de mis trompetas.
»Si en el azár del combate,
»Dios su proteccion nos niega,
»morir honrado, señora,
»sobre mis armas me resta.
»Tal vez, mi pobre cadáver
»envuelto en rotas banderas,
»sobre sus hombros mis fieles
»conduzcan á tu presencia.
»¡Dios y María! del muerto
»serán las frases postreras;
»¡Dios y tú! Luego que en llanto
»bañes mi amante cabeza,
»Muéstrame al pueblo esforzada,
»muéstrame, que el pueblo sepa
»que dió Padilla su vida
»en pago de su promesa.»
—«¿Qué hados horribles presagias?
»Don Juan mio, vé y no temas.
»¡Ay de ellos, si tú sucumbes!
»¡Ay, como tu espada vuelva!
»Yo la sostendré en las manos
»del niño que tierno dejas,
»yo le enseñaré á vibrarla
»hasta vengarte con ella.
»La libertad que te inflama
»no ha de morir, mientras tenga
»una mujer que la invoque,
»y un pueblo que la defienda.»
.....
Ya al compás de los clarines
temblando al choque la tierra,
escuadrones belicosos
en pompa marcial se alejan.
Míralos partir la gente
que apiñada victorea,
con votos los acompañan
los que con armas no puedan.
Aquí mil brazos se agitan,
allí mil lienzos ondean,
y en revueltos torbellinos
un mar viviente semejan.....
.....Y entre los negros pilares,
rodando van por la iglesia
dos ecos de dos murmullos
que uno llora y otro reza.
Y en las tristes soledades
finjen palabras y quejas,
como suspiros que silvan
entre las tumbas de piedra.
—«¡Hijo! repiten las bóvedas,
»pide tú, que al cielo llegan
»las miradas de los ángeles,
»la oracion de la inocencia.
»Dios tambien tuvo una madre;
»dile que te oiga por ella,
»dile que sirva este llanto
»de escudo al que está en la guerra.
»¡Ay!..... no digas que me has visto
»de rodillas, porque vuelva
»vivo y amante á mis brazos
»aunque no luche ni venza.»

II.

LA VIUDA.

Gime la imperial Toledo
rudamente conmovida;
gentes de guerra la asedian,
gentes de guerra la auxilian.
El prior de San Juan, lucha
desesperando rendirla,
que pide su heróica gente
muerte, pero no mancilla.
El obispo de Zamora
señor de hueste aguerrida,
con la Cruz y con la espada
á los toledanos guia.
Y hay entre el fuego unos ojos
de una valiente heroina
que mueven los corazones
como el viento las espigas.
Triste, nebuloso el cielo,
agostada la campiña,
donde los ojos se tienden
tropiezan con sangre y ruinas.
Tras de un cansado guerrero,
de honor cubierto y de heridas,
la muchedumbre impaciente
en ronco vaiven se apiña.
Pidiéndole con los ojos
de su esperanza noticias,
ansioso por escucharlas,
temblando, empero, el oirlas.
El sube á un guardado alcázar,
la noble faz contraida,
y en una estancia penetra
y ante una mujer se inclina.
Pálida está como el hielo;
pero á su presencia digna,
descubriendo honradas canas
y doblando una rodilla:
—«Dadme licencia, señora,
»comienza el triste guerrero,
»para besar vuesas plantas,
»si tanta dicha merezco.»
—«Alzad; con afable rostro
»respóndele, alzad del suelo,
»y presto decid qué nuevas,
»que tristes me las dá el pecho.»
—«Comprendidos nuestros males,
»y vueso valor dispuesto,
»permitid que por injustos
»los acusen mis acentos.
»A veces, para probarlos,
»Dios desampara á los buenos;
»pero su causa, que es justa,
»mantiene sobre los tiempos.
»Negro el corazon de hato,
»negro de ira el pensamiento,
»vengo desde Villalar,
»y yo no sé como vengo,
»Que en el penoso camino
»matáranme los recuerdos,
»á no dar fuerzas al alma
»con la esperanza de veros.
»¡Villalar! ¡funesta tumba
»de la libertad del reino!
»el lodo hasta las rodillas,
»el agua en el rostro hiriendo.
»Peleamos contra el de Haro,
»contra torrentes y vientos,
»contra injusticias de propios,
»contra rapiñas de agenos.
»Sangrienta lucha, señora,
»fué aquella lucha, el infierno
»es imposible que abarque
»mas horrores en su seno.
»¡Oh, la esposa de Padilla!
»ya no hay patria, ya no hay fueros,
»la ambicion levantó un trono
»sobre cadáveres nuestros.
»Pelear contra los hombres
»sabe vuestro esposo hacerlo;
»pero si el cielo acomete,
»¿quien es fuerte contra el cielo?
»Yo ví aquel brazo robusto
»despues de roto su ejército,
»empuñar la enorme lanza
»como un huracan de hierro.
»Víle romper denodado
»de escuadrones por en medio,
»á cada lanzada un grito,
»pero á cada grito un muerto.
»Ví al vizconde de Valduerna
»botar de la silla al suelo;
»mas ví tambien aquel héroe.....
»¡jamás alcanzára verlo!
»De sangre y lanzas cercado,
»falto de escudo y de aliento,
»y..... cuando acaban las fuerzas

»no pide mas el denuedo.
»Esta espada y este escrito
»os manda en su lance estremo,
»y permitid que mis ojos
»acaben..... ¡que yo no puedo!»
Y el pergamino y la espada
recibió heróica y altiva,
sin que la temblara el pulso,
sin nublársele la vista.
Dos lágrimas y dos labios
en silenciosa agonía,
cayeron como hojas muertas
sobre las santas reliquias.
—«Gracias,» dice, y asomando
á donde el pueblo se agita,
arrójale el pergamino,
y aréngale de esta guisa.
—«¡Mi heróico pueblo, mi amparo,
»ahí va la sentencia inícua!
»¡ahí vá! ¡leedla!..... ¡ya ha muerto!
»¡tambien ha muerto Castilla!»
—»¡Sus, por la viuda del héroe!
»¡guerra!» por do quiera gritan,
y el eco vuelve á los valles
estruendo de armas batidas.
—«Pues bien, guerra, mis valientes,
»¡guerra! esclama convulsiva,
»he aquí su espada, esta espada
»que roja en sangre me envia.
»Yo la esgrimiré en su nombre,
»yo iré en su nombre á la liza,
»y brillará como un tiempo
»la primera en vuestras filas.
»Yo vestiré rudas armas,
»yo guiaré al que desanima,
»¡y el grito de mis legiones
»será el de la muerte misma!
»Espire el mártir, espire
»con alma noble y tranquila,
»¡qué aun resta un pueblo, una viuda
»y un hijo, todos Padillas!»

J. C.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA
Rollo, 6, *bajo*.

La calle de la Cabeza.

ROMANCE TRADICIONAL.

I.

Confuso tropel de gentes
de una habitacion modesta,
como viviente hormiguero,
la humilde entrada rodea.
A un mismo tiempo hablan todos,
todos un crímen comentan,
y vuelan los pensamientos
en conjeturas diversas.
Quién dice, que á media noche
pasos sintió en la escalera,
y al mismo tiempo el sonido
de un cuerpo que forcejea;
Que oyó enormes cuchilladas,
abrir y cerrar las puertas,
y hasta una legion de brujas
aullando como las fieras.
Quién asegura, que solo
de un sacerdote las penas,
dieron orígen al caso
tan triste que se lamenta.
Y quién, juzgando herejía
tamaña opinion, condena
á un criado de confianza
que se largó con su hacienda.
Y como nunca de chuscos
la muchedumbre escasea,
que siempre arrastran los vientos

semillas malas y buenas,
Entre los que así discurren
no falta quien, por su cuenta,
saque unos catorce muertos,
sin incluir á una muerta.
Porque para él las mujeres
que á los cincuenta se acercan,
no son personas mayores;
que son solamente viejas.
Pero, dejando que piense
cada cual á su manera,
subamos al aposento
con el alcalde, que llega.
Y, pues, ansioso te miro
de adivinar la ocurrencia,
y eres, lector, mas curioso
que dama de una comedia,
Mientras entiende el juzgado
en tan confusa materia,
y búscase al delincuente,
y el delincuente se aleja,
Y habla Madrid unos dias
de la aventura funesta,
y del proceso resulta
la oscuridad mas completa,
Oye el relato, que, luego
por el misterio que encierra,
dió nombre á la que hoy se llama
la *Calle de la Cabeza.*

II.

Delante de un crucifijo,
de la religion enseña,
con ambos ojos en él,
y ambas rodillas en tierra,
Rezando está un sacerdote
sus oraciones postreras
para entregarse al descanso
de cuotidianas tareas.
Y aunque su trage es sencillo,
y sencilla su vivienda,
guarda un caudal de virtudes,
y otro caudal de monedas.
Y diz que un sirviente suyo,
segun las crónicas cuentan,
entre ambiciones bastardas,
alimentaba una idea.
Mas nunca el labio imprudente
dejó escapar ni una queja,
que demostrara los sueños
de su mezquina existencia.
Así el sacerdote humilde,
con espresiones sinceras,
le guarda siempre un elogio
por su conducta y sus prendas.
Y, como flor que su aroma
al blando céfiro presta,
prestó sus hondos secretos
á la fingida inocencia.
Distintas veces el oro
miró el sirviente de cerca,
y tanto el brillo cególe,
que le obligó á andar á ciegas.
Por eso tras la cortina,
que aquel aposento cierra,
del sacerdote piadoso
los movimientos observa.
¡Ya le ve alzarse!.... Hácia el lecho
dirige su planta trémula,
la blanda paz del espíritu
llevando en su rostro impresa.
Y en tanto que sus miradas
con las del sueño se encuentran,
el corazon del malvado
llamando está á su conciencia.
¡Mas qué importa! Si aun es tiempo
de retroceder, es mengua
que el que una empresa concibe,
jamás termine su empresa.
Ya el sueño tendió sus alas;
ya todo en silencio queda;
un paso mas.... Nadie mira...
nadie sus planes acecha.
El porvenir será suyo,
y pronto en estraña tierra
podrá gozar del tesoro
que su delirio alimenta.
Así creciendo su audacia
con encontradas ideas,
alza la cortina: en torno
del lecho sus ojos ruedan....
¡Duerme!... la acerada punta
entre sus dedos aprieta,
y á cada paso que avanza,
vuelve hácia atrás la cabeza.

Llega por fin; breve instante
al sacerdote contempla;
mas de repente abrumado
por la ambicion que le aqueja,
Con un movimiento brusco
sacude atrás la melena,
se arroja sobre su víctima,
la voz en sus labios sella,
Y, como flor deshojada
por la furiosa tormenta,
del cuerpo cae desprendida
la venerable cabeza.
Llega al arca; presuroso
recoje el dinero; cierra;
y al alejarse, en su huida,
vuelve la vista y contempla,
Que á cada paso que avanza
le van siguiendo sus huellas
los ojos del crucifijo,
y el grito de su conciencia.

III.

Corrieron algunos años
y en brazos de la pereza,
despues de muchas hablillas,
quedó la triste ocurrencia.
Tal comprendió el asesino,
cuando á la córte de vuelta,
dejando el estraño suelo
de Portugal, se presenta.
Y de señor disfrazado,
sin aparente cautela,
el héroe de nuestra historia
gozaba de la opulencia.
Mas como la mona es mona
aunque se vista de seda,
y suele saltar la liebre
en donde menos se piensa,
En pleno Rastro una tarde
compró la humilde cabeza
de un carnerillo, olvidando
su nuevo trage y esfera.
Prestóle abrigo su capa
para ocultarla con ella,
y sin escrúpulo alguno
se encaminó á su vivienda.
Nadie al mirarle el semblante
á un asesino advirtiera,
que á veces mienten los ojos
con mas valor que la lengua.
Y tanto de aquellos sitios
la animacion le recrea,
que no repara en la sangre,
que va vertiendo en la tierra.
Solo un alguacil lo mira,
le corta el paso, y se acerca,
y entre los dos de esta suerte
un diálogo se atraviesa.
—¿Qué bulto es ese?
—¿Qué bulto?
—El que ocultais.
—Por mi abuela
que la pregunta es donosa,
y bien merece respuesta.
Y descubriendo el embozo
con magestad madrileña,
estiende el brazo; mas luego,
su mano á la frente lleva....
—¡Castigo del cielo! esclama,
y con satánica fuerza
arroja al suelo de un hombre
la ensangrentada cabeza.
¡Soy un asesino! grita.
¡Justicia de Dios es esta!
¡Mis propias manos me venden!
¡Clemencia, Señor, clemencia!
Y en medio á la muchedumbre,
que furibunda le asedia,
la eterna mansion del crímen
de nuevo se le presenta.
Y en vano quiere ocultarse
de dos testigos que hielan:
los ojos de un crucifijo,
y el grito de su conciencia.

IV.

En derredor de un tablado,
dónde una víctima espera,
con resignacion sagrada,
de la justicia la fuerza.

Un pueblo agolpado bulle,
como una hirviente marea,
y el desenlace sangriento
aguarda con impaciencia.
De pronto cesa el bullicio;
se ve al verdugo... se acerca;
con un sacerdote anciano
la humilde víctima reza,
Y luego un nuevo murmullo,
que vuelve á escucharse, muestra
que ya la justicia humana
quedó cumplida en la tierra.
Si un crímen formó un culpable
lavó un cadalso su afrenta,
y el santo arrepentimiento
le abrió del cielo las puertas.
El rey mandó que labraran
en el lugar de la escena
una cabeza, que fuese
de la tradicion emblema.
Y la que al mundo mostrara
del criminal la honda huella;
volvió á su antigua figura
cumplida al fin la sentencia.
Dejando el triste suceso,
por el misterio que encierra,
el nombre á la que hoy se llama
la *Calle de la Cabeza.*

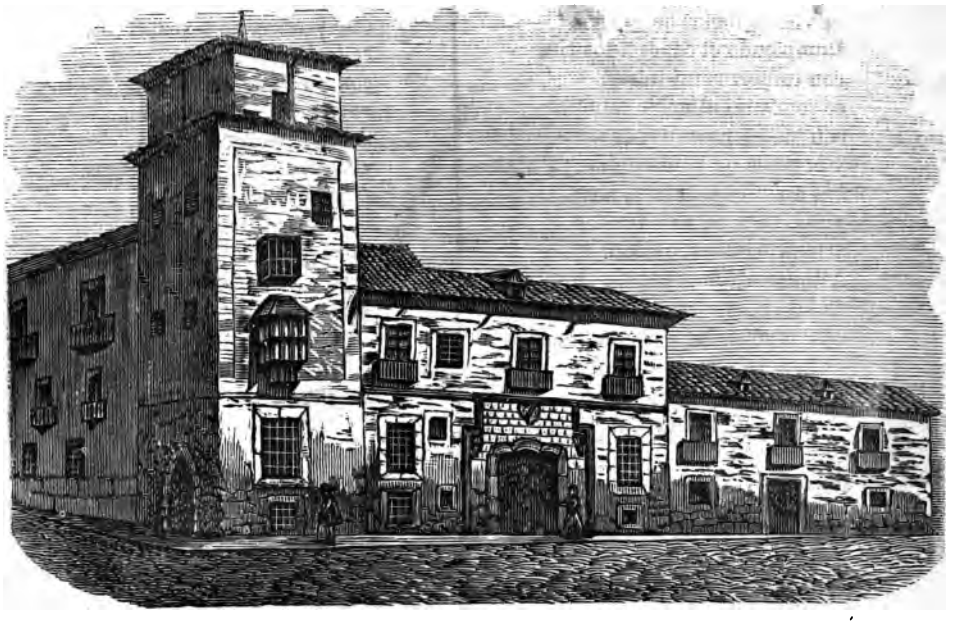
A. B. y C.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA
Rollo, 6, *bajo*.

NÚMERO 3.º



La torre de los Lujanes.

ROMANCE HISTÓRICO.

1525.

I.

Bajo el claro sol de Italia
donde en cadena constante
la gloria tiene su asiento
y los genios su linaje;
allí, donde el orbe admira
de un Tasso y un Miguel Angel
obras, que al genio le arredran,
obligándole á inclinarse;
donde del pincel de Urbino
brotaron tales imágenes,
que de lo divino el sello
denotan por todas partes;
donde al mirar de su pátria
los recrudecidos males,
del encono con la tinta
escribió su *Infierno* un Dante;
donde vió la luz del mundo
quien el mundo hizo mas grande,
y dió, en sus sueños de niño,
nuevo límite á los mares;
allí, mansion de placeres
y dulzuras inefables;
allí, vergel en que cantan
con mas dulzura las aves,
y son mas claros los rios
y mas ténues los celajes,
la guerra sangrienta un dia
tremoló sus estandartes.

En sus florestas amenas
surgió el incendio implacable,
y los surcos del arado
se vieron llenos de sangre.
Rompiendo el cauce á los rios
con esfuerzos militares,
se combatió al noble esfuerzo
con los horrores del hambre,
y el genio de la discordia
sus alas cernió en los aires,
y el Gravalon y el Tessino
arrastraron mil cadáveres.
Allí salieron las fieras
de las rocas y jarales,
buscando en los cuerpos muertos
su banquete repugnante.
Allí con heróicos brios
chocaron, de ódio pujantes,
españoles y franceses,
italianos y alemanes;
y vió la Francia su estrella
por largo tiempo eclipsarse,
y vió aumentar sus dominios
inmensos Cárlos de Gante.

II.

Junto al Tessino, que baña
las murallas seculares
de la ciudad de Pavía,
que un cerco sufre indomable,
el ejército de Francia,
siempre dispuesto al combate,
proteje su campamento
con trincheras naturales.
Silencio reina en las tiendas:
solo se escucha alejándose
el *¡alerta!* que repiten
las avanzadas distantes.
Pero al derramar la aurora
su ténue luz por los valles,
el campamento se anima
y á vida nueva renace.
. . . . . .
De pronto se escuchan gritos
y de dolor tristes ayes,
ruido de armas y ginetes,
voces de duelo y coraje.
Cual la tempestad violenta,
que todo al paso lo barre,
así los tercios de España
se abren entre el plomo calle,
y al lanzarse al enemigo,
que precaverse no sabe,
se traba horrible la lucha
con un ímpetu salvaje.
Saltan del acero chispas,
las fuertes lanzas se blanden,
y, tras de breves momentos,
es general el combate.
Su casco embotan los potros
en charcos de fango y sangre,
y aspiran ansiosamente
la atmósfera sofocante.
La victoria está indecisa,
porque al valor de ambas partes
se junta igual ardimiento
y circunstancias iguales.
La imperial caballería
ora vence, ora se abate,
y son despues vencedores
los que eran vencidos antes.
Bandadas de aves siniestras
rasgan osadas los aires,
y baten sus alas negras
buscando en donde posarse.
El humo que los mosquetes
vomitando muerte esparcen,
estrecha del horizonte
los límites naturales.
Y el sol, velado en su marcha,
su disco oculta en celajes,
no queriendo ser testigo
de aquella lucha implacable,
en que el valor nada sirve,
en que el arrojo no vale,
porque da la muerte á un héroe
el mosquete de un cobarde.
El rey Francisco primero,
que ve el éxito nublarse,
y teme que la derrota
corone al fin sus afanes,
lánzase á caballo al punto,
le destroza los hijares,
y penetra en lo mas recio
circundado de sus grandes.
Pero su valor heróico
trócase pronto en coraje,
al ver que su paso obstruyen
los heridos y cadáveres.

Reina á su lado la muerte,
y apenas pasa un instante
sin que caigan moribundos
sus mas fuertes capitanes.
Bonivet que le aconseja
quiere del riego escudarle;
pero una bala en su pecho
camino á la muerte abre.
Todo en torno suyo es presa
de la parca inexorable:
hasta su mismo caballo,
compañero en cien combates,
herido tambien de muerte
lanza un rugido salvaje;
encabrítase un momento,
retrocede vacilante,
y cae al suelo en seguida
para nunca levantarse.
Solo el monarca valiente
vive para los pesares,
pues al empuñar, ya en tierra,
el acero centellante,
ansioso de hallar la muerte,
como pide su linaje,
el soldado Juan de Urbieta,
hijo de los vascos valles,
le hace osado prisionero
y para la gloria nace.
El ejército de Francia
muestra su postrer arranque;
pero humillado y vencido
emprende fuga cobarde,
y en el Tessino hallan muerte
los que en él quieren salvarse.
¡Victoria! claman doquiera
nuestros tercios indomables.
¡Victoria! repite el eco
por las montañas distantes,
y aquellas alegres voces
forman estraño contraste
con los ayes que despiden
los que moribundos yacen.
Y el rey Francisco primero,
arrojado en el combate,
sereno en su vencimiento
y en su cautiverio grande,
levanta altivo la frente,
que anublaron los pesares,
para, si todo se pierde,
que la honra al menos se salve.

III.

Preso se halla el rey de Francia
y á Madrid van á llevarle:
un capitan madrileño
guarda al régio personaje,
y en la casa solariega,
que tiene en los arrabales
Hernando Alarcon, le ofrece
local en donde hospedarse.
Allí quiere Cárlos quinto
que sus órdenes se aguarden
y que espere el prisionero
los acuerdos imperiales.
El soberano de Francia,
fuerte y poderoso antes,
cruzó la puerta mezquina
con anublado semblante.
Hernando Alarcon le guia,
y ya en la torre al dejarle,
tales palabras le dice,
nacidas de su alma grande.

—«Señor, si el destino adverso
mi huésped agora os hace,
azares son de la guerra
y de la fortuna azares.
Mas, ni el ánimo atrevido
por ellos duda ó se abate,
ni mostrar tal desaliento
á un rey cristiano le es dable.
El glorioso Cárlos quinto,
que el cielo cien años guarde,
pronto os dejará que libre
torneis á vuestros hogares
ó albergue os dará mas digno
de vuestro valor y clase.
Y cuando aquesto suceda,
para memoria constante,
de que esta modesta torre
presenció vuestros pesares,
yo haré que nunca se habite,
y que por siempre se tapie,
así que os deje salida,
la puerta por donde entrásteis.»
Si fué buen augur Hernando
en la Historia verlo es fácil;
de si cumplió su promesa
la duda, injusticia es grande,

pues la puerta primitiva
que existió en los arrabales,
conserva, tapiada siempre,
la *Casa de los Lujanes.*

IV.

De los hechos referidos
aun es recuerdo constante
un edificio ruinoso
y de aspecto triste y grave,
que entre otras cien construcciones
destacándose arrogante
abre al pasado las puertas
y recuerda otras edades.
Otras edades que España
en registrar se complace
buscando pasadas glorias
en vez de presentes males.
Ni los siglos á su paso
ni las rudas tempestades
lograron tirar por tierra
sus muros cuadrangulares.
De un siglo de triunfos lleno
caduco representante
aquel célebre edificio
del tiempo sufrió el embate,
sin vacilar un momento
sobre sus robustas bases.
Mil veces cuando las sombras
van sucediendo á la tarde,
absorto en mis pensamientos
ví su torre destacarse,
y sentí que el genio altivo
de las glorias nacionales
depositaba en mi alma
estas inspiradas frases:

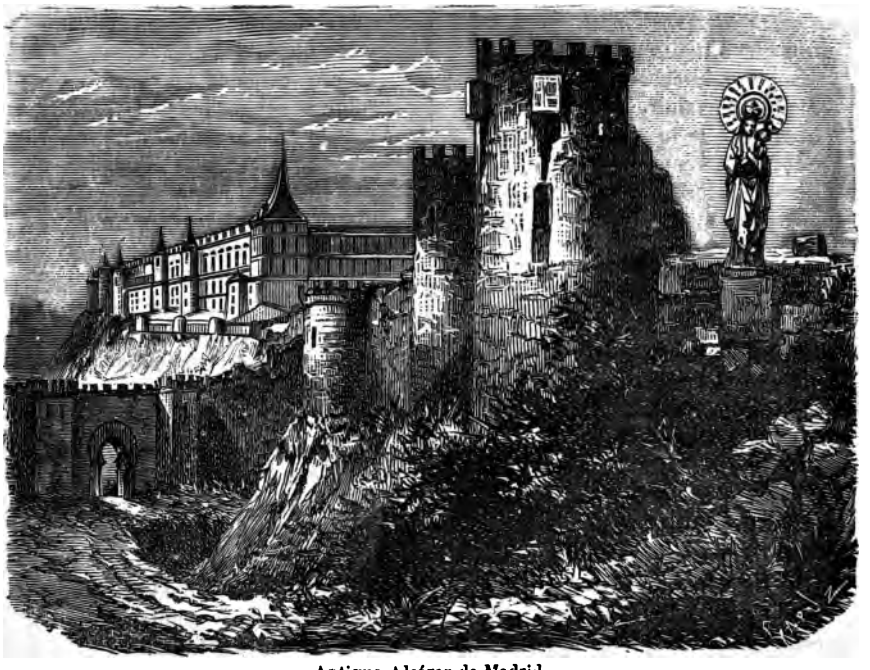
«En esa torre mezquina
se albergó un rey indomable,
que España derrotar supo
tras un reñido combate.
Ejemplo de añejas glorias,
trasunto de hazañas grandes,
recuerdo durante siglos
de otro siglo de jigantes,
en mengua del mismo tiempo
consérvase inalterable
y al pueblo español le dice
en sus piedras seculares:
«Si alguna vez el destino
tus limpias glorias abate;
si á luchar vuelves ansioso
por tu suelo y por tus lares;
si el atrevido estranjero
quiere acaso subyugarte,
nunca te arredre el recelo,
nunca el ánimo cobarde
quite á tu brazo robusto
su denuedo formidable;
lucha, vence en la contienda
que la suerte te depare,
y sepa asombrado el mundo
que si un rey quiere domarte
aun le dará alojamiento
la *Torre de los Lujanes.*»

O. y B.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA
Rollo, 6, *bajo*.



Antiguo Alcázar de Madrid.

El voto de Alfonso sesto.

(HISTORIA DE LA VÍRGEN DE LA ALMUDENA.)

1085.

I.

En la Mantua Carpetana
están las calles desiertas,
mudas las casas, y el cielo
cubierto de nubes negras.
Silencioso está el castillo,
solitarias sus almenas,
y á no verse el compasado
paseo de un centinela,
juzgárase que en sus muros
no guarda gente de guerra.
¿Dónde están los Mantuanos?
Juntos vienen de la Iglesia.
Bien lo dicen su mesura,
y sus vestidos de fiesta,
y el llevar al descubierto
las abatidas cabezas.
Bien lo dice una cruz tosca
que siguen con reverencia
varios clérigos cantando,
y unas andas en que llevan
á la Vírgen de la villa,
á su madre y á su reina.
Vienen detrás las mujeres
con encendidas candelas
é impacientes y parleros
sus hijos vienen con ellas.
Hacen los varios colores
del traje, confusa mezcla,

y los diversos murmullos
un solo rumor sustentan,
voces que á intérvalos cantan,
voces que á intérvalos rezan.
—Madre; dice un rapazuelo
á la mujer que lo lleva.
¿A dónde van con la Vírgen?
Y le responde:—A esconderla,
que son los moros capaces
de sacrilegios que aterran,
y acuita á los Mantuanos
tener á los moros cerca.
No muy lejos una anciana,
que se reprime con pena,
murmura con voz temblona:
—Mal pecado y mala mengua
nos trujo el rey Don Rodrigo,
que si el cielo nos aprieta
del mucho holgar en el Tajo
fué la culpa manifiesta.
—¿Para qué teneis espadas
si no sabeis usar de ellas?
dícele un viejo á un guerrero,
y este, que presto se quema,
responde:—En verdad que ansío
que á Mantua los moros vengan
por ver si tienen tan dura
la piel como vos la lengua.
La procesion sigue en tanto
hacia el lado de la vega,
y al llegar á la muralla
se detiene, dobla en tierra
la rodilla, y en silencio
al llanto que corra deja.
Llevan la Vírgen á un cubo,
delante ponen dos velas
encendidas, y lo tapian
con mas cuidado que priesa.
Poco despues, ¡pobre Mantua!
pisa la hueste agarena
sus calles y en su castillo
la infiel media luna ondea.

II.

Junto á la imperial Toledo,
y en la campiña que riega
el Tajo, que en su corriente
oro y cristal juntos lleva,
asiéntase un campamento
en armas rico y en tiendas,
que son variadas, y muchas,
y con distintas enseñas.
La cruz estiende sus brazos
sobre aquel bosque de telas,
y de la cruz al amparo,
ornada de insignias regias
una tienda se levanta
magestüosa y severa.
Con gran recato la guardan
los apuestos centinelas,
que allí Don Alfonso el sesto
descansa de sus faenas,
si es que descansar los reyes
pueden en tiempo de guerra.
Desvelado está el caudillo
en grado tal, que la tienda
mide con inquietos pasos
y al fin se sale á la puerta,
mas aire buscando el pecho
y con la vista mas tierra.
Es de noche: de Toledo
los minaretes descuellan
como remates del cerro
perdido entre sombras negras,
y aunque á intérvalos la luna
pálidos rayos refleja,
solo á la vista permite
ver que Toledo está en vela,
por los acerados visos
con que su luz centellea.
A sus pies murmura el rio,
parece que en son de queja,
y estraños sonidos forma,
que en ocasiones semeja
que va arrastrando armaduras
y las choca con las piedras.
A veces rumor confuso
finge de ruda pelea,
y á veces suspiros, ayes,
ecos que lloran muy cerca.
Estremécese el caudillo
y en los imposibles piensa
que de loco le acredita
en su proyectada empresa,
que él sabe luchar con hombres,
y dominar á las fieras;
pero no espugnar los muros
que guarda naturaleza
con escarpadas alturas,

con abismos por do rueda
caudal tan crecido de agua
de tan potente fiereza.
Sus ojos levanta al cielo
pidiendo al cielo clemencia,
y acuérdase de María,
y la tradicion recuerda
de aquella escondida efigie
que busca con insistencia
Madrid, pues que existe sabe
é ignora donde se encuentra.
Cuando cercaba sus muros
imaginó Alfonso vella.
Ganó á Madrid, y buscóla
con cuidosa diligencia;
pero fuese sin el logro
del hallazgo por la priesa
de poner cerco á Toledo
con cuya conquista sueña.
Parécele que la Vírgen
está con él descontenta,
porque dejó de buscalla
por irse tras otra empresa
y dá de ser mal vasallo,
y mal caballero muestra
quien por buscar su provecho
no sirve bien á su reina.
Con lágrimas en los ojos
dobla la rodilla en tierra
y de buscar á la Vírgen
hace solemne promesa
tan pronto como Toledo
vencida y tomada sea.
Entonces rasga la luna
las nubes en que está envuelta
y la ciudad ilumina
con luz misteriosa y bella.
Suspende el Tajo su furia,
Alfonso tranquilo queda,
en dulce sueño gozando
de perspectivas risueñas,
y al cabo de dos semanas
se alzan del campo las tiendas,
porque rendida Toledo
abre al sitiador sus puertas.

III.

¿Qué es lo que en Madrid ocurre?
¿qué furor estraño ciega
á magnates, y villanos,
á guerreros, y doncellas?
Los góticos edificios
registran con tales veras,
que al cabo de pocos dias
vienen á quedar por tierra.
No se apagan las antorchas
en subterráneos y cuevas,
que ensanchan y profundizan
escavaciones inmensas,
y en la villa y en el campo
se busca con vista inquieta,
palmo á palmo se registra
se mueve piedra por piedra.
Diz que Don Alfonso el sesto
tales pesquisas ordena
en cumplimiento de un voto,
y el pueblo con gusto presta
por encontrar á su Vírgen,
consejos, caudal y fuerza.
Al cabo de algunos dias
ofúscanse las cabezas,
las esperanzas se pierden,
se rinden las fuertes diestras,
y en desordenados grupos,
sin concertar las ideas,
cavan, demuelen, destruyen
todo lo que al paso encuentran.
El rey, que es poco sufrido,
estrago mayor proyecta.
Dice que la Villa es suya,
que la ganó en buena guerra
y ha de arrancar los cimientos,
trocar en valle la vega,
y entrarse luego en el rio
á registrar sus arenas.
Sábelo el pueblo y le envia
quien le hable de esta manera;
—«Señor, las vidas son tuyas
lo mismo que las haciendas:
si quieres ver demolidas
las casas, danos licencia,
que ya nos come el deseo
de poner la mano en ellas.»
Mucho place al rey su pueblo
y á darle va la respuesta,
cuando el sesudo prelado
de la toledana iglesia
con voz mesurada y firme
dice las palabras estas:

—«Mal imaginas, Alfonso,
que se hallan del cielo prendas
con ímpetus que suponen
mas bien que piedad soberbia.
Antes que aumentes el daño
á Madrid, ve tu conciencia,
que quien vierte mucha sangre
con mucho descuido peca,
y pecados de los reyes
de pueblos son penitencia.
Si hacer cenizas resuelves
para hallar la Vírgen, sea:
hunde tu frente en el polvo,
pon ceniza en tu cabeza.»
Picado el rey del consejo
siente correr en sus venas
fuego que al rostro le sube,
y las megillas le quema;
mas trascurrido un instante
se inclina con reverencia
y del anciano prelado
humilde la mano besa.

IV.

En la Mantua carpetana
están las calles desiertas;
silencioso está el castillo;
solitarias sus almenas.
¿Dónde están los Mantuanos?
Juntos vienen de la iglesia,
que bien lo dicen de lejos
voces que cantan y rezan.
En procesion muy lucida
camino van de la vega
y el rey Don Alfonso el sesto
va con humildad estrema:
luego siguen las mujeres
con encendidas candelas
é impacientes y parleros
vienen sus hijos con ellas.
Entre la piadosa turba
destácase una doncella
de hermosura peregrina,
que, entre llorosa y risueña,
va diciendo: —«Vírgen Santa
hora es ya de que parezcas.
Lavó de un rey el pecado
un mar de lágrimas nuestras.
Si la ciudad perros moros
profanaron con su huella,
mira que ya con su sangre
hemos lavado la tierra,
y para que no la pises
la cubre gloriosa tela,
pues hoy nuestro amor te pone
por alfombra sus banderas.»
La procesion llega al muro
y, cual si sus ruegos fueran
irresistibles arietes,
desplómanse algunas piedras,
húndese parte de un cubo
do brilla una luz intensa
y en él preséntase al pueblo
la Vírgen de la Almudena,
con las velas encendidas
que se escondieron con ella,
sin ser tres siglos bastantes
para mermarles la cera.
Madrid, Madrid, tu patrona
de tantas glorias emblema,
la Vírgen que fué en el muro
testigo de tus grandezas,
la que guardando la villa
tornó su color morena,
la que buscó el bravo Alfonso,
la que apareció en la Vega,
en la Mantua carpetana
no tiene un templo siquiera.

J. R.

(*Es propiedad.*)

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

El Cardenal Cisneros.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1516.

I.

En un sencillo aposento
de la morada que habita
en Madrid, el Cardenal
Gobernador de Castilla,
discutiendo varios nobles,
mas que con calor con ira,
aguardan á su Eminencia
que está celebrando misa.
Enriquez y Pimenteles,
Haros, Girones, Medinas,
ven allí representantes
de sus progenies altivas;
y á fé que las duras mallas
y las corazas bruñidas
que en vez de brocado ó pieles
sus anchos hombros cobijan,
manifiestan á las claras
que su temprana visita
ni es respetuoso homenaje,
ni rasgo de cortesía.
Sus descompuestas palabras
ódio y cólera respiran
hácia el poder vigoroso
que sus blasones humilla,

y mas de una vez, llevados
por la pasion instintiva
que el reconcentrado fuego
de sus miradas indica,
con ademan arrogante
de indomable altanería
se vió buscar el acero
á su diestra convulsiva.
—«¿Hasta cuándo, un Benavente
esclama, serán sumisas
nuestras cervices al yugo
que nos cubre de ignominia?
Ya lo veis, para ese fraile,
que valiéndose de intrigas
tiene hoy en su mano el cetro
y en ambos mundos domina,
somos cual viles lacayos
ó plebe desconocida,
á quien se hace en la antesala
esperar una sonrisa.»
—«¡Voto á tal! contesta un Haro,
cuyas tostadas mejillas
cubren del orgullo herido
las arrebatadas tintas;
¡voto á tal! que si esas frases
que aun me hieren sin oirlas,
procediesen de otra boca
mas baja ó menos amiga,
pronto les diera mi espada
contestacion merecida,
cortando la torpe lengua
que se atrevió á proferirlas.»
—«Guardad de ese ardor los brios
para otra causa mas digna,
que á quien dobla cual vasallo
ante un fraile la rodilla,
ni cuadran tales arranques
que la humildad abomina,
ni le están bien otras armas
que el hisopo y la capilla.»
—«Paz, señores; interrumpe
Enriquez, cuya política
en aras de la prudencia
las pasiones sacrifica.
¿Es posible que arrastrados
por inútiles rencillas
deis al olvido el objeto
que causa nuestra venida?
Mal consejero es el ódio
y mal amigo la envidia
cuando en asuntos de Estado
la imaginacion vacila.
Tengamos calma un instante,
aguardemos la salida
del Arzobispo Cisneros
que acaso ya se aproxima,
y esponiendo nuestras quejas
con voz severa y tranquila,
escuchemos las razones
con que su conducta esplica.»
Pero tan digno consejo
las pasiones no mitiga,
y al oir que se respeta
la autoridad combatida,
unos la atacan por dura,
otros la tachan de indigna,
otros porque de las Córtes
la aprobacion necesita;
todos peroran á un tiempo,
y á tal estremo se agitan
que mas parece un tumulto
que una reunion pacífica.
—«¡Basta de contemplaciones
que han de causar nuestra ruina!
prorumpe con voz de trueno
un Giron, ardiendo en ira.
Acordémonos, señores,
que en ocasion parecida
nuestros ilustres abuelos
esgrimieron la cuchilla,
y si un Beltran de la Cueva
y un Luna, vieron perdida
su privanza ante el empuje
de los nobles de Castilla,
no ha de conseguir un fraile
empresa tan atrevida,
que la fuerza de su brazo
de nuestro silencio es hija.
Al campo, pues; de la Córte
dejad las sendas torcidas.
Al campo, y que viva el rey,
si jura nuestras franquicias.»
Un aprobador murmullo
espresa las simpatías
de los oyentes, que acojen
sin discutir la medida;
mas al dirigir sus pasos
á la puerta de salida
se abre esta y el Cardenal
se les ofrece á la vista.

II.

El conquistador de Orán;
el hombre que ante la historia
se ha presentado ceñido
por una triple aureola;
el que invirtiendo sus rentas
en inmarcesibles obras,
alzó con ellas un templo
á las letras españolas,
y de la naciente imprenta,
como muestra portentosa
dejó en la *Biblia políglota*
un monumento de gloria;
el que sostuvo en sus manos
el peso de dos coronas,
haciendo morder el polvo
á una nobleza orgullosa,
ningun distintivo ostenta
que revele en su persona
la suprema dignidad
que ejerce con tanta honra.
Tosco sayal franciscano
cubre sus enjutas formas,
como testigo elocuente
del orígen que le abona,
y con sandalias de cuerda
bajo del hábito asoman
aquellos piés que del trono
pisan las régias alfombras.
Unicamente en su pecho
luce la muceta roja
con que premiar sus virtudes
quiso la Sede apostólica,
como para hacer patente
que por la fé religiosa
vertería de su sangre
hasta la postrera gota.
Pero en cambio ¡qué grandeza
hay en su frente espaciosa!
¡qué penetracion se advierte
en su pupila recóndita!
Tras de la humilde apariencia
de que su esterior blasona,
de la energía y del génio
arder la llama se nota,
revelando sus miradas
esa fuerza misteriosa
de los hombres á quien Dios
sobre los hombres coloca.
Y tanto es así, que al verle
la reunion tumultuosa
retrocede subyugada
y su rencor aprisiona.

III.

—«Escusadme, caballeros,
si he tardado á pesar mio,»
dice el noble Cardenal
tomando asiento tranquilo;
«y ora esponed francamente
de vuestra queja el motivo,
que si él es justo y yo puedo,
no sereis desatendidos.»
Mas aunque así les invita,
aquellos nobles altivos,
ó por cólera, ó por miedo,
guardan estraño mutismo;
hasta que al fin Benavente,
interpretando atrevido
el pensamiento de todos,
responde en tono conciso:
—«La nobleza castellana
quiere, señor Arzobispo,
que en la direccion del reino
sea su voto atendido.
Es costumbre que han guardado
los reyes durante siglos,
y no es cosa ¡vive Dios!
que la rompan sus ministros.»
—«Aunque para obrar cual obro,
le contesta el gran político,
puedo presentar, señores,
un incontestable título,
estoy dispuesto á cederos
el gobierno que no ansío,
si citais en vuestro apoyo
un fundamento legítimo.
¿Qué monarca ha sancionado
ese privilegio inícuo?
¿qué ley concede á los nobles
tan inmenso poderío?»
—«¿Qué ley? La de la conquista;
el derecho que ha nacido
de la sangre derramada

en combates infinitos.
Nuestra espada creó el reino,
y si un Señor consentimos,
la autoridad nos compete
cuando el trono está vacío.»
—«La autoridad es de Dios,
y él se la dá á los unjidos
para velar sobre el pueblo,
como padres por sus hijos.
Por voluntad de Fernando,
hasta que su nieto invicto
venga á ceñir la corona,
debo ejercerla, aunque indigno;
y si apelando á la fuerza
intentáreis impedirlo,
á fin de guardarla incólume,
el cielo me dará auxilio.»
—«¿Adónde están los poderes
de que os creeis revestido?
Mostradlos: sepa Castilla
quién la manda y con qué títulos.»
—«Los vereis, dice Cisneros,
y abriendo un balcon vecino,
añade: «para vosotros
no pueden ser mas legítimos.»
Con asombro y estrañeza,
se agolpan á ser testigos
los nobles; pero bien pronto
retroceden confundidos,
que en un llano que se estiende
delante del edificio,
miran formado un ejército
de continente aguerrido.
—«Aquí teneis mis poderes,
dice el Cardenal ministro,
creo que harán respetable
de la diadema el prestigio,
que hasta la ley es inútil
sin apoyo positivo,
y ante argumentos de espada,
quien razona está perdido.»

Aquella osada energía
que aniquiló el feudalismo,
hizo posibles las glorias
del inmortal Cárlos Quinto;
y si en los presentes males
aun nos consuela su brillo,
lo debemos á Cisneros,
al fraile de San Francisco.

L. V. y D.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

La batalla de Otumba.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1520.

I.

EUROPA Y AMÉRICA.

Region vestida de palmas,
y coronada de estrellas,
que el viento del mar sacude
tu arrogante cabellera.
Con tu manto de esmeralda,
y tus brillantes riquezas,
ven, hermosa, al himeneo
de otro mundo que te espera.
Y el sol que en rubor enciende
sangre vírgen de tus venas,
del jígante desposorio
la nupcial antorcha sea.
Sobre la ruina del orbe
un tierno abrazo se dieran
dos hermanos, bajo el llanto
de la bendicion paterna.
Uno á Oriente, otro á Occidente,
el hogar amado dejan,
sus adioses resonando
hasta perderse en las nieblas.
Y desde aquel triste dia,
peregrinos por la tierra,
la humanidad dividida
su antiguo lazo recuerda:

tiempos y espacios hollando,
razas y mundo se encuentran;
otro abrazo se repite,
y otras lágrimas, se mezclan.

II.

Mas entre pechos amigos
la discordia se intercepta,
y emponzoña los alientos
con el humo de su tea.
¡Himnos de gloria á Pizarro,
Colon, Ponce, Balbóa, Ojeda,
noble estirpe de Titanes
que asaltaron otra esfera!
Y á Hernan Cortés, que la espalda
de un nuevo jigante aferra,
que de sus brazos robustos
quiere romper la cadena.
Vate, pulsa el laud de hierro,
haz vibrar sus roncas cuerdas;
la patria cubre su rostro
con un manto de vergüenza.
¡Todo se ha perdido menos!...
No encaja aquí la sentencia;
tus hijos ván cual rebaño
vendido á baja moneda.
Y tú, pobre y fiel despojo
de lo que un dia fué América,
ven á gemir solitaria
del mar en la altiva peña,
donde su cetro estendido
y puesto el sol por diadema,
España contó sus pueblos
como un pastor sus ovejas.
Al paso de la calzada
de Méjico la soberbia,
á la marcha de españoles
los indios ponen barreras,
y con número espantoso
caen en terrible sorpresa,
y al fin de tantas victorias
faltó la fortuna adversa.
El ejército combate
con las sombras que le cercan;
á enorme usura se vende
cada ápice de existencia.
Salvos al fin por su esfuerzo,
¡horrible noche fué aquella!
Cada cual llama al amigo
y un ¡ay! lejano contesta.
Medrosos rayos de luna
sobre el lago amarillean,
y su sudario de nubes
baja á partir con la tierra.
Las mejicanas canoas
por las aguas verdinegras,
cruzan la Estigia laguna
en su derrota dispersas,
y con gritos de agonía
las saludan sus riberas.
Hernan Cortés, reclinado
bajo un árbol, sobre piedras,
cubierto se vé de sangre
algo suya, y mucha agena.
Una india á sus pies le mira,
su noble cintura estrecha,
y en sus rodillas apoya
blandamente la cabeza.
Flotando el tul trasparente
de su hermosa cabellera,
descansa en círculos de ébano
sobre el rocío y la yerba.
Suspiros del blando seno
las ondas del manto velan,
arca henchida de tesoros
y por lo henchida entreabierta.
¡Oh, errante mujer, que sigues
los verdugos de tu secta,
y cual guirnalda de esposa
ciñes la esclava cadena!
Otros á tu nombre añadan
nombres de honra ó de anatema;
de la conquista de un mundo
España te debe media.
El amor fué tu destino,
tu lealtad tu blason sea,
¿el corazon tiene patria,
ni enemigos la belleza?

III.

—¡Aito! Hernan Cortés esclama
enfrenando su audáz yegua,
y el ejército detiene
su marcha á la voz enérgica.
Delante vé de enemigos
muchedumbre tan inmensa,
que aún detrás del horizonte
la gran retaguardia queda.
En su brazo levantado,
todo un imperio blandea

el rayo de la venganza,
cauterio de las ofensas.
Con un esfuerzo jigante
hollar la fortuna intenta,
y mostrar á la invencible
si algo hay, que el teson no venza.
—Ya no somos ni dioses ni inmortales;
todo el poder de Méjico nos cerca,
y en la sangre española por escarnio
nos arrojan mojadas las saetas.
¡Hé aquí, valientes, en el borde estamos
de un porvenir de gloria ó de vergüenza!
no hay mas abrigo ya que los mosquetes,
¡la honra el solo prestigio que nos resta!
La voz de Cortés apagan
furiosos gritos de guerra,
que en sus valientes soldados
hierven la ira y la impaciencia.
Bélico estruendo retumba,
voces, caballos, cornetas,
y el pavoroso chirrido
de las armas que se aprestan.
Sus seiscientos españoles
forman el centro, en hileras
de batalla, á cada flanco,
mil valientes tlascaltecas.
El escuadron de ginetes
y los cabos de mas cuenta,
detrás en masa compacta
tirando ván de las riendas.
Hernan Cortés á galope
cruza como una centella
por delante de las filas
que al pasar le victorean.
Con sus ojos les anima,
con su ademan les arenga,
aquí dejando una afable
sonrisa, allí una advertencia.
¡Qué rica armadura viste!
¡qué gallarda gentileza!
¡al soplo de la victoria
cuán bien su plumaje ondea!
¡Marchen! resonó imponente,
y á la vibracion contesta
como golpe de batanes,
de los pasos la cadencia.
Los brazos la lanza afirman,
los rayos al hombro tercian,
y del gran valle de Otumba
pisan la llanura estensa.
Precipítanse corriendo
los indios á sus trincheras,
con tan discorde alarido
amenazan y denuestan,
capaz de clavar de espanto
en mitad de su carrera,
á los bárbaros de Atila
galopando sobre hienas.
Los penachos de colores
son de comarcas diversas,
que al comun peligro vienen
con su gente y su nobleza.
Los miles mas escogidos
al gran general rodean,
sobre andas de oro llevado
con augusta preferencia.
Y de oro y ricos plumajes
alza su mano la enseña,
corazon de aquel imperio,
y desvastador profeta.
No albergó jamás la vida
en campo donde saliera,
su reflejo, es de la muerte
la sonrisa amarillenta.
¡Momentos de inquietud! ambos
ejércitos se contemplan;
¡fuego! entre gritos las mangas
de arcabuceros resuena;
el estruendo envuelto en humo,
la muerte en rayos envuelta.
La ira se arrojó al combate;
remoja sus fáuces secas
feroz libacion, con sangre
de las víctimas primeras.
Y abarcando con el giro
de su brazo, ambas potencias,
vierte la copa, como una
maldicion en sus cabezas.
Ya es imposible á los ojos
seguir las balas, las piedras,
ni de la horrible hecatombe
las desgarradoras quejas.
¡Cuán bien rajan las cuchillas
en las carnes indefensas!
¡y bajo las mazas, gimen
las resonantes rodelas!
Del morrion al restallido
cráneo y ojos saltan fuera;
los troncos despedazados,
las armaduras en piezas.

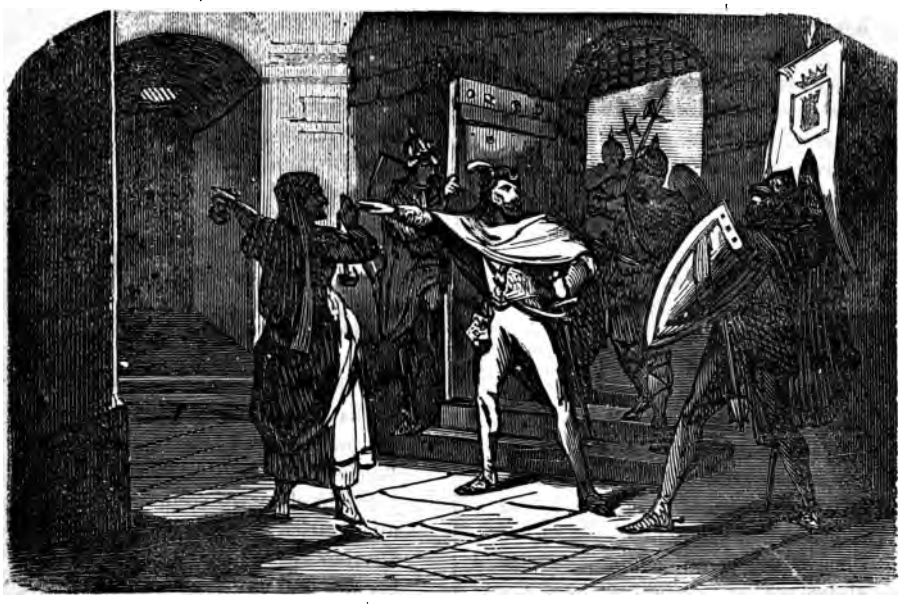
Ruidoso y fiero galope
de los caballos se acerca;
con sus brazos impetuosos
derriban tropas enteras.
Espanto dán los relinchos,
la monstruosa corpulencia,
la espuma que al rostro arrojan,
y su obediente fiereza.
Ancho campo ván abriendo,
que en cuanto pasan se cierra,
y montones de cadáveres
á su cansancio interceptan.
Una hora, otra hora agonizan,
cien mil mueren, cien mil quedan,
no se vén menguar los vivos
aunque hay mas muertos que yerbas.
—¿Señor, os volveis herido?
esclama la india, resuelta,
llegando á Cortés en medio
de la encarnizada brega.
—Preciso es morir, la dice.
—¿Morir, señor?—Ya no resta
mas noble esfuerzo.—Sí, ¡el último!
¡coged la imperial bandera!
—¡Marina!—Y Méjico es vuestro.
—Oh, adios, si vuelvo...—Con ella
señor, mis ruegos os guardan.
Cortés sus gefes congrega,
y detrás de él á galope
cuantos le escucharon vuelan.
Lanza en ristre y adelante,
fuerte brazo, vista ciega,
como un huracan de hierro
al pié de las andas llegan.
Y con el ímpetu mismo
Cortés su lanzon estrella,
y las andas colosales
al choque se bambolean.
Cuando un alevoso golpe
hiende su erguida cimera,
y por un instante puso
la victoria en contingencia.
Mientras los suyos en torno
los brazos le tienden, mientras
los vencidos reorganizan
incansable resistencia,
noble Juan de Salamanca,
tú, á la vacilante empresa
la áncora firme arrojaste
en el poder de tu diestra.
El caballo empantanado,
salta del caballo á tierra,
calle abriéndose entre lanzas,
como un tigre entre malezas.
Hiende, derriba, y la espada
por el estandarte trueca;
él quedó en su fuerte mano,
y en el pecho enemigo, ella.
—«Tened, señor;» de rodillas
á Cortés se lo presenta;
los dos valientes se abrazan;
un génio, y un soldado eran,
—«¡Dioses son!» los indios gritan.
Y como al viento las nieblas
la aterrada muchedumbre
busca güarida en las peñas.
Cortés así le responde,
mientras las parcas hambrientas
sobre el campo se detienen
rendidas y satisfechas.
—«Tomad, Juan de Salamanca,
bien lidiásteis, joya es vuestra;
quien tan noble formó el cielo,
digno es de humana nobleza.
Para vos y vuestros hijos
por timbre os lego la enseña,
en nombre del Dios que os guarda,
y del Rey que por mí os premia.»

J. C.

(*Es propiedad.*)

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.



A la luz de un candil.

(TRADICION DE LA ÉPOCA DE DON ENRIQUE II.)

Dice Madrid que en Castilla
solo manda el rey Don Pedro;
mientras Don Enrique avanza
con sus bastardos ejércitos.
Quiere el trono de su hermano,
y aunque le falta derecho,
oro tiene y muchas gentes
que comprar al estranjero.
Encima de la justicia
y el valor han de ponerlo,
que vienen muchos Bertranes
en los que le van siguiendo.
Llegan al fin: pero gritan
los de la villa, mas récio,
que no ha de entrar en su alcázar
un monarca aventurero.
En los atrevidos muros
se agrupan los Madrileños:
si muy bien saben tomarlos
mejor sabrán defenderlos.
Mucho avanzan los de fuera;
y aunque pocos los que hay dentro,
oponen valla terrible
con su valor y sus pechos.
Mas son vanos con la infamia
sus arrogantes esfuerzos;
no se han de ahogar sus lealtades
entre la sangre y el fuego.
No: la mano que amenaza
es cobarde y caerá presto

sin ser vista, por la espalda,
y entre las sombras y el sueño.
El sitiador se promete
sin combatirlos vencerlos,
no por fuerza, por astucia
que es la máscara del miedo.
Si el noble á la luz del dia
muere ó vence en campo abierto,
el traidor hiere en la noche
con precaucion y silencio.
Un cetro quiere el bastardo
aunque tenga que cogerlo
roja la mano con sangre
de su hermano el rey Don Pedro.

I.

Fuera de Madrid, y cerca
del sitiador campamento,
hay una pobre casucha
ruin por fuera y ruin por dentro.
Que es vivienda y no sepulcro
de un femenil esqueleto
bien lo dice de una rueca
el desigual movimiento.
Sentada en banqueta tosca,
bajo el rostro, por el peso
de una idea miserable
que se agita en su cerebro.
Tranquila está: que los años
le han puesto el rostro sereno
y han apagado en sus ojos
la luz de los pensamientos.
Pero el tiempo que á la tierra
ha ido encorvando su cuerpo
no pudo hacer que su alma
empiece á mirar al cielo.
Oro ansía y hasta el alma
hubiera vendido há tiempo,
si los bienes del diablo
pudiera alguno tenerlos.
Y los que morir la vean
bien pueden decir que ha muerto
si al resonar de un bolsillo
no hace ningun movimiento.
Infame su vida fué,
infames fueron sus hechos,
y aun le queda que hacer algo
para ganarse el infierno.
«¡Viva Hernan Sanchez de Vargas!»
suenan voces á lo lejos:
«¡viva Madrid! ¡viva el rey
y fuera los Enriqueños!»
Estruendo de armas y gritos,
mezclado en confusos ecos,
conduce hasta la hilandera
en sus ráfagas el viento.
Pero inmóvil, silenciosa,
lino y mas lino tejiendo,
oye el rumor y no muestra
ni curiosidad ni miedo.

En la puerta sonó un golpe,
alzóse la vieja presto,
abrió y entró un embozado
con cauteloso silencio.
Atrás echando la capa,
descubrió aquel rostro enfermo
del bastardo Don Enrique
hermano del rey Don Pedro.
Torcida, inquieta la vista,
y pálido el rostro seco,
una sonrisa siniestra
dibujan sus lábios trémulos.
En el puñal asesino
tiene clavados los dedos
sujetando la esperanza
de sus villanos intentos.
Su figura es el retrato
de su espíritu pequeño
vilmente ahogado en la carcel
de sus livianos deseos.
Y traidor y receloso
cualquiera diria al verlo,
sabrá robar cien coronas
mas no conquistar un reino.

—«Habla, le dice á la vieja,
»iré dije, solo vengo
»á saber cosas que sabes
»y á dejarte mi dinero.»
—«Señor; á Madrid quereis,
»y Madrid ha de ser vuestro,»
dice la anciana temblando,
por los años y el respeto.
«Aquí se encuentra la entrada
»del subterráneo secreto;
»conozco bien de la cava
»los peligrosos cruzeros.
»De antiguos trabajos moros,
»útil y feliz recuerdo,

»para bien de vuestra causa
»mis padres la descubrieron.
»Llega hasta el mismo arrabal
»de San Ginés: allí, luego
»se llega hasta el mismo alcázar
»por otros cóncavos huecos.
»Y mientras por todas partes
»se agrupan los madrileños
»á disputaros la entrada
»con sus vidas y su esfuerzo,
»yo os daré paso hasta el trono
»que hay en el alcázar régio,
»y el sol, antes de ocultarse,
»alumbrará á Madrid, vuestro.
»Por si temeis que os engaño,
»por si recelais que os vendo,
»iré delante de todos
»dando la vida que tengo.»
—«Anciana, dice el bastardo,
»muchas doblas vale el cuento;
»si es un lazo lo que intentas,
»no te ha de dar gran provecho.
»Pronto vuelvo con los mios,
»á una señal todos prestos,
»y hasta ver que tú no mientes
»aquí tengo alojamiento.
»Oscura estará la mina;
»pero el vívido reflejo
»de cien antorchas mi paso
»alumbrará.»
—«¡Santos cielos!
»No hagais tal, señor, es fácil
»que descubran nuestro intento
»los resplandores.»
—«Bien dices;
»mas ¿cómo nos atrevemos
»entre las revueltas calles
»de ese laberinto estrecho?»
—«Yo alumbraré solamente
»con mi candil.»
—«Te prometo,
»si él nos basta, de mercedes
»hacerte nombrado ejemplo.
»Y he de darte de mi cara,
»porque tengas un recuerdo,
»aun mas retratos que veces
»tu rueca girando ha vuelto.»

Arrojó al suelo el bastardo
un bolson de oro repleto
y salió, llena su mente
de traidores pensamientos.
Sola quedóse la vieja
recontando su dinero
y las armas y los gritos
sonaron en ronco estrépito.

¡Luchad! ¡luchad como héroes!
¡El triunfo no ha de ser vuestro,
debajo de vuestras plantas
van impunes á venceros!
A la luz viva del sol
los esperais como buenos;
la opaca luz de un candil
los vá iluminando á ellos.
¡Un candil! esa es la estrella
de los viles enriqueños;
célebres por sus mercedes
que no por merecimientos.

II.

Todos esperan ansiosos
el momento del combate,
y nadie traicion recela
porque todos son leales.
El sitiador adelanta
decidiéndose al ataque
y las ballestas se tienden
buscando vidas y sangre.
Ecos de agudos clarines
pueblan confusos los aires
y en los muros se disputa
estar de todos delante.
Solas dejaron las plazas
y solos los arrabales,
y las mujeres rezando
ante sagradas imágenes.
Todas ruegan en silencio;
pues no quieren sepa nadie
que se olvidan de la pátria
por otro riesgo mas grande.
No alzan la voz temerosa
y dicen las mismas frases;
todas están en secreto
pidiendo gracias iguales.
¿Por quién rogar la doncella
si está en peligro su amante?
¿Si tiene luchando un hijo,
de qué se acuerda una madre?
Pedid por vuestros amores

porque vuelvan del combate;
las mujeres no han nacido
para llamarse Guzmanes.
Los viejos llorando envian
bendiciones paternales;
y si ellos luchar no pueden,
ya lucha su misma sangre.
Inmenso mar: en los muros
van las olas á estrellarse;
mas lejos reina la calma
y el ruido del oleaje.

De pronto, allá en el alcázar,
esclama una voz vibrante:
«¡Victoria por Don Enrique
y Madrid por sus parciales!»
A este grito, que repiten
otros cien, por todas partes
se agrupan los madrileños
en confusion espantable.
Con voz amarga de cólera
«¡traicion! gritan; ¡morir antes!»
Cruza en los ojos de todos
relámpago de coraje,
y en un círculo de hierro
los madrileños se baten,
á sus juramentos fieles
y al rey Don Pedro leales.
Por la espalda los hirieron,
impunes, siempre ocultándose;
á quien le pagan un crímen
escondiéndose lo hace.
Y el que vende brazo y honra
por el oro miserable,
vale tan poco, que él mismo
conoce que nada vale.

Ya es Madrid de Don Enrique,
ya se ha atrevido á asomarse
en el balcon del alcázar,
y saluda á sus parciales.
Ellos la plaza llenando,
se esfuerzan por aclamarle,
como es tan pródigo, puede
buen entusiasmo pagarse.
Tras el rey está la vieja;
aun la victoria alumbrándole
con el candil en la mano
y avaricioso el semblante.
Cumplióla el rey la promesa;
y ornó desde aquella tarde
candil de plata la puerta
de la casa miserable.

Fué con el tiempo aquel sitio
poco á poco trasformándose,
y la historia del candil
vino á dar nombre á una calle.
Pequeña es, cual la memoria
del suceso lamentable,
tan pequeña que á la luz
de un candil puede alumbrarse.

Una infame, un fratricida,
traiciones y hombres cobardes....
para alumbrar tales cosas
la luz de un candil es grande.

J. C. y S.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

NÚMERO 8.°

El Nuevo Mundo.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1485 Y 1492.

I.

Cercano al puerto de Palos
álzase en una eminencia
un majestuoso edificio
de arquitectura severa.
Convento es de franciscanos
de la Rábida, y su regla
dirige el virtuoso y noble
fray Juan Perez de Marchena.
Confesor fué en otro tiempo
de la Católica reina,
y ora comparte la vida
entre su Dios y la ciencia.
Con paso incierto y cansado,
por la tortüosa senda
que al Monasterio conduce,
vénse avanzar á la incierta
luz del crepúsculo, un hombre
y un niño á quien dá la diestra.

El hombre, segun su aspecto,
aun ocho lustros no cuenta,
pero en su grave semblante
y en su frente altiva, impresas
tiene de dolor profundo
las indestructibles huellas.
En sus ojos penetrantes
Dios con su soplo alimenta
la luz que en algunos séres
privilegiados destella.
Tierno retoño es el niño
de aquel titan de la idea:
sin madre ya, dolor solo
vió en ocho años que cuenta.
El traje de entrambos, es
padron vivo de pobreza;
mas ¡cuántas veces la gloria
en sus harapos se hospeda!...
Vibra plañidera al viento
la campana; sus cabezas
descubren los caminantes:
póstranse humildes en tierra,
y el hombre esclama, surcando
por su faz noble y severa
una lágrima:—«¡Otro dia
perdido! ¡llanto y miseria
en vez del mundo, la gloria
y las riquezas inmensas
que allá én el mar de Occidente
mi vista clara penetra!»—
¿Será loco? Tal le juzgan
su patria la altiva Génova,
Portugal, y aun quizá España,
á las que un mundo ofreciera.
¡Un mundo!... ¿Y promete tanto
quien pide de puerta en puerta?
Por fin ya la caridad
sus alas abre benévolas,
y los tristes viajeros
en el Convento se hospedan.
Pronto el elevado porte
y distinguidas maneras
del genovés, simpatías
en el corazon encuentran
del Prior, quien deseoso
de penetrar sus ideas,
sostiene con él contínuas
y elevadas conferencias.
Al cabo, la erudicion
del genovés, la certeza
de sus palabras, sus cálculos,
la conviccion que demuestra
en su acento, y sus miradas
de que hay una tierra nueva,
quizá vírgen, á Occidente
entre las brumas envuelta
del Atlante, y de que el mundo
es semejante á una esfera,
acaban por infundir
en el Prior tal certeza,
que su apoyo le promete
para realizar su idea.
Así, pues, una mañana
que al sol el alba las puertas
entreabre del firmamento,
tiene lugar esta tierna
despedida, entre Juan Perez
y el hijo ilustre de Génova.
—«Partid, Colon; dice aquel:
dirigíos con presteza
á la córte, y si esta epístola
mi sucesor Talavera
llega á leer, es seguro
que os presentará á la Reina.
Ella es de corazon noble,
viva, entusiasta y resuelta:
si su auxilio no lograis
no lo espereis en la tierra.»
—«Gracias, Cristóbal Colon
con voz balbuciente apenas,
murmura. ¡Cómo pagaros!...»
—«Me dais harta recompensa,
interrumpe el otro, haciendo
que inmortalizado sea
mi nombre, uniéndose al vuestro
en tan colosal empresa.»

Parte Colon á la córte
de esperanza el alma llena,
que por fin la religion
comprendió al génio y la ciencia.

II.

Han pasado algunos años
desde que partió anhelante
de la Rábida Colon
para realizar sus planes.
En este tiempo, ¡qué intrigas,
desengaños y ruindades

el genovés ha sufrido
con alma esforzada y grande!...
Sometido su proyecto
de los sábios al exámen,
se desecha en Salamanca
por absurdo y deleznable.
Su fé, no obstante, le anima;
con tal revés no se abate,
y en las huestes castellanas
pelea contra el alarbe.
Mas todo en vano; resuelve
por fin á Francia marcharse,
y ¡oh dolor! España pierde
un mundo por ignorante.
Arde en tal punto Castilla
en zambras, fiestas y bailes,
que en la Alhambra de Granada
al cabo ondulan triunfantes
de Aragon y de Castilla
los gloriosos estandartes.
Y en tanto Colon se aleja
para siempre: en su semblante
vá el dolor que hizo en su pecho
la esperanza al quebrantarse,
y muerto queda en su mente
aquel ensueño gigante.
Pero no, que ante la córte
torna por órdenes reales
y la reina conmovida
dirígele aquestas frases.
—«A mi ruego el rey dispuso
que ante la córte tornases,
pues no es justo pierda España
ocasion de ser mas grande.
Pide cuanto necesites
y un mundo á mis plantas tráeme.»
—«Observad, dícela el Rey,
que tras los gastos y afanes
de la guerra, está el tesoro
en situacion lamentable.»
—«¿Y qué importa? Le replica
la reina, inspirada alzándose,
rojos de emocion los párpados,
rojo de dicha el semblante;
si lo exhausto del tesoro
no permite gastos tales,
tomad, ahí teneis mis joyas;
y feliz yo si al fin valen
no para fútil adorno,
no para vano realce,
para conquistar un mundo
y la gloria inestimable.»

Postrado, Colon, de hinojos
cae á tan sublimes frases,
y en espresivo silencio
quédanse los circunstantes.
Este mutismo el aplauso
es mas elocuente y grande
de los hechos que en la historia
son gloria de las edades.

III.

Míranse en breve de Palos
en la risueña ensenada,
meciendo sus blancas velas
al viento de la mañana
tres naves, con aparejos
de viaje, y empavesadas.
Santa María se nombra
la de mayor importancia,
y las otras mas pequeñas
la *Pinta* y *Niña* se llaman.
La muchedumbre en silencio
se agrupa sobre la playa;
y los que van á embarcarsa
antes de partir desmayan,
oyéndose solo en torno
ayes, suspiros y lágrimas.
Un hombre no mas, Colon,
en cuyos ojos irradia
mas que nunca la fé pura
de su conciencia inspirada,
la serenidad conserva
y el gozo brilla en su cara.
Por fin, de partir retumba
la señal, y al mar se lanzan
las carabelas ligeras
por feliz viento impulsadas,
viéndose hundir poco á poco
sus velas en lontananza.
La tripulacion, tranquila
permanece hasta Canarias,
pero así que de sus ojos
huyen sus picos, estalla
la tempestad en los pechos
y el ánimo se acobarda,
que siempre al hombre, terror
lo desconocido causa.
Un mes hace que navegan

divisando cielo y agua
tan solo, que los paises
de que el genovés les habla
deben existir sin duda
en su mente estraviada.
Para colmo de terrores
á la nave capitana
falta el timon, y ya todos
claro nuncio de desgracias
en tan fácil contratiempo
observan, y frases lanzan
contra Colon, que preludian
de la tempestad humana
mas que otra alguna terrible
las huracanadas ráfagas.
Hay quien quiere darle muerte
y arrojar su cuerpo al agua,
y quien propone amarrarle
y torcer el rumbo á España.
Ya su autoridad ninguno
respeta, y por fin estallan
contra el genovés á bordo
gritos de muerte y venganza.
En tan supremo momento
entre la chusma se lanza
Colon, y con frente altiva
dirígela estas palabras.
—«Insensatos, sosegáos:
si es que una víctima os falta,
aquí me teneis: mas antes
cual reo pido una gracia.
Esperad solo tres dias,
y si á la tercer mañana
no veis tierra, mi cabeza
á impulsos del hierro caiga;
y ahora os la diera gustoso
si ella un mundo no encerrara.»

En aquel plazo ¡qué angustias
sufre su alma esforzada!
Por fin, al segundo dia
vénse en las inquietas aguas
hojas y flores de arbustos,
y en el palo mayor canta
un pintado pajarillo,
á cuyo aspecto, entre lágrimas:
—«¡Benéfico mensajero,
Colon, inspirado esclama;
voz de la inmortalidad
es la tuya plateada:
al par que salvas mi vida
á un mundo entero le salvas!»
Al tercer dia, entre aromas
vírgenes que el aire mana,
y entre bullidoras ondas
que humildes su costa bañan,
á la voz de ¡*tierra*! una Isla
llena de verdura, se alza
de los cansados marinos
á las inciertas miradas.
«¡Gloria á Colon!» todos gritan;
y este, ya en tierra la planta,
bésala, y grita tambien:
—«¡Gloria, sí, mas gloria á España!»

La ingratitud y la envidia
hicieron despues amarga
su gloria á Colon, que al cabo
tornó entre hierros á España.
No importa: ¡su nombre vive
entre inmarcesibles palmas!
¡Que tanto el hombre consigue,
tanto el génio y la constancia,
si puro el pecho conserva
la fé que de Dios emana!

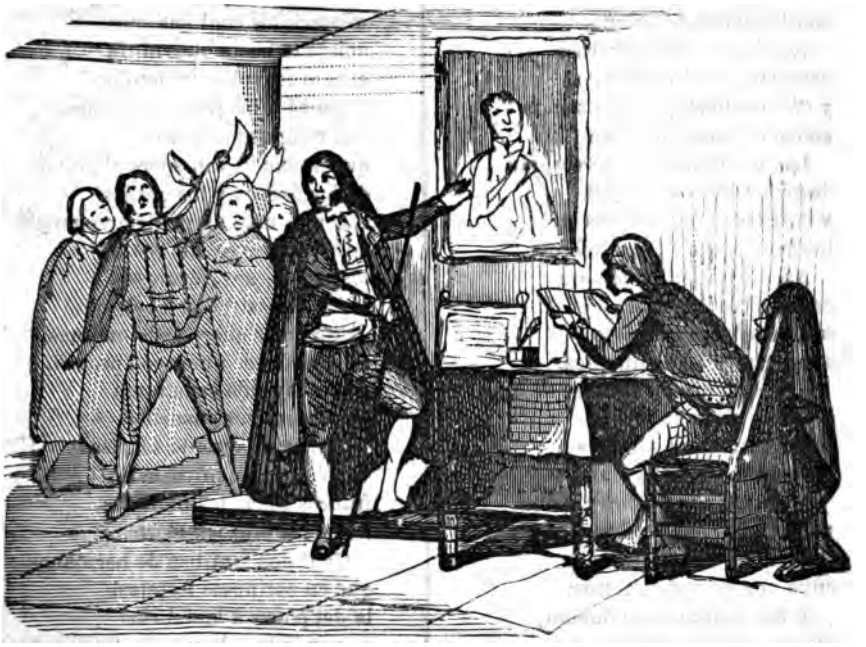
F. S.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

NÚMERO 9.º



El Alcalde de Móstoles.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1808.

I.

Si es consecuente cadena
la obra paternal cumpliendo,
hijo es el hoy del mañana
en la herencia de los tiempos,
El porvenir, pátria hermosa,
hácia el caos del silencio
con su mano inevitable
te marca un fatal sendero.
¡Ay de tí el dia nacido
para el lauro y el desprecio,
en que los hombres levanten
de los hombres el proceso!
Cuando enterradas acciones
comparezcan al tremendo
fallo con que hable la historia
ante un mundo venidero,
La sentencia indestructible
frase á frase irá cayendo,
grabada sobre sus frentes,
á los nobles y á los réprobos.
Yo sé que serán tus dias
marcados con puntos negros,
pátria, como hijos bastardos
de otros que tu orgullo fueron.
Solo brillará en tu noche,
como un relámpago eterno,
un instante que viviste
en muchos siglos de sueño.
Despojada tu cabeza

del casco de los guerreros,
cubiertas tus sienes pálidas
con las hojas de beleño,
En el altar de los héroes
yace consumido el fuego,
y en la estensa Europa tiende
su cabellera el incendio.
Las montañas que te abrigan
despiden torvos reflejos,
y corrientes de gemidos
buscan reposo en sus huecos.
Asomó el águila encima
de los altos Pirineos,
con su salvaje graznido
convocando á sus hijuelos.
¡Oh, qué muchedumbre de alas
oscurece el firmamento
como tempestad sombría
condensándose á lo lejos!
Francia arrojó sobre España
un brazo de aquel tremendo
Cain de la especie humana,
cuya voz siguen ejércitos;
Y las montañas se doblan,
abrumadas bajo el peso
de los carros que conducen
los despojos de los pueblos.
Y las madres palidecen
porque han visto en los aceros
ardientes manchas de lágrimas
que corroen cual venenos.
Blanca bandera los guia,
y batallones sin cuento
en son de paz, segun dicen,
llenan de armas todo el reino.
A Portugal van de paso,
bien reposados por cierto,
que no es tan largo el camino
para tomar tanto aliento.
Mas ¡qué! vencedor cansado
Aníbal, en otro tiempo,
de Cápua la placentera
bendijo el dulce sosiego.
De sus cárceles de bronce
libertando rudos miembros,
pidió el manto de escarlata
y la copa de Sorrento.
Quizá, ¡oh pátria! ese horizonte
mecido en el blando espejo
de un mar azul é infinito
como el primer sentimiento;
Quizá esos vírgenes bosques,
misteriosos cual sus ecos,
donde la noche murmura
el himno de los recuerdos;
Quizá á los francos detenga
con religioso respeto,
que andando van sobre el polvo
de los héroes y los génios.
O aun mas, la noble arrogancia
de españoles caballeros,
los ojos de sus hermosas,
ardientes estrellas de ébano;
Flexibles cuerpos de ondinas,
santuarios de amor sus pechos,
y una leyenda cada alma
de románticos ensueños.
Tierna alianza de sonrisas
van á su paso ofreciendo;
francas todas las moradas,
todos los brazos abiertos.
Cual dos familias de hermanos
que en cariñosos festejos,
la del pobre á la del rico
su paz le brinda y su techo.
¿Quién de tanto amor se aleja?
lazos de agradecimiento
anuda el largo hospedaje
cuando es tributo de afecto.
¿Mas por qué entonces se llevan
al rey, que, aunque malo, es nuestro?
¿por qué se encierran las tropas?
¿por qué tanto alarde bélico?
¿Por qué erizan de cañones
los castillos y los puertos?
¿quienes mandan lo consienten?
O es traicion, ó es estar ciegos.
Hervia por las ciudades
la inquietud del descontento,
y las noticias volaban
como aves de mal agüero.
España ansiosa contempla
el tenebroso misterio;
rica es la joya, las armas
son impulsos del deseo.
Seducidos ó intrigantes
los que en alto ministerio
sobre el nivel de los hombres
á ser su escudo subieron.
Mas ¡ay del cruel, si el pacífico

enarca el sufrido ceño!
¡ay! si la tímida madre
—«¡anda!»—le dice al mancebo.
Y —«¡anda!»—repite la esposa
sobre el bendecido lecho,
y —«¡andad!»—la pátria ultrajada
ruge, el dogal sacudiendo.
Y allá el tambor resonante,
voz estentórea del génio
de las batallas, despierta
á las furias del averno.

II.

La tarde del Dos de Mayo,
¡amarga fecha de duelos,
y en el libro de la humana
dignidad, segundo ejemplo!
Por las campiñas de Móstoles,
lugar humilde y pequeño,
que á la córte por vecinos
tributo dan sus graneros,
Mal sufrido y bien honrado
impaciente vaga el pueblo,
á sus temores, sin duda,
mas que á su labor atento.
Torcidos lleva los surcos,
pero los ojos derechos
al horizonte lejano,
donde ve de tiempo en tiempo
Alzarse humeantes columnas
de enrojecidos estremos,
grupos de gentes que vienen
y traen en el rostro el miedo.
A su secretario miran
volver, de coraje trémulo;
enviado fué á la córte
por voluntad del concejo.
Y antes que todos se acerquen,
separándole en secreto,
cosas ha dicho al alcalde
que le han arrancado un terno.
A grandes pasos caminan;
los vecinos van reuniendo;
por las calles desemboca
el amotinado séquito.
Y la casa de la villa,
los escalones subiendo
dos á dos y cuatro á cuatro
tras del alcalde, invadieron.
La vara lleva en el puño,
en la otra mano el sombrero,
en redecilla y coleta
cogido el blanco cabello.
Gruesa la cara espansiva,
chaqueton de paño negro,
media verde alagartada
y calzon corto y estrecho.
Anchos zapatos de hebilla;
bien formado y bien dispuesto,
hombre de vasta labranza,
buen amigo y mejor deudo.
Pero aunque afable en llaneza,
es en justicia severo,
y no hay pequeño ni grande
á quien deje impune un tuerto.
Cuadrada y luenga es la estancia;
gris la pared, alto el techo,
que sostienen y atraviesan
vigas de gordos maderos.
Un balcon llenando el fondo,
un cuadro hay que cubre un lienzo,
y un gran sillon de baqueta
debajo del cuadro puesto.
Una ancha mesa delante,
un Cristo en ella, un tintero
y un esquilon, y á los lados
varios escaños modestos.
Ya está el alcalde en su silla,
los labios muérdese inquieto;
cuantos tienen voz y voto
van á ocupar sus asientos.
Y de las puertas afuera,
como apretado hormiguero,
el vecindario se apiña,
y la sesion dá comienzo.

ALC. ¿Estamos todos, señores?
SEC. Todos estamos dispuestos.
ALC. A empujar la nave sea,
que soplan muy malos vientos.
Pues en el nombre del Padre,
persígnense lo primero;
corro al cuadro la cortina,
toco á cabildo, y silencio.
SEC. Pueblo, atrás; las puertas cierren.
ALC. Eso no, concejo abierto;
que para heridas de afrenta
no hay en la pátria otro médico.
Es su cuita, y no la mia,

la que ahora exige remedio,
si sus vidas hacen falta,
han de ofrecérmelas ellos.
Concejo abierto, vecinos,
y aquí, en presencia del dueño,
natural Señor, que toda
justicia está presidiendo.
Guárdeos Dios, rey don Fernando;
los reyes nunca están lejos,
pues, con su deber, los lleva
cada vasallo en su pecho.
Por la gracia de Aquel que hizo
cuanto vemos y no vemos,
y derrama en nuestros campos
la alegría y el sustento.
Por aquella Inmaculada,
allá esperanza, acá ejemplo,
madre, reina y salvadora,
rosa mística del cielo.
Estamos aquí, vecinos,
con cuidados harto sérios,
mas con las manos holgando,
cuando está nuestro rey preso.
Alcalde soy, fiel me llaman,
español nací, honra tengo,
y una vida y una vara
con que juré defendello.
Y es de un roble tal, que nunca
encorvar pudo un estremo,
y tal pesa, que parece
que es el brazo de Dios mesmo.
Decidme ante ella, que hiciérais
del ruin, cobarde y artero,
con quien partís generosos
los brazos, y el pan, y el lecho,
Si trama de agradecido
mataros en él durmiendo,
para alzarse con la herencia
que habeis de padres á nietos.
No mas de porque él la quiere,
no mas de porque sois buenos,
y no mas de porque dice
que la fuerza es el derecho.

UNOS. ¡Matarle!

OTROS. Echarle en pedazos
á los buitres.

ALC. Algo es eso;
mas ni es buena para buitres
la carne de los infiernos.
En fin, hable el secretario,
que si dá materia el cuento,
barrunto que hay que hacer una
que suene en el universo.

SEC. Sí; cien hordas de franceses,
que en fé de amigos vinieron
al regalo de las casas
de los nobles madrileños,
No sé por dónde pensaron
que este es un pais de negros,
que aquí no hay sangre en las gentes,
ni hay mas garantías que... ¡fuego!
Que el rey era un rey de palo,
¡pardiez! y á arrancarle fueron
las hojas de su corona,
que son castillos del pueblo.
Y engañado, que no en lucha,
nos le llevan prisionero...
accion que mejor parece
de ladrones que de imperios.
Al ir tambien los infantes,
se agotó ya el sufrimiento,
y á las puertas de palacio
esperó el leon rugiendo.
En cuanto el pórtico salvan,
ruedan caballos al suelo,
salta en trizas el carruaje,
y sirven de armas los restos.

TODOS. ¡Bien, viva Madrid!

SEC. ¡Sí, viva!

UNO. Yo haria lo mismo.

ALC. Veremos.
Siga el señor secretario,
y acuérdate para luego.

SEC. Un batallon de franceses
llega á palacio al estruendo,
y horrible descarga suena
sobre el gentío indefenso.

ALC. ¿Sin otra advertencia?

SEC. Nada.

ALC. ¡De héroes son todos sus hechos!
puede ser que mientras vivan
les esté zumbando el eco.

SEC. Todos con gritos de muerte
desparrámanse corriendo...
¡lo que empezó por las calles,
señores, fué un horror verlo!
No quedó piedra con piedra,
no quedó francés con hueso,
no quedó cuchillo ocioso,
ni brazo inútil por viejo.

¡Y oíanse los cañones
como un redoble de truenos,
y atascábanse las ruedas
en los charcales de muertos!
Casa á casa, palmo á palmo,
ruina á ruina...

ALC. En fin...

SEC. ¡Cedieron!

TOD. ¡Ah!

SEC. Les brindaron con treguas.

ALC. Primera astucia del miedo.

SEC. ¡Oh, sí! despues... ¡pobres madres!
¡pobres inocentes huérfanos!

ALC. Siga sin lamentaciones,
que es predicar en desierto,
que en el dia de las obras
lágrimas no son remedios.

SEC. Señor, ¿no habré de sentirlo?
¡Perdí un hermano!

ALC. Pues siéntalo
si es para honrarle; mas calle
si no es su hermano en esfuerzo.

SEC. Seré: despues, cuantos iban
á sus trabajos saliendo,
en la inícua paz fiados...

ALC. ¡Fiar del lobo el cordero!

SEC. Prenden, llevan á empellones
veinte á veinte, ciento á ciento,
niños, ancianos, mujeres,
sacerdotes... ¡y hasta enfermos!
Y una, y otra, y cien resuenan
crueles descargas sin término.
¡Dios los perdone!... ¡y zumbaban
unas brisas de lamentos!...
A las huérfanas familias
llevando un último beso,
¡triste adios de tantas almas
á sus hogares paternos!

ALC. Diga si hay mas.

SEC. ¡Mas, Dios mio!...
Pues sí, que un amo estranjero
nos trae Napoleon.

ALC. Ese hombre
debe haber perdido el seso!
¿Cree que se siembra un monarca
como se siembra un ciruelo?
¿cree que hay semilla que arraigue
si no la quiere el terreno?
¿Podrá ser padre en mi casa
hombre que entró á sangre y fuego?
¿podrá amar á nuestros hijos
quien no ha crecido con ellos?
¿Quién de Dios mismo recibe
otra lengua, otros afectos?
¿El que abandonó su pátria,
vendrá á la estraña á ser bueno?

SEC. Madrid llora de vergüenza,
de coraje, de horror... pero
¡ay! yace en calma de muerte,
ya no puede hacer mas que ha hecho.

ALC. Bien; en nombre de la pátria
bendigo yo su ardimiento:
señor secretario, escriba
gordo y claro, que protesto.
Ea, de rodillas, vecinos,
á rezar un Padre nuestro
en pró de aquellos valientes,
que premie el mundo en recuerdos.
La pátria es madre de todos,
una familia es un pueblo,
¡lleven los pobres hermanos
una oracion á lo menos!

. . . . . .

¿Qué hace el ejército?

SEC. Nada.

ALC. ¿Pues por qué se llama ejército?

SEC. Su general le ha encerrado.

ALC. ¿Y no saben salir ellos?
¿Y el rey?

SEC. Abdica.

ALC. No vale.

SEC. Lo hizo...

ALC. Que no vale; dentro
de su nacion, sí.

SEC. A la fuerza...

ALC. ¿Teme á la fuerza? ¡Lo siento!
¿Qué hace España?

SEC. Calla y gime.

ALC. Bien, ¿y nosotros qué hacemos?

UNO. ¡Nosotros!!

ALC. Ahora nos toca
hablar poco, pero récio.
¿Quién manda en España?

SEC. Manda...
Murat.

ALC. Por Dios que no es cierto,
que aquí estamos en España,
y ese aquí no mete el cuezo.
Visto, en fin, que ingratos vienen
á robarnos encubiertos;

visto que en Madrid la honrada
sangre está clamando al cielo;
Visto que desamparados,
sin rey, tropas, ni gobierno,
juran ser libres, y mueren
encima del juramento;
Vecinos, yo me levanto
con una vida que tengo;
por mas fuerte que mis hijos,
Dios me manda defenderlos.

UNOS. ¡Viva nuestro bravo alcalde!

OTR. ¡Donde vaya, seguiremos!

TOD. ¡Todos!

ALC. Gracias, hijos mios,
donde hay vergüenza se hace esto.
¿Qué franceses Madrid tiene?

SEC. Cincuenta mil, por lo menos.

ALC. ¡Gente traen! Aquí esperamos...
este monton, no los cuento.
Soldados desde ahora somos
soldados y no labriegos;
á la fragua los arados,
para hacer chuzos con ellos.

SEC. Vecinos, Dios nos ayude.

ANC. Señor... mira que no es cuerdo...

ALC. Móstoles tambien es pátria;
¡quien se vuelva atrás, le cuelgo!

UNOS. ¡Armas, armas!

OTROS. ¡A la guerra!

ALC. Dejadme acabar, silencio;
hágase con órden todo;
el heroismo es sereno.
Armas os pondré en las manos,
cuenta con los atropellos,
que las armas son blasones,
ó deshonra de los pueblos.
Portarnos como quien somos,
y morir como debemos;
dadme esos brazos, que sean
de nueva España el cimiento.
Ocho siglos de constancia
con los moros concluyeron,
y un hombre empezó á matarlos
á pedradas, desde un cerro.
Nuestros hijos y sus madres
al Señor encomendemos,
y se ha de salvar la pátria;
¡tengo confianza en el cielo!
Toquen tambor, á la plaza;
voy á dar un manifiesto
á toda la faz del globo.

TOD. ¡Viva!

ALC. Se acabó el concejo.

III.

Ya no hay un hogar tranquilo,
ya ni los muertos descansan,
todo el mundo se revuelve
para hacer la guerra á Francia.
El clamor cunde en las calles,
vacíanse las moradas,
y parece que un incendio
por la villa se derrama.
De venerables rincones
salen á luz viejas armas,
y polvo y muebles se hacinan
á las puertas de las casas.
Descoyuntados trofeos
de mosquetes, cotas, mazas,
que la tradicion cubria
de tranquilas telarañas,
Y en los mas oscuros huecos
al trocarlos por azadas,
los abuelos sepultaron,
por si otra vez hacen falta,
Llenos los filos de mellas,
llenas las hojas de manchas,
para pleitos de honra breve,
pero enérgica enseñanza.
Y si algun dia sus hijos
en cuita apremiante se hallan,
hé aquí el resorte, el consejo
que á ellos les sacó de tantas.
Aceros nobles dos veces,
que dos historias consagran,
para hacer la guerra al moro,
para hacer la guerra á Francia.

Allá resuenan chirridos
y enormes pesos se arrastran,
allí el batir contundente
de forjas, martillos y hachas.
Por allá ruedas empujan,
allí herraduras machacan,
á improvisar proyectiles
y torrentes de metralla.
En corrillos los mancebos
sus atalajes ensayan,

consultando con las fuentes
lo que podrá su arrogancia.
Y por Dios, que si las cumplen,
prometen tales hazañas,
que el mas modesto de todos
sobre el Cid sube una cuarta.
De oirlos están las mujeres
dando vueltas y azoradas
como palomas de un bosque
que hierro enemigo tala.
Lloran unas por su esposo,
otras por su hijo del alma,
y otras por la dulce cuita
que muere en flor de esperanza.
Esta reza en su aposento,
esta corre á las ventanas
á ver si el amor que llora
se olvida ya de mirarla.
Los ancianos silenciosos
ya no siembran, ya no labran,
sino el campo de la muerte
con semilla de venganza.
Los que pueden con la fuerza,
los que no con las plegarias;
¡parece el último dia
de otra arrogante Numancia!
Los que el peligro calculan
si lo temen se lo callan,
que al fin todo es dar la vida
para hacer la guerra á Francia.

La naturaleza solo
está tranquila, está plácida
rebosando en lumbre y pompa
sobre mantos de esmeralda.
Rica en hirvientes murmullos
de las selvas solitarias,
y en perfumes y armonía,
y en horizontes de gasas.
La cubre un flotante Océano
con inmensas ondas pálidas,
cortina que el universo
de otro universo separa.
Abismo negro á la noche
que en polvo de oro abrillantan
cien mil capullos de soles
del templo infinito lámparas.
¡Ah, qué brillantes parecen
desde su inmensa distancia,
esa lluvia de ambrosía
que en las flores vierte el alba!
Y se abren nubes de lirio
de su cáliz vertiendo auras
como labios de una vírgen
que el primer suspiro exhala!
¡Qué indiferente ve el cielo
las catástrofes humanas!
ni una rosa palidece,
ni un cefirillo se espanta.
Cae un imperio entre sangre
y alaridos de batalla,
y por oriente las nubes
su espléndido sol levantan.
Y está el firmamento puro,
mécense ledas las aguas,
y los bosques y las aves
de himnos y aromas se embriagan.
¡Oh, gran Dios! ¿nada te mueven
de tus hijos las desgracias,
á Tí que oyes los suspiros
aun dentro del pecho que amas?
¿Será esa pompa un halago
de proteccion soberana
á los que humildes te imploran
para hacer la guerra á Francia?

Míralos, Señor; ya en torno
á la bandera de España,
algo piden y algo esperan
que ya á su impaciencia tarda.
Está de hombres y mujeres
de bote en bote la plaza,
como zumbido de abejas
hierve un rumor de palabras.
Un prolongado ¡ah! de gozo
circula al fin en las masas,
y en general movimiento
todos los cuerpos se avanzan.
Que ya el gran balcon se ha abierto
y ya el alcalde adelanta
con un papel en la mano
y en la otra mano la vara.
Disipa el viento el murmullo,
queda un silencio... una calma...
en que se oye el vuelo rápido
de los pájaros que pasan.
Vibra la voz, lee:
«Españoles:
»el francés huella la España,
»Madrid fué la primer víctima

»del honor y de la infamia.'
»Guerra al francés; todo el mundo
»acuda á salvar la patria.
»—Hoy dos de Mayo.—El Alcalde
»de Móstoles, puesto en armas.»

Bien, ya está el guante en la arena,
firme el retador aguarda;
ya hay un pueblo, por lo menos,
para hacer la guerra á Francia.

IV.

Y aquella voz del pueblo valeroso,
como cruza el ambiente una centella,
dejando en pos de sí rastros de fuego,
corrió en alas del génio de la guerra.
A mover las cenizas de Pelayo
en su honda tumba de erizadas peñas,
del Santo Rey la espada formidable,
llave que abrió las sevillanas puertas.
La corona labrada en ocho siglos
aun tibia del calor de sus cabezas,
sin caer bajo el gran peso de rodillas
no sostendrá una frente aventurera.
Y se interpuso la nacion sin armas
al Marte horrendo y su legion de fieras,
que vió la primer mancha en sus blasones,
y caer el primer rayo de su estrella.
Y pardiez, que menguados en altura
los vencedores de Austerlizt y Gena,
mostraron que del hombre sobre el hombre
la virtud es la sola fortaleza.
¡Ejemplo eterno de los pueblos libres!
al grito de Dios, patria, independencia,
del pérfido borron del Dos de Mayo
fué la revancha á razonable cuenta.
Ya el ídolo ferez de aquellos vándalos
iba á subirse en pie sobre la tierra;
y un pobre alcalde, con su tosca vara,
desquició el pedestal de su grandeza.

J. C.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

Francisco de Avellaneda.

(ANÉCDOTA HISTÓRICA.) (1)

I.

A fines del siglo quince,
cuando Isabel y Fernando
concluyeron en Granada
la lid de ochocientos años,
vivia en Madrid tranquilo
un escultor afamado,
émulo de los artistas
que á Grecia y Roma ilustraron.
Francisco de Avellaneda
se llamaba, y aunque lauros
á su mérito rendian
lo mismo propios que estraños,
siempre despreció del mundo
los dones interesados,
pidiendo al hogar doméstico
el premio de sus trabajos.
Y era que el tal por esposa
tenia un ángel humano
cuyo cariño formaba
de su existencia el encanto,
y uniendo en ella al emblema

(1) La anécdota á que se refiere este romance, está sacada de un manuscrito auténtico del siglo XVI, único documento en que se menciona el escultor Avellaneda.

de su amor apasionado
ese ideal que el artista
vá siguiendo sin descanso,
inspiracion á raudales
encontraba entre sus brazos,
y de arte y pasion sus ojos
le tenian embriagado.—
Mas ¡ay! la dicha del hombre
es, cual humo en el espacio,
vapor que el céfiro impele
sin dejar siquiera rastro;
y así el pobre Avellaneda
que dormido algunos años
descansó en la confianza
de aquel corazon ingrato,
al soplo de la sospecha
llegó á despertarse al cabo,
y el huracan de los celos
á la realidad le trajo.
¡Víctima del desaliento
cayó el cincel de su mano;
maldijo el arte y la gloria
que sus penas no endulzaron;
y á trueque de ver borrada
la mentira de los labios
en cuyos rojos corales
solo el color no era falso,
cedido hubiera su génio,
sus laureles, sus aplausos,
que hasta la gloria es inútil
á un corazon marchitado!
Mas era el escultor hombre,
y sobre hombre castellano,
que ante el riesgo de la honra
no le daba paz al ánimo;
y ansiando tomar venganza
de un modo terrible y cauto,
fingió para conseguirlo
un viaje precipitado.
Dos dias estuvo oculto
en Madrid mismo; ¡dos años
le parecieron al triste
en su angustioso quebranto!
Y apenas el sol se hundia
tras el Soto renombrado
que corre del Manzanares
hasta los montes del Pardo,
envuelto en negro tabarte
y con la daga en la mano,
centinela de su honra
iba á guardarla velando.
Por fin la tercera noche
vió que con tímido paso
se deslizaba una sombra
de la pared á lo largo,
y tras misteriosa seña
á que dentro contestaron,
acceso tuvo en la casa
de su cariño santuario.
Ciego, loco, Avellaneda,
la siguió; venció el obstáculo
que la puerta le oponia
con ímpetu sobrehumano;
el vestíbulo sombrío
y la escalera salvando,
en alas de la impaciencia
llegó de su esposa al cuarto,
y sorprendiendo á los viles
como sorprende el milano
las descuidadas palomas
que están de su amor gozando,
hasta diez veces en ellos
hundió el puñal toledano,
arráncandoles la vida
al uno del otro en brazos.
Un ¡ay! solo, mas terrible,
que las víctimas lanzaron,
y esos ecos misteriosos
que lleva al alma el estrago,
hicieron que los vecinos
á las rejas asomados
investigasen la calle
con miedoso sobresalto.
Estaba entre ellos la suegra
del escultor, que cercano
su domicilio tenia
dentro de aquel mismo barrio,
y viendo su frente pálida
y sus ojos estraviados:
—«¿Qué es eso?—le dijo—¿ocurre
algun lance estraordinario?»
—«No os asusteis, buena madre;—
él con tono mesurado
le contestó,—vuestra hija
sufria males bastardos.
Hoy la cojió un accidente
que á todos debió pesarnos,
pues su razon se estraviaba
á pesar de mis cuidados;
mas yo con una sangría

puse término al amago,
que no hay como sacar sangre
para evitar esos daños.»—
Esto dicho, con presteza
se ocultó en la sombra, al campo
saliendo por el portillo
que de Balnadú llamaron,
y huyendo de la justicia
el inescusable fallo,
hácia el reino portugués
se dirigió sin descanso.

II.

Dos años eran corridos
desde los tristes sucesos
que el corazon del artista
de luto y sangre cubrieron,
y ya nadie en la memoria
conservaba su recuerdo,
que el olvido es en los hombres
naturaleza y remedio.
Hasta el mismo Avellaneda
de la influencia del tiempo
esperimentó en el alma
los saludables efectos,
pues conforme lo declara
un conocido proverbio,
ni hay mal que dure cien años,
ni lo resistiera el cuerpo.
Y si bien en un principio,
solo, en pais estranjero,
luchó con gran desventaja
contra su destino adverso,
pasados algunos meses
tornó el valor á su centro,
cambiando el dolor agudo
en otro dolor mas lento.
Elevados protectores
entusiastas de su mérito,
por su bien se interesaron
y su indulto consiguieron;
y cuando volvió gozoso
á mirar el patrio cielo,
frecuentando los lugares
que á su niñez sonrieron;
cuando escuchó el noble idioma
que allá en dias mas serenos
con música regalada
le acarició lisonjero,
creyó que á nueva existencia
nacia en aquel momento,
y que fueron sus desdichas
la pesadilla de un sueño.
Habrá quien acaso juzgue
pronto y fácil su consuelo,
quien le tilde de inconstante,
quien niegue su sentimiento;
pero el hombre es un abismo,
su corazon un misterio,
y aun no se conoce el móvil
que regula sus afectos.
Por lo mismo, no es estraño
que Avellaneda de nuevo
volviese á su antigua vida
y al arte con mayor celo;
que aspirase á la ventura...
¡Qué mucho! si al poco tiempo
á los pies de otra belleza
se le vió rendido y ciego.

III.

En una lujosa estancia
y en derredor de una mesa,
con señales de alegría
un banquete se celebra.
Epitalámicos brindis
repite la concurrencia,
dando á comprender que es boda
el motivo de la fiesta;
y á veces tal se desliza
de los amigos la lengua,
del licor y del contento
bajo la doble influencia;
tal retrata su malicia
las venturas himeneas,
que de la novia el semblante
enciende casta vergüenza.
Solo en el novio se nota
una prudente reserva;
mas á ninguno le admira
ni de que la calle recelan,
porque le conocen harto
y saben por esperiencia
que no es pródigo en palabras
Francisco de Avellaneda.
Cuando el festin acabado

estuvo, y por vez postrera
daban parientes y amigos
la cordial enhorabuena,
con su ademan les detuvo
el novio, cojió la diestra
de la jóven desposada,
que por su hermosura reina,
y como si no advirtiese
sus miradas de estrañeza,
entre grave y cariñoso
le dijo de esta manera:
—«Ponderarte, esposa mia,
el gozo que me enajena
en este supremo instante,
es superior á mis fuerzas.
Omito, pues, intentarlo;
mas para que lo comprendas
por medio de obras, que en todos
cualquier duda desvanezcan,
te quiero dar una joya
de tal valor y riqueza,
que mirándola te incline
á que constante me seas.»—
Concluidas estas frases
hízole á un criado seña,
recibiendo de sus manos
un estuche de madera.
Dibujábase en la tapa
rica labor arabesca,
con preciosos embutidos
de oro, marfil y turquesas,
y en el interior, forrado
por almohadillas de seda
cuyos brillantes colores
realzaban su belleza,
una daga toledana,
de moho y sangre cubierta,
vió con sin igual asombro
la reunion placentera.
Sobrecogida la esposa
lanzó un ¡ay! con honda pena,
cambiándose sus claveles
en pálidas azucenas;
pero ageno á sus angustias,
y á la creciente sorpresa
de aquellos, cuya memoria
despertó la triste prenda,
volvió á tomar la palabra
el honrado Avellaneda,
y así con noble mesura
terminó sus advertencias.
—«Mira siempre en esa daga
una muda consejera,
un espejo á quien consultes
el rostro de tu conciencia;
y no dudes, mujer mia,
que mientras fies en ella
sabrás conservar incólume
tu primitiva pureza,
porque guiando tus pasos
á la virtud mas severa,
ha de impedir que á tu esposo
aun de pensamiento ofendas.»

L. V. y D.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTÁ,
Rollo, 6, *bajo*.

NÚMERO 11.

El reló de San Plácido.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

I.

En derredor de una mesa,
donde manjares diversos
en confusion esparcidos
son de una cena los restos,
Dos personajes celebran,
con ánimo desenvuelto,
las mil picantes palabras
de un personaje tercero.
Y en medio de la alegría,
de los placeres en medio,
indican sus ademanes
la sumision y el respeto.
A un brindis sigue otro brindis,
á un chiste siguen doscientos,
y en tanto marca una aguja
el triste giro del tiempo.
De pronto el mas arrogante,
el de blasones mas bellos,
el que en sus ojos llevaba
la majestad y el imperio,
—Basta, les dijo, una empresa
nos trae aquí, y no debemos
sin conocer sus detalles
llevar la empresa á su término.
Que cuente el buen Villanueva
sus inauditos esfuerzos
para vencer las virtudes
que viven en su convento.

—¡Señor, quizás sean mas grandes
de lo que juzgais!
—Lo creo.
—Que la abadesa es persona
de muy buen juicio y talento.
—¡Hola!
—Cuando fuí á decirla
nuestro arriesgado proyecto,
sobrecogida de espanto,
me puso el grito en el cielo.
—¡Al patrono!
—Preguntóme
si era tenaz vuestro empeño,
que desde cuándo adorábais
á Margarita en secreto.
La vió al profesar, la dije,
sus gracias le sedujeron,
y fué su inocencia aroma
que embalsamaba su pecho.
Quiso olvidar sus encantos,
buscó á sus males remedio,
muy lejos de ella le ansiaba,
y para hallarle era lejos.
Por eso junto á su lado
buscando viene un consuelo,
y hoy vuestra licencia pide
para calmar sus deseos.
—¿Y contestó?
—Su respuesta
fué muy precisa á lo menos;
Entre Dios y el rey, me dijo,
decid que Dios es primero.
Que las santas religiosas
que á mi cuidado conservo,
jamás pisarán del crímen
el floreciente sendero.
Que el rey es noble, y que nunca
querrá dejar en un pecho,
en vez de una paz tranquila,
un triste remordimiento.
—¿Qué tal, conde-duque?
—Digo
que es un sermon de los buenos,
que madres predicadoras
debieran tener los templos.
—Continuad.
—Pues bien; yo al punto
mi autoridad ejerciendo,
en espresiones severas
troqué los humildes ruegos,
Con esto, y con un mandato
de mi soberano y dueño,
tan ofuscada quedóse
que se sumió en el silencio.
Mas, de repente, asaltada
por no sé qué pensamiento,
me contestó:—¿El rey lo manda?
Está muy bien; le obedezco.
Aquí esta noche á las doce,
cuando terminado el rezo
las religiosas descansen
en su tranquilo aposento,
Decidle al rey que á la cita
puede acudir sin recelo,
y hasta esa hora, que os guarden
bajo su amparo los cielos.
Marchó á su celda, y dejóme
del todo tan satisfecho,
que pronto de mi promesa
tendreis un buen cumplimiento.
—¡Magnífico!
—De mi casa
parte un pasillo secreto,
que hasta una puerta conduce
sin inquietudes ni riesgos.
Y para entrar en los cláustros
con el debido misterio,
no falta mas que una llave...
esta es la llave; os la entrego.
—¡Venga una copa, y al punto
brindemos todos!
—Brindemos.
—¡A la salud de la monja!
—¡A su salud!
—Al convento.
Cogió una lámpara el conde,
y á Villanueva siguiendo,
por el pasillo adelante
en pos del rey se perdieron.
Y ya no se oyó mas ruido
que los misteriosos ecos
de aquel relój, que marcaba
el triste giro del tiempo.

II.

Hay en Madrid una iglesia,
que de San Plácido llaman,
y al lado un pobre convento
de muy mezquina fachada.

Allí alejadas del mundo,
cifrando en Dios su esperanza,
dejó en un tiempo la córte
sus mas elegantes damas.
Y en santo recogimiento,
en elocuentes plegarias,
las religiosas sentian
los puros goces del alma.
¡Blancas y hermosas palomas
en dulce nido encerradas,
sin otros bienes que aquellos
que de la virtud emanan!
¿Quién quiso vuestra inocencia
pisar con su torpe planta?
¿Acaso toca en los cielos
por mucho que vuele el águila?
. . . . . .
Es una noche sombría,
noche misteriosa y vaga,
llena el silencio los cláustros
como una tumba sagrada,
Y hay un ambiente tan puro,
una soledad tan lánguida,
que los sentidos se aduermen
del pensamiento en las alas.
En éxtasis delicioso
la noche acaso girara,
á no turbarle una llave
por dura mano forzada.
Llave, que abriendo una puerta
de proporciones escasas,
dá paso á tres embozados
que entre las sombras se marcan.
Giran el rostro á ambas partes,
ven la estension solitaria,
y débilmente deslizan,
entre ellos, breves palabras.
—¿El coro?
—Allá á la derecha.
—¿La celda?
—A la izquierda se halla.
—¿Y estará sola?
—Sin duda.
—Acompañadme á la entrada.
Siguieron la galería,
y entre inquietudes livianas,
con tal sigilo se mueven,
que no parece que avanzan.
Ya ven el fondo; ya tocan
el término de sus ánsias;
mas ¡ah! cuando algunos pasos
tan solamente les faltan
Se abre una puerta; al instante,
como volcánica llama,
una claridad inmensa
la oscura bóveda baña,
Y, con antorchas brillantes,
miran salir de una estancia
á todas las religiosas
en procesion ordenada.
Cuatro, en sus hombros, conducen
el féretro de una hermana,
y en dulces notas sentidas
sus tristes cánticos alzan.
Estáticas las contemplan,
se trueca en pavor su audacia,
y al desfilar por delante
la comitiva angustiada,
En el relój del convento,
como quejido de un alma,
con melancólico timbre
las doce suenan pausadas.
Quieren huir; pero en vano
con sus deseos batallan,
que aquellos tristes despojos
tal impresion les arrancan,
Que sus grandezas humilla
ante la fúnebre caja,
con Villanueva y el conde,
Felipe IV el monarca.
Y de sus lánguidos ojos
dejando escapar dos lágrimas,
borrar pretende con ellas
de su conciencia una mancha.

III.

Aun es de noche; el reposo
sus alas tiende amorosas;
ningun acento se escucha
vagar por las negras sombras.
De aquellos dulces lamentos,
que reflejaron las bóvedas,
perdidos ya en el espacio,
ni un solo recuerdo brota.
....Allá en apartada celda,
entre mortales congojas,
estrechamente abrazadas
dos santas mujeres lloran.
Y no mas blancas se muestran

de la azucena las hojas,
que aquellos rostros ceñidos
por las elegantes tocas.
Ambas suspiran en medio
de una soledad hermosa,
y algunas trémulas frases
entre sus lábios asoman.
—¡No puedo mas!
—¡Pobre niña!
Desecha angustia tan honda,
que si para el mundo has muerto,
vives, para Dios, con honra.
En mí hallarás un consuelo,
confia en tu protectora;
mas antes del triste cáliz
apura la última gota.
Escribe aquí.
Y de una silla
tomando un libro afanosa,
con la otra mano una pluma
entre sus dedos coloca.
Cogióla su protegida
con resolucion heróica,
y en una página al punto
dejó estendida esta nota:
«Hoy veintitres de Diciembre,
»dia de Santa Victoria,
»la hermana sor Margarita
»trocó esta vida por otra.
»Fué sepultada á las doce
»con todas las ceremonias,
»que el cielo premie sus cuitas
»con una paz mas dichosa.»
Firmó la abadesa al márgen,
y al poco tiempo la aurora
su blanca luz estendia
sobre las dos religiosas.

IV.

Pasados algunos meses
en su arrogante palacio
el rey con el conde-duque
entabla el siguiente diálogo:
—¿Se hizo mi encargo?
—Señor,
cumplido queda su encargo.
—¿Y la abadesa?
—Las gracias
envia á su soberano.
—Muy bien.
Y al siguiente dia
los madrileños hallaron
un nuevo relój en la torre
de las monjas de San Plácido.
Relój, que daba las horas
con triste son funerario,
y desde entonces su timbre
á muerto sigue doblando.

A. B. y C.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

Las Trinitarias descalzas.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(23 DE ABRIL DE 1616.)

I.

Tras de la Vírgen de Atocha
rogando vá todo el pueblo,
por las nubes de abundancia
para sus campos sedientos.
A ver y adorar la imágen
acude Madrid entero,
deja en soledad los barrios,
y el de las Huertas entre ellos.
De las gentes de farándula
mas que hospedaje hervidero,
y de muy muchos autores
aunque muy pocos discretos.
Ya el horizonte y la tierra
van las nubes confundiendo,
como una inmensa pupila
que empieza á cerrar el sueño.
A los murmullos de fiesta
hacen las campanas eco,
oraciones y oraciones
de las almas y los templos.
Tañe en el barrio la esquila
de improvisado convento,
tan pequeño como pobre,
tan santo como pequeño,
Donde madres Trinitarias,
en cada paso un ejemplo,
llevan, descalzas, mas firmes,
á su Gólgota su leño.
Paz dichosa es la esperanza
que va acercándose al premio,
fénix la virtud renace
al crisol del sufrimiento.
Si pasan los pecadores,
pasan dejando en silencio
allí el óbolo cristiano
de caridad y respeto.

Y recogen pan divíno
en cambio del pan del suelo,
y por lágrimas enfermas
bálsamos que no hán los médicos.
Bulle fuera la alegría,
de sus umbrales adentro
pasa el pobre, el desvalido,
los que lloran, los que han muerto.
Y hoy en demanda del último
adios, y el último lecho,
un cadáver traido en hombros
de cuatro hermanos Terceros,
Pasa tambien, esperado
como hermano y como siervo
segun los tristes blandones
que por él están ardiendo.
Sobre enlutadas bayetas
posan con cuidado el féretro,
y un sordo golpe retumba,
...misterioso llamamiento,
A que responden las madres
á las rejas acudiendo,
y hay quien dice que hubo algunas
que con otra voz le oyeron...
En derredor silenciosos
de aquel lúgubre trofeo
por un hábito francisco
y otro de sombras envuelto,
Ofrece el piadoso Nuñez
una bendicion y un rezo,
únicos dones del mundo
que entran con el hombre al cielo.
Y un murmullo prolongado
sigue á la voz respondiendo
y poco á poco abandonan
unos tras otros el templo.
Todos, menos un anciano
de barba y ropajes luengos,
dijérase que á velarle
surgió la estátua de Homero.
Allí al borde de la caja
sigue anclado á un pensamiento,
como un sábio que á sus plantas
contempla un abismo inmenso.
Y en sus ojos cuando miran
y cuando piensa en su ceño,
rayos lucen, nubes pasan
de admiracion ó despecho.
. . . . . .
—«No ceseis de encomendarle,
»¿quién no habrá menester de ello?
»nunca sobran oraciones
»donde no hay mortal perfecto.
»Madres, aunque anciano y pobre
»fué un bienhechor del convento,
»debéisle mucho en cariño,
»en gratitud y en consejo.
»Yo ví su muerte, y de su último
»suspiro alcancé un secreto.
»Madres... que os deja el anciano
»mas del alma que del cuerpo.
»Hombre fué, corazon tuvo,
»y... en fin, para Dios es esto,
»que pesará en su balanza
»un ángel y un desacierto.
»Vivió aparte de los malos,
»murió en brazos de los buenos,
»fuera hoy grande, si fortuna
»le hubiera dejado serlo.»—
Esto hablaba con las madres
Francisco Nuñez, al tiempo
que el sábio anciano pasara
ante las verjas oyéndolo.
Y con sonrisa elocuente
de aprobacion y de aprecio
se inclinó ante él, y sus pasos
en la calle se perdieron.

II.

Era Abril, veintitres era
del año mil y seiscientos
diez y seis,... cuando el cadáver
de un pobre,... acaso de un génio,
Dormia en la paz de la nada,
ante el Dios del universo,
del polvo que le nutriera
sobre el regazo materno.
Es sábado, y desde el próximo
albor del dia primero
hasta la última vislumbre
del sol cuando caiga yerto,
En aquel rincon oscuro
infiltrado en su hondo seno,
¿de las tormentas mundanas
hallará el tranquilo puerto?
Aun flota sobre el gran golfo:
aun del mundo turbulento
resuenan las oleadas,
aunque resuenan de lejos.
¡Hoja muerta de los bosques!

¿dónde te arrastran los vientos?
¡grano de arena que viajas
de un desierto á otro desierto!
...Caminan ya por las bóvedas
tinieblas á pasos lentos,
separadas del cadáver
por cuatro blandones trémulos.
Baña la paz el santuario,
todo es reposo y misterio...
oscilan grupos fantásticos
entre sus ángulos negros.
Marchitas están las flores
que ofrendas del altar fueron,
y se oye en ténue suspiro
las hojas que van cayendo.
Vaya aquel último aroma
como un moribundo aliento...
¡Quizás allí algunos ojos
una lágrima escondieron!
¡Quizás murmuró allí un labio
un tranquilo pensamiento,
secreto entre Dios y un alma
con una oracion y un beso!...
Al caer la luz vacilante
sobre el mortuorio ornamento
colora hinchadas facciones
de un frio rostro aguileño.
Alta y despejada frente
coronan blancos cabellos,
tal vez latió un infinito
bajo su cóncavo estrecho.
Con la diestra mano ciñe
un Cristo sobre su seno,
imágen de dos amigos
abrazados en un lecho.
La otra mano... hála perdido:
si en bien... no lo dice el premio,
¿quién sabe si está llamando
en algun ingrato pecho?
A ambos costados del túmulo,
con santo recogimiento
hay dos inmóviles sombras
de mujeres ó de espectros...
¿Son dos ángeles custodios?
¿son dos estátuas de hielo?
¿ó es aun la flotante imágen
de los últimos recuerdos?
¿Qué aguardan esas mujeres
que con misterioso empeño
van detrás del desterrado
hasta el fin de su destierro?
Que le abandonan con lágrimas,
que le acompañan con ruegos,
¿ó es que pretenden sus labios
filtrar la vida en sus restos?
¿O es la caridad cristiana?
¿ó son átomos de un cuerpo?...
¿la oscuridad de un abismo...
las palabras de un secreto?...
¿Dos rayos aun de una aurora
de juventud y embeleso,...
dos páginas del poema
de aquel corazon ya muerto?...
...Tarda, vibrante y sonora
retumba en aquel momento
la campana de los cláustros,
primera voz del dia nuevo.
Y alegre la aurora vírgen
dorando alturas y techos,
desciende en lluvia de grana
como un bautismo de fuego.
—¿Sor Mariana?...
—¿Sor Antonia?
—¿Vamos?
—Vamos.
Se dijeron.
y ambas hermanas levantan
del postrado rendimiento.
Era anciana la primera,
velaba el manto su aspecto,
bella aun, aunque marchita
mas del dolor que del tiempo.
Sor Antonia es dulce y jóven;
¡ah!... pero en su rostro enfermo
¿qué nube vaga,... qué espíritu
de aquellos rostros compuestos?
Le despiden y le besan,
por ojos y ayes vertiendo
la elocuencia que no saben
ó no pueden los acentos.
Cráter del volcan del alma,
aromas del pensamiento,
los suspiros son centellas,
las palabras son de hierro.
Mucho debeis ser despojos,
que sois en tan dulce estremo,
todo un altar de constancia
y otro altar de sentimiento.
Dios... la sombra, el grupo místico
á sus pies... ¡Cuadro supremo

del abrazo de tres almas
casi á las puertas del cielo!
—«Miguel, dice Sor Mariana,
»adios, tú partes, yo quedo,
»perdon, Señor, era el alma
»que tú me diste y te vuelvo.
»¡Amor... de placer de un dia
»y eternidad de recuerdos!...
»lágrimas que Dios vé... y sabe
»Miguel por quién las ofrezco!
»Isabel, llega, hija mia,
»llega, otra vez le abracemos,
»perdóname, ay, fuiste el fruto
»del corazon y del génio...
»Su espíritu ahora nos ama
»con los amores eternos...
»amémosle así nosotras...
»virtud, cariño y secreto.»—
...Un doble abrazo, y las madres
una tras de otra en silencio,
se desvanecen cual sombras
al volver de un triste sueño.

. . . . . .

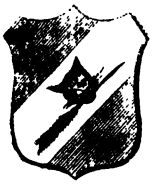
...¡Sor Antonia y sor Mariana!
el descalzo monasterio
por su virtud las conoce
y ser un alma en dos senos.
Lleva algo mas sor Antonia,
sor Mariana al poco tiempo
llegó... parecia un suspiro
que llega errante á su término.
La jóven y el hoy difunto
en largos coloquios tiernos,
de una ella querida, hablaban,
y de un arrepentimiento.
Sor Mariana es portuguesa,
de dama su talle esbelto.
entró cuando el que es cadaver
tocaba al humano término.
Ambas de Jesús se nombran,
una es paz, otra respeto,
tal vez ambas en el siglo
llevaron nombre diverso.
Juntas oran... juntas velan,
grande es su rigor ascético,
pero nombre, orígen, padres,...
nadie... Dios puede saberlos.

III.

Ya se acabaron las honras,
ya van á enterrar al muerto,
Trinitarios oficiaron,
Trinitarias respondieron.
A cavar la sepultura
levantan el pavimento,
y el ataud bendecido
comienza á hundirse en el hueco.
—«Paz á Miguel de Cervantes,»
se oye á un Trinitario, haciendo
la cruz con el santo hisopo
sobre el último aposento.
—«En el dia de Lepanto
»asistió á la honra del reino;
»de su arrojo y su desgracia
»su mano izquierda fué el sello.
»Esperando en el Dios justo
»gimió en largo cautiverio;
»¡hijo... su piedad te valga
»y el pobre don de mis ruegos!»
La primer pala de tierra
cae,... resuena un lastimero
son de la caja,... en el coro
resuena el golpe de un cuerpo.
Y entre los súcios terrones
ven caer un laurel modesto,
que enjugándose los ojos
echa el anciano estranjero.

J. C.

(*Es propiedad.*)



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

NÚMERO 13.

El compromiso de Caspe.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1410 á 1412.)

I.

Camino de Zaragoza
va el obispo don García
y á unos cuantos familiares
su escolta está reducida.
Pensativo va el prelado,
y á solas tal vez suspira
cuando sus pajes se alegran
con locas y largas risas,
y algunas veces que el viento
mueve las ramas vecinas
ó en el horizonte asoman
negras masas esparcidas,
ligero temblor recata
de los suyos á la vista.
—Presto, dice al mas cercano,
llegaremos á la cita.
—¿No fuera cuerdo traernos
para escolta y compañía
veinte lanzas castellanas?
Don Fernando las envia
para guardar á los suyos.
—Temeridad fuera mia.
Digeran que llevar armas
es llevar miedo á la vista,
las de Aragon ofendiendo
por honrar las de Castilla.
—Bien decís; aunque imagino
que hermanas mas bien que amigas

han de ser.—Quiéralo el cielo
que ya es larga la fatiga
del reino. Lunas y Orreas
fuertes bandos organizan
con que á los pueblos desangran
arrasando sus campiñas.
Dentro de las ciudades
se apostrofan, y acuchillan,
con desprecio de los buenos,
con mengua de la justicia,
y el pueblo huelga y nó come
y así se inquieta y se vicia.
—Díganlo los catalanes,
los que Pallars acaudilla
de Urgel contra el buen obispo.
—O que en Valencia lo digan
Vilaragut y Centellas,
clero, nobles y milicia.
Guardó el prelado silencio.
Hizo alto la comitiva,
y á don Antonio de Luna,
que al encuentro les salia,
hicieron cortés saludo
fingiendo grata sonrisa.
Retirados corto trecho,
siguiendo el camino arriba
á platicar comenzaron
el de Luna y don García,
éste mostrando prudencia,
y aquel sobrada perfidia.
—Ya habreis conocido, padre,
que ocasiona esta entrevista
el peligro de la patria,
que el conde de Urgel conquista
con el afecto de muchos,
y con las armas invictas
con que hace morder el polvo
á los que su enojo escitan.
—No sé qué quereis decirme.
—Que vos, con artera intriga,
le robais sus partidarios
al amparo de la mitra.
—Ved que pecais de blasfemo.
—Dejémonos de homilías,
y vamos presto al asunto,
que es tarde y el sol declina.
—Decid.—Dejad el partido
del regente de Castilla
y sois cardenal.—La infamia
jamás en la Iglesia anida.
—Ved que será rey el conde.
—¡Rey el de Urgel! No en mis dias.
—Pues si le estorban acaben,
replicó Luna con ira,
y afrentando con la mano
al prelado en la megilla,
le arremetió con la espada,
que presto en sangre teñida
en la honra de su dueño
dejó una mancha rojiza.
Salieron con algazara
de la montaña vecina
cien hombres de armas cargando
sobre el obispo con ira
y cortándole la diestra
se retiraron con prisa
seguros de que á vengarle
sus partidarios vendrian.

II.

Se alza en la villa de Caspe,
muy cercano á la ribera
del Ebro, un viejo castillo
de bien guardadas almenas
por catalanes soldados,
por tropas aragonesas
y por bravos adalides
escogidos en Valencia.
Dentro de sus pardos muros,
en una estancia dispuesta
como para régio estrado,
nueve hombres de faz severa
bajo un dosel majestuoso
oyen la ruda contienda
de los que un trono litigan
y sus derechos alegan.
Estraño pleito que al mundo
de asombro y envidia llena,
que aun cree que la corona
es un trofeo de guerra,
que á lanzadas, no á razones
se debe tomar por fuerza.
Y no son reyes los jueces;
su encanecida cabeza
en los unos ciñe mitra,
en otros capucha asienta,
y en cuatro sencilla insignia
gala única de la ciencia.

Entre los compromisarios
Vicente Ferrer se sienta
y ya une al nombre de apóstol
fama de virtud tan cierta
que todo el reino acredita
milagros que hizo en Valencia.
En doble fila de sillas,
como en un coro dispuestas,
están los procuradores,
los letrados que sustentan
de los que aspiran al trono
las pretensiones opuestas,
y entre todos Juan Rodriguez
de Salamanca descuella.
Ninguno le gana en brio,
ni en las razones severas
ni en el decir elegante,
ni en refutar con firmeza.
Del buen don Alfonso, el conde
que de Rivagorza y Denia
tuvo los ricos estados
el poco derecho prueba.
Dice que es el de Calabria
niño de edad harto tierna,
y que vendrá la corona
grande á una frente pequeña.
De don Fadrique murmura,
que aunque legítimo suena
porque Benedicto trece
usó con él de indulgencia,
es lo cierto que su madre
no le tuvo como buena.
Del conde de Urgel hablaba
manifestando estrañeza
de que no mandara á Caspe
quien sus derechos digera,
cuando sus procuradores
asomaron por la puerta
diciendo con grave enojo:
—Tiene aquí quien le defienda
de quien por su causa dude
ó á denostarle se atreva.
Juan Rodriguez con sosiego
replica de esta manera:
—Huélgome de que don Jaime
aquí á defenderse venga,
puesto que ante él diré cosas
que detrás no las digera.
Hasta ahora de don Fernando
me ocupaba en la defensa
que por la sangre, y el Fuero,
el valor y la nobleza,
no tiene que subir mucho
por alto que el trono sea.
Mas ya que de Urgel el conde
ante sus jueces se muestra,
yo en nombre de la justicia
contra él entablo querella.
¿No es este conde aquel conde
que osó llevar su demencia
hasta asegurar que al Papa
rasurará la cabeza?
¿No es éste el lugarteniente
que se acercó en son de guerra
al catalán parlamento
negándole la obediencia
cuando le mandó prudente
que sus huestes deshiciera?
¿En Calatayud, no ha dado
de igual osadía muestras,
cuando precisó al Justicia
á mandar cerrar las puertas
á don Antonio de Luna,
que armado llegó hasta ellas?
¿No hizo en Alcañiz lo mismo,
alborotando la tierra
con hordas de foragidos
que reclutó en Inglaterra?
Este conde es aquel conde
que tuvo correspondencia
con el rey moro Yusuf
el que á Granada gobierna,
tratos que decir no puede
quien tenga honrada conciencia
de que si al labio no asoman
es porque los labios queman.
Y, para acabar mas presto,
del trono una mano yerta
le separa para siempre
con fria y muda insistencia;
la mano del arzobispo
de Zaragoza, que vela
por Aragon, y, aun cortada,
al conde opone su diestra.
Ya sabeis que los culpables
no son hijos de la Iglesia.
Ya sabeis que por el cielo
maldita está su cabeza.
Yo reto á Aragon, que ponga
su corona real en ella.

Alzóse inmenso murmullo,
escapáronse centellas
de muchos airados ojos,
y grave tumulto hubiera
á no salir los del conde
con mucho recato y priesa.

III.

Junto al castillo de Caspe
y á la iglesia muy cercano,
cubierto de seda y oro
se alza vistoso cadalso,
y ante la puerta del templo
se vé un altar adornado
con el mas severo gusto,
aunque de alhajas no escaso.
La muchedumbre agrupada
produce rumor estraño.
Lanzan sus ecos sentidos
las campanas al espacio
y el sol alumbra la fiesta
con sus esplendentes rayos.
Llegan los procuradores;
entre ellos viene el bizarro
Juan Rodriguez, y le aclama
con vigoroso entusiasmo
el pueblo, que ama al valiente
aun con preferencia al sábio.
Detrás los jueces se acercan
y apenas pueden dar paso;
porque al cundir la noticia
de que se aproxima el santo
todos quieren estar cerca
para besarle la mano
y encomendar á sus ruegos
el logro de algun milagro.
Al fin se canta la misa,
y cuando es todo acabado
Vicente Ferrer proclama
rey de Aragon á Fernando,
el que ganó en Antequera
su sobrenombre preclaro;
el que acreditó en Castilla
lealtad al soberano,
siendo el sosten de su trono
y de su infancia el amparo,
cuando tomar la corona
pudo con poco trabajo.
El pendon de Aragon se alza
ante el altar y el espacio
pueblan las aclamaciones,
los himnos y alegres cantos.

Pueblo español, si algun dia
de un rey te falta el amparo,
no serán tus cuitas muchas
como estimar sepas cauto
sobre la fuerza el derecho,
sobre el valiente al honrado.

J. R.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

NÚMERO 14.

La batalla del Guadalete.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(31 DE JULIO DEL AÑO 711.)

Los que por Dios inspirados,
de los bosques de Germania
á regenerar vinieron
la gran sociedad humana;
los que sóbrios en la paz
y fuertes en la batalla,
dentro de un cuerpo salvaje
guardaron vírgen el alma;
los que al progreso del mundo
llevaron la idea santa
de libertad, de justicia,
de religion y de patria;
los que abatiendo el imperio
de la soberbia romana,
sobre las ruinas de Roma
pisotearon sus águilas:
enervados por el vicio,
ya solo el licor lograba
traer recuerdo á sus mentes
del valor y la pujanza.

En la repugnante orgía
fuerzas dejan y honra manchan;
vierten licor y no sangre;
hay festines, no batallas.
Apenas el brazo débil
sostiene la dura lanza,
y truecan el hierro en seda
y en vil adorno las armas.
Ya las mujeres se rinden,
y se pregonan las gracias,
y existen pocas virtudes
y abundan los que las pagan.
La libertad está sierva,
la independencia se amarra
al yugo de los placeres,
y ya no es crímen la infamia.
Y aquellos alientos vírgenes
de los bosques de Germania
que á purificar vinieron
la gran sociedad humana,
fétidas nubes de muerte
á los tres siglos pesaban
en la atmósfera del mundo
amenazando inundarla;
mas pronto serán deshechas,
que allá en las morunas playas
está bramando el castigo
por caer sobre las faltas.
Por la salud de su obra
Dios vela y remedios manda...
Si hay germanos para Roma
hay árabes para España.

I.

Mientras el Conde su padre
gobierna la Mauritania,
vive Florinda en la corte
de Don Rodrigo el monarca.
Mucho la elogian los nobles,
el vulgo la dice Cava;
y pocos respetos tiene
quien usa tales palabras.
Murmuran que el rey la quiere,
murmuran que ya es su dama,
y hay quien blasona orgulloso
de la pasion del monarca.
Crece el rumor tanto y tanto
que de ciertas cosas hablan
aunque solo las vió un rio
y no hace favor contarlas.
Mas no es estraño que el Tajo,
indignado al retratarlas,
publicára con vergüenza
el secreto de sus aguas.
Palabras que honor mancillan
son las que vuelan mas rápidas,
y el Conde Don Julian sabe
que en lenguas está su fama:
es hombre, y rey quien le ofende
y medita en ruin venganza
la vida quitar al hombre
y la corona al monarca.
Traidora ambicion le mueve,
aunque invoca grave causa,
dejando franco el estrecho
á las hordas africanas.
Tras apariencias de honra
quiere ocultar sus infamias,
¿pero cuándo la han tenido
los traidores ni las Cavas?

II.

Triunfantes en su carrera,
despues de franco el estrecho,
van los moros ocupando
todo el castellano suelo.
Los godos vencidos quieren
hacer el último esfuerzo
y cerca del Guadalete
han reunido sus ejércitos.
La hora del combate llega;
y Tarif con ronco acento
así anima á los moriscos
de valor y fuerza llenos.
«Ya hemos vencido, africanos,
»¿ahora sabeis lo que resta?
»coger el botin que es nuestro
»al miedo y á la impotencia.
»A nuestros ojos se estienden
»poderes, glorias, riquezas...
»detrás el mar y la muerte,
»¡sus! los hijos del Profeta.
»Asia y Africa domamos
»que son legiones de hienas,
»temblando Europa el imperio
»de sus naciones nos deja.
»Rícos y hermosos palacios
»han de ser nuestra vivienda,
»en vez del hogar salvaje
»que partimos con las fieras;

»del rojo color moruno
»vistamos toda la tierra
»y brille la media luna
»sobre todas las cabezas.
»Hoy no hace falta pujanza,
»hoy basta nuestra presencia,
»que con las manos desnudas
»al miedo vence la fuerza.
»Una raza corrompida
»hemos trocado en pavesas,
»que solo el fuego consume
»tanto caudal de vileza,
»y un puñado de cenizas
»se disipan, sin mas fuerza
»que el aire que levantamos
»al trotar de nuestras yeguas.
»Alá nos guie; Mahoma
»nos mira desde su diestra,
»quien fuere en la lid cobarde
»ó traidor ¡maldito sea!

En tanto que así platica
el atrevido agareno,
impaciente frente al moro
se agita el cristiano ejército;
del rey la llegada esperan
que al fin con lujoso séquito
de opulencia fastuosa
viene á dar último ejemplo.
De oro y marfil es el carro
que le conduce y en medio
aureo trono donde apoya
su débil gastado cuerpo.
No dejan ver los adornos
que va cubierto de acero,
y ricas piedras esmaltan
sus atalajes guerreros.
....
A una señal todos marchan
ansiosos de pronto término
y las estendidas hondas
silban con ruido siniestro:
piedras, saetas y dardos
cruzan en alas del viento
la distancia que separa
la vida de los dos pueblos.
La sangre brota, la ira
invade todos los pechos,
y el ódio anima los brazos
con nervioso movimiento.
La muerte cruza los aires
sus víctimas eligiendo,
y las distancias se acortan
entre pavoroso estruendo;
al fin se encuentran las lanzas
con los acerados petos
y apagan rios de sangre
el resplandor de los yelmos.
Gritos, ayes de agonía,
amenazas, juramentos,
en confuso vocerío
pueblan los cansados ecos:
el polvo ciega la vista,
el hierro buscando cuerpos,
los caballos se revuelven
saltando sobre les muertos.
Todos luchan cual leones;
que no hay sitio para el miedo
donde el orgullo batalla
para quedar en su puesto:
uno cae: otro vacila
sobre el palpitante cuerpo
flaqueando al fuerte choque
de su lanza con el hierro.
Júntanse los enemigos
tan de cerca arremetiendo,
que se cruzan los alfanjes
con las hojas de Toledo.
Hondas se arrojan; y todos
confundidos, cuerpo á cuerpo,
disputan desesperados
existencia y triunfo á un tiempo.
Fuerte empuje los cristianos
ensayan; los agarenos
retroceden; la victoria
se inclina al cristiano esfuerzo.
Y cuando ya parecia
llegado el ansioso término,
la traicion llegó al combate
mandada por el infierno.
Don Julian y el buen obispo
Don Opas, con su cortejo
nata y flor de los villanos
mas de nobleza herederos,
contra su Dios y los suyos
se vuelven y el fuerte peso
la ya vencida balanza
vuelve á poner en el centro.
.....
Cunde el asombro; los moros

lo aprovechan, y al despecho
y la vergüenza sucumben
muchos que respeta el hierro.
El desórden y la ira
son bien malos consejeros,
si la traicion y la fuerza
atacan al mismo tiempo.
En vano los capitanes
á los cristianos dispersos
quieren juntar á sus voces
aunando el último esfuerzo.
En vano los mas leales
de sangre y sudor cubiertos
se lanzan impetuosos
del peligro en lo mas recio.
En vano el rey Don Rodrigo
presa de insensato vértigo
monta en su caballo Orelia
y anima con el ejemplo.
Todo es inútil; los moros
con irresistible empeño
hieren, destrozan y matan
por tres costados diversos
y en impotente delirio,
sin poder matar, muriendo
la raza goda y su trono
hallan espantoso término.

La germana monarquía
cual trono podrido y hueco
hundióse al primer embate
del huracan del desierto.

En tanto el corcel real
llevaba en alas del viento
al monarca desgraciado
con la muerte por consuelo.
Atrás la crin levantada,
la pupila echando fuego,
salpicado en sangre el vientre
y lleno de espuma el pecho;
el freno roto y con ansia
la sedienta boca abriendo
en el ancho Guadalete
quiso apagar sus deseos.
Desapareció entre las aguas
que en estraño movimiento
al ginete separaron
con remolinos diversos
y en ondas de sangre goda
hundióse el mísero cuerpo
de aquel monarca que solo
para morir supo serlo.

.....

Así acabó la jornada
que en los renglones mas negros
de las páginas del crímen
un nombre dejaba impreso,
mientras unos cuantos hombres
caminaban á lo lejos
una cruz y una bandera
á guarecer en un cerro.
La fé y Pelayo los guian
llevando en su noble pecho
la independencia, la honra
y la religion de un pueblo.

.....

Patria: ven á la ribera
á mirarte en el espejo
del Guadalete: no olvides
que tienes el rostro enfermo.
Que Dios vé que tu alma débil
va corrompiendo tu cuerpo,
¡y vé que no te han bastado
ocho siglos de escarmiento!

J. C. y S.

(*Es propiedad.*)

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

La Peña de los enamorados.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

I.

En la sobérbia Granada
vivió un cautivo cristiano,
por su apostura arrogante,
y caballero en su trato.
Sus nobles prendas de un pecho
suspiros mil arrancaron,
apenas brilló la aurora
de sus juveniles años.
No al olmo la hiedra amante
se enlaza con mas cuidado,
que aquellos dos corazones
por el amor se enlazaron.
Cuando él lloraba sus penas,
ella enjugaba su llanto,
y nunca el padre advertia
de sus amores los lazos.
Y así corriendo las horas,
y así los dias girando,
le destinaron los cielos
á ser dos veces esclavo.
Si quiere ser libre, lucha
con sentimientos contrarios,
que una libertad adora,
y es una cárcel su encanto.
Por eso el sol le halla triste,
la luna le halla llorando,
y entre su amor y su patria
no sabe escoger su mano.
Mas, ya resuelto, una noche
cabe una palma sentados
en el jardin delicioso,
que circundaba al palacio,
Con amorosa sonrisa,
y con acento inflamado,

llevó el cautivo estas freses
del corazon á los labios.
—«¡Sultana del alma mia!
¡De mis ensueños regalo!
¡Blanca azucena, que creces
entre jarales bastardos!
»No lejos de aquí hay un suelo
que fecundiza el cristiano,
donde el amor es mas dulce,
donde el amor es mas santo.
»Allí una cruz nos ofrece
para abrazarnos sus brazos,
y á eterna dicha nos brinda
si eterna fé nos juramos.
»Allí el ambiente es mas puro,
mas puros del sol los rayos,
mas cándidas las palomas,
los arroyuelos mas claros.
»Ven, niña de ojos azules,
la de los rizos castaños,
dejemos estas comarcas
que solo producen llanto.
»Y si me guardas amores,
lo mismo que yo te guardo,
y ansiosa quieres la dicha,
que el corazon busca en vano,
»En ese suelo querido
con tus cabellos jugando
mas dulces serán tus ojos,
mas tiernos serán tus brazos.»
No dijo mas; sus miradas
feliz respuesta buscaron,
y el rostro de la doncella
quedó en la tierra clavado.
Y no es que siente despecho,
ni que presagia un engaño,
es que, aturdida su mente,
bastante dice callando.
Es que, si anhela esos goces,
en medio de sus halagos,
oye de un padre las quejas
entre suspiros amargos.
Y, como horrible sonido
del ronco trueno lejano,
en pago de sus desdenes
una maldicion acaso.
—«¡Mi padre!...» al fin angustiada
pudo esclamar; y acabando
con tan sublimes momentos
de indecision y de espanto.
—«Desecha vanos temores,
dijo el cautivo, que en cambio
te ofrezco un padre que llora
la ausencia de un hijo amado.
»Y con su amor los consuelos,
que vierte el dulce regazo,
de una cariñosa madre
que en tu orfandad te negaron.
»Sí, tierna hurí, tus dolores
procura calmar, y entrambos
de la fortuna en las alas
salvemos montes y llanos.
»Nos da la noche el silencio,
la luna sus puros rayos,
el corazon los impulsos,
su ligereza un caballo.»
—«¡Aláh, nos guie! contesta;
¡Aláh bendiga tus pasos!»
Y dando un tierno suspiro
último adios al palacio,
Dejó su cuerpo, y cayendo
de su cautivo en los brazos,
ya no vió mas que unos ojos
que con los suyos se hallaron.
.....
Perdió la luna su brillo
por blanca nube velado,
y al estenderse de nuevo
por los inmensos espacios,
En una ojival ventana,
como escultura de mármol,
se vió de un anciano el busto
todo cubierto de blanco.
Y al mismo tiempo la brisa
á sus oidos llegando,
marcó los huecos compases
del galopar de un caballo.

II.

Duerme Granada en un lecho
de verde musgo sembrado,
sus calles están desiertas,
sus vergeles solitarios.
La brisa con soplo suave,
por entre flores vagando,
pausadamente las mece
sobre sus lánguidos tallos.
Y ya la luna en el cielo
con su cabello argentado,
cual vigilante nocturno,

asoma su rostro pálido.
¡Todo duerme! La sultana
de la molicie al amparo
sueña en amores, y sueña
con la sonrisa en los labios.
Y el mahometano, sin duda,
en delicioso letargo,
con otra sonrisa muestra
de su soñar el encanto.
Y solo entre tanta dicha,
entre placeres tan varios,
rico en ensueños sombríos,
pero de venturas falto,
Un pobre anciano contempla,
con rostro desencajado,
el mundo real de la vida
en otro mundo mas vago.
Aquí, amistades traidoras,
amores, allí ultrajados,
risas y llantos vertidos
por el dolor y el escarnio.
Y allá en el tétrico fondo,
de sus caricias gozando,
está una cándida mora
con su galan temerario.
Y lejos, mucho mas lejos,
un alazán aguardando,
y en una montaña un grupo
confusamente trazado.
Todo el anciano lo mira;
quiere descifrar el cuadro,
y al conocer sus figuras
por el contorno y sus rasgos,
Como impelido con fuerza
por un sentimiento estraño,
sacude su altiva frente,
procura entreabrir sus párpados.
Los abre al fin, con sus ojos
recorre todo el espacio,
duda si sueña ó si mira
la realidad de un engaño.
Y aun le parece despierto,
que entre delirios insanos,
al alejarse las sombras
se va aquel grupo alejando.
—«¡Cuánto soñar! ¡Qué de ideas
agitan hoy mi descanso!
¡Quizás la brisa despeje
mi cerebro acalorado!»
Dijo, y saltando del lecho
toma su ropaje blanco,
corre á la ventana, apoya
sobre ella el cuerpo cansado,
Y al mismo tiempo la brisa
á sus oidos llegando,
marcó los huecos compases
del galopar de un caballo.
—«¿Quién huye á estas horas? dice.
¡Quizás algun desalmado!
Dichoso de él si en su huida
concluyen sus sobresaltos.»
Y recordando sus sueños,
sombras, visiones, arcanos
volvieron á apoderarse
del pensamiento angustiado.
Llama á su gente, retumba
su voz por todo el palacio,
y todos van á su encuentro
menos su hija y su esclavo.

III.

Desde Antequera á Archidona,
un pueblecillo cercano,
en dos mitades iguales
aquel camino cortando,
Se alza una gigante peña
en el centro de sus campos,
como una reina en su trono
y en medio de sus estados.
Al pié un caballo, rendido
por la fatiga y cansancio,
se envuelve en su propia sangre
como si fuera en un lago.
Y allá en la cumbre descansan
dos pechos enamorados,
y se oyen dos juramentos
en este elocuente diálogo.
—«¡Dulce imán de mis amores!
¡Blanca hurí de mis encantos!
Libre al fin de unas cadenas
otras nuevas te demando.
»Cerca ya de esas llanuras,
que sin tregua codiciamos,
jura amor al tierno amante,
que yo juro ser tu esclavo.»
—«Yo en tus horas mas amargas
consagréme á tu cuidado,
yo endulzaba tu tristeza
mis caricias prodigando.
»Con tu fé pura y ardiente

me enseñaste un libro santo,
y aprendí las bellas frases
que sus páginas marcaron.
»Y una tarde en que rezabas
por tu padre idolatrado,
y besabas una imágen
de la Vírgen del Amparo,
»Yo, cayendo dulcemente
de rodillas á tu lado,
la ofrecí mis oraciones
con la fé de mi cristiano.»
—«¡Angel mio!»
—«Y hoy me pides
que te jure amor sagrado...
¡Juro amarte mientras viva
á la Vírgen del Amparo!»
Calló un instante; sus ecos
las auras acariciaron
con mas dulzura que el trino
del ruiseñor solitario.
Y enmudecido su amante,
por la emocion dominado,
no escucha de cien ginetes
el ruido de sus caballos,
Ni ve, que al frente de todos,
va un altivo mahometano
á quien agravio infirieron,
y viene á vengar su agravio.
—«¡Allí los teneis! esclama
sobre la cumbre al mirarlos.
¡Yo los soñé en una peña,
y en esa peña los hallo!
¡Sús, á ellos!...»
Y á sus voces,
saliendo de su letargo,
sin darse cuenta á sí mismos,
se miran horrorizados.
—«¡Mi padre! dice la mora.
¡Huyamos, al punto, huyamos!»
y al triste suelo cayendo,
durmióse en hondo desmayo.
—«¡Sí, que vengan! el cautivo
les grita desde lo alto.
¡Aquí os espero impaciente!
¡Aquí vuestra fuerza aguardo!»
»Y antes que sentir de nuevo
de la esclavitud los lazos,
sabré morir en la lucha
como valiente y honrado.»
—«¡Sús, á ellos!» por do quiera
repite el eco en el llano,
y cruzan flechas el viento,
y piedras sirven de dardos.
Y en confusa gritería
por la ancha falda trepando
¡victoria! junto á la cumbre
proclaman algunos cuantos.
—«¡Sí, de repente les dice,
en vuestro triunfo gozaos!»
y acariciando una idea
con la doncella en los brazos,
Asómase al precipicio,
se arroja desesperado,
y lanzan su último aliento
junto á los pies del caballo.

Lector; si acaso conoces
ó vez alguna viajando
ves esa peña, que el vulgo
la nombra de enamorados,
Que te recuerde la historia,
que entre sus riscos grabaron,
con rojas letras de sangre
dos corazones esclavos.

A. B. y C.

(*Es propiedad.*)

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

Don Alfonso octavo.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

AÑO DE 1212.

I.

El rey don Alfonso octavo,
mas grande que en cetro en alma,
y á quien dieron sus virtudes
escudo, poder y fama,
Oyó en Toledo del moro
la insolente carcajada:
respuesta el honor le pide,
y en el campo quiere darla.
¡Ay, cuánto por abatirle,
cuánto hiciera el buen monarca,
y á cuánto se atreve solo
con su Dios y su confianza!
Como alientos de su cólera,
nobles y obispos despacha
que corran todos los reinos
apellidando á las armas.
La cruz les da por bandera,
y cuanto tiene por paga,
que á él le sobra con la muerte
ó el botin de la campaña.
—«¡Sí!»—respondieron los cetros
de Aragon y de Navarra,

y engruesan con sus falanges
las falanges castellianas.
De Portugal llegan gentes,
oro y bendicion del Papa,
y del estranjero llegan
los de mas fé y mas hazañas.
Hierve Toledo en festejos,
apenas tienen las casas,
apenas tienen las calles,
á tal muchedumbre entrada.
¡Cuántos trajes, cuántos usos,
cuántos rostros, cuántas hablas,
cuántas banderas, y cuántos
que no verán mas su patria!
No importa, ¿el hombre es eterno?
¿Basta una estéril plegaria?
Quien no da por Dios su vida,
¿para qué otra honra la guarda?
Se abre por fin hácia Oriente
una florida mañana,
en que el sol y los valientes
comienzan juntos su marcha.
Su arco de cristal los cielos
de ondas de luz engalanan,
de pabellones de nubes,
lluvias de oro y esmeraldas
Sostienen la triunfal bóveda
pedestales de montañas,
la sonrisa del Eterno
los universos dilata.
Al romper la guerra en himnos
por la espaciosa comarca,
como un gran bosque de fuego
se mueven cien mil espadas.
Delante don Diego de Haro
vá de vivas entusiastas;
los caballos estranjeros
siguen tendidos en ala.
Del rey don Pedro les siguen
las aragonesas barras,
en medio va de sus nobles,
tras de sus nobles sus lanzas.
Castilla luego cerrando
las tropas de retaguardia,
con don Sancho Cañamero
dos veces grande en la fama.
Primero en nobleza á todos,
segundo á nadie en pujanza,
y temido y respetado
por quien es y por quien guarda.
Madrid le dió su estandarte,
fuerte oso en campo de plata,
que aseguran los guerreros
que en todos los triunfos se halla.
Huestes son de don Alfonso,
cércanle cruces y tiaras,
que parece que Dios mismo
vá allí á mandar la batalla.
Como la voz de un profeta
doblando están las campanas,
y los cánticos del templo
por los espacios derraman.
¡Qué de ancianos, qué de madres,
qué de esposas, qué de amadas,
los van siguiendo á lo lejos
con ojos llenos de lágrimas!
Ya cubre el polvo el camino,
y aun como palomas blancas,
vénse algunos pañizuelos
que el último ¡adios! les mandan.

II.

En número fabuloso,
con nuevas hordas del Africa,
oyó el moro el desafío
y lo acepta y se adelanta.
Toma del puerto de Losa
las formidables gargantas,
donde uno vale por ciento,
entre rocas y avalanchas.
Y desde allí nos contemplan
como á su víctima el águila,
y á la jornada de Alarcos
juran segunda jornada.
Bajó el espanto á nosotros;
que es locura temeraria
dijo la lucha salvaje
del poder con la desgracia.
Á los estranjeros dice:
—«Volveos.»—Vuélvense; vayan,
que en buen hora hay españoles
para morir por España.
Tristes se miran los reyes
mirando las cumbres altas,
don Alfonso á Dios implora,
Dios es la última esperanza.
Volver es morir de mengua,

luchar es morir de audacia,
entre honor y desaliento,
imán que dos nortes llaman.
—Señor, ¿no está Dios mas alto?
oyó el rey á sus espaldas;
vuelve los ojos, y mira
que un humilde pastor le habla.
—El Dios que sube á los cielos
esos grandes mares de agua,
te subirá como el polvo
que tu caballo levanta.
—¿Quién eres?
—Señor, un pobre,
pero sé de estas montañas
un misterioso sendero
abierto por tus plegarias.
En nombre de Dios seguidme
si fé y corazon no os faltan;
¿no veis que desde su trono
toda la tierra está plana?
Alfonso escucha el solemne
eco de aquellas palabras,
que parece que del fondo
de algun sepulcro las saca.
Alza la vista á los cielos
buscando luz, y jurara
que unas nubes las escriben
con unas letras de gasas.
—«Guia, pastor, con el nombre
»que has invocado me basta;
»siento la fé de los héroes;
»triunfante ó muerto mañana.»
Toda la noche caminan,
bajo sus pies nace el alba,
y vénse al fin los ejércitos
cumbre á cumbre, cara á cara.
¿Dónde está el pastor? ninguno
le ha visto, ninguno le halla,
y un trueno sordo responde
cada vez que el rey le llama.
Ya entre tanto en la llanura
formábanse las escuadras,
al corazon las banderas,
caballos y hondas las alas.
Y ya se ahogan las voces
entre el fragor de las armas
y galopes de caballos
y choques de horribles cargas.
Retumban como dos mares
que dos tormentas arrastran,
rompiéndose en el estrecho
sus gigantes cataratas.
Entre un caos de movimiento
y ruido y vértigo y saña,
todo el dia fué combate,
toda la noche matanza.
Muertos cien mil agarenos
¡triste ley de represalias!
la historia grabó aquel dia
con luto y oro en sus páginas.
¡Loor al triunfo de Castilla,
de Aragon y de Navarra!
¡con qué asombro y qué respeto
se habló en Europa de España!
Y en las Navas de Tolosa
nació entre sangre una palma:
presto llamarán sus brazos
á las puertas de Granada.

III.

Pasaron años de bienes;
y en su reino y en su alcázar
cercado de bendiciones,
para tal vida tal paga,
Oyó el rey hablar de un Santo
que envuelto en pobre mortaja
durmió entre el fango de muerte
como en un lecho de acacias.
Dicen que milagros hizo,
dicen que Isidro se llama,
que tuvo á Madrid por cuna
y por esposa una santa.
Dicen que fué su agonía
como una luz que se apaga,
y que un ángel con un beso
bajó á recogerle el alma.
El rey sale á verle, y toda
su córte viste de gala,
que honrar las obras del cielo
es ser digno de su gracia.
Entre obispos y señores
y un pueblo inmenso que aguarda,
el rey con grave respeto
ordena que abran la caja.
Rechinan goznes mohosos,
las viejas maderas saltan,
y como heridos de un rayo

suena un grito en mil gargantas
¡Ah, que en aquellas facciones
dulces, serenas, intactas,
todos han visto el cadáver
del pastor de la montaña!
Hinca el rey rodilla en tierra,
descubre sus nobles canas,
desde el mayor al pequeño
rezando caen á sus plantas.

Y humildes labios reales
besan las toscas abarcas,
como besa un hijo tierno
la mano del padre que ama.
Llévale en sus hombros mismos;
salmos á coro le cantan,
¡ahora es cuando va mas grande
el vencedor de las Navas!

J. C.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

Los hermanos Carbajales.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1312.

I.

Cual nido de águilas álzase
sobre la peña de Martos,
desafiando á las nubes,
inespugnable al asalto,
una altiva fortaleza
cual gigante en el espacio.
Ábrese á sus pies profundo
y vertiginoso un antro,
cuyo fondo no se alcanza
entre aguzados peñascos,
y cuyo aspecto tan solo
inspira pavor y espanto.
En un salon del castillo
hállanse cuchicheando,
con misterio y en voz baja,
muchos guerreros é hidalgos
de la hueste que acaudilla
contra el moro el rey Fernando,
pretendiendo reforzar
la que don Pedro su hermano
mantiene sobre Alcaudete
en cerco muy apretado.
Sin duda es grave el suceso
que comentan con espanto,
pues sus rostros lo pregonan
cual no lo pintára el labio.
Hay en el sombrío ambiente
del salon, que cruza un rayo

de sol moribundo apenas
tiñendo en reflejos pálidos
las armas y vestiduras
de los nobles cortesanos,
un no sé qué de medroso,
un presentimiento vago
más terrible, de que en breve
ha de ocurrir algo estraño.
Dicen unos, que al monarca
la locura ha trastornado;
otros, que en ira le encienden
de su madre los engaños;
y otros, dándolo por cierto,
afirman por el contrario
que de descubrir acaba
el que mató á su privado
Benavides, y está pronto
con rigor á castigarlo.
Sea de ello lo que quiera,
lo cierto es que á poco rato
penetra en la estancia el rey
con rostro torvo y huraño,
toma asiento, y con voz ronca
dice así á los cortesanos.
—«Caballeros; os mandé
reunir, pues quiero daros
de mi inflexible justicia
ejemplar patente y claro;»
y haciendo una seña, añade,
«que pasen los acusados.»
En tal punto, al otro estremo
se abre una puerta, y dán paso
á dos jóvenes de aspecto
noble, decidido y franco,
que aunque oprimidos por hierros
y de cadenas cargados,
su inocencia en el semblante
van bien claro pregonando.
Sin temor, mas con asombro
páranse ante el rey, que airado
esclama:—«Todos sabeis
que al salir de mi palacio
en Palencia, infamemente
fué hace poco asesinado
el noble Juan Benavides,
mas que mi amigo mi hermano,
y envueltos en el misterio
los homicidas quedaron:
pues bien, lo que las pesquisas
de los jueces no han logrado,
lo ha conseguido mi afecto;
los asesinos villanos
no los busqueis mas, señores:
aquí los teneis, miradlos.»
Y estendiendo hácia los presos
convulso y febril la mano
añade, alzándose en pié:
—«Yo ante mi córte declaro
á vos, don Juan Carbajal,
y á vos, don Pedro su hermano,
autores del negro crímen
cometido en mi privado.»
Un murmullo á estas palabras
se alza de asombro y espanto,
que acusacion tan terrible
en boca del soberano,
es, mas bien que acusacion,
de muerte seguro fallo.
Mas don Pedro Carbajal
hasta el rey adelantando,
la mirada ardiendo en ira,
y el rostro en reflejos cárdenos,
dice:—«Señor, perdonadme
si mi lenguaje es osado,
mas si esa injuria me hiciera
otro hombre, con mis manos
su torpe lengua arrancára
para festin de mis galgos.
Por mi nombre, hasta ahora limpio,
y por el de Juan mi hermano,
juro á Dios que nos calumnian
y esa acusacion rechazo.»
—«Si otro indicio, le interrumpe
el rey; no hubiera bastado
á mostrarme vuestro crímen,
fuera de sobra á probarlo
la enemistad que teníais
á Benavides entrambos.»
—«Es verdad, dice don Juan
y fuera inútil negarlo:
existian diferencias
de familia entre el finado
y nosotros; mas protesto
que de crímen tan villano
soy inocente, y apelo
de la ley al justo fallo.»
—«Y yo, prosigue don Pedro,
juro ante el Crucificado,
que hubiera mejor vertido
toda mi sangre lidiando

con don Juan de Benavides
en campo abierto ó cerrado,
que manchar mi limpia fama
con un proyecto bastardo.»
—«Basta ya; el rey le replica,
cuanto digais es en vano:
estoy resuelto á cortar
la envidia, rencor y escándalos
que me cercan y coartan
la entidad del soberano.
Conducidlos; y que al punto
de esta alta peña lanzados,
sean los dos, en castigo
de su delito nefando.»
—«¡Está bien, dice don Pedro,
con un acento inspirado
por intuicion sublime,
jamás amenguó nuestro ánimo
la muerte; mas tu sentencia
es injusta, don Fernando;
y á la sentencia de Dios
dentro de un mes te emplazamos;
que allí, ante el Rey de los reyes,
verás nuestro honor bien claro!»
—«¡Salid!» el rey balbucea,
el semblante un tanto pálido:
y entre soldados se llevan
al suplicio á los hermanos.

En silencio queda el rey
y mudos los cortesanos;
envuelto el salon en sombra,
teñido en sombra el espacio,
que acaba ya de tender
la noche su negro manto
sobre esta escena de horror,
de muerte y de duelo amargo.
Y allá, fuera del castillo,
escúchase un rumor vago,
mas siniestro, que interrumpe
de pronto un acento claro
y fatídico, que á todos
llena á su pesar de espanto.
—«Al borde ya del abismo,
la última vez proclamamos
sin temor nuestra inocencia,
y al rey don Fernando cuarto
ante el tribunal de Dios
dentro de un mes emplazamos.»
Despues... un horrendo choque
y un doble grito angustiado
hasta el monarca penetra,
y un eco lúgubre, estraño,
que repite á sus oidos,
«¡acuérdate don Fernando!...»

II.

En la ciudad de Jaen
y en una estancia suntuosa
de palacio, el rey se encuentra
presa de indolencia insólita.
Desde el campo de Alcaudete,
segun es fama notoria,
sufre su cuerpo y espíritu
tortura horrible, angustiosa,
que en vano con mil brevajes
intenta la gente docta
remediar: males del alma
no los curan sus redomas,
y mas si nuestra conciencia
alza su voz imperiosa.
¿Qué son ante el rey Fernando
el poderío, la gloria
que conseguir esperaba
contra la morisca indómita?
¡Ya nada: solo un ensueño,
humo fugitivo y sombras!
Que ese rayo moribundo
de sol, que apenas colora
tiñendo en reflejos pálidos
la colgadura ostentosa
de su lecho, está diciéndole
que toca su última hora;
que cumpliéndose está el mes
que aquella voz pavorosa
le marcara; y es lo cierto
que desde entonces no goza
de salud su débil cuerpo,
ni de calma bienhechora.
Y tal es su conviccion,
viendo que el término toca
del irrecusable plazo
que le anunció en mala hora
don Pedro de Carbajal,
siempre vivo en su memoria,
que nada en el universo
ni le interesa ni importa.
Por eso, atrás la cabeza
en espresion angustiosa,

casi estinguido ya el fuego
de su pupila recóndita,
la diestra mano en su frente,
pretendiendo una horrorosa
y fatídica vision
arrancar, mientras la otra
convulsivamente oprime
la almohada donde se apoya;
y en terrible contraccion
bajo las purpúreas ropas,
se agita el triste mirando
que está su muerte muy próxima.
Y sea vision que pinta
la fiebre que le devora
ó tremenda realidad,
que la mano poderosa
de Dios anima, es lo cierto
que entre la luz incolora
del crepúsculo, avanzando
van hácia el lecho dos sombras,
dos espectros, que el semblante
de los Carbajales toman.
En su pecho macerado
ostentan la cruz gloriosa
de Calatrava; y don Pedro,
con la faz severa y torva,
muestra en el fatal reloj
la arena postrera, sola,
que su último aliento mide,
á deslizarse ya próxima;
mientras don Juan elevando
una mano hácia la bóveda,
le recuerda el plazo horrendo
en que ha de dar cuenta pronta
á un juez que nunca se engaña
en su justicia notoria.
—«¡Es verdad! esclama, viéndolos,
el rey con angustia loca,
fuí injusto con vosotros:
mas... dejadme, vanas sombras,
alejaos... no vengais
á amargar mi última hora!
¡Ya os sigo! ¡Ay de mí!...» y lanzando
un débil grito su boca
quedó exánime su cuerpo,
pronto á trocarse en escoria,
y la suntuosa estancia
sumida en tiniebla lóbrega.

Al otro dia Castilla,
poseida de angustiosa
admiracion, por tal hecho,
rehabilitó la memoria
de los nobles Carbajales,
inmolados á la indómita
cólera del rey, ó acaso
á alguna calumnia sórdida;
y en llamar dió á este monarca
por su muerte portentosa
«Don Fernando, el emplazado,»
cual hoy le nombra la historia.

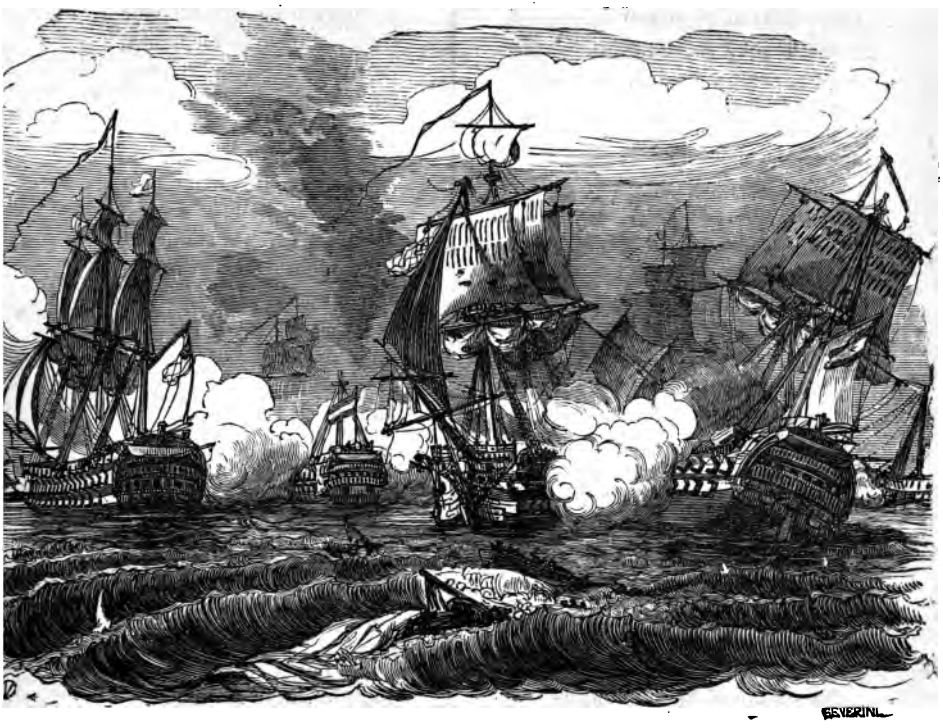
F. S.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

NÚMERO 18.



Trafalgar.

1805.

I.

Reina del mar Inglaterra,
de uno á otro continente
sus pendones paseaba
como insignias de la muerte.
Quien le disputó su imperio,
halló con sus naves siempre
tumba inmensa en las entrañas
de los mares de Occidente.
Guarecido estaba el mundo
de sus costas en los fuertes,
mirando el mar alfombrado
con británicos paveses.
En un silencio de espanto
por tan inmensos poderes
hasta el mar y la tormenta
se humillaban obedientes.
Y al tronar de sus cañones
dictando soberbias leyes
de sus gallardos navios
sobre los altivos puentes;
En las movedizas ondas
sostenian los ingleses
derechos que quizá en tierra
no pudieran sostenerse.

. . . . . .

A España y á Francia unidas
por dobles pactos solemnes,
con sórdida voz las llama
hasta el criminal palenque.
Y obteniendo sus insultos
la respuesta de los héroes

lucha terrible preparan
el heroismo y la muerte.

.....

Ya van á salir las naves,
lleno está el puerto de gente,
nacionales armonias
pueblan los ecos alegres.
En despedida ardorosa
todos los labios se mueven;
pronta vuelta, triunfo grande,
unos y otros se prometen.
Invade Cádiz entero
alturas, castillo y muelle,
á despedir por la patria
á sus hijos mas valientes.
Plegarias y bendiciones
promesas, votos solemnes
entre clamores y cantos
se mezclan confusamente.
Blancos pañuelos agita
por multiplicadas veces
en las coronadas rocas
el entusiasmo ferviente.

.....

Ya surcan el mar; entonces
cesa el clamor de repente,
y las sonrisas se apagan
y los ojos se humedecen.
Fatales presentimientos
acosan á los mas fuertes
y entre horrorosos temores
la fé y la esperanza mueren.
Truena el cañon del castillo,
truena el del mar, y parece
que con sus lenguas de bronce
se despiden para siempre.
Se estingue el rumor; se alejan,
y poco á poco se pierden
en la colosal distancia
los vistosos gallardetes.
Van á la lucha teniendo
lo infinito por palenque,
mar y cielo por testigos,
Dios y la historia por jueces.

II.

.....

Negra atmósfera; huracanes
que ciegán y á ciegas matan,
en humo y mortal estruendo
envuelven las tres escuadras.
Cubre el cielo la tormenta,
inquietas las olas braman,
zumba el trueno en las alturas
y el cañon sobre las aguas.
Ruidos horribles retumban
en las inmensas distancias,
como rumores informes
de imprecaciones satánicas.
El crímen, la ira, el ódio,
el vil orgullo, la infamia,
se ocultan tras los ropajes
malditos de la borrasca.
Sobre la insensata lucha
vierten su hiel mas amarga,
mezclando al contraste horrendo
sus crueles carcajadas;
lívida luz del relámpago
á veces fulgura cárdena
sobre aquel inmenso caos
con sus instantáneas ráfagas.
¡Qué bien la destruccion silva
entre el fuego y la metralla!
¡¡Qué bien entre dos tormentas
ruge la cólera humana!!
En medio están los bretones
con sus soberbias fragatas,
torrentes de fuego y plomo
por ambos costados lanzan.
Y españoles y franceses
resisten la atroz descarga
esforzándose animosos
por acortar las distancias.
A merced de las tinieblas
con astuta y fria táctica
retíranse los ingleses
con evoluciones rápidas.
Y frente á frente quedando
las dos naciones hermanas
mútuamente se destrozan
con ruda y funesta saña.

.....

Tarde la traicion conocen,
tarde aperciben la infamia,
y ven su bandera misma
deshecha por su metralla.
Sobre los cascos que aun restan
las dos amigas escuadras
llegan hasta los testigos
de la fraternal batalla,

que serenos y alevosos
retirándose á la espalda
presenciaron aquel crímen
con su abominable calma.
Crujen las férreas cadenas,
buques contrarios amarran,
cesa el inquieto balumbo,
asegúranse las plantas;
con el cuchillo en los dientes
y entre las manos el hacha
se lanzan los españoles
como huracanes de rabia,
al ruido de las cuchillas
cráneos en pedazos saltan
y fuertes vidas se ahogan
entre blasfemias amargas.
A cada golpe un gemido,
solo un ¡ay! es la plegaria
que al romper su estrecha carcel
puede murmurar el alma.
Se hunden los cascos deshechos
de cien soberbias fragatas;
son los mas ricos navios
pasto de furiosas llamas.
En silencio se derrumban,
lucha el fuego con el agua,
que el mar se incendia parece
y hasta las nubes se abrasan.
Y en el frio de las ondas
palideciendo las llamas,
menguan, vacilan, se agitan
temblorosas, y se apagan.
Negra columna de humo
sube en espiral y arrastran
negras cenizas las olas
entre sus espumas blancas.
¡Qué horrible angustia á la muerte
precede de la esperanza!
¡En un delirio de sangre
se agitan ébrias las almas!
Y en nervioso paraxismo,
solo el corazon que salta
se siente dentro del pecho
con palpitaciones ávidas.

.....

Desesperacion frenética
invade todas las almas;
se tornan los rostros lívidos,
se oscurecen las miradas.
No hay cuchillo que no mate,
no hay brazo que esté sin armas,
no hay cañon que no despida
entre truenos la metralla,
cruza el coraje los vientos
envuelto en siniestras ráfagas
que empujan el mortal bronce
con impulsion instantánea.
Héroes, hombres, barcos, vidas
se sumergen en la nada,
y todo es ruina y estragos
y desastres y matanza.
Guarecidos en sus naves
bajo el pabellon de España
aun resisten unos bravos
con indómita pujanza.
Por el fuego y por la sangre
rojas las pujantes aguas
á las nubes los elevan,
á los abismos los bajan.
Y parece que esperando
el fin de lucha tan larga
cansado se agita y ruje
el infierno en sus entrañas.
O que ansioso y fatigado
de tal peso y brega tanta
el mar palpitando busca
el espacio que le falta.
Entre la espuma, entre el hierro,
entre las sangrientas aguas,
sin rendirse en su agonía
están los hijos de España,
mientras la fama y la gloria
vertiendo amorosas lágrimas,
de laurel inmarcesible
coronan sus sienes pálidas.

.....

Cedió el derecho á la fuerza,
á las traiciones la audacia,
sombreó mares y cielo
el pendon de la Britania.
Pero el valor y la historia
de sus libros en las páginas
escribieron con laureles
los desastres de mi patria.
Que al éxito de la astucia
y al número de las armas
si dá la fortuna triunfos
nunca dá aplausos la fama.
Y hay en el mundo naciones
que orgullosas cambiaran

las victorias de Inglaterra
por la derrota de España.

III.

.....

De pie; cruzado de brazos
sobre la arrogante popa,
contempla el vencedor Nelson
los horrores de su obra.
Y con sonrisa altanera
alza la frente orgullosa
y el cielo mide y los mares
desafiando su cólera.
Pero aun resta una fragata
con la bandera española
de dos hermanas naciones
pregon último de honra.
Al almirante contemplan
sobre la averiada proa
héroes postreros que mueren
con espresion desdeñosa.
Sobre aquella frente altiva
que el pensamiento aprisiona
gérmen de tantas maldades,
cien maldiciones arrojan.
Y antes de caer en la nada
cuando la muerte sofoca
sus espíritus, rompiendo
los lazos que los ahogan,
lanzan contra el almirante
rayos de la última cólera
y á vencedor y á vencidos
envuelven las mismas olas.
Y el que dominar creia
sobre las celestes bóvedas
cadáver inerte baja
á las regiones mas hondas.

.....

Cesa el combate; se estinguen
los ecos; vientos y olas
se duermen con la fatiga
de tal lucha y tal zozobra.
Y al reflejo de la luna
que entre las nubes asoma
la escuadra inglesa su rumbo
va tomando silenciosa.
Y en la inmensa superficie
del mar, cual fúnebre antorcha
de lívida luz, alumbra
los cadáveres que flotan.

.....

¡¡Trafalgar!! nombre sublime
de luto y eterna gloria,
tú eres inmortal poema
de las nacionales honras.
Tú estás con letras de oro
escrito sobre las losas
de Churruca y de Gravina
en las tierras españolas.
Tus aguas han sido tumba
de dos escuadras heróicas,
ejemplo de las naciones
para orgullo de mi historia.
Tú le has dicho al mundo entero
estas palabras que invoca
mi patria querida siempre
en sus mas terribles horas.
«La honra de las naciones
»es inestimable joya.
»¡¡Antes que barcos y vidas
»vale conservar la honra!!»

P. M.

(*Es propiedad.*)

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

La muerte de un artista.

(ROMANCE HISTÓRICO TRADICIONAL.)

I.

Entre las cuatro paredes
de una reducida estancia
preséntase austero cuadro
de tintas tan delicadas
que sólo bien le percibe
quien tiene de artista el alma.
A la luz de media tarde,
en limpia y modesta cama
se ve un hombre entrado en años,
de frente tan despejada,
que entre altivez y nobleza
un tanto en altiva raya;
de ojos vivos, y locuaces,
del génio muestras tan claras,
que se vé un mundo de ideas
al través de sus miradas.
Forman las facciones líneas
severas, y al par bizarras,
que cortan algunos surcos
como misteriosas rayas
de una escritura que espresa
padecimientos del alma.
Su postracion causa duelo;
respeto infunden sus canas,
y aun mas al ver la corona
en que aparecen cortadas.
Sencilla cruz sobre el lecho
se ve en la pared colgada,
y descúbrense en el fondo,
dentro de contigua sala,
varios modelos de barro,
lienzos pintados, estampas,
y un caballete con tela

para pintar preparada.
Un hombre de edad madura,
morena, y enjuta cara,
negra ropa, y apostura
de dignidad afectada,
con el enfermo platica
cruzándose estas palabras:
—Decid, doctor, lo que tengo,
que mi dolencia se agrava
y he bien menester su nombre
para saber quien me mata.
—Bastante es que yo lo sepa.
—Bien dicen vuestras palabras
que son mis sueños verdades,
y esta inquietud triste, y vaga,
la de la luz que se agita
cuando el aceite se acaba.
—Pues, ¿qué sentís?
—Siento frio
mas que en el cuerpo en el alma.
Late el corazon con priesa
cual si retener ánsiara
un bien guardado tesoro
que á su pesar se le escapa,
y la cabeza me agovian
ruidos y escenas estrañas.
Voces oigo sin que griten
ruidos sin que suene nada:
en la oscuridad vislumbro
á veces luces fantásticas,
y á veces la luz del dia
no me parece luz clara.
Diligente la memoria
en traer cosas pasadas
tan vivas me las figura
cual si otra vez las tocara,
y al mismo tiempo anda suelta
la imaginacion bizarra,
mostrándome cosas nuevas
con tan increible audacia,
que á veces de un nuevo mundo
toca las ignotas playas.
Cosas veo, que no he visto
ni aun soñando. En lotananza,
rumor tan estraño escucho
que recordarle me espanta;
como ecos son de unas voces
que no son voces humanas;
y en fin, esto es lo mas raro,
á veces en lucha estraña
yo pugno conmigo mismo
cual si de mi me apartara,
y en huirme y retenerme
pusiera fuerzas contrarias.
—Bien pintais como discreto.
—¿Y á esta enfermedad, qué llaman?
—El nombre no hace á la cosa.
Básteos tenerla estudiada
y conocida.
—Esto es hecho.
Doctor, el tiempo me falta
para aprestar lo preciso
á tan solemne jornada.
Del sol los últimos rayos
penetran esa ventana.
Dejadme les pida nuevas
de aquellas regiones altas.

II.

Fatigoso está el enfermo,
la noche en su curso avanza
y á la tenue luz que esparce
en la alcoba solitaria
una mustia lamparilla,
se ve una mujer anciana
que profundamente duerme
sobre una silla sentada.
Contémplala el pobre artista
con cierta sonrisa amarga,
y un ¡ay! asoma á sus labios
todo el dolor de su alma.
Recuerda que en otro tiempo
una mujer le velaba
con el cariño de esposa,
y recuerda la esperanza
que acarició de unos hijos
que humedecieran con lágrimas
el rostro del moribundo
en la hora entonces llegada.
De pronto nubla su frente
nueva idea, y la dilata,
y enrojece sus megillas,
y crispa sus manos blancas.
—«No la maté; mienten, mienten,»
dice con voz viva y clara.
«Al otro, prosigue, es cierto
que le atravesó mi espada;
pero él irritó mis iras,
tuvo la defensa franca,

fué duelo en fin, y este es daño
que culpa pero no infama.»
Así delirando sigue
y el mal sin duda se agrava
pues por instantes creciendo
la angustia en su rostro marca
lo que el tropel ya no dice
de sus confusas palabras.
Tal vez la vertida sangre
le sofoca y anonada,
é intenta un supremo esfuerzo
para detener el alma,
que de Dios la tuvo limpia
y á Dios no vuelve con manchas.
Tal vez recuerda que un dia
necesidades mundanas,
y empeños de honra le hicieron
tomar órdenes sagradas,
y és su corona de espinas,
que mucho tardó en llevarla
y mucho punza al que una hora
la lleva de mala gana.
A veces sobre sus labios
se asoma sonrisa grata
cuando en sus objetos de arte
fija la débil mirada,
y es porque en dulces recuerdos
funda firmes esperanzas:
es porque el arte en su vida
llena las mas bellas páginas.
¡Cuántas veces el mendigo
le halló con la bolsa exhausta,
y frutos le dió del génio,
obras en papel trazadas
con las que el pobre tenia
seguro el oro ó la plata.
Muy presto de aquella idea
deriva ideas mas altas.
Dilátanse sus pupilas,
su ardiente fiebre se calma
y se sumerge en el piélago
de sus grandezas soñadas.
¿Qué es la vida? Breve aliento,
sombra de un humo que pasa;
pero las obras del génio,
concepciones animadas
que un siglo á otro siglo lega
acrecentando su fama,
no mueren como los hombres
ni con los hombres se acaban.
Por ellas tiene el artista
el orbe entero por patria
y con cien generaciones
y otras ciento vive y trata
haciendo que todas sientan
de sus encantos la mágia.
¿Qué es morir para el artista?
No es mas que tender las alas
en busca de lo infinito,
hollar con ligera planta
de los concertados astros
innumerables miradas,
y volar mas, y acercarse
á la fuente de do emanan
todas las bellezas juntas
y las grandezas innatas.
Morir es dejar la cárcel
en donde el génio se apaga
por falta de aire y sustento,
es aliviarse una carga
que nos encadena al suelo,
es soltar una lazada
con que se tienen las manos
entumecidas y esclavas.
En esto piensa sin duda
el enfermo, y tanto gana
la muerte con él que intenta
incorporarse en la cama
sin duda alguna aquejado
de activa prisa en hallarla.
Sus desfallecidas fuerzas
muy presto le desengañan
y ahogando un suspiro, vuelve
á caer en la almohada.
Poco despues la enfermera
deja aturdida la casa
en busca de un sacerdote
que el moribundo reclama,
y mientras la dueña vuelve
tranquilo el enfermo aguarda
observando como oscila
aquella luz triste y vaga
dentro del recinto estrecho
que á su vigor pone tasa.

III.

Ya el sacerdote ha bendito
aquella cabeza blanca
donde el albor de la muerte

asoma sus tintas cárdenas.
Solemne silencio reina
en derredor de la estancia,
solo un murmullo se eleva
y es hijo de una plegaria
eco único de la vida
á quien la muerte no espanta,
única voz á quien dobla
su régia sien coronada,
replegando con respeto
los crespones de sus alas.
La luz su círculo estrecha
y al par las sombras se ensanchan,
y como hermanas ó amigas
la noche y la muerte avanzan.
En pie el sacerdote observa
del moribundo la cara
y pónele ante los ojos
un Cristo de tosca talla.
—Hijo, le dice, contempla
esta sangre sacrosanta
que para lavar tus culpas
las rotas venas derraman.
Codicia este hueco abierto
al rigor de una lanzada,
y como las golondrinas
en la hendidura descansan
de las piedras, así puedes
tranquilo posar el alma
en el divino descanso
de estas amorosas llagas.
¿Mas por qué la vista vuelves
y con desvío la apartas
de Jesus? ¡Oh! No le pierdas
cuando te busca y te llama.
¡Hijo! Mira, y á Dios teme;
¡que ante El estarás mañana!
Hizo el enfermo un esfuerzo
y aunque con voz apagada
decir pudo al sacerdote
estas sentidas palabras:
—Padre, no es impenitencia;
es que me turba y enfada
ver que hay artistas hereges
que la faz de Dios profanan
con esculturas como esta.
Dadme esa cruz lisa y llana
y adios que voy muy deprisa
y vida y voz se me acaban.

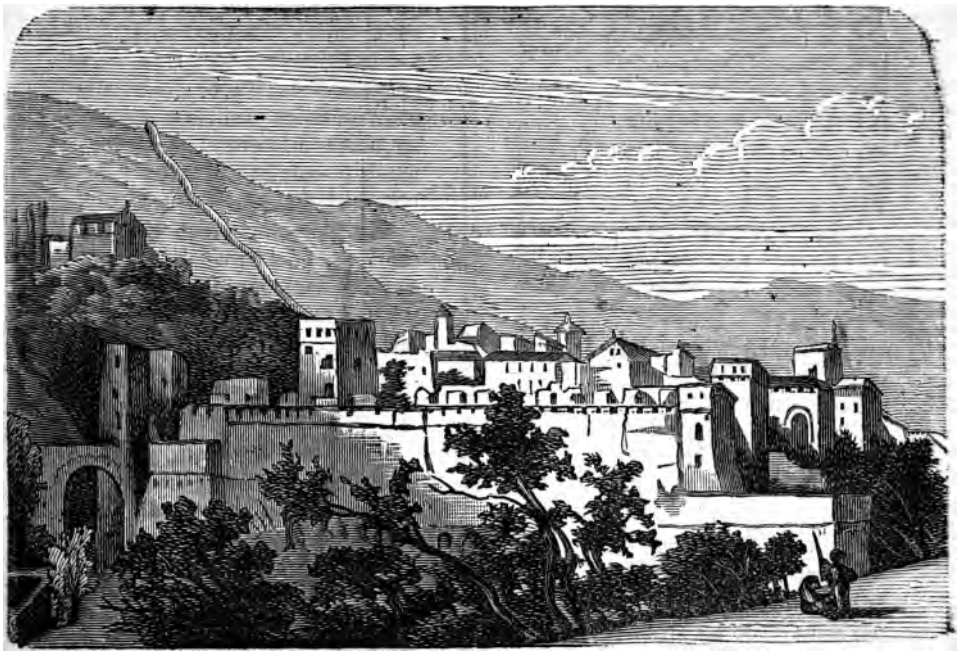
Cuando al despertar la aurora
tiñendo el cielo de grana,
el rayo de luz primero
entró en la descrita estancia,
solo bañó la faz yerta
de un cadáver que abrazada
tenia una cruz sencilla,
y al doblar de las campanas
la muerte de Alonso Cano
se divulgó por Granada.

J. R.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.



Granada.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1492.

I.

Desde el llano se dibujan
de las sierras de Granada
las dos frentes orientales
una roja y otra blanca.
Nace el sol por la de Elvira
reflejando en la nevada;
puro el cielo, ni una estrella,
ni una nube, ni una mancha.
Viernes era del mes crudo
cuando son vidrio las aguas,
cuando no tienen las aves
el abrigo de las ramas.
Cuando túnicas de hielo
la aurora, en vez de escarlata,
con la faz descolorida,
sobre los montes arrastra:
mes de Enero, año sombrío;
á seis dias de su infancia,
bien nacido para mengua
de la luna musulmana.
Hora es de limpiar del rostro
el sudor de una jornada,
los que ocho siglos marchásteis
de Covadonga á la Alhambra;
la orgullosa por sus torres,
la gentil por su elegancia,
para el sol que la enamora
mas hurí que las que guarda.
Andaluzas fantasías
sus castillos filigranan,
y no hay ojos que aseguren
si son piedras ó son gasas.

Con su celeste ropaje
que sol y estrellas esmaltan,
besa la faz de los cielos,
la hermosa ciudad romántica.
Del cielo para ser hija
la Cruz dicen que le falta,
esa que en su pecho llevan
los caballeros de España.
Ya se mueven remecidos
por las caricias del aura
los blanquísimos doseles
de las tiendas castellanas;
y digérase á lo lejos
que se tendieron bandadas
de los ánades del rio
por el cármen de Granada.
Ya en el campo nazareno
suenan pífanos y cajas,
van saliendo los soldados
en magestuosa ordenanza.
Ya relucen, ya relucen
como estrellas las corazas,
bordados, plumas y oro
por esmalte de las armas.
Baluarte postrimero,
y palenque entre dos razas,
dió á la herencia de Castilla
su último pedazo el Africa.
La ciudad de las mil torres
por vencida y obligada,
de las sienes se despoja
su turbante de sultana.
Pues temió que los donceles
truequen sus perlas en lágrimas,
y se olviden por el hierro
de la guzla enamorada.
Vuelvan á templar los mármoles
del Genil las ondas claras,
que ha dos años que se beben
con tanta sangre como agua.
Bencerrages y Zegríes
se destrozan en las plazas,
y tres reyes en tres barrios
la hacen tres veces esclava.
El dominio de hoy les cuesta
el estrago del mañana,
guerra fuera, ódios adentro,
su postrer congoja amaga.
Sobre un sólio de ruinas,
el rey Chico, que así llaman
por lo débil de su cetro
que el de un pastor le aventaja;
sin Gomeles ni Aliatares
los de ardientes cimitarras,
estremo de caballeros
en los campos y en las zambras,
sin mas gloria que el recuerdo,
mas porvenir que la infamia,
mas brazos que los eunucos,
ni mas bien que la desgracia,
con la joya del Profeta
su triste vida rescata,
y á una mujer se la rinde
que en su corona la engarza.

II.

Mas cumplidos escuadrones
ya en lucir, ya batallando,
nunca vieran las naciones,
cual los que alzan los pendones
de Isabel y de Fernando.
Cortesana la nobleza
de sus cetros despojada,
trocó en gloria la riqueza,
y siguió el génio y grandeza
de una hermosa coronada.
Alegre trompetería,
mas alegres los soldados,
todo es galas este dia,
plumajes y pedrería,
terciopelos y brocados.
Hija de alguna victoria
trae cada pueblo una enseña;
las páginas son de gloria,
donde vá escrita la historia
de un trono, que fué una peña.
Corcel bravo, que conduces
á la dama de Castilla,
los vergeles andaluces
con sus flores y sus luces
bordáronte estampa y silla.
En pomposa bizarría
luenga manta y flecos de oro
ondear gallardo hacía,
y un penacho, que en mal dia
sacó al campo el rey del moro.
Grave paso, airoso huello,
riza cola, henchida el anca,
como torre el alto cuello,

rueda al bélico resuello
blanca espuma, en piel mas blanca.
Isabel como la diosa
que encarnó Jove en su frente,
mas sublime vá que hermosa,
quebrantando victoriosa
la cerviz á otra serpiente.
Joyas ciñe, que en luz nueva
á otro mundo abren camino,
que mañana en noble prueba
desde el pecho que las lleva
irán al mar del destino.
Muy galan el rey Fernando,
en el sitio del primero,
con todo Aragon por bando,
vá á par suyo cabalgando
como esposo y caballero.
Rodéanle hombres de cuenta
en santidad y cordura,
aristocracia opulenta,
é hijo-dalgos sin mas renta
que la espada y la ventura.
Y otra nobleza brillante
de ganada gerarquía,
ora guerrera, ora amante,
con la inmensidad delante,
y por blason la osadía.
Si delirios agitaban
en torno á las dos coronas,
¿qué huracanes igualaban
sus alientos, que ensanchaban
el espacio de las zonas?
El que á Córdoba debiera
armas, cuna y apellido,
camina á la delantera
de todos, como quien era
por la fortuna escogido.
Rico en gloria mas que en bienes,
es de la córte decoro,
raza de hombres para quienes
todo es laurel en las sienes,
y todo en las manos oro.
No hay en él mas árduo empeño
mas brillo, ni mejor lanza;
grande á quien no haga pequeño,
y eran tenidas por sueño
cosas que su diestra alcanza.
Mas la insolente malicia
que ni premia ni perdona,
dió en mirar lo que es justicia,
cual lisonja no propicia
al honor de una matrona.
Detrás de tan noble guía
van los dignos de su paso,
vá en triunfo el Ave María
conque al cielo vengó un dia
en la Vega, Garcilaso.
A su escuadron delantero
vá aquel Paredes fornido
sin cota de malla ó cuero,
de sus músculos de acero,
y su audacia revestido.
Y escudos de honroso lema
en brazos casi infantiles,
inspirando cada emblema,
un canto de aquel poema
de Roldanes y de Aquiles.
Ejércitos se encadenan,
y caballeros é infantes
todo el horizonte llenan,
y allá en la ciudad resuenan
aquellos pasos triunfantes.
¡Hé aquí los hombres llegados
he aquí los tiempos cumplidos,
por la fé profetizados,
los siglos de oro tornados
que se lloraban perdidos!
¡A Granada!... Esa bandera
de flotante Cruz morada,
en la cúpula altanera
ya os bendice, ya os espera,
¡raza de héroes, á Granada!

III.

Como huyendo de sí mismo
pues su conciencia le espanta,
y es cuanto vé en torno suyo
espejo de su desgracia.
Boabdil, el chico en ventura,
con ojos llenos de lágrimas,
al perderle para siempre
besa el polvo de su patria.
¡Ay! que acercándose escucha
de las tropas la algazara,
y es sobre su pecho mismo
cada paso que adelantan!
¡Honor, fortuna, placeres,
cielos, campos y enramadas,
rios de amantes orillas,

mármoles de sombras pálidas!
El infeliz peregrino
al comenzar su jornada,
os dá en su adios mas amargo
la mas triste de las almas.
Caminando, caminando
sobre sus recuerdos marcha,
sus pocos vasallos fieles
silenciosos le acompañan.
Ya abandona los palacios,
las sombrías calles pasa,
con los ojos en el suelo,
y sin huella las pisadas:
ya en su frente la oval puerta
proyecta una sombra rápida,
y al pasar de allí, parece
su corona que le arrancan.
Ya va subiendo, subiendo
de Padul las cumbres ágrias,
donde flotan murmullantes
las alegrías lejanas.
En el recodo del cerro
nacido há una peña blanca,
como paloma que duerme
sobre un nido de esmeraldas.
Ya van para siempre á hundirse
como á un abismo arrojadas;
la árabe ciudad postrera,
y tantos siglos de hazañas.
¡Boabdil, Boabdil que detienes
junto á la peña tu planta,
y sobre tu eden querido
viertes tu última mirada,
en tus ojos la agonía
tus lábios místios exhalan
en nerviosas vibraciones
un gemido sin palabras!
Ya por los aires se estienden
las banderas castellanas,
¿á robarte el paraiso
serán las nubes que bajan?
¡Llorad, llorad agarenos,
cual los cautivos lloraban
vueltos á Sion los ojos,
del Eufrates en las playas!
Boabdil cayó de rodillas,
los brazos tiende, y arranca
lo mas profundo del pecho
suspirando: *¡Ay, mi Granada!*
Con la muerte en el semblante
detrás de él su madre Fátima:
—«Como mujer llora, dícele,
lo que como hombre no guardas.»—
Un paso mas... ¡tras la peña
todo acabó!... Sola estaba
cuando en los aires subieron
las armonías cristianas.
Mas el eco del suspiro,
como viuda y errante águila
con el ¡ay! eterno, ciérnese
en torno de la montaña.
Y aun dicen los campesinos,
que el primer cierzo del alba,
un espíritu doliente
despierta en la roca blanca.
Como el rumor que respira
de Memnon la egipcia estátua,
como el murmullo del Darro,
como el ¡adios de Granada!

J. C.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

NUMERO 21.

Pedro de Vera.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

Hay en nuestra patria historia
negras y sangrientas páginas,
que sin robar su grandeza
con mil crímenes la manchan;
páginas de sangre llenas,
que despiadadas retratan
el abrazo en que se ahogaron
al encontrarse dos razas.
Hoy, al repasar el libro
de su grandeza pasada
se ha detenido mi vista
en una sangrienta mancha:
descifrar he pretendido
sus letras medio borradas
y he notado ser su asunto
la conquista de Canarias;
de esas islas que llevaron
el nombre de *Afortunadas*,
como un sarcasmo inaudito
á los duelos de su raza.

I.

(1483.)

Por las pendientes veredas
de una elevada montaña,
cuyas bases de granito
cubren materias volcánicas,
en tropel confuso, niños,
mujeres y ancianos marchan,
cual huyendo de un peligro
que cerca les amenaza.
Sus casi desnudos cuerpos
muestran la tez bronceada
de una raza á que las penas
siguen con furia no escasa,
y los brillantes plumages
que cuerpo y rostro engalanan
bien su estado primitivo

nos dicen y su ignorancia.
Marchan todos en silencio
ahogar queriendo sus lágrimas,
que padres y amantes hijos
á aquellas mujeres faltan;
hijos y padres, que en lucha
tan larga como obstinada
sin vida quedando fueron
en los campos de batalla.
Un dia llegar notaron
á sus costas solitarias
una pesada galera
con las insignias de España,
y los inocentes *guanches*
brindaron amistad franca
á aquel buque en que la muerte
y la traicion se albergaban.
La escasa hueste que de ella
saltó despues á la playa,
iba siguiendo á un caudillo
de tan imprudente audacia,
que la historia se avergüenza
al mencionarlo en sus páginas.
Llamóse Pedro de Vera,
nació en tierra jerezana
y unió á su valor heróico
la crueldad mas sanguinaria;
pero al plantar en las islas
el pendon de nuestra patria
supo refrenar su instinto
y disimular sus mañas.
Por eso desde un principio
fué tal su preponderancia
que los isleños creyeron
ser venturas sus desgracias,
y saludaron alegres
como enseñas de esperanzas
las banderas de la muerte
de los soldados de España.
¡Ay! pronto de aquellos sueños
al despertarse con rabia
notaron que las cadenas
dificultaban su marcha;
que en la miseria morian,
que en el deshonor fiaban;
que los hijos mas valientes
de aquellas altas montañas,
encadenados partian
desde sus queridas playas,
para saltar como esclavos
en la tierra sevillana.
Entonces, fiando al hierro
la defensa de su causa,
palmo á palmo defendieron
honra, libertad y patria.
Testigos de sus proezas
pudieron ser las montañas,
cuyas vertientes sirvieron
de sosten á sus hazañas;
pero es inútil que el héroe
luche contra la desgracia,
que ante sentencias del cielo
se estrella la fuerza humana.
Por eso, despues de un dia
de cruda y fiera batalla,
los fugitivos isleños,
sangre derramando y lágrimas,
subían por las veredas
de una elevada montaña,
cuyas bases de granito
cubren materias volcánicas;
y á su pié los vencedores
con el capitan Peraza,
aniquilarles pretenden
cortando su retirada.
Cerca al llegar de su cumbre
la tímida caravana
Bentejuy que lá conduce
se vuelve hácia la esplanada,
y al notar que los soldados
les siguen con pertinacia
y que los yelmos relucen
á muy próxima distancia,
—Hijos, esclama: si adversa
fué la suerte de las armas,
no han de gozarse en su triunfo
esas gentes sanguinarias.
Despues de haber dado muerte
á nuestro jefe Doramas,
mi esclavitud necesitan
y juro no han de lograrla.
No resistais á su encono,
arrojad pronto las armas
y vivid alimentando
ódio sin tregua á la España;
y, tú, hijo mio—besando
de un niño la frente pálida
añadió,—mi muerte llora,
mas vive para vengarla.
El verdugo que me acosa

es el capitan Peraza,
¡quiera el cielo que algun dia
libertes de él á la patria!

Dijo, y al notar ya cerca
á los soldados de España,
se abrazó con otro jefe,
que morir con él reclama,
y desde la altiva roca
cuya elevacion espanta
y á cuyos piés el mar ruge,
ondas quebrando de plata,
lanzáronse los dos jefes
buscando en la muerte calma
y vió Peraza sus cuerpos
sepultarse entre las aguas.

II.

(1488.)

Reina un movimiento estraño
en la playa de Gomera,
en la que enclavan las tropas
de España sus blancas tiendas.
En la del centro que guardan
los armados centinelas,
hablan con calor dos hombres,
de condicion bien diversa.
El uno de ellos, anciano,
demuestra en su faz severa
la dignidad que denuncia
su morada vestimenta
y el episcopal anillo
que brilla en su mano diestra.
Es su nombre Juan de Frias
y su mision evangélica
predicar la fé de Cristo
en las conquistadas tierras.
El otro, de edad robusta,
faz que denota fiereza,
frente hundida, ojos que lanzan
por la cólera centellas,
cubre sus fornidos miembros
del guerrero con las prendas.
Su nombre, ante el cual los *guanches,*
cual hoja en el árbol tiemblan
y el ejército se inclina
para prestarle obediencia,
es el mismo que citamos
no ha mucho: Pedro de Vera.

El caudillo y el obispo
que platican en la tienda,
guardan en cargo y carácter,
desemejanza completa.
Uno es el brazo inflexible
símbolo de la violencia;
otro el corazon que sufre
todas las estrañas penas;
uno el que vence y castiga;
otro el que auxilia y consuela;
el uno á su Dios olvida;
el otro á su Dios impetra:
el caudillo es el verdugo,
el obispo su conciencia.

—Ya lo veis, padre: ni vuelven
ni hay noticia de su vuelta.....
¡Ay de Gomera, si altiva
no me abre al punto sus puertas!
—¿Y porqué seguir usando
tan despiadado sistema?
—¡Que acaten mi poder todos!
—Con dulzura.....
—¡O que perezcan!
—¡Pedro de Vera, harta sangre
ha regado ya estas tierras!
—Corra mas, si es necesaria
para el logro de mi empresa.
—¡Oh! si de ello se enterase
nuestra católica reina,
la gran Isabel.....
—Daría
mis justicias por bien hechas.
—Juez y verdugo habeis sido.....
—Padre, evitad reprimendas,
que hábitos sacerdotales
no hacen en mi pecho mella.
¡Y, aseguro por mi nombre,
que, ó cejais en la tarea
ú os embarco para España
á que os quejeis á la reina!

En esto llegó un soldado
á la puerta de la tienda
y Pedro de Vera al verle
preguntó con impaciencia:
—¿Qué hay, Ruy?
—Señor..... vuelvo solo.

—¡Cómo!
—Al llegar á las puertas
de la ciudad, fuimos víctimas
de una traidora sorpresa.
—¡Oh!.....
—Yo solo me he salvado,
gracias á mi ligereza.
—Pero, el capitan Peraza.....
—Cayó tambien muerto en tierra
por el puñal de un mancebo
que solo tres lustros cuenta
y que gritaba: *¡Venganza!*
¡Cumplí tu manda postrera!
Cinco fuimos: vuelvo solo
por daros cumplida cuenta
de la traicion; en la plaza
á defenderse se aprestan;
pero ahora mismo, pagando
la traicion con la sorpresa
podemos con un asalto
hacerla al instante nuestra.

—Padre Frias, ¿nada dice
ahora vuestra reverencia?—
Con sardónica sonrisa
preguntó Pedro de Vera.—
¿Nada decís? ¿Cómo os atan
estos sucesos la lengua?
Mas, yo supliré el silencio
y dictaré la sentencia.
¡Juro á Dios que en cuanto tome
la plaza de la Gomera
á todos sus habitantes
colgaré de las almenas!
De quince años para arriba,
ahorcados todos perezcan,
que la vida de Peraza
no pagan otras quinientas.
¡A la ciudad ahora mismo!
¡Alcense luego las tiendas,
y que esta noche los cuervos
logren abundante cena!

Seis horas despues, la luna
alumbraba macilenta
un espectáculo horrible,
una hecatombe sangrienta:
cientos de *guanches* pendian
de los tejados y almenas,
horror inspirando al alma
sus convulsiones postreras.

El obispo Juan de Frias
cumplió tambien su promesa,
é hizo saber aquel crímen
á la católica Reina.
Horrorizóse la corte
y llamó á Pedro de Vera;
pero la espada de un noble
pesaba tanto en su época,
que el que despobló á Canarias
con inaudita fiereza
murió viejo y respetado
en Jerez de la Frontera.

O. y B.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

Alfonso sesto en destierro.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1071.—1085.

I.

¡Cuán hermosa era la tarde!
¡El sol bajaba á su ocaso
derramando rayos de oro
sobre las aguas del Tajo;
y en hermosa lontananza,
sobre encrespado peñasco,
á Toledo se veia
con sus moriscos palacios,
sus torres filigranadas,
y sus mezquitas de mármol
con gigantes alminares
hasta el cielo levantando
la soberbia media luna,
como reto audaz lanzado
por el furor del Koran,
al Dios de los castellanos!
Del Tajo en la verde orilla,
en un delicioso campo,
holgando el emir Mamum
estaba con sus privados.
Cabe aquel y sobre el césped,
reclinado al pié de un árbol
dormitaba al parecer,
un caballero cristiano.
Era de gentil figura,
y de su rostro los rasgos,
severos y hermosos eran
cual los de Páris juzgando.
Quizá su mente agitaba
pensamiento agigantado,
hecho de esplendor y gloria

que á ser llegó en breve plazo
timbre de su eterno nombre
y de su heroismo el faro.
—¿Quién era el tal caballero?
—Era un hijo de Fernando,
aquel que reinó en Castilla
con sobre nombre de Magno:
don Alfonso de Leon
en Golpejar derrotado,
sus dominios defendiendo
de la ambicion de don Sancho,
que era de Castilla rey,
y azote de sus hermanos.
Don Alfonso, que perdidas
en aquel encuentro aciago
su reino y su libertad,
perdiera en un triste claustro
tal vez la vida tambien,
si el arrojo temerario
de Ansurez, no le sacara,
imposibles superando,
de aquel sepulcro do en vida
le enterrara el castellano.
Llevóle de allí una noche,
y le puso á buen recaudo
en la ciudad de Toledo
córte del noble, y muy sabio,
y generoso Mamum
prez del nombre mahometano.
Recibióle el buen emir
estrechándole en sus brazos,
que los nobles pechos, siempre
dan el bien sin meditarlo.
Y hubo en el Zoco torneos,
y zambras hubo en palacio,
y dulzainas y añafiles
por las calles, obsequiando
de este modo, al triste Alfonso,
los muslimes toledanos.
Así de Alfonso las horas
en el destierro pasaron
hasta el dia que le vemos
dormido bajo del árbol.
Recreábase Mamum
á Toledo contemplando
fortaleza inespugnable
del imperio mahometano,
y esclamó orgulloso:—¡Vedla!
¡Su aspecto infunde entusiasmo!
—¡Alah solo, nadie más,
Medina, tiene en sus manos,
el poder de conquistarte,
el hombre no puede tanto!....
—¿No pensais así Wazires?....
preguntó á sus cortesanos
y éstos haciendo zalemas
de respeto, contestaron:
—Tú lo has dicho, gran emir
«¡el hombre no puede tanto!».....
Un anciano solamente,
á los demás no imitando,
miró al emir y á Toledo
y no despegó sus labios.
—¿Nada dices tú, ben-Zaid?
pregunta el rey al anciano:
—Juzgo, Señor—contestó,
—que fuera costoso y largo
conquistar nuestra ciudad
mas no imposible lograrlo.
—¿De qué modo?—Sus campiñas
y linderos entalando
seis años consecutivos
y privada así de abastos.....
—¡Calla! ¡calla!—saltó el rey
de improviso recordando
que estaba Alfonso con ellos
y añadió—¡si habrá escuchado!....
Veinte alfanges damasquinos
á tal sospecha brillaron
cual si mágico resorte
moviera los veinte brazos;
—¿qué intentais?—rugió el emir
conteniendo á sus privados:
—¡Envainad esos aceros,
ó por el Profeta Santo
solo yo, os mato á los veinte
como asesinos villanos!
Todos á la voz del rey
el golpe mortal pararon;
mas uno de traza fiera
al emir contesta osado,
empuñado el corvo alfange:
—¿Olvidas, Señor, acaso,
cuán funesto puede ser
del huesped el sueño falso?....
—¡Prúebame que el sueño finge,
y sin vacilar le mato!....
—Mi corazon me revela.....
—¡Tu corazon, está odiando!
¡y basta ya, ben-Ferax,

que si en calma te he escuchado
agradécelo á tus canas
mas no abuses de tus años!
—¡Tu esclavo soy, gran emir;
pero escucha este presagio
que tú no veras cumplido
y se acerca á grandes pasos!
Y encarándose á Toledo
dijo cual voz de lo alto:
«¡Guay de la fuerte matrona
que la prudencia olvidando,
á venenosa serpiente
dá calor en su regazo.....
¡Toledo! pronto tus hijos
veras, en llanto anegados,
mendigando estraño asilo
ó siendo en tu seno esclavos;
y verás escombros hechos
alminares y palacios
y en tus sagradas mezquitas
al *Nazareno* adorado,
y en tu portentoso alcázar,
cuna de tus soberanos,
verás á tus opresores
tus cadenas fabricando!»
—Dijo: y en sus negros ojos
que cubrió con ambas manos,
en lágrimas, sus destellos,
al dolor se liquidaron.
¡Honda pena en los Wazires
causó el lamento inspirado,
y el emir de los creyentes
triste oyó el fatal presagio!
Mas á su pesar mintiendo
tranquila sonrisa el lábio,
tendió su vista al proscrito
y despues de gran espacio,
dijo:—¿Veis?.... ¡tranquilo duerme!....
su aliento apacible y blando
y el candor de su sonrisa,
no las finge vil engaño.
Y luego cual temeroso
de la fé de sus privados:
—¡Levanta, Alfonso le grita
—es hora de que partamos!....
A la voz, como dormido,
indeciso y consultando
con atónita mirada,
el sitio, el cielo, y el campo,
se levanta el caballero,
dando de su porte sandio
mil escusas, que el emir
cortó con estrecho abrazo.
Y á la ciudad se volvieron
ambos reyes platicando
seguidos de los Wazires
que marchaban cabizbajos.

II.

Tres meses han trascurrido
desde la escena pasada.
En un salon arabesco
que mansion de génios y hadas
parece, mas que vivienda
para mortales labrada,
sobre mullidos cojines
de ricas telas de Arabia,
sentado está don Alfonso,
segun la morisca usanza.
Pensando está en su infortunio
y suspira por la pátria
y por el brillo del trono
que Sancho le arrebatára.
¿Qué vale que en el destierro
un generoso monarca
le regale sus palacios,
sus tesoros, sus alhajas,
si el explendor con que brilla
viene de otra luminaria?....
¡Vivir en ócio forzado
él que soñó mil batallas
lides mil, grandes conquistas
que su nombre eternizaran!....
¡Morir quizá en el destierro
sin dejar gloriosa fama
—¡imposible!—piensa él,
¡no me diera Dios tal alma!....
Levántase y agitado
se pasea por la estancia,
derramando de sus ojos
el brillo de la esperanza.
Poco despues oye pasos;
suenan luego tres palmadas
tras un espejo de acero
que oculta una puerta falsa.
—¡Es el conde!—dice y abre
haciendo girar la plancha.
Entra entonces su privado,
un sugeto le acompaña,

que en su porte y continente
revela su alta prosapia.
—¡Vive Dios! exclama Alfonso,
¿vos por aquí, Garci Arias?....
—A ser, señor, el primero
que postrado á vuestras plantas
señor y rey os aclame
como Castilla os proclama.
—¡Castilla me aclama rey!
¿Y mi hermano?
—¡Muerte airada
dióle un traidor en Zamora
que Bellido Dolfos llaman!
—¡Mi hermano!.... ¡poder de Dios!
¡nadie á tu justicia escapa!
¡Dispuesto estoy á partir
quiero ver pronto mi pátria!....
—Partiremos en secreto
sin que Mamum.....
—¡Conde!.... ¡basta!
—¿Has podido presumir
Ansurez que tal infamia
cometiera con un padre
que Dios me dió en la desgracia?
—¡Dichoso yo que te escucho!
¡Aláh premie tus palabras!
Dijo Mamum penetrando
por la puerta reservada.
—¡No te admires; he sabido
cuanto sucede en tu pátria,
y tenia ya ordenado,
que si mi amistad burlabas
intentando una evasion,
sin vacilar te mataran!....
¡Corazon tienes muy grande,
tú serás un gran monarca!
Marcha, pues, á las Castillas;
mas antes que allá te vayas,
solo dos cosas te pido:
tu amistad y tu alianza
para mi heredero Hescham.
—¡Las tienes aseguradas!
—Pues abrázame y Aláh
tu reinado feliz haga.

Guardó Alfonso agradecido
su amistad y su alianza;
y muertos Mamum y Hescham
siendo emir el torpe Yahaga
Alfonso el Conquistador,
el invicto en mil batallas,
con la toma de Toledo
inmortal hizo su fama.

P. V.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

La prision de Quevedo.

(ROMANCE HISTÓRICO TRADICIONAL.)

(1639.)

I.

De San Felipe en las gradas
se nota gran movimiento,
entre la turba de ociosos
que allí malgastan el tiempo.
Los estirados hidalgos,
nunca á trabajar dispuestos,
aunque de noche se comen
el almidon de los cuellos,
á los que grandes se llaman,
y á veces lo son de cuerpo
no más, haciéndoles coro
repiten con mil estremos
la gracia de un desatino,
ó el entono de un bostezo.
No faltan allí escritores,
ambulantes esqueletos,
que la ocasion acechando
de desenvainar sus versos,
aunque de números se hable
dicen que vienen á cuento,

y un largo romance leen,
ó recitan un soneto
que aunque preñado de soles
y reventando en luceros,
es mas frio que Diciembre
y mas oscuro que un negro.
Tambien se ven comediantes
que vienen del mentidero
como vivas estafetas
de chismecillos diversos,
y al hablar de la comedia
mas reciente de Moreto,
los víctores atribuyen
á sus cortes y remiendos
que hay muchos cómicos sastres
remendones de lo nuevo.
Hay algun fraile que escucha
en los corrillos diversos
sin desmentir á ninguno,
sin aplaudir indiscreto;
y aquí toma una limosna,
allá una cita á un almuerzo,
y acullá en rapé esquisito
sepulta tan bien los dedos
que solo en la caja queda
el polvo esterior al dueño.
Y no falta entre los grupos
alguno que escucha atento,
y mas que ninguno charla
con sin igual desenfreno,
ya para ocultar su oficio
con prudente fingimiento,
ya para poner á muchos
ocasiones de tropiezo.
Allí del Rey se comentan
los públicos devaneos,
y si los públicos faltan
se improvisan los secretos.
Allí esplican de la guerra
los desgraciados sucesos,
barbilampiños galanes
que tienen vírgen su acero.
Del mercader que hay enfrente
se elogian los ricos géneros,
y diz que su suerte estiran
las manos mas que el ingenio.
De los maridos que pasan
corren chistes tan cubiertos,
que la alusion siempre queda
por bajo de los sombreros.
Si cruza devota á misa
doña Leonor, viene á cuento
decir que es muy mas devota
de uno ni santo, ni bueno;
si á doña Juana su dueña
guarda con severo gesto,
se dice que lleva ayuda
para forjar embelecos,
y así de todo y de todos
con sal, pimienta ó veneno,
sazonan si hacen ó no hacen,
si son ó no, y sin misterio
pisan, huellan y desgarran
honras y merecimientos.
Es Diciembre, dia siete:
el sol en su capa envuelto
de cierta nube plomiza
camina al otro hemisferio.
De San Felipe en las gradas
el frio hiela el aliento,
mas no por eso las dejan
los ociosos, que con fuego
de una sátira se ocupan,
política por supuesto,
de intencion tan aguzada,
de agravio tan descubierto,
ó de verdad tan desnuda,
y tan picante concepto
que es mucho lo que se aplaude
y se comenta en estremo.
Oculta el autor su nombre
y da incentivo el secreto,
para que se empeñen todos
en descubrirle indiscretos.
La ocasion aprovechando
de lucir su pobre ingenio,
ó tal vez dando á la envidia
al par desahogo y cebo,
cierto escritorcillo enjuto
de carnes, alto y con ceño
así dice: Es harto estraño
que nadie descorra un velo
que de transparente gasa
me produce á mí el efecto.
Bien al autor de la sátira
descubren sus propios versos.
Que es del gobierno enemigo
no hay que dudarlo; que es viejo
tampoco, pues su malicia
no es propia de años muy tiernos.

Traslúcese que es jocoso
á veces, y á veces sério,
haciéndole un tanto oscuro
su fecundo atrevimiento.
A vivir Villamediana
marcárale con el dedo,
que en sátiras atrevidas
ninguno le fué más lejos;
mas faltando Vera Tasis
solo un poeta tenemos
que en la intencion le va cerca
si no en el atrevimiento.
Mira detrás de cristales
y aunque vé poco de lejos
vé mucho, pues mucho mira
y de cerca; anda con tiento
que aunque rara vez tropieza,
de un pié cojea en estremo.
Achaques tiene, y..... he dicho,
que hablar mas no fuera cuerdo.
La envidia, que llevó al coro
ciertos poetas pigmeos,
hizo la alusion tan clara
que todos al mismo tiempo
cierto nombre pronunciaron
con risas de tal efecto,
que á los muy pocos instantes
para nadie era un misterio,
y andaba en boca de todos
don Francisco de Quevedo.

II.

Es de noche: en cierta casa
de un principal caballero
del hábito de Santiago,
se refieren los sucesos
de la tarde, y los escucha
el poeta á cuyo ingenio
la sátira se atribuye.
Con alabanzas sin cuento
le abruman, y aunque protesta
que no son suyos los versos,
al notar que en sus palabras
no hay burlas ni fingimiento,
hácia la puerta dirige
con prisa sus pasos trémulos.
—¿A dónde vaís?—A espatriarme.
Hijos postizos dan esto,
que aquel á quien se los cuelgan
purga pecados agenos.
—No temaís. — Sé de Olivares
que ha de tener gran contento
en ponerme unos corchetes
que es como echarme á los perros.
— No sabrá lo que se dice.
— Sabrá mas de lo que quiero
que tiene grandes orejas,
y de oidores callejeros
cuadrilla alquilada que oye
crecer la yerba y el pelo.
—¿Qué ha de hacer con vos la curia
la ley guardando? — Pues eso,
guardarme y guardar lo mio.
— Os soltarian. — Lo creo.
Son como las sanguijuelas,
que chupan y sueltan luego.
Oyese un aldabonazo
en la puerta, y el reflejo
de linternas en la calle
se deja observar. Quevedo
suspira, y con mucha flema
se vuelve á ocupar su asiento.
—Resistamos. — Es inútil,
y ¡qué mas quisieran ellos
que hacer mas grande la causa
de comer! — Al poco tiempo
entra don Francisco Robles
con grande acompañamiento
de alguaciles, y así dice:
Perdonadme caballeros
si os interrumpo. Al instante
concluyo. Vengo á prenderos,
don Francisco, vuestras coplas
os ponen en este aprieto.
— Decid las coplas agenas:
Dios le perdone al coplero,
que estará muerto de risa
contemplando vuestro acierto.
¿En dónde me alojan gratis?
— En Leon; en el convento
Real de San Márcos. — La pesca
debe conservarse en fresco.
¡Buen país! Como á una avispa
me llevan á un avispero.
¡Buen sitio! Y por que me cuelgan
lo que ni como ni bebo
voy á San Márcos. ¡Buen santo!
Que es abogado de aquellos

que corren y son corridos
y sirven para tinteros.
Vamos á hacer penitencia
que viene bien al suceso.
Me hareís gracia que la capa
tome de paso. —Os la niego
bien á mi pesar. Es fuerza
que os conduzcan al momento.
—El que toma capa escapa
habrán dicho, mas yo creo
que están conmigo harto frios
y harto quemados á un tiempo.
Tan siquiera una camisa
en una tienda me tengo
que tomar..... —Llevais la puesta.
No es posible detenernos.
— ¿Tambien sucio? Si mas pido
me van á hacer ir en cueros.
— Abajo está la litera.
— Si la quitais el acento
no bajo, que ya las letras
desconozco y aborrezco
como los chicos. Con sangre
diz que entran, yo soy ya viejo,
tengo sesenta y un años,
cómo entraran no me acuerdo,
mas sí de que ahora me salen
como las bubas, doliendo.
Podeis decir á Olivares
que mi camisa le dejo
con el fin de que se acuerde
que no permitió á Quevedo
mudarse, y de que él se mude
que hace buena falta al Reino.
Vamos allá, cuando gusten.
Buenas noches caballeros.

Duró la prision bastante
al poeta: estuvo enfermo;
salió pobre y achacoso,
y así vivió y murió presto.
Un dia entre los papeles
de cierto fraile travieso,
el borrador de la sátira
vino á aclarar el misterio,
y entonces la corte supo
que injustamente fué preso
por culpas que no eran suyas
el poeta madrileño.
De San Felipe en las gradas
se comentó este suceso,
cuando caido Olivares
á Loeches iba en Enero,
y hubo algun chusco que dijo
tal vez con picante intento,
que el conde-duque llevaba
la camisa de Quevedo.

J. R.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

La campana de Huesca.

(ROMANCE HISTÓRICO TRADICIONAL.)

(1136.)

I.

En una estancia espaciosa
del palacio real de Huesca,
doña Inés de Poitiers,
entre agitada y suspensa
con don Pedro de Tizon
platica de esta manera.
—Dejaos de vanas frases
conde, y hablad con franqueza.
A las Córtes convocadas
por el rey, mi esposo, es fuerza
que como noble y privado
de su consejo asistierais,
y cuanto en ellas ocurra
mucho saber me interesa.
—Pues bien; ya que lo quereis
os hablaré sin reserva.
Al entrar el rey ya estaba
toda la noble asamblea
en el salon reunida,
y al verle, voces diversas
con murmullo irreverente
acogieron su presencia.
Unos decian; «miradle,
qué figura tan grotesca:
la rueca mejor que el cetro
debiera empuñar su diestra:»
y otros; del *Batallador*
no tiene sangre en las venas:
un rey *monge*..... un rey *cogulla*.....

—Basta— interrumpe la reina,
en vos tan torpes palabras
mal, aun repetidas, suenan.
Quien eco se hace de injurias
despreciables las aumenta.
—Pues bien, prosigo señora.
Cuando al fin en la asamblea
se restableció el silencio,
don Ramiro con serena
voz, espuso las razones
que á reunirla le movieran.
Espuso que don Alfonso
de Castilla las fronteras
asuela, mientras los nobles
en fratricidas contiendas
hasta con los enemigos
de la patria se conciertan,
negando auxilio, traidores,
al rey que ellos eligieran
arrancándole del claustro
en que vivia, á la fuerza.
A tal punto, un atrevido
esclamó con insolencia;
que ya no infunde respeto
en esta época de guerras
un rey *monge*, y que está pronta
la mitad de la nobleza
á retractar de la fé
y homenage que le hiciera.
Al oirle don Ramiro,
en pié, y con cólera ciega,
airado esclamó; «decidme:
si mi poder no respetan
los nobles, ¿á cuál se atienen?»
Y él le dijo—«Al que les prestan
Dios y su espada.»—Está bien,
repuso el rey: no me resta
mas que oir; pero presente
tened, que la ambicion vuestra
presto os llevará á la tumba,
y hará que sonada sea
vuestra muerte, tanto, tanto,
cual la vibracion tremenda
de una *campana*, que oirse
en todo Aragon pudiera.
—¡Eso dijo? esclamó, al conde
interrumpiendo la reina.
—Si señora, y vuestro esposo
quizá la corona juega
al proferir tales frases
rompiendo con la nobleza.
—¡Tan grave es su situacion?
—Tanto, que llevar me ordena
un mensaje al sabio Abad
de San Ponce, en las Tomeras,
pidiéndole sus consejos
en situacion tan estrema.
—Pues partid al punto—esclama
doña Inés.
—Antes quisiera
que lo que ha un año os declaran
mis ojos diga mi lengua.
Yo os amo, y no lo ignorais
señora, por que esta hoguera
que encendisteis en mi pecho
hasta mis pupilas quema.
No como hasta aquí inhumana
y con fria indiferencia
me acojais: si hoy á mi amor
correspondeis, la tormenta
conjuraré que amenaza
al trono.....
—Tened la lengua;
—interrumpe doña Inés:—
si hasta hoy con fria reserva
miré vuestros galanteos,
desde este punto me es fuerza
con el desprecio mirarlos
que merece su insolencia.
—Sé que al conde de Atarés
amais, señora.
—¡Tal mengua,
vos conde de Monteagudo,
suponeis en vuestra reina?
¡Salid! tan torpes palabras
no merecen mas respuesta.
Y estendiendo con desden
su régia mano á la puerta,
vió al de Tizon doña Inés
salir, en el rostro impresas
del despecho y la venganza
las aterradoras huellas.

II.

El rey Ramiro segundo
en una apartada estancia
de palacio, con el conde
de Monteagudo se halla,

y de este modo con ceño
le dice. ¿Diste mi carta
á Fray Frotardo en persona?
—Si señor, y sin tardanza
al jardin del Monasterio
hizo que con él bajara.
Allí, sin darme respuesta
al mensaje, con estraña
espresion, tomó al azar
del suelo una recia vara
y con ella los mas altos
arbustos, flores y ramas,
fué cortando y abatiendo
en silencio y con gran calma.
Despues volvióse, y me dijo:
«particípale al Monarca
que esta sola es la respuesta
que doy por ahora á su carta.»
—¡Misterioso, dice el rey,
está el Abad; y me estraña
que habiéndome prometido
de su esperiencia y sus canas
los consejos, aquel dia
en que para mi desgracia
abandoné el Monasterio,
no dé respuesta mas clara!
—Yo, si me lo permitís
me prometo descifrarla;
—dice don Pedro Tizon.—
Y el rey le replica—habla.
—Pues bien, señor; del Abad
las maneras enigmáticas
claramente os aconsejan
que las cabezas mas altas
de los nobles, si es preciso,
hagais caer sin tardanza.
—No es posible—dice el rey—
empresa tan temeraria.
—Pues yo—añade Monteagudo—
os prometo realizarla.
Además á aconsejaros
me atrevo, que si la calma
deseais, al de Atarés
mandeis prender por que fragua
vuestra ruina y deshonor.
—¡Que oigo! don Ramiro esclama.
—Sabeis señor, que Atarés,
aunque de sangre bastarda,
es vuestro primo y codicia
la dignidad Soberana
apoyándose en los nobles
que contra vos se levantan;
mas lo que ignorais sin duda
es que á la más alta dama
de la Córte, á vuestra esposa
galantea y.....
—Tú me engañas,
le interrumpe el rey.
—Yo os juro,
replica el traidor con calma,
por mi honor y mi conciencia,
que son ciertas mis palabras.
—Pues bien—dice don Ramiro—
al conde de Atarés manda
prender, y á los conjurados
haz castigar sin tardanza.
Y murmurando entre dientes,
«yo averiguaré»..... la estancia
abandona, dirigiéndose
de doña Inés á la cámara,
mientras Tizon presuroso
corre á saciar su venganza.

III.

A la incierta luz que filtra
la alta bóveda formada
por varios arcos que cruzan
una estancia subterránea
del palacio, un espectáculo
se vé que de horror espanta.
El húmedo pavimento
salpican rojizas manchas
de sangre, que aun tibia humea
en torno de quince humanas
y fatídicas cabezas
en círculo colocadas.
De los piés en una argolla
que en la bóveda se halla
penden otros tantos cuerpos
en forma de una *campana*.
Cae la sangre que destilan
en las cabezas cortadas,
como bautismo de muerte
ó cual infecunda sávia.
De pronto el silencio lúgubre
de la estancia funeraria
el chirrido de una puerta
interrumpe, y destacadas

en la luz, vénse dos sombras
avanzar con torpe planta.
El rey Ramiro segundo
de Aragon, es la mas alta,
y la otra su privado
Tizon, que la ensangrentada
escena mostrando; dice.
«Señor, ya está la *campana*
que deseabais fundida.
En ella junté con maña
los metales mas preciados
de las familias mas altas.
Lunas, Luecia, Atrovillo,
Azlor, Fontova, Lizana,
Peña, Coronel, Vidaurre
y las no menos preclaras
de Faces y Vergua, dieron
para ella mezcla sin tasa.
Ahora bien, señor ¿creeis
que esta famosa *campana*
vibrará bien y el sonido
podrá oirse en toda España?
—No; replicó el rey.
—¿Por qué
señor?
—¿No observas le falta
el badajo?
—Es cierto, el conde
replica, mas acabarla
es bien fácil: la cabeza
del de Atarés esa falta
remediará.
—No, traidor,
el rey iracundo esclama:
la tuya propia estoy cierto
que una vibracion más clara
producirá y más sonora
cual fiel pregon de tu infamia.
—¿Qué decís, señor?
—Silencio:
todo lo sé: ambicionabas
al par que en tus enemigos
tomar sangrienta venganza
fraguar mi propia deshonra:
mas Dios hizo viese clara,
aunque tarde, la razon
de tu conducta villana.
De ellos me vengaste tú,
aun más de lo que anhelaba,
ahora es justo que á la vez
tomemos de tí venganza.»
Y haciendo una seña, al punto
al de Monteagudo amarra
el verdugo, y al suplicio
le conduce sin tardanza.
El rey entonces añade;
«comienza ya la *campana*
á vibrar: á su sonido
huya por siempre la infamia.
Ya estás, esposa querida,
cual es justo vindicada,
y libre al fin de traidores
nuestra desgraciada patria!»—

Tal fin suelen alcanzar
las ambiciones bastardas;
ténganlo siempre, aun á costa
de otra segunda *campana*.

F. S.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA
Rollo, 6, *bajo*.

El Ave-María.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1491.)

I.

Tras siete siglos de guerra
en que con noble pujanza
lidiaron nuestros abuelos
por reconquistar á España;
tras el esfuerzo gigante
con que la cruz sacrosanta
hizo menguar los fulgores
de la luna musulmana,
y al baldon del Guadalete
sirvieron de represalias
los lauros inmarcesibles
del Salado y de las Navas;
para terminar la lucha
y á las costas africanas
lanzar los escasos restos
que aun avergüenzan su patria,
unidos los españoles

en fraternal alianza
bajo los reyes católicos,
pusieron cerco á Granada.
Triste debió ser el dia
en que, al despuntar el alba,
dorando con sus colores
la enhiesta Sierra Nevada,
al tender Boabdil la vista
sobre la vega lozana
desde un ajimez calado
de las torres de la Alhambra,
miró su estension cubierta
por las huestes castellanas,
cuyos pendones mecía
el aliento de las auras.
Si en aquel terrible instante
le permitieron sus lágrimas
reconocer los blasones
que el sol naciente alumbraba;
si vió en el campo enemigo,
rodeando á los Monarcas,
tantos guerreros ilustres
por sus recientes hazañas,
lleno el pecho de entusiasmo,
de fé rebosando el alma,
dispuestos á dar la vida
por su Dios y por su patria;
y si contempló que en torno
de su bandera eclipsada
solo habia un corto número
que los ódios destrozaban,
pudo medir su destino
con exactitud amarga,
y los duelos de *Padul*
vislumbrar en lontananza.
Pero ante el riesgo inminente
con que el cristiano amenaza
el último baluarte
de su moribunda raza,
pidiendo su fuerza al miedo
y al fanatismo sus armas,
apréstase á defenderle
ó á morir en la demanda.
A las brillantes marlotas
suceden fuertes corazas;
eriza mortal acero
el estremo de las cañas,
suena el clarin, y los brazos
que en la voluptuosa danza
sostenian la cintura
de las huríes gallardas,
llamados por sus acentos
á otras empresas mas árduas,
ora rigen un caballo,
ora esgrimen una lanza.
Testigos de mil proezas
las puertas y las murallas
donde lidian de contínuo
sin dar reposo á la espada,
ya ven el trabajo inútil
de sorpresas y algaradas
que el campamento cristiano
tienen en perpétua alarma;
ya de su voraz incendio
se enrojecen con las llamas,
perdiendo ante *Santa Fé*
sus postreras esperanzas;
ó ya del famoso Alcaide,
vástago de ilustre casa,
que al frente de los donceles
el Genil y el Darro tala,
presencian á cada instante
las inauditas hazañas,
mirando cierta la ruina
que su esfuerzo les prepara.
Todo es temor y agonía,
todo son quejas y lágrimas,
ayes de viudas y huérfanos,
miseria, discordia y rabia;
pero en medio de los males
con que el destino avasalla
del nazarita Alhamar
á la ciudad ponderada,
todavía otros mayores
en la sombra le amenazan:
todavía el porvenir
nuevos dolores le guarda.

II.

Despliega en el firmamento
la oscura noche sus gasas,
y el sol oculta su lumbre
por detrás de las montañas.
Reina silencio profundo
en las calles de Granada,
solas como los confines
de maldecida comarca,

y sus tristes moradores
en recónditas estancias,
unos lloran sus pesares,
otros de lidiar descansan.
Por una estrecha calleja
lóbrega y abandonada
que bajo un arco sencillo
desemboca en Bibarrambla,
marchando con lento paso
un caballero se alcanza,
mas que por verle los ojos
por el ruido de sus mallas.
Envuelto en albornoz pardo,
sin plumas, joyas, ni galas
que hagan destacar su aspecto
de la sombra de las casas,
con tal misterio camina
y tanto el cuerpo recata,
que hace dudar si es un hombre
ó algun errante fantasma.
De pronto hiende los aires
del *muezzin* la voz sagrada
que en el alto minarete
dirige á Dios su plegaria,
y al mismo tiempo se escucha,
conducido por las ráfagas,
el toque de la oracion
que de Santa Fé se escapa.
Al oirle el caballero
detiene el curso á su planta,
hinca la rodilla en tierra,
descubre la frente hidalga,
y sin cuidarse del riesgo
á que le espone su audacia,
lleno de fé religiosa
dice en lengua castellana:
—«Dios te salve, Vírgen madre,
»llena de pureza y gracia;
»el Señor está contigo
»y en tu hermosura se ufana.
»Bendita entre las mujeres:
»bendito el ser de alianza
»que por redimir al mundo
»abrigaste en tus entrañas.
»Yo te suplico, Señora,
»que intercedas por mis faltas
»cerca de tu único hijo
»fuente de toda esperanza,
»y des aliento á mi pecho
»para dejar acabada
»esta empresa que dedico
»á tu gloria soberana.»—
Terminada la oracion
y vuelta á seguir su marcha
en las profundas tinieblas
que ya la noche derrama,
cruzando distintas calles
llegó por fin á una plaza
donde su negra silueta
una mezquità levanta.
Un rollo de pergamino
sacó, que oculto llevaba,
estendióle cuidadoso,
desnudó luciente daga,
y con vigoroso golpe
que retumba en lontananza
sobre la puerta del templo
cartel y puñal enclava.
Hiriendo luego en la piedra
con el pomo de la espada,
una antorcha resinosa
prende en el fuego que salta;
agítala sin descanso,
por una estrecha ventana
la arroja en el interior
que pronto inundan las llamas,
y dominando el rugido
de aquel incendio que estalla,
sobre las gradas del pórtico
con voz estentórea exclama.
—«Granadinos, llegó el dia
»en que humille con su planta
»á vuestro falso Mahoma
»la Vírgen inmaculada.
»En esta impía mezquita
»su santo nombre proclama
»Hernan Perez del Pulgar
»que desprecia vuestras armas;
»y para que no le falten
»festejos y luminarias,
»ardiendo estan los altares
»de la impiedad musulmana.»—
Dice, y antes de que acuda
la multitud espantada
que sus voces y el incendio
de brazos del sueño arrancan,
siguiendo el curso del rio
se dirige á la muralla,
y por pasaje ignorado
el campo cristiano gana.

III.

A la quietud y el silencio
que en la poblacion reinaban,
sucede en cortos instantes
la mas espantosa alarma.
Suena el rebato, se ajitan
centinelas y avanzadas
creyendo que el enemigo
al asalto se adelanta.
Ocúltanse las mujeres,
los hombres piden venganza,
la muchedumbre á torrentes
por las calles se derrama;
hasta que la luz rojiza
que del incendio se escapa
sirve de guia á sus pasos
y la realidad declara.
Amenazador murmullo
entre el pueblo se levanta,
viendo la insignia piadosa
en la mezquita clavada,
y ya los mas atrevidos
se acercan á profanarla,
cuando su furor contiene
de un caudillo la llegada.
Es Tarfe, el terrible Tarfe,
cuya poderosa lanza
maldicen viudas y huérfanos
en las ciudades cristianas;
con el regaton de hierro
el santo cartel arranca,
á la cola del caballo
le suspende para infamia,
y aumentando el regocijo
que á los infieles embriaga
con el fuego del orgullo
les dirige estas palabras.
—«No es valiente el que en la noche
»á la traicion se prepara,
»ni es triunfo el que poco dura
»y con ignominia acaba.
»Mañana á la luz del dia
»veran las huestes cristianas
»la vergüenza que á sus ídolos
»ocasiona esta jornada,
»y si alguien quiere impedir
»la afrenta que les aguarda,
»toda su sangre os prometo
»para apagar esas llamas.»—
¡Bravura inútil! Ya Dios
tiene las horas contadas
de aquel pueblo y de aquel hombre
que á su poder amenazan;
y para hacer mas visible
su proteccion á la causa
que en la márgen del Auseva
libró su primer batalla,
al nunca vencido Tarfe
y á su fuerte cimitarra
un *muchacho* Garcilaso
en la Vega les aguarda.
El brazo de aquel imberbe
domó del moro la audacia,
rescatando el santo emblema
de María inmaculada,
y por dar feliz suceso
á la empresa comenzada
por Hernando del Pulgar,
llamado *el de las hazañas*,
desde aquel dichoso dia
que hizo perpétua su fama,
Garcilaso de la Vega
se le apellida en España.

L. V. y D.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

El mejor premio del Arte.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

A Madrid desde Sevilla
camina á cortas jornadas
gallardo mancebo, henchido
de risueñas esperanzas.
Lleva por únicos bienes
una mujer que idolatra,
dos niñas de su amor prendas,
ardor que á luchar le inflama,
los consejos de un anciano
pintor y sus enseñanzas,
noble ambicion en su mente,
recomendatorias cartas
para Olivares, ministro
ante el cual se inclina España,
la bendicion de su padre
y en su pecho fé cristiana.
Poco los años le pesan,
mucho la ambicion le arrastra.....
él logrará la victoria
y honra será de su patria,
porque sabe que los triunfos
luchando con fé se alcanzan
y el Arte guarda coronas
para quien sabe ganarlas.

I.

(1623.)

Enfrente de San Felipe
curiosos grupos se paran,
á contemplar en pintura
las facciones del monarca.
El lienzo en que está su efigie,
más que fingida animada,

obra es de un pintor oscuro
que en él cimenta su fama.
Y á fé que quien tales muestras
da de sí en edad temprana,
harto su valor denuncia,
que es empresa temeraria
hollar por la vez primera
una senda nunca hollada.
Quién, al mirar el retrato,
mudo admira su gallarda
ejecucion; quién prorumpe
en elogios y alabanzas;
quién, á su paso siguiendo
su costumbre involuntaria,
se descubre con respeto
creyendo ver al monarca.
Unos recuerdan los triunfos
de los pintores de fama
y á Blas de Prado y Pantoja
quieren conceder la palma;
pero sus voces se pierden
y sus razones se apagan
ante el general murmullo
que contra ellos se levanta.
Circula de boca en boca
un nombre y entre alabanzas
por do quiera lo repite
la muchedumbre entusiasta.
No muy distantes del grupo
en que á Velazquez se ensalza,
otro mas pequeño forman,
siguiendo animada plática,
el Duque del Infantado,
Caltel Rodrigo y Saldaña,
con los Carpios, los Ucedas,
los Castillas y los Vargas.
Nobles por sus ascendientes
y por sus propias hazañas,
casan la adquirida gloria
con otra gloria heredada;
pero nadie al escucharles
su linage adivinara,
que artísticas discusiones
mal con la nobleza casan.
—A fé mia, dice Uceda,
que es empresa temeraria
dar en tierra en un momento
con reputaciones altas.
¿Quién pintará en lo futuro
los retratos del monarca?
—Quien así empieza, replica
Caltel Rodrigo, sobrada
inteligencia denuncia
y condiciones señala.
Si otros pintores no saben
hacer mas, dejen su plaza
á quien de niño les lleva
tan innegables ventajas.
Mozo es Velazquez; sus obras
bien su mocedad retratan,
y los primores del genio
no logra quien peina canas.
Ya el rey le buscó acomodo
y habitacion en su casa,
y el Conde-Duque pretende
que su persona *gallarda*
legue al porvenir el mozo
para asombro de la patria.
—Ardua es la empresa, replica
burlonamente Saldaña,
que si es objeto del Arte
fijar la belleza humana,
ha de sudar el mancebo
para embellecer su espalda.
—¡Imprudente!, le interrumpe
uno que á su lado pasa:
criticad en hora buena
las corcovas literarias;
mas dejad á los ministros
las suyas altas ó bajas.
Que es hombre además Velazquez
tan capaz de poetizarlas,
que asombren en lo futuro
de D. Gaspar las espaldas.
—¿No sabeis el privilegio
que ha concedido el monarca
al sevillano?, pregunta
Giron.
—No sabemos nada.
—Pues imitando el ejemplo
de Alejandro, que hizo gracia
á su pintor de que él solo
fuese quien le retratara,
mandará que se recojan
sus efigies soberanas.....
y lo que en Grecia fué Apeles
Velazquez será en España.
—Hizo en ello el soberano
justicia mas bien que gracia;
pero ¿es cierto?

—Lo asegura
quien ha inclinado al monarca
á la merced.
—¿El ministro?
—El mismo que viste y calza.
—Prenda es de arrepentimiento.
—Dios le ha tocado en el alma.
—De seguro va á morirse.
—¡Tal pienso yo, y se prepara
para cuando sus acciones
pese Dios en la balanza,
haciendo una cosa buena
á cuenta de muchas malas!

Así ocupaba á la Córte
de Velazquez la llegada;
así logró en breves dias
lo que solo el genio alcanza,
que príncipes y magnates
su voz al pueblo agregaran
para ir tegiendo al artista
la corona de su fama.

II.

(1656.)

Entremos del regio Alcazar
en un lujoso aposento,
que encierra en sí los primores
de la riqueza y del genio.
Entre cortinas de seda,
ricos tapices flamencos,
bajo reliéves y estatuas,
memorias del arte griego,
lienzos manchados, apuntes
que más ó menos ligeros
muestran vigoroso estilo
y de la verdad el sello,
destaca un cuadro que roba
los ojos y el pensamiento,
á la voluntad arrastra
y esclaviza los deseos.
En él su propio retrato
dejó el pintor, sorprendiendo
la verdad en otros tipos
que honran su claro talento.
Describirlos minucioso
fuera temerario empeño:
quien las *Méninas* no ha visto
nunca podrá comprenderlo.
La princesa Margarita
vive, en mengua de los tiempos,
en ese cuadro que el Arte
imita y nunca con éxito.
Los bufones, los enanos,
que en él acusan riendo
con sus deformes facciones
á un rey, un siglo y un pueblo,
viven tambien ocupando
lugar propio en aquel lienzo;
y hay entre aquellas figuras
de ambiente y de luz portentos;
y los encajes se palpan;
brillan joyas y aderezos
y el espectador pregunta
al mirar cuadro tan bello:
¿es ficcion solo del Arte?
¿Es verdad lo que estoy viendo?
Quiero medir la distancia
y un lienzo plano tropiezo;
me aparto y el lienzo busco
y solo el espacio veo.....
Mas, dejando digresiones,
á nuestra historia tornemos
y á la habitacion que vimos
y al cuadro que es nuestro objeto.
Una persona á su lado
lo mira y admira á un tiempo:
otra, en silencio se aparta
varios pasos con respeto.
Es la primera el monarca
que rige el hispano pueblo;
rey, cuya débil cabeza
no puede sufrir el peso
de la maciza corona
que ciñeran sus abuelos,
y poco á poco en pedazos
ve como salta su cetro;
monarca, de cuya vida
fué la Historia juez severo
y al que las Artes alzaron
admirables monumentos,
porque un corazon de artista
sintió latir en su pecho;
sintió animarse en su alma
mil osados pensamientos,
que no tradujo en victorias
sino solamente en versos.

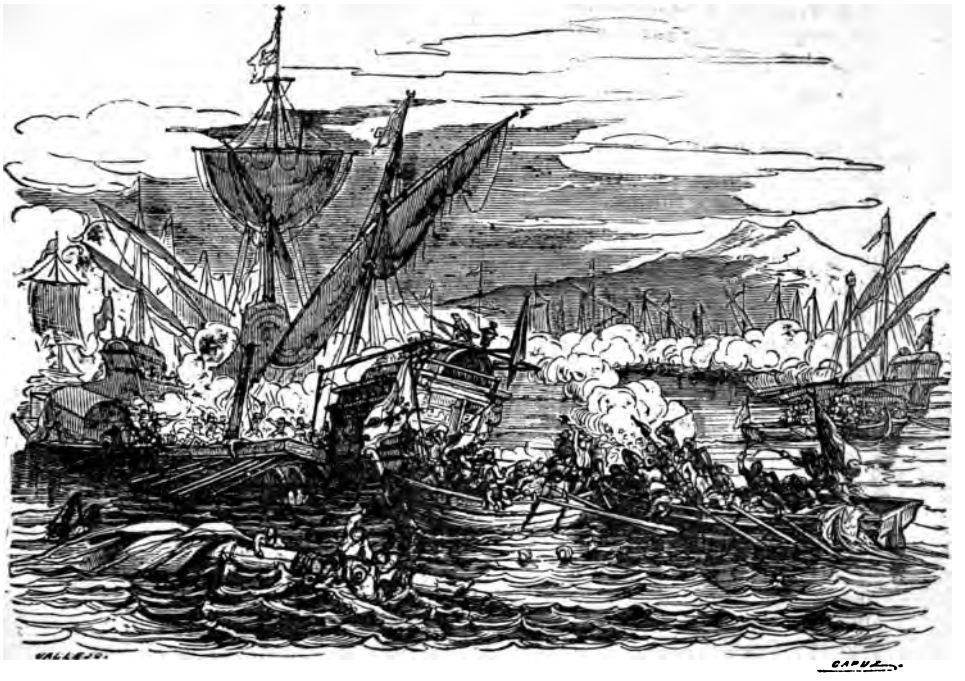
La otra persona es Velazquez:
claro lo denuncia el fuego
de sus ojos, la melena
que en rizos le baja al cuello
y el ondulante bigote
que espontáneamente enhiesto
marca á sus facciones puras
majestad y atrevimiento.
—¡Pardiez! esclama Felipe,
su rostro al pintor volviendo;
siempre he creido, Velazquez,
que son sublimes tus lienzos;
pero en este, a tu buen nombre
pusiste remate y sello.
—Señor.....
—Lástima que el cuadro
de tantas bellezas lleno,
tan rico en todas sus partes,
tenga tambien un defecto.
—Señor, para corregirlo,
siempre me hallará dispuesto;
vuestra Majestad me indique.....
—No tal: corregirlo quiero
yo mismo: así tendré parte
en los aplausos, que luego
tributarán á esta obra
en los siglos venideros.—
Y el rey, tomando en su diestra
el pincel, llegose al lienzo;
el retrato del artista
contempló mudo un momento,
y sobre la negra ropa
pintó con pulso sereno
la cruz roja de Santiago
al lado izquierdo del pecho.
Cayó Velazquez de hinojos,
Felipe le alzó del suelo
y en estas nobles palabras
completó su pensamiento:
—No es merced la que te otorgo
ni justicia que te debo:
es que reparo un olvido
y que corrijo un defecto.
Noble por tu cuna, noble
por la voluntad del cielo,
que en tu mente encendió un dia
la sagrada luz del genio,
tú la nobleza encerrabas
en lo interior de tu pecho,
y yo al esterior la saco
porque la aprecien los necios.
Tú la ganas, yo la pinto,
¿cuál hace más y cuál menos?
Tu con mi trabajo ganas
hábito de caballero:
yo gano más, de otros siglos
ganaré aplauso y aprecio;
pues cuando ensalcen tu gloria
dedicarán un recuerdo
al monarca que ha pintado
la cruz roja de ese lienzo.

O. y B.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.



La victoria de Lepanto.

I.

Sabe el rey de toda España
que hay otro rey en el cielo,
y una cruz por homenaje
en la corona se ha puesto.
Llena de poder su diestra,
fuerte su voz como el trueno,
velando está sobre el mundo
por legado y no por dueño.
La nave escogida surca
un mar de escollos sin puerto,
y prevenido á abatirla
blandea un rayo el infierno.
.....¡Llegó el dia! En su carrera
los destinos de dos pueblos,
como dos mares rivales
empujados á un estrecho,
frente á frente Europa y Asia,
dispútanse un hemisferio;
y para avanzar un paso
les falta á las dos terreno.
La luna es que de Bizancio
vió el occidental imperio,
como la lívida antorcha
que sombrea un rostro muerto.
La fé cristiana sucumbe,
y el abismo abortó un genio
para borrar en la tierra
los pasos de Godofredo.
Alá es el Dios de los crímenes;
la virtud y el fin supremo
esas deidades que llevan
el paraiso en su cuerpo.
Despeña sobre la Europa

su carro triunfal, sirviendo
de pompa, hogueras nutridas
con sangre de hermanos nuestros.
La piedad y el infortunio
se refugian en los templos,
donde vibran como preces
los suspiros de los pueblos.
¿Se habrá perdido el aroma
de los angustiosos ruegos,
entre el rumor de los hombres
que mueven guerra al Excelso?
Aun resplandece una aurora
sobre la tiara de Pedro,
dorando con la esperanza
las tumbas del sufrimiento.
¡Oh, esparce una gota mística
de la sangre del Maestro,
y lavadas nuestras almas
guia, que al Gólgota iremos!
Se alzó el Prelado de Roma:
—«Hijos, esclamó, el averno
»ha arrojado sus cadenas
»por la faz del universo.
»Inmolad vuestros rencores,
»vestid el cilicio negro,
»y la segur de la muerte
»ceñid al flanco guerrero.
»Vos, don Felipe de España,
»Dios os llama, acudid presto,
»la herencia de Covadonga
»tócaos por fé y por derecho.»
¡Iremos! los muertos claman
sus losas estremeciendo,
y los príncipes repiten
de la cristiandad ¡Iremos!
España, Roma, Venecia
y Austria, él mar cubren de remos.
¡Dios presida la batalla
del Coran y el Evangelio!

II.

7 de Octubre de 1571.

Selim segundo, el caudillo
de sangre y conquistas ébrio,
á Alí-Bajá y Barbaroja
de su audacia aventureros,
con trescientas treinta y cinco
galeras, del mar portento,
ordena que le conduzcan
de toda Europa los restos.
No han menester mas falanges
que su espada ambos guerreros,
ni mas terror que sus nombres,
ni ponzoña que su aliento.
Llevan cautivos limando
con sus lágrimas sus hierros,
venturosos si otras costas
recogen su adios postrero.
En el golfo de Lepanto
ya ven centellar dispuestos
los cañones de su patria
dirigidos á sus pechos.
En batalla está la flota;
Doria en el flanco derecho
con naves y voluntarios
españoles y extranjeros.
Las venecianas galeras
rige á la izquierda Veniero,
y el núcleo de los navíos
españoles forma el centro.
Ricos de ardor y esperanza
desde Mesina salieron;
la flor de cuatro naciones
unió tan sagrado empeño.
Caudillo aquel don Juan de Austria
fruto del amor y el genio;
pues tal padre le dió vida,
su hermano el rey le dá el cetro.
Por si la suerte inconstante
con su desden carga el peso
de la injusticia, don Álvaro
de Bazán marcha tras ellos.
Angustioso el mar respira,
como un impaciente seno
de la mayor esperanza
en el solemne momento.
Rodando vienen las ondas
á estrellarse en los maderos,
donde en girones estienden
sus sudarios macilentos.
Ruidos que angustia derraman
turban horizonte y piélago,
y en pos de sus hijos llegan
todos los ayes maternos.
La cruz se alzó por bandera
sobre el castillo soberbio
de la esbelta capitana,
entre los himnos de un rezo.

Ya dá el fatal cañonazo
don Juan, su espada tendiendo
sobre todas las cabezas
como un metéoro sangriento.
Contesta de cien mil voces
un grito entusiasta, y luego
se oye el clarin moribundo
de nave en nave á lo lejos.
Cruje de la artillería
el acre rechinamiento,
balancean los costados,
sigue un ansioso silencio.....
.....¡De la eternidad á cuántos
separa un solo momento,
y sorberá un mar vertido
de las fuentes de sus pechos!
Por las venecianas bordas
estalla un horrible estruendo;
la primer nube levantan
treinta cañones á un tiempo.
Avanzaba en media luna
la escuadra infiel; sus lamentos
muestran en fatal destrozo
pulverizado un extremo.
Sin que aquel ímpetu deje
para responder esfuerzo,
encarnizadas las iras,
y las distancias sorbiendo,
en escuadras divididos
fatigan bronces y remos,
y el combate se propaga
en una zona de fuego.
Un grande fragor aturde
como el choque de dos cerros
vomitados por volcanes
al saltar de sus cimientos.
¡Se han cruzado las galeras
de don Juan y el agareno,
reventando los cañones
hierros tapiados con hierros!
Brama en sus dos muchedumbres
delirio salvaje, hambriento,
los garfios del abordaje
arrojándose á los cuellos.
Capitana á capitana,
jefe á jefe, cuerpo á cuerpo,
como dos atletas luchan
que se hacen crujir los huesos.
Más que en torrentes, en trombas
de ira, de furor, de vértigo,
hasta blanden moribundos
troncos, de maza sirviendo.
Dos veces son rechazados,
y Alí á un asalto tercero
con voz estentórea empuja
los tigres de sus desiertos.
Doria en la derecha osado
por tres naves se halla envuelto,
de abordaje y de metralla
más que rendido, deshecho.
La Providencia conduce
entre el plomo á socorrerlos
un galeon castellano,
una pantera rugiendo.
Siente un bravo, ya en la borda
enemiga y casi dentro,
la mano con que aferraba
saltar, partida del cuerpo.
Y al que va á salvarle, dice:
«la izquierda fué, diestra tengo,
»id Gerónimo de Torres,
»Cervantes no muere de esto.»
.....
—¡Alá! ¡Alá! entonces resuena
en la izquierda hácia Veniero,
donde están Parma y Urbino
en muerte y terror envueltos.
Y entre centellas y entre ondas,
y clamores, y humo denso,
remolinos tumultuosos
tragan navíos enteros.
—«¡Castellanos: en la izquierda
»van á sucumbir los buenos,
»victoria en toda la línea
»por España! ¡A sostenerlos!
Dijo así Bazán, entrando
con sus navíos tan recio,
que la priesa en las descargas
parece un bramido eterno.
.....
¿Qué se alza en la erguida entena
del Almirante? ¿Qué férvido
clamor de trompetería
interrumpe el cañoneo?
—¡La cabeza de Alí!— gritan.
—¡Alí-Bajá ha muerto!— ¡Ha muerto!
—¡Viva don Juan! ¡Adelante!
—¡Vírgen! el océano es vuestro.
Rojo está el mar como el alba,
de sangre y despojos grueso;

toda la riqueza de Asia
le hizo un pantano de cieno.
Batida la espuma en polvo
el sol turba, inflama el viento,
y en un cáos se confunden
los ástros y los avernos.
La derecha avanza, avanza
la izquierda, arremete el centro,
y don Juan lleva en la proa
la señal del escarmiento.
Barbaroja huye, sus naves
rompen sus naves, corderos
que ante el lobo en remolino
se matan con su atropello.
Otro implacable enemigo
vengador se alza en su seno;
y los cautivos combaten
quebrando su cautiverio.
¡Sol hermoso de la patria:
benditos caigan sus besos
en los ojos de los libres
y en la frente de los muertos!

III.

Cantemos al Señor que en la llanura
venció del ancho mar al trace fiero;
la piedra de David fué su palabra
dirigida á la frente del soberbio.
Subió la noche tenebrosa al globo,
y en redor al sepulcro del Cordero
agitaba su túnica y vertía
sobre la luz inmarcesible, el sueño.
Los fuertes ¿dónde estan? ¡En hecatombe
ofrecidos á un ídolo de hierro!
De este creciente océano sin playa
¿quién será el dique, quién batirá el puerto?
El Húngaro cayó, cayó Dalmacia,
Babilonia y Egipto sucumbieron;
Salamina arrojó desde sus rocas
su llanto al mar, con sus laureles yertos.
Clavó ya un pié en Europa el homicida:
nuestras vírgenes trae en cautiverio
y le guia una luna que despide
una sulfúrea luz de los infiernos.
Puesta en silencio y en temor la tierra
ocuparon del piélago los senos:
primaveras surgidas por la sangre
de España y Roma, cubrirán los yermos.
¡Sálvanos Religion! Único oasis
celestial que en este árido desierto
convida á los cansados peregrinos
á reclinar sus corazones huérfanos.
¡Sálvanos muro del eden cristiano
que guardan los arcángeles de fuego!
Llenó á Jerusalen clamor maldito,
y sus jardines el corcel guerrero.
¡Atrás la noche! La pureza emana
del virgíneo rosal que brilla en medio,
y entre mártires palmas ha crecido
Concepcion del Sublime Pensamiento.
Contra el hijo profano arma su diestra
el Padre, y llama en su redor al trueno;
tú, Joven de Austria, vé, tú que al torrente
pusiste osado el generoso pecho.
Llorad, naves del mar, que es destruida
vuestra vana soberbia y ardimiento,
y ya en su altar vuestras banderas pisa
el que cubrió á Ismael de sangre y miedo.
Ya no son los monarcas de los mares,
como Cain, errantes bandoleros
fugitivos del Astro que en el golfo
los tragó como arista seca el fuego.

J. C.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.

El Cristo del Socorro.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

I

Duerme Toledo en la cumbre
de su gigante montaña,
cual águila soñolienta
que en blando nido descansa.
La luna esparce sus rayos
sobre las toscas fachadas;
las misteriosas molduras
proyectan sombras fantásticas.
Y tanto al sueño convidan
la soledad y la calma,
que hasta del Tajo se mueven
con más pereza las aguas.
Junto á una plaza espaciosa,
desafiando al Alcázar,
blancos adornos descubre
de un edificio la entrada.
Mansion de un noble es sin duda
por su severa arrogancia,
por sus hermosos calados,
por su riqueza y sus armas.
Tras de una reja, una niña
con espresion delicada
al cielo mira, que el cielo
es norte de su esperanza.
Dicen que un jóven la adora,
que todas las noches se hablan,
que allí se truecan sus cuitas
en ilusiones gallardas.
Pero que son sus amores
bálsamo dulce que mata,
pues, si un Mendoza la quiere,
un Carbajal le rechaza.
Del tronco de la nobleza
rivales son las dos ramas,

y todo un Dios es preciso
para que venga á enlazarlas.
.....
Ya son las doce, y ya ansiosa
con impaciencia le aguarda,
y ya tambien á lo lejos
se ve una sombra que avanza.
Un embozado se acerca,
junto á la reja se pára,
y en diálogo cariñoso
sus corazones enlazan.
—¡Mendoza!
—¡Elvira! ¡Angel mio!
¡Sol que en la tierra descansas!
Deja que mire en tus ojos
el fuego con que los bañas.
—Mucho el galan esta noche
se descuidó, y amor manda
que, quien bien quiera, no tarda;
y, quien bien quiere, no tarda.
Y un triste presentimiento.....
—¿Presentimientos?
—Es tanta
mi desventura, que á veces
en sueños mil me acompaña.
Oyeme y juzga: Ayer noche
á solas con mi esperanza,
soñé que estaba á tu lado,
que contemplándote estaba.
Despues de breves momentos
nos separamos; las auras,
de tierno amor portadoras,
nuestros suspiros cambiaban.
Cruzaste la calle; luego
se oscureció mi mirada;
del hondo abismo se alzaron
dos sombras, ó dos fantasmas;
A tí sus brazos tendian,
quise llamarte, y estática,
sentí una mano de hierro,
miré en tu pecho una daga.
Lo que despues ocurriera
ya no lo sé; con el alba
se despertaron mis ojos,
¡sola en mi estancia me hallaba!
—¿Y un sueño infunde temores?
—Un sueño no infunde nada;
mas si ese sueño algun dia
árealizarse llegara.....
—¿Qué dices?
—Que yo no quiero
perderte nunca, y con ánsia
maldigo tu amor y el mio,
si de perderte son causa.
—Descuida, mi bien, descuida,
que quien de noble se jacta
ni á espectros teme, ni nadie
le puede robar su dama.
Desecha esas inquietudes;
tus negros dolores calma,
y entre sonrisas y halagos
tus alegrías renazcan.
Dos elocuentes suspiros
siguieron á estas palabras;
los intranquilos pesares
plegaron al fin sus alas.
Y en éxtasis delicioso
quizás la noche girara,
á no escucharse de un timbre
dos notas acompasadas.
Dieron las dos, y sonaron
en el reloj de sus almas
como el quejido de un sueño,
que sus encantos apaga.
Que ya de partir es hora
lo dicen bien sus miradas;
que mueren dos ilusiones
mejor lo dicen dos lágrimas.
Y tras de dulces promesas;
tras de promesas lloradas,
en sus adioses postreros
eterno amor se consagran.
Y al poco rato la calle
volvió á quedar solitaria;
mientras Mendoza se aleja,
Elvira reza en su estancia.

II

Guarda Toledo una calle
en cuyo triste sendero
con blandos sones se marcan
del Tajo fiel los acentos.
Allá en el fondo sombrío
se mira un arco arabesco;
arco, que enlaza arrogante
dos edificios modestos.
El uno guarda empotrado
un crucifijo; á un estremo

pende un farol; tosca piedra
debajo sirve de asiento.
Junto á una esquina, en voz baja
discurren dos encubiertos:
oigámosles, que sus labios
harán traicion á sus pechos.
—¿Con que esta calle es el sitio
mas conveniente?
—En efecto.
—¿Y no pudiera esta noche
tomar un rumbo diverso?
—¿Por qué causa?
—Porque dicen
que Dios protege á los buenos;
y francamente, esa imágen
pudiera bien protegerlo.
—¡Trabajo la mando!
—El caso
es que otro Cristo en Toledo,
de un juramento testigo,
atestiguó el juramento.
—¡Cuentos de viejas!
—Pues yo
ni lo afirmo, ni lo niego;
mas corre de boca en boca
de hidalgos y de plebeyos.
—¡Vanos escrúpulos! sabes
que se nos paga á buen precio.
—Eso sí.
—Pues lo que importa
es un buen golpe, y *laus Deo.*
Y si despues nos descubren
habiendo, quien hay, por medio
al conservar su cabeza
las nuestras no corren riesgo.
—Y el amo ¿por qué motivo
quiere tan mal al mancebo?
—Por los amores.
—¿Amores?
Si fuera un rival, comprendo;
pero un.....
—¡Silencio!
—Me callo.
—Cautela, cautela, Pedro,
que á veces oyen las tapias,
y no es prudente hablar recio.
Torna la calma á sus lábios,
y en aparente sosiego,
á cuantas dudas conciben
responden sus pensamientos.
La luna, en tanto, resbala
por el azul de los cielos;
¡ojo de Dios, que en la noche
vela del mundo los sueños!
El ruido de unas pisadas
suena de pronto, á sus ecos
se alzan en pié y vacilantes
preparan mortal acero.
Del corazon los latidos
ahogar prentenden soberbios;
ignoran que es la conciencia
que está punzándoles dentro.
Más cerca se oyen los pasos,
más cerca aun; aun más ciertos;
ambos se miran y en ambos
se ven miradas de fuego.
—«¿Quién vá?» con fuerza prorumpen
dos voces á un mismo tiempo.
—«Quien libre el paso ambiciona,»
contesta una voz de hierro.
Y sin dejar que siguiera
quien habla con tal imperio,
sobre él se arrojan ansiosos
poniendo á sus labios freno.
En vano resiste; en vano
quiere luchar cuerpo á cuerpo,
para vencer á traidores
el más valiente es pequeño.
En torno mira, y no hallando
quien le proteja sincero,
en Dios su esperanza pone;
«¡Socorro!» grita cediendo,
Y al caer en tierra abrumado
de sus contrarios al peso,
tras de la piedra se oculta
lanzando el último esfuerzo.
Allí se agitan dos dagas;
allí envenena el aliento;
¡quién sabe si entre las sombras
le está el Señor protegiendo!

III

Hermosas galas descubren
doquier se vuelven los ojos;
de Carbajal el palacio
semeja un mundo ilusorio.
Vénse galanes sin cuento
de cien bellezas en torno,

y en medio á todos, Elvira
junto á su jóven esposo.
Nunca más lujo ostentara;
nunca más bellos adornos;
nunca más gracia en sus sienes
ni más ventura en su rostro.
Los que á la fiesta concurren,
con entusiasmo y asombro,
de un crucifijo un milagro
comentan de varios modos.
Muchos hallaron señales
en una piedra, y atónitos
afirman que los aceros
hundieron allí su enojo.
«Sí, el desposado les dice,
»sin fuerzas ya, en mi abandono....
»de aquella efigie al amparo
»dejé mi cuerpo afanoso.
»Y solo en mis desventuras;
»con miserables tan solo,
»traidoras diestras ví alzarse
»de la impaciencia en el colmo.
»Toda la sangre á mi frente
»sentí agolparse de pronto;
»mi vista al punto nublóse;
»despues faltóme el apoyo;
»Y en tierra ya, cuando quise
»rendirme cuenta á mí propio,
»á no encontrarme en el suelo
»juzgáralo un sueño todo.
»Que el cielo á entrambos perdone
»igual que yo les perdono,
»hoy que al placer me convidan
»los brazos del bien que adoro.
»Mendozas y Carbajales
»guardaban profundos ódios;
»mas mueren al enlazarse
»dos ramas de un mismo tronco.
»De rodillas, caballeros,
»que indignos fueran mis votos,
»si antes de abrirse unos brazos
»no me encontrase con otros.
»¡Socorro! ¡Socorro! á gritos
»pedí en el trance angustioso.....
»Quien tiene fé al cielo acude.....
»¡Gloria al Cristo del Socorro!»
Todos se inclinan; el cielo
recibe el ruego de todos;
son lágrimas de ternura
las que desprenden los ojos.
Tambien Carbajal las vierte;
mas al rodar por su rostro
parecen, más que de dicha,
de algun tormento despojos.

A. B. y C.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS
Bordadores, 7.

Jaque al Rey.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1406).

I

Por su denuedo en las lides,
por su fortuna en amores,
al gentil Yussuf llamaban
flor de galanes y nobles.
Era terror de la vega,
era orgullo de la córte,
y en zambras, cañas y toros,
ganaba los corazones.
De cristianos caballeros
pobló mazmorras y torres,
pues sus moros en el campo
siempre fueron vencedores.
Y el pueblo al ver la grandeza
de sus ínclitas acciones,
«feliz Granada, decia,
cuando por emir te goce.»

Pero cuando más fundados
son la fama y los honores,
mas pronto envidia despiertan
en pechos bajos y torpes.
Yussuf tenia un hermano
menor en años y en dotes,
menos valiente en la lucha,
menos dichoso en amores:
pero en intrigas experto
y en artificios innobles;
altanero y ambicioso;
y Muhammed era su nombre.

Dividido estaba el reino
en enemigas facciones,
y de esclarecidas venas
la sangre en Granada corre.

Vasto campo de discordias
era aquel verjel, en donde
á manos llenas el cielo
vertió pródigo sus dones.
Porque tal es la malvada
triste condicion del hombre,
que en la tierra siembra espinas
donde el cielo sembró flores.
Fomenta Muhammed el ódio
de los sediciosos nobles,
esperando que sus iras
su ambicion soberbia colmen.
Los instiga, los seduce,
y sus ánimos feroces
con insidias y promesas
contra su hermano dispone;
contra Yussuf generoso
que heredó trono y honores
del padre á quien dieron muerte
desventuras y traiciones.

Es la hora en que su manto
el crepúsculo descoge
sobre la tierra dormida
por que en su seno repose,
y sumida en blando sueño
galas y brío recobre,
y olvide penas del dia
en soñadas ilusiones.
Tan solo turba el descanso
de la aletargada noche
el murmullo lastimero
del Genil que lento corre,
ó la brisa que vagando
por los perfumados bosques,
del naranjo el dulce aroma
con leves alas recoge.
Silencioso está el alcázar
y oscuros sus corredores,
y las guardias vigilantes
en pátios, puertas y torres.
En su recóndita alcoba
sobre blandos almohadones,
bordados de seda y oro,
detrás de las gasas dobles
que discretas y celosas
la dicha de amor esconden,
entre los brazos de Zaida
cual sobre lecho de flores,
de las fatigas del dia
y el bullicio de su córte
Yussuf tranquilo reposa
sin recelo de traidores.
Pero quiere el hado adverso
que entre dudas y visiones
la sien que ciñe corona
de entera dicha no goce.
En el regio dormitorio
estruendo de armas y voces
se levanta de repente,
y el hondo silencio rompe.
—«Hasta en sueños, dice el moro,
»me persiguen los rencores
»de mis súbditos rebeldes;»
y aparta los eslabones
con que amor le tiene asido,
y desnudando su estoque,
se arroja del lecho á tiempo
que en la estancia los piés ponen
los secuaces de su hermano,
que respeto no conocen.
Parando con sus adargas
del rey los furiosos golpes:
«Yussuf, ríndete, le gritan;
»tu ceño altivo descoge,
»que Muhammed reina en Granada
»y de prenderte dió órden.»

II

Cerca de las Alpujarras,
clavada en la dura roca,
se levanta Salobreña
con almenas por corona.
El sol de la Andalucía
sus erguidas torres dora
cuando los primeros rayos
sobre la montaña arroja;
y sus muros resplandecen
como radiante aureola
cuando cárdeno se pone
y deja la tierra en sombras.
Aquellas torres y muros
á Cid Yussuf aprisionan,
que perdidos para siempre
libertad y cetro llora.
Triste estado el de cautivo;
pero al alma generosa

ni la rinde la desdicha,
ni los pesares la agobian.
Era el alcaide Abenámar
de alma leal aunque tosca,
endurecida en las luchas
con las fronterizas hordas.
El usurpador emir,
en premio de una victoria
que alcanzó sobre las huestes
de los cristianos de Ronda,
del alcázar y la torre
de Salobreña famosa
le hizo alcaide, y de su celo
fia tan ingrata obra
cual es la de ser custodio
de un inocente con honra,
á quien para ser monarca
prendas y derecho sobran.

Bajo bóvedas de jaspe,
y entre paredes de aljófar,
sobre cojines de seda,
cautivo ilustre reposa
Yussuf, y en plática triste
cuenta las pesadas horas
con el valeroso alcaide,
que sus desdichas deplora.
Nada falta á su regalo,
ni sus doncellas hermosas,
ni su Zaida, más fragante
que el aliento de la aurora.
Solo libertad le falta,
y sin ella todo sobra,
las gracias de sus mujeres,
seda, y perfumes, y joyas.
Si tender no puede el vuelo,
siempre es esclava la alondra,
que al fin entre rejas de oro
tierno dueño la aprisiona.

Es una tarde de estío,
y en lumbre cálida y roja,
cruzando el sol por el cielo,
cielo y tierra abrasa y dora.
La encorvada palma apenas
mueve sus lánguidas hojas,
y de las flores marchitas
la brisa esencia no roba.
En espacioso aposento
donde la luz y la sombra
disputar mudas parecen
la dicha de estar á solas,
se vé á Yussuf reclinado
sobre la pérsica alfombra,
jugando con el alcaide
al ajedrez largas horas.
A su fin iba tocando
la partida silenciosa.
Piensa Yussuf en la reina
si la toma ó no la toma:
cuando con rostro turbado
y empolvada la marlota,
bañada la negra barba
de sudor en gruesas gotas,
entra un hombre, se detiene,
ante el príncipe se postra,
y al alcaide entrega luego
con actitud misteriosa
un rollo de pergamino,
diciendo: «Lee sin demora.»
Abenámar á su frente
lleva el rollo y lo desdobla;
y al ver Yussuf, quien atento
observa la escena toda,
la turbacion que al semblante
del alcaide luego asoma:
—«¿Qué te manda el buen Muhammed
»que te causa tal congoja?
»¿Trata de mi muerte acaso
»carta que tanto te asombra?»
Así pregunta. Abenámar
le mira con faz ansiosa,
y sin despegar los lábios
pone en su diestra la hoja.
Yussuf la lee, luego exclama
sin asombro ni zozobra:
—«Pide tambien mi cabeza.
»¿No le basta mi corona?
»Cumple alcaide su mandato:
»mi cabeza al punto corta:
»solo por merced te pido,
»si á su fin mi vida toca,
»que el seno estrechar me dejes
»á mi Zaida cariñosa.
»Así te guarde el profeta,
»y Alá te dé vida y gloria.»
Y el arraez le responde:
—«Ilustre Yussuf, perdona:

»para volver á Granada
»tasadas tengo las horas.
»Si no entrego tu cabeza
»antes que ese sol se ponga,
»fuerza será que la mia
»ante el rey Muhammed responda.»
—«Sea pues, Yussuf replica.
»Y en tanto que el hierro apronta
»torvo el verdugo, permite
»que acabe el juego en buen hora.
»Siéntate, alcaide, y juguemos,
»que te amaga una derrota.
»Bien: jaque al rey con mi torre.
»Sálvate de él si lo logras.»
Siguieron los dos jugando
la partida silenciosa.
El alcaide conmovido,
con mirada inquieta y hosca,
no acierta á mover las piezas
con la mano temblorosa;
las levanta, las retira;
y sin tino las coloca.
—«¿Qué haces alcaide? le dice
»Yussuf en tono de mofa.
»Defiende bien la partida,
»quiero ganarla con honra.»
Ya está en la sala el verdugo;
desnuda su limpia hoja,
y el arraez impaciente
á despachar los exhorta.
Vuélvese Yussuf, y dice
con la sonrisa en la boca:
—«Un instante más y gano;
»luego mi cabeza toma.
»Doy jaque al rey, y ahora mate.
»Gané, alcaide, la victoria.»

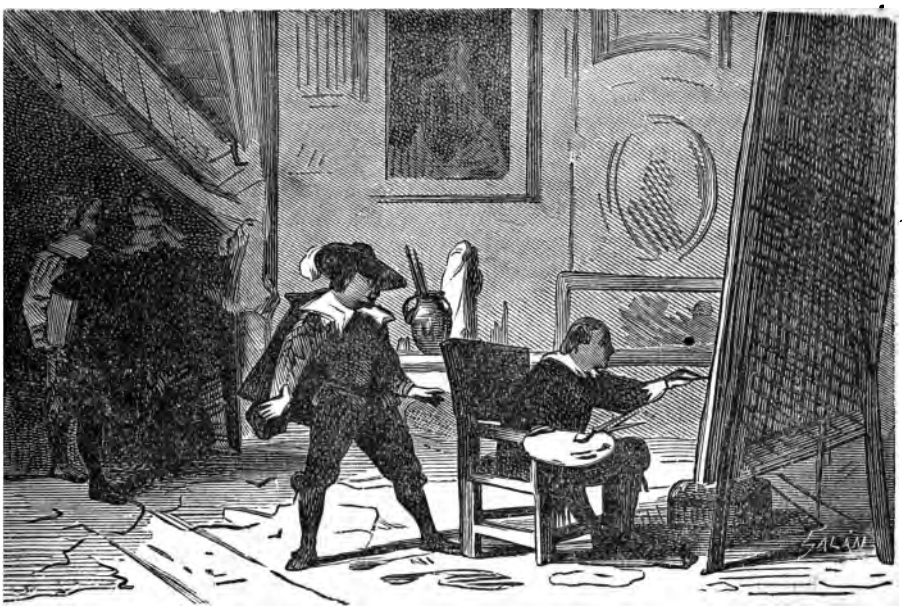
Pero, ¿qué estruendo retumba?
¿Quién en la sala se arroja?
¿Cuya es la voz que resuena
ébria de alegría y ronca?
Era Tarfe, el fiel amigo,
que ante el príncipe se postra,
diciendo: «Dáme licencia
»para besarte la orla
»de tu aljuba, y referirte
»la noticia salvadora.
»Vengo, Yussuf, de Granada,
»volando en mi yegua torda,
»que es más lijera que el cierzo
»cuando más airado sopla,
»para decirte que ciñas
»nuevamente tu corona,
»pues por su emir hoy te aclama
»Granada y la gente mora.
»Muhammed tu ambicioso hermano
»bajó al reino de las sombras.»
—«Alá es grande,» Yussuf dice,
y humilde la frente dobla.

C. S.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO
Bordadores, 7.



El Mulato de Murillo.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

(1656).

I

En el taller espacioso
de la morada que habita
Murillo, el pintor ilustre,
en la ciudad de Sevilla;
estrañas esclamaciones
se oyen y tal gritería
que nuncio parecen ser
de una ocurrencia inaudita.
Y á fé que para el tumulto
hay razon, pues los artistas
discípulos de Murillo,
que á España honraran un dia,
juguete son hace tiempo
de estupendas maravillas.

Ya Isturiz, en cuyos cuadros
el amarillo prodiga,
de la noche á la mañana
halla variadas las tintas:
ya Gutierrez, que á la tarde
cuidadosamente limpia
su paleta y los pinceles
sucios los ve al otro dia:
ó Garzon por las mañanas
de su lienzo en las esquinas
descubre con gran asombro
caprichosas figurillas:
ó Antolinez enmendadas
las proporciones y líneas
vé de un San Juan que bosqueja:
ó Meneses clama y grita

encontrándose borrados
todos los cuadros que pinta.
Siempre esto pasa de noche;
y es lo extraño que vigila
durante ellas un *mulato*,
esclavo del gran artista,
que el asombro de los jóvenes
nunca de otro modo esplica
que atribuyendo á algun duende
que invisible se desliza
en el taller, los portentos
de que su mente se admira.
Mas lo que en esta mañana
tal algazara motiva,
es que Gutierrez, que ansioso
el Descendimiento pinta
de la Vírgen, bosquejadas
encontróse las divinas
facciones; mas con tal gracia,
con tan delicadas tintas
y espresion majestuosa,
que asombro y respeto inspiran.
—¿Lo veis?—á sus compañeros,
lleno de confusion grita;—
lo que en vano mi pincel
intentó á la luz del dia
en las sombras de la noche
el duende logró.
—¡Me admiras!
dice Garzon ¿Por ventura
tú en el duende creerías?
—¿Y quién si no el mismo, Isturiz
y Antolinez le replican,
pudiera pintar de noche
con tal gracia y maestría?
—Qué se yo... el maestro acaso.
—¡Capricho en verdad sería!
Pero él llega, y enterarle
de lo que ocurre precisa.
Acudid, señor Murillo,
mirad. Y al punto la vista
dirigiendo el gran maestro
al lienzo que se le indica
esclama, retrocediendo
un paso:—¿Esa maravilla
de quién es obra, decidme?
¡Qué degradacion de tintas
tan dulce en esa cabeza!
¡Qué toques! ¡Qué valentía!
¡Qué empastado! ¡Y sobre todo
la espresion pura y divina
de los ojos! Quien bosqueja
de tal modo podrá un dia
darnos lecciones. ¿Gutierrez,
acaso fuiste el artista
que ejecutó esa cabeza
que á mi pincel honraría?
—No señor.
—¿Quién de vosotros
entónces?... ¡Callais! me admira
vuestro silencio. Y que un duende
no la hizo es cosa sencilla.
Aguardad: pronto sabremos
la verdad clara y precisa.
¡Sebastian! grita llamando.
Y á muy poco ante su vista
acude humilde un mulato,
que en la tarea mezquina
de moler color estaba
en una pieza contigua.
—Dí, bribon, en el taller
no duermes por órden mia
todas las noches?
—Sí, mi amo.
—¿Y en la pasada vigilia
no entró aquí nadie?
—Ninguno.
¡Mientes!—con cólera grita
Murillo.
—Señor, lo juro
por mi padre, de rodillas.
—Pues bien, álzate; mas sabe,
por si tu pellejo estimas,
que has de decirme mañana
quién es el nocturno artista
que entra en el taller y anoche
pintó esa Vírgen María.
No repliques. Averígualo
ó pobres de tus costillas.
Y saliendo del estudio
con el rostro ardiendo en ira,
dejó Murillo al *mulato*
la vista en el suelo fija
y comentando el suceso
á los jóvenes artistas.

II

Es de noche y una lámpara,
que arde con incierto brillo,

rasgar á intérvalos logra
la sombra en que está sumido
el taller del gran artista
Don Bartolomé Murillo.
Al fantástico reflejo,
los sin iguales prodigios
á que su pincel dió vida,
toman movimiento y giro.
Mas la luz avergonzándose
sobre el cuello alabastrino
de una Inmaculada, muere
de sus pupilas al brillo
y va á besar de sus plantas
el calzado diamantino,
las alas rozando humilde
de algun jugueton espíritu
á quien dió color la aurora
y el sol á sus ojos brillo.
En medio á aquel mar de sombras
vivientes, derecho y rígido,
cual maniquí abandonado,
vése á un jóven, casi un niño
por cuya faz bronceada,
entre angustiosos suspiros,
una lágrima deslízase
como plomo derretido.
Es Sebastian.—¡Desdichado
de mí!—murmura.—El alivio
que mi esclavitud endulza
va á faltarme.—¡Qué delito
cometí para encontrar
en vez de caricias, grillos
al nacer, y un ancho campo
de tormentos infinitos!
No me amedrenta por cierto
el prometido castigo,
mas ser tal vez arrojado
de esta casa, en que el divino
arte de mi amo presta
á mí sufrir lenitivo,
es una idea que abate
la entereza de mi espíritu.
Si confesase.... ¡oh, jamás!
De ese modo no consigo
en premio de mi osadía
sino aumentar el castigo:
y no tocar los pinceles
ya mas, es peor martirio.
¿Qué hacer? Sufrir y callar
pues que lo quiere el destino.—
Y doblando la cabeza
queda en su pesar sumido.
Mas ya el alba en el Oriente
muestra su semblante tímido
y con sus blancos cendales
cubre el firmamento límpido:
al verla el pobre *mulato*
lo olvida todo; el castigo,
su pesar, el porvenir,
el mundo y hasta sí mismo,
y dirigiéndose al cuadro
de Gutierrez; decidido
toma el pincel, la paleta,
mezcla colores distintos
y va á dar un diestro toque
en los ojos peregrinos
de la Vírgen, cuando siente
que su pensamiento herido
por un poder invisible
el ofrecido castigo
le recuerda, y el terror
turba con fuerza su espíritu.
—¡Oh, no—esclama; imágen pura,
con profundo pesar mio
acabarte no es posible!
Mas..... ¡qué idea! ¿mi delito
perdonarian borrándote?....
Tal vez.... ¡ánimo! Y ya impío
coje una brocha animado
á tan duro sacrificio,
cuando fijando la vista
en el semblante divino
de la Vírgen, retrocede
gritando:—¡Ténte, sacrílego!
esa cabeza respira,
tienen vida, luz y brillo
sus ojos, y de sus lábios
si no estoy loco, Dios mio,
siento el hálito escaparse
de un congojoso suspiro.
¡No, jamás! Venga en buen hora
la humillacion, el martirio,
pero borrarla..... imposible!
Si tal hiciera, yo mismo
creeria haberla matado,
vertido su sangre impío:
muera yo, que ella en el cielo
recompensará mi brio!—
Y asiendo el pincel prosigue
el cuadro ufano y prolijo

como si el tiempo y las horas
parado hubiesen su giro,
y sin notar que á su espalda
Murillo con sus discípulos
mudos de asombro, contemplan
aquel estraño prodigio.

III

Sin poderse contener
mas largo tiempo Murillo
esclama:—Por fin, señores,
cayó el duende en el garlito.
Y confuso Sebastian
al mirarse sorprendido
ni aun para hablar tiene fuerzas
disculpando su delito.
¿Quién es tu maestro?—dícele
Murillo.
—Vos.
—¡Yo!
—Vos mismo.
—Mas ¿cuando te dí lecciones?
—Las dais á vuestros discípulos
y me permití escucharlas.
—No las echas en olvido
á la verdad, Sebastian,
repone alegre Murillo.
Y ahora—á los demás volviéndose
¿juzgais que premio ó castigo
merece este jóven?
—¡Premio!
¡premio!—todos sus discípulos
esclaman.
—Pues bien, me hallo
hoy tan contento contigo,
Sebastian, que pronto á darte
estoy cuanto tu capricho
ambicione.
—¡Será cierto!
¿Estoy soñando, Dios mio?
Si me atreviese..... y cayendo
de hinojos, Señor, os pido
solamente que á mi padre
deis la libertad.
—¡Bendito
sea mi patron!—esclama
el gran maestro—y me admiro
de mi ventura, pues veo
que algo mas he conseguido
que pintar cuadros: logré
crear un pintor tan digno
de dar al arte español
con su pincel honra y brillo,
que en libertad con su padre
desde hoy, no como discípulo
juro tenerle á mi lado,
sino como á hijo adoptivo.
Y tendiéndole los brazos
entre llantos y suspiros,
quedaron Sebastian Gomez
y el maestro confundidos.

Hé aquí el génio: brota á impulsos
solo de un soplo divino.
¡Feliz si el renombre alcanza
que *el mulato de Murillo!*

F. S.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO
Bordadores, 7.

Muerte de Lope de Vega.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

I

(27 de Agosto de 1635.)

Hay en la calle de Francos
una casita modesta,
como la pobreza humilde,
como la virtud severa.
Pobres balcones adornan
la fachada, y en sus rejas
se ven las palmas benditas
que el Cristianismo recuerdan.
Hondo el zaguan, ver permite
en la estremidad opuesta
un jardin, que ocupar logra
mezquina porcion de tierra.
Dentro de la casa, triste
silencio angustioso reina,
y la multitud se apiña
en grupos junto á su puerta.
Si quereis saber la causa
que allí á la gente congrega,
escuchad lo que ésta dice
sin misterio ni reserva.

—Lope muere: los doctores
no atinan con su dolencia,
dice un hidalgo á los muchos
que en torno suyo se encuentran.
Pronto su cuerpo achacoso
dará tributo á la tierra,
avara de arrebatarnos
á hombre de tan altas prendas.
—Con él morirá el teatro:

dióle vida y hoy le deja
huérfano de los primores
de su inspiracion eterna.
—¿Pero no queda esperanza?
—Ninguna ofrece la ciencia;
solo un milagro podria
devolverle vida y fuerzas.
El mismo pidió el auxilio
que la religion nos presta,
y ante el notario Morales
hizo sus mandas postreras.
—El rey mandó por informes,
y al saber lo que progresa
su enfermedad, preocupado
y triste vive por ella.
—Guardador de tantas glorias
bien hace en llorar su pérdida,
que un noble lo hace un monarca,
á un pobre en rico se trueca,
mas ¿quién si no el mismo cielo
formar un génio pudiera?
¡Quién si no el cielo envidioso
se lo arrebata á la tierra?
Llámanle *Fenix*, ¡escarnio!
pues, en cuanto Lope muera
no ha de nacer á la vida
Lope que se le parezca!

La plática en otro grupo
sobre igual asunto versa;
pero en él hablan la envidia
y la calumnia grosera.
Émulos del que postrado
en el lecho, acaso cuenta
los segundos que le faltan
para dejar la existencia,
allí á su antojo destruyen,
porque no aguardan defensa,
merecimientos tan altos
que en su pequeñez les ciegan.
—¿Que está enfermo? dice uno:
Que se alivie ó que se muera;
todos enferman y todos
cuando han de morir enferman.
¿Que es familiar? Su familia
es muy justo que le sienta.
Si hija tiene que le llore,
causa gozo á la heredera.
¿Que escribió comedias? Pase.
¿Que no hay quien haga comedias?
Muérase Lope y acaso
ganen con ello las letras.
Lope intenta, Lope dice,
Lope escribe, Lope piensa.....
Con tanto Lope los necios
nos aturden la cabeza.
Máximas hay á lo Lope,
y hay á lo Lope sentencias,
y hay, al estilo del mismo,
pages, rodrigones, dueñas;
libros que á Lope le imitan,
modas que á Lope recuerdan,
y escenas de Lope dignas,
casas para Lope buenas,
frases que de Lope nacen,
otras que Lope tolera,
versos que espantan á Lope
y otros que á Lope sublevan.
A Lope se ve en Palacio:
en la calle se le encuentra:
¿hay verbena? á buen seguro
que allí está Lope de Vega:
en el corral no se diga:
¿hay férias? está en la féria:
¿entra uno en la iglesia? á Lope
ha de encontrarse en la iglesia.....
¿De qué habla Madrid? De Lope:
con Lope de fijo sueña
y está Lope tan al uso
y tanto se le remeda,
que si él muere, han de morirse,
por imitar su flaqueza
los que hoy salud rebosando
por San Fermin se pasean!
—¡Callad! dice al maldiciente
un viejo con voz severa:
respetad á un moribundo
si algo la envidia respeta.
Hombre es Lope, y ya está dicho
que tendrá humanas flaquezas,
pues perfeccion no se logra
mientras se vive en la tierra;
pero hombre es que honra á su patria
y no se llega á su alteza
sin el sombrero en la mano,
sin el respeto en la lengua.—
Replicárale el primero;
pero al ver todos que llega
la parroquial comitiva
que al hombre le abre las puertas

de lo eterno, preparando
su triste marcha postrera,
mancebos, niños y ancianos
descubrieron su cabeza
y doblando las rodillas
cayeron todos en tierra.
Poco despues, circulaba
una noticia siniestra
por Madrid: era cadáver
frey Félix Lope de Vega.

II

(28 de Agosto de 1635)

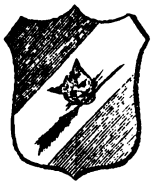
No lejos de la de Francos
la calle de Cantarranas
muestra de un convento pobre
severas y tristes tapias;
su monótono conjunto
rompen solo unas ventanas
con enrejados espesos
que detienen las miradas.
Habitan el edificio
las Trinitarias descalzas,
esposas de Dios, que en vida
á servirle se consagran.
Vírgenes que en sus contínuas
preces al Eterno ensalzan
y su hermosura sepultan
y el mundano riesgo apartan.
¡Cuán pobres son sus paredes!
Cuanto es pequeña su entrada!
¡Quién dirá que allí reposa
la honra mas grande de España!
¡Quién dirá que aquellos muros
la sepultura señalan
del soldado de Lepanto,
del cobrador de alcabalas,
del rescatado cautivo,
del que engrandeció á su patria
con su nombre, del que tuvo
por premio de sus hazañas
una bohardilla en la córte,
una mazmorra en la Mancha,
una sepultura humilde
en las monjas Trinitarias,
cubierta con poca tierra:
con mucho llanto regada!
Es el veintiocho de Agosto:
la muchedumbre apiñada
por delante del convento
con curiosidad aguarda.
Sabe que á Lope se entierra,
sabe que desde su casa
á la parroquia, es camino
la calle de Cantarranas,
y sabe que aquel convento
guarda un pedazo del alma
de Lope, que fué mancebo,
que fué galan con las damas,
y que casado dos veces
y enamorado otras varias,
hijas tuvo, dos le viven;
una en el mundo casada;
otra, á padecer nacida,
habita en la santa casa
borrando con sus virtudes
del nacimiento la mancha.
Sabe el pueblo que hija y padre
tanto en la vida se amaban,
que han pronto de despedirse
un cuerpo yerto y un alma.
Diéronse cita á la reja
de las monjas Trinitarias,
porque los cielos presidan
aquella escena de lágrimas.
Sor Marcela está en su puesto;
el cadáver mucho tarda:
solo turban el silencio
los sones de las campanas.
De pronto crece el murmullo
que en la calle se levanta:
la inquietud de los semblantes
pronto ha de verse borrada.
Llega al fin la comitiva;
una cruz rompe la marcha:
en la senda de los cielos
jamás una cruz nos falta.
Síguenla el clero, los nobles
fanáticos de su fama,
pobres que al piadoso lloran,
ricos que al amigo ensalzan,
representantes á miles
de las órdenes monásticas,
cofradías, familiares
del Tribunal de la Santa,
poetas, cómicos, artistas,
hidalgos y gentes de armas,

Detrás, en hombros de cuatro,
puede verse ya la caja
que encierra el cuerpo de Lope
abandonado del alma:
féretro humilde y sombrío,
mísero lecho de tablas
en el que, en sueño postrero,
el génio español descansa:
la luz de la inteligencia
que iluminó su mirada,
apagóse cual los rayos
del sol las nieblas apagan.
Llega enfrente del convento:
la comitiva se para
y un grito ahogado se escucha
tras la reja solitaria.
Despues, rumor de sollozos
y acompasadas plegarias,
suspiros que arranca el pecho
y ecos que brotan del alma.
Ruidos ténues que responden
á aquella escena de lágrimas:
que dos corazones ligan
lo que la muerte desata;
rumores imperceptibles
como el beso de dos almas.

Ya sigue la comitiva;
ya la confusion se calma
y se retiran las gentes
de las calles á las casas.
Apáganse los rumores,
cesan á poco las pláticas
y la poblacion recobra
pronto su vida ordinaria.
Ya el cuerpo inerte de Lope
en la bóveda descansa
de la parroquia, y el clero
con sus rezos le acompaña.
Ya marcha la comitiva
con direcciones contrarias,
hablando de las virtudes
del que ha cambiado de patria;
del que estrecho juzgó el mundo
para contener su fama
y en busca de gloria al cielo
logró remontar el ánima.
Pero, al dejarle ya en tierra
de cuantos le acompañaban
¿quién consagrará un recuerdo
á la escena bosquejada?
¿quién piensa en la pobre niña
de las monjas Trinitarias?
Y aquella niña, entretanto
que se pregona la fama
del *Fénix de los ingénios*,
honra de la escena pátria,
y se cuentan sus comedias
y sus primores se ensalzan
tejiendo al poeta difunto
su inmarcesible guirnalda,
delante de un crucifijo
mezcla oraciones y lágrimas:
sabe que el muerto es su padre,
sabe que es hija, y le basta;
que fué pecador, y que ella
en su celda solitaria
con el fervor de sus rezos
puede acompañar su alma!

Lo que ignora sor Marcela,
lo que ignora toda España,
es que Lope en ella vive,
y que en sus postreras ánsias
el *Fénix*, libre del fuego
renace, y posa sus alas
en una apartada celda
de las monjas Trinitarias.

O. y B.



ES PROPIEDAD.

MADRID: 1872.—IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA, BORDADORES, 7.

El Laurel de la Zubia.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1491.)

I

Alegre la primavera
juguetea con las auras
sobre un ambiente de aromas
de la vega de Granada.
Alrededor de sus muros
flores mil la vega esmaltan,
que el cielo formó piadoso
tal diadema á tal sultana.
Ayer eran sus vergeles
nido de amor y de calma,
hoy alfombra, do la guerra
con sangre su huella marca.
Por una empinada cima
de las sierras comarcanas
donde podian tan solo
llegar volando las águilas,
subiendo del campamento
aguerrida hueste marcha
con tal lujo que se duda
si es á fiesta ó á batalla;
tal brillan sus atavíos
que vistos desde la Alhambra
forman en torcida senda
una serpiente de plata.
«¿Dónde van? La Zubia sola
está en la cima situada,
y es poca aldea la Zubia
para pensar en tomarla.»
Esto en Granada se dice
y nadie sabe la causa

de que emprendan los cristianos
tan inútil caminata.
Una dama es quien los lleva,
es la reina castellana
que deja su campo y quiere
ver mas de cerca á Granada,
quiere mirar cuánto vale
la joya de su esperanza,
ver..... si hay bastante corona
donde poder colocarla.
Con ella va D. Fernando,
príncipes, pajes y damas,
y el noble marqués de Cádiz
con su gente la acompaña.
Llegan por fin á la Zubia,
todo el cortejo se pára
y ve á Granada la reina
debajo de sus miradas;
y acercándose el de Cádiz
donde está su soberana
con su galante apostura
la dirige estas palabras:
—«Señora, tened mas cuenta;
»con ese sol que ya abrasa;
»mas pronto quema las flores
»cuanto son mas delicadas!....
»Busquemos la sombra amena
»donde en mas cómoda estancia
»veais la *sultana mora*
»si os conviene para esclava.
»Ved aquel laurel añoso
»que os tiende sus fuertes ramas;
»á la reina de Castilla
»siempre laureles la aguardan.
»Y á fé que recuerdo ahora
»una tradicion estraña
»de ese laurel, que en llegando
»la he de contar, si os agrada.»
Al laurel llegó la reina
y halló su sombra muy grata:
dejó el marqués buena parte
de soldados á la espalda
y los restantes los puso
delante, porque formaran
un muro de corazones
entre la reina y Granada.
Volvióse después y dijo:
—«Si es historia ó si es patraña
no lo diré yo, señora;
sólo sé que en lenguas anda.
Ese laurel que os ofrece
fresco pabellon de ramas
há siete siglos que encierra
el destino de una raza.
Cuentan que un rayo del cielo
dejó caer una rama
el dia que en Covadonga
empezó nuestra jornada;
en cinco victorias vuestras
se han desprendido otras tantas,
la pérdida de los moros
es la sétima y ya tarda.»
—Peregrina es la conseja,
tranquila la reina esclama,
que por conseja la tengo
pues que mi fé la rechaza;
y separando los ojos
del laurel, quedó estasiada,
fija en Granada la vista
que la fascina y la llama.
REINA.—La encontrais bastante bella.
MARQUÉS.—Nadie pudiera soñarla
mas acabada y perfecta.
R.—Pues una cosa le falta;
M.—A no ser vos, no adivino.
R.—Poco, marqués, se le alcanza;
falta á Granada una cruz
sobre su torre mas alta.
M.—Pues bien; si ayer Fernan-Perez
del Pulgar logró su hazaña
dejando el «Ave María»
en la mezquita clavada,
dadme licencia, señora,
para que esta noche vaya
y segun vuestro deseo
brillará una cruz mañana.
Este es hierro y este es brazo,
y ó perezco en la demanda
ó juro á Dios que en la torre
tengo que clavar mi espada.
R.—Marqués, yo no doy licencia
para empresas temerarias;
valor en el cerco sobra,
prudencia..... tal vez nos falta;
pensad que en tales empresas
si la suerte os acompaña,
mucho para vos lograis
y poco para la patria.
Pensad tambien que esa cruz
que anhelo ver colocada

no ha de serlo en son de guerra
que en pos de sí sangre traiga;
mirad bien que no repruebo
el noble ardor que os inflama,
que si algo por hoy le cuido
algo espero de él mañana.

Mientras están en la Zubia
en esta tranquila plática,
se nota algun movimiento
en la gente de Granada.
Ven las tropas de la reina
dispuestas como en batalla,
sin saber si es que acometen,
ignorando si es que aguardan;
pero al verlas arrogantes
responden con arrogancia,
que no en vano siete siglos
respiran aire de España.

II

Apenas nota la reina
el confuso movimiento,
ordena que sus vasallos
huyan temerarios retos.....
que llegaron á la Zubia
por un curioso deseo,
un deseo que no vale
la limpia sangre del pueblo.
Reciben este mandato
las huestes, que cumplen luego
quedando inmóviles todas
como fantasmas de hierro.
Y se encuentran frente á frente
los enemigos ejércitos;
cual dos nubes de tormenta
se contemplan en el cielo.
Y hay un momento de calma,
un instante de silencio,
de esos que calla hasta el aire
y aguarda que estalle el trueno.

Rompe el silencio Granada
en confuso clamoreo,
y carcajadas burlonas
conduce á la Zubia el viento.
Es Tarfe el moro que sale
de todas armas cubierto,
que un negro corcel oprime
con sus músculos de acero.
Bravo el bruto se adelanta
en rápidos escarceos,
que ardiendo corre su sangre
desde el acicate al freno.
Brilla en los ojos del moro
lumbre de fulgor siniestro,
relámpago que refleja
la alegría de un infierno;
Que el pergamino que ayer
pregonaba un nombre escelso,
á la cola del caballo
va atado rozando el suelo.
De poco sirvió tu hazaña
Pulgar, si fué para esto;
de aquel timbre de tu gloria
padron de ignominia han hecho.
Todos los ojos te buscan,
tú no te encuentras entre ellos;
pluguiera á Dios que te hallases,
que á tí te toca el remedio.

A las plantas de la reina
llega anhelante un mancebo
ofreciendo el pergamino
si le permiten traerlo.
Mas don Fernando replica:
—«Permitírtelo no es cuerdo,
que aun ha vivido muy poco
tu corazon en tu pecho.....
Jóven eres..... y el valor.....
algo requiere de viejo,
que no ha de ser un relámpago
que brilla y se acaba luego.»
—«Señor, á vuestras razones
he de contestar con hechos,
que un momento vive el rayo
y abrasa en ese momento.»
Dijo; atravesó las filas
y saltando á un potro negro,
lanza en ristre, á toda rienda
á Tarfe se fué derecho.
Salióle al encuentro Tarfe,
juntáronse ambos guerreros,

y saltaron las dos lanzas
en astillas por el viento.
Los brazos despues estienden
y oprimiéndose con ellos,
de los corceles se arrancan
y ruedan luchando al suelo.
Cayó debajo el cristiano;
levanta el moro su acero
sobre Garcilaso, y rápido
desciende sobre su cuello.
Pero el brazo pierde fuerza
y cae desplomado el cuerpo,
que el hierro de Garcilaso
entró la muerte en su pecho.
Su planta al árabe humilla;
alza su brazo el letrero,
y dos gritos simultáneos
se escapan de los dos pueblos.
Dos gritos con que dos razas
pregonan á un mismo tiempo
al David de la edad nueva,
levantando su trofeo.

III

El aguijon de la ira
hirió al árabe en el alma,
y de Granada saliendo
hasta el cristiano se lanza.
Una fuerza irresistible
los subyuga y los arrastra
como arenas impelidas
por un huracan de rabia:
esta fiera acometida
el cristiano no esperaba.
¡Ay! que á su gigante empuje
cejan ya las avanzadas.
Mas, ¿qué es cejar á la flecha
en el arco colocada?
Tomar mas fueza y partir
veloz á mayor distancia.
Tal cayeron los cristianos
con tan potente pujanza
sobre el moro, que rodando
fueron hasta sus murallas.
Y el noble marqués de Cádiz,
al llegar hasta Granada,
lamentó que no tuviera
licencia para tomarla.

IV

Mientras luchaban sus tropas
la reina rezando estaba.
Sublime contraste hacian
el combate y la plegaria,
y es fama que algunas flechas
llegaron hasta sus plantas.
Y es fama tambien que alguna,
viniendo mucho mas rápida,
de aquel laurel de la Zubia
cortó la sétima rama.
La propia mano del árabe
hizo realidad la fábula;
pasaron algunas lunas
y Granada fué cristiana.

Q. N. K.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO,
Bordadores, 7.

Doña Juana la Loca.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1496 á 1555.)

I

Entre arbustos corpulentos
y al través de frescas ramas,
ocultas entre el follaje
que sus abrazos recata,
vetusto y altivo muro
muestra en labores bizarras
blasones de nobles dueños,
títulos de noble casa,
vanidad escrita en piedra
para eternizar hazañas,
cuando es un poco de musgo
bastante para borrarlas.
Tras de los verdes tapices
de la frondosa enramada
se apercibe acompasado
un eco que lleva al alma
murmullos, si está tranquila,
y quejas, si está cuitada,

que tal ilusion produce
el ruido manso del agua.
La luna envuelve su disco
entre vaporosas gasas,
como una vírgen que ciñe
su velo de desposada.
Tibia la atmósfera, el cielo
dormido en dichosa calma,
brindan al dulce reposo
con que las penas se acallan.
Mas no: que las hay tan hondas,
tan tristes, tan solitarias,
que cual las deja la tarde
así las sorprende el alba.
Al pié de un sáuce caduco,
no sé si mujer ó estátua
de mármol, una figura
pálidamente destaca.
Ropaje viste de reina,
actitud tiene de esclava.
Mira y no ve, que en sus ojos
vida sobra, intencion falta.
Parece que andan buscando
lo que en el mundo no hallan,
y á veces con osadía
la vista vuelven al alma;
por eso en ellos se advierten
reflejos de sombra estraña.
Sus descoloridos labios
arquea sonrisa amarga,
y aunque su frente no surcan
los años ni las desgracias,
se ve en su infantil pureza
la contraccion que delata
un pensamiento estraviado,
una traidora punzada
del corazon, un recuerdo,
una perdida esperanza.
¿Qué busca la pobre niña
entre las frondosas ramas?
A escuchar viene los besos
que les prodigan las auras,
dulces recuerdos de amores
que su inteligencia matan.
¿Qué busca la pobre niña
en el murmullo del agua?
Melancólicos suspiros
de firme y tierna constancia;
porque los suyos son tristes,
los de su amado la faltan;
porque está de amor enferma,
tiene de suspiros ánsia.
¿Qué es lo que pide á la luna?
Se goza con su luz, pálida
como sus bellos recuerdos,
como sus dichas lejanas.
¿Y quién es la pobre niña?
Por reina la tiene España;
su noble esposo por loca;
su padre por desgraciada;
y en fin, cortando razones,
es la reina doña Juana,
hija de aquella señora
en cuya diadema irradia
la luz del génio en los nombres
de América y de Granada.
Grande corazon tenia,
de su madre lo heredara,
y en el tesoro de amores
pasion de encendida llama.
Por esposo la ofrecieron
al noble archiduque de Austria,
que en mas de una oscura empres
con facilidad liviana,
lisonjas trocó en desdenes
con veleidosa inconstancia.
Tal vez á despecho suyo
su esposa fué doña Juana,
y le cansó mujer propia
mas antes que las estrañas.
Ella le otorgó su mano
al mismo tiempo que el alma;
tan suya fué como el ave
del viento, y el pez del agua.
Flor del valle, que no vive
sino una fresca mañana,
y apenas el sol la toca
marchita sus hojas blancas.
arroyo que va perdido
entre arenas abrasadas
y en vapor vuelve á la nube
huyendo la arena ingrata,
así el amor de la niña
fué flor que ahogaron las zarzas:
manantial evaporado
al fuego de la desgracia,
que en densas nubes oprime
las facultades del alma.
En su corazon de niña
la mordedura acerada

de los celos trocó en fiebre
mortal sus amantes ánsias,
y al asomar en sus lábios,
al traducirse en palabras,
loca está, dijo su esposo:
loca los suyos la llaman,
y ella de dolor transida
sin derramar una lágrima,
sin reposar una hora,
sin norte, sin esperanza,
ni sus ideas coordina,
ni detiene sus miradas,
ni á sí misma se conoce,
ni en su diadema repara,
y así con secreto impulso
entre sus recuerdos vaga
como en inmenso Océano
la astilla de una fragata.
Mientras Felipe el Hermoso
alegre reina en España,
entre fiestas y lisonjas
buscando aventuras gratas,
la pobre reina, sin corte,
sin libertad, encerrada,
al jardin sale á buscarle;
sus penas dice á las plantas,
á los arbustos y al viento
que las recoge en sus alas
y con ecos misteriosos
murmura por consolarlas.

II

En Búrgos fúnebre toque
lanza al espacio un lamento,
vibrante voz de la tierra
que busca camino al cielo.
Luto visten los magnates;
guarda la ciudad silencio;
atropéllanse en sus puertas
emisarios y correos.
¿A dónde van? Nadie duda
que á notificar al reino
como en Búrgos las campanas
doblan por el rey que es muerto.
¿Y en dónde se halla la reina?
La loca ocupa su puesto
de enamorada y de esposa
velando el cadáver yerto.
Ciñe al ataud sus brazos,
lo cubre de amantes besos
y con espresion de dicha,
con semblante placentero
dice: «Ahora sí que eres mio.
¡Que Dios conserve tu sueño!
Blanco estás como la nieve
en la cumbre de los cerros;
no puede ser que conmigo
tu corazon siga negro.
Las manos tienes mas frias
que al deshacerse los hielos:
mas calor no tuvo nunca
para mí tu ingrato pecho;
si para otras le guardabas
mas frio mi bien te quiero.
¿Do está en tus ojos la dicha
que otras lograban con ellos?
Hacen á tu pobre loca
cerrados más bien que abiertos.
¡Bien haya quien me devuelve
mi amor, mi esposo, mi dueño!
Ya no habrá quien me dispute
el bien que contigo tengo.
Yo haré que nadie se atreva
á turbar tu dulce sueño.»
En vano mientras descansa
una hora entierran al muerto,
que al despertar, como el tigre
á quien roban sus hijuelos,
relampaguea en sus ojos
sombrío y terrible fuego:
su tesoro les demanda
con voz semejante al trueno:
lo arranca á la sepultura,
y con fúnebre cortejo
errante va por Castilla
mostrándolo y escondiéndolo,
como quien luce y recata
la causa de su contento.
Por el dia en las iglesias
le deposita, sin miedo
que artera mano profane
la morada del Eterno,
y apenas la noche cubre
de oscuro crespon los cielos,
alumbrada por antorchas
cruza los prados desiertos,
hondos valles atraviesa,
sube á la cima del cerro,
y hasta que luce la aurora,

y encuentra á su paso un templo,
nada concede al reposo
ni un punto se rinde al sueño.
Tal vez penetra en la iglesia
de un lejano monasterio,
y al escuchar de las vírgenes
de Sion el puro acento,
un grito de horror exhala,
cubre el ataud su cuerpo,
y huye de allí recelosa
temblando de ira y de celos.
Dice que lloran las plantas
si pisa el rocío fresco;
dice que lloran las nubes
cuando arrecia el aguacero,
y si entre las zarzas muge
el huracan, riñe al viento;
porque los paños mortuorios
mueve con poco respeto,
y teme que traiga hechizos
para robarla su dueño.
Al cruzar por las aldeas
aquel fantástico entierro,
la loca, la loca, dicen
los jóvenes y los viejos,
y solo algunas mujeres,
heridas de amor y celos,
con lágrimas la saludan
en elocuente silencio.
Paráronla en Tordesillas.
Un palacio y un convento
unidos estrechamente,
como la reina y el muerto,
á un cadáver y á una loca
cobijaron en su seno.
Allí, detrás de una reja
pasó su vida en acecho,
velando sobre la tumba
como el ángel plañidero
que con sus alas de mármol
protege un sepulcro régio.
Un dia el invicto César
llegó á turbar su sosiego.
A la voz dulce de madre
sintió agitado su seno:
resbaló por sus mejillas
una lágrima de fuego,
y sobre la augusta frente
del hijo, estampando un beso
díjole: «Dios te bendiga.
Por tí será grande el reino;
naciste de madre loca,
tienes su sangre y su aliento,
y eres loco, pues te ocupas
en gobernar á los cuerdos.»
Despues le volvió la espalda;
tornó á los dorados hierros
de su tribuna, y en ella
siguió su constante empeño.
Diz que al morir dió señales
de juicio firme y discreto.
¿Quién sabe si fué de gozo,
cercano su fin sintiendo,
si pensó que á Don Felipe
iba á encontrar en el cielo?

J. R.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS,
Bordadores, 7.

El Tributo de las Cien Doncellas.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(846.)

I

Del alcázar de Leon
en un severo recinto,
rodeado de sus nobles
hallábase D. Ramiro.
Lejos, de repente, suena
lúgubre y estraño ruido,
horrendas imprecaciones,
desacompasados gritos.
—«¿Nuevas traiciones?...—prorumpe
el rey, mirando á su hijo:
la corona real de Oviedo
apenas dos años ciño,
y por robarla á mis sienes
mas turbulencias he visto
que moros hay esperándonos
en los campos enemigos.
Solo se irá esta corona
con mi cabeza, y ¡por Cristo!
que no está mal asentada
en hombros de D. Ramiro.»
Mirada rápida y torva
dirigió en soberbio círculo.....
Sólo unos ojos de fuego
en sus ojos halló fijos.
Sorda imprecacion contuvo,
alzó airado de su sitio,
fué redoblando el terror
de los cortesanos tímidos.
Y la voz del que irritado
se encaró con el rey mismo,
murmuró:—«No blasfemeis,
callad, callad, D. Ramiro.

Mal suenan esas palabras,
mal enojo tan altivo,
con esas burlonas músicas
y esos lastimeros gritos.
Salid á dar cien doncellas
en tributo al enemigo;
llevádselas hasta el lecho
de la deshonra y el vicio;
y si doncellas faltaren,
piensa has de llevar tú mismo
tus propias hijas al moro,
en pago de lo ofrecido.»
Quién háblale con tal fuego
y en tan desusado estilo,
era un monge, un religioso,
pobre, anciano, peregrino.
Tosco sayal es su trage,
sus armas un crucifijo,
su vida mision sagrada
y su esperanza el martirio;
y pueblo, nobles y reyes
escucháronle sumisos,
las destempladas razones
de sus mas severos juicios.
—¡Veremundo!—gritó el rey,
duras tus frases han sido.
—Mas duras son tus acciones
y todos las consentimos.
Soldado de Roncesvalles,
¿quién creerá que eres el mismo
que al lado fué de Bernardo,
haciendo temblar los riscos?
¡Oh! si á los ásperos montes
no les eres conocido,
la orilla del Tajo acaso
creyérate D. Rodrigo.
Doncellas, id con el moro,
no desdeñeis el servirlo:
reyes cristianos complacen
sus mas infames caprichos.
Rey de Leon, rey de Oviedo,
leoneses, que estais dormidos,
á Pelayo le faltaran
frases para maldeciros.
¿Ois? á las madres roban
los frutos de su cariño;
quien lamentos de cien madres
oye y no les presta alivio,
no es cristiano y caballero,
moro sí; cual tal, indigno
de llevar en vil escarnio
cruz al pecho y cruz al cinto.
Sí sois cobardes, quedaos,
no han de faltar en su auxilio
un pobre viejo leonés
y este santo crucifijo.»
.....
Calló el anciano: los nobles
alzaron rumor crecido;
confuso y avergonzado
quedóse el rey D. Ramiro,
y rojo el rostro, temblando
de ira la voz, al fin dijo:
—«Razon tiene.... gran afrenta
los cristianos cometimos;
culpa es del hijo de mora,
de Mauregato el indigno,
moro tambien por lo negro
de su alma y de sus vicios.
¿Qué derecho le asistia
para ofrecer á su arbitrio
un honor que era del pueblo
el mas orgulloso título?
No mas livianos tributos.
¡Veremundo, yo te sigo!
Los riscos de Roncesvalles
conocerán á Ramiro.
¡Guerra al moro!
—¡Sí! responde
con un entusiasta grito
toda la corte, animada
por un sentimiento mismo.
—¡A la plaza, caballeros!
dice el monge:—ven conmigo,
rey del ejemplo, que acabe
por siempre el tributo indigno.
¡De impuros brazos de moros
salvad nuestro honor mas limpio!
¡A rescatar las doncellas!
¡Que ya se van, hijos mios!

II

Ya sortean las doncellas,
ya se arremolina el pueblo,
ya repican las campanas,
debiendo doblar á muerto.
Inflamable está la atmósfera;
para que estalle el incendio
falta una chispa, y no hay ojos

en que no fulgure el fuego!
.....
Una madre á su hija estrecha
en el palpitante seno,
balbuceando esperanzas
entre lágrimas y besos.
Tiende hácia el grupo sublime
convulsiva mano un viejo,
que en palo nudoso apoya
débil encorvado cuerpo.
—«¡Adios!—dice—¡contra el moro
lidié y vencí para esto!
¡Para mirar en sus brazos
los solos bienes que tengo!
¡Adios, hija! ¡adios, mi honra!...»
—«No lloreis,—dice un mancebo,
si el rey da lo que no es suyo,
defendamos lo que es nuestro!»
—«¡Ansures, su amante!»
—«Anciano,
por esposa á tu hija quiero.»
—«Vais á morir.»
—«Mas con honra
y cristianos moriremos.»
.....
Crece el tumulto: ya toca
la ceremonia á su término;
muchas manos convulsivas
oprimen ocultos hierros.
Solo falta una doncella,
cómo palpita su pecho;
su amor, su virtud, su honra
hierven confundidas dentro.
Exhala débil gemido,
la última frase de un rezo
que la madre acongojada
va en sus lábios recogiendo.
¡Pobre Orelia! Con angustia
oprímela largo tiempo
Ansures entre sus brazos,
nervioso, agitado, trémulo;
cual avaro que mirando
su tesoro descubierto,
á él se abraza y contra el mundo
se dispone á defenderlo.
El viejo, fija la vista,
torcido el inmóvil cuerpo,
que está sumido parece
en un momentáneo sueño;
ya no habla, ya no reza,
rígidos están sus nervios,
muy secos tiene los ojos,
¿pero quién no llora al verlos?
Solo falta una doncella,
del tablado un pregonero
por ella baja, la madre
de Orelia sale al encuentro;
va á defender á su hija
cual defiende sus hijuelos
de una caverna en la entrada
la leona del desierto.
A separarla con fuerza
el moro llega dispuesto....
y hácia atrás cae de repente,
brotando sangre su cuello.
Hoja sangrienta en la mano
tiene Ansures, ¡él lo ha muerto!
Saltó la chispa, doquiera
se estiende rápido el fuego;
mas sangre agarena corre,
aumenta el mortal estrépito,
suena el toque de rebato,
se oyen redobles siniestros;
salta el tablado en astillas
con seco rechinamiento,
ármanse brazos desnudos
con los rojizos maderos;
como de selva incendiada
salen las fieras rugiendo,
por las contiguas callejas
llegando va todo el pueblo;
armas las mujeres blanden
que arrancan á los guerreros,
anímanse los ancianos
por un galvánico esfuerzo;
cual desbandadas palomas
van las doncellas corriendo.....
desbordado está el torrente,
¿quién bastará á contenerlo?
.....
Apareció D. Ramiro.
¡El rey! mil voces dijeron:
suspensa quedó la lucha
llegar á la plaza viéndolo;
lleva un monge á la derecha,
su hijo Ordoño al lado izquierdo,
tras él soldados y nobles
de todas armas cubiertos.
¡Justicia! los unos claman;
otros ¡venganza, escarmiento!

—«Rey Ramiro, dice un moro,
ampara nuestros derechos:
traidor ultraje sufrimos;
si tú no pones remedio,
Abderraman, mi califa,
vendrá aquí mismo á ponerlo.»
—«¡Vive Dios! yo iré á buscarle:
dí, en tanto, que no consiento
mas liviandades indignas
de ignominioso recuerdo.»
—«¿Acaso el tributo niegas?»
—«No es legítimo y lo niego.»
—«Rey lo puso.»
—«Rey lo quita.»
—«Faltando á ley.»
—«Por derecho.
Si hubo pastores cobardes,
que al lobo muy cerca viendo.
sus ovejuelas mas blancas
les hizo ofrecer el miedo,
hoy el pastor es Ramiro,
por látigo tiene un cetro.
y los lobos espantados
habrán de ganar los cerros:
jornada que hacer os falta,
y yo aguijonaros pienso
á lanzadas, porque andeis
mas camino en menos tiempo.»
—«¿Tal digo?»
—«Dí: que estas frases
serán mañana mis hechos
y que el honor ya robado
en sangre lo cobraremos.»
. . . . . .
Gritos de alegre entusiasmo,
gritos de júbilo inmenso
pueblan confusos el aire
entre un delirio frenético.
Delante del rey se arrojan
ancianos.... madres, guerreros....
sns piés y el polvo que pisan
los cubren de llanto y besos.
. . . . . .
Tributo de cien doncellas,
ya no sereis satisfecho;
¡Cristianos, á la batalla,
tremolando el pendon negro!
¡Sus! sin tregua tras los moros;
corran hasta sus desiertos,
cual puñado de hojas secas
al fuerte soplo del viento.
¡Godos sois! no haya descanso,
sea el botin vuestro premio,
vuestro placer la batalla,
la victoria el amor vuestro.
Del corcel bajo la silla
carne cruda, siempre hirviendo
al calor del duro trote,
os sirva por alimento.
¡A Clavijo los cristianos!
¡Bien hayan del rey los sueños!
Mirad, al campo desciende
el invencible guerrero;
blanco corcel rige airoso,
blande fulminante acero,
bandera de cruz bermeja
desplega flotante al viento.
Dios os guia, ¡guerra al moro
hasta morir ó vencerlo!
¡Sus! *¡Santiago, cierra España!*
¡Avanzad la cruz, á ellos!

J. C. y S.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS,
Bordadores, 7.

Zaragoza.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1808 á 1809.)

I

España, la árbitra un dia
de las naciones de Europa,
cuyas armas alumbraba
siempre el sol de la victoria,
aquella cuya bandera
surcando las bravas olas
llevó la cruz del cristiano
á ardientes playas ignotas,
y dió tambien la primera
vuelta al Mundo; la católica,
la que fué siempre magnánima,
noble y digna, victoriosa,
como fué grande, altanera,
invencible en la derrota,
mal regida por pilotos
que afrenta son de la historia,
por hombres que á la escollera
llevaron su nave airosa,

tras estériles campañas
que la desangran y agobian,
tras sacrificios inmensos
y desastres, que abochornan
porque fueron holocausto
al temor y á la lisonja,
hallábase adormecida
como indolente matrona
que ni las dichas le mueven
ni las desdichas le importan.
Entonces, desde la altura
á do su vuelo remonta,
la vió el águila, y, cerniéndose,
chirrió con voz pavorosa;
que el águila carnicera,
ciega de ambicion y gloria,
viendo á España por el suelo
agonizante creyóla,
y aprestó las fuertes alas
y aguzó las uñas corvas
para lanzarse sobre ella
y beber su sangre toda.
Mas temió del moribundo
leon la terrible cólera
y, astuta, fingióse amiga
para ser siempre traidora.

Las aguerridas legiones,
las legiones vencedoras,
las que Napoleon regia
con tal audacia que asombra,
la falaz planta pusieron
en la nacion española,
y entraron, haciendo alarde
de marcialidad fastuosa,
en la hidalga villa y corte
que en sus brazos se abandona.
Pero el vil advenedizo
como dueño se comporta,
por la soberbia impulsado
y por la codicia torva,
y el pueblo que se apercibe
de la red que le aprisiona
con malla tupida y recia,
siniestramente se enoja.
Con torpe engaño, que solo
cupo en conciencias sin honra,
arrastraban mientras tanto
allende del Vidasoa
al rey Fernando que, ciego,
soñaba venturas locas
porque el águila imperial
de las nubes se desploma
y se revuelca en el cieno
como alimaña asquerosa.
Y tras él, víctimas siempre
de falsedades notorias,
partíanse para Francia,
al sano criterio sordas,
como tímidas ovejas
todas las reales personas.
Mas ¿cómo verlas partir
en silencio unas tras otras,
si tal silencio los timbres
mas apreciados enlodan....!
—No; Madrid no lo consiente:
se subleva, se alborota,
rompe el dique, y decidido
sobre los coches se arroja:
que es el leon que despierta
rugiendo con justa cólera.....
¡Dia de horror para España!
¡De horror y tambien de gloria!
Que si la muerte con negras
alas á Madrid azota,
si defendiendo á su patria
mueren, en pelea heróica,
Daoiz y Velarde y tantos
como registra la historia,
allí el Capitan del siglo
sufrió su primer derrota,
allí bamboleó su trono
y vaciló su corona.

Aquel «¡Viva España!» fué
rayo que vibró en las sombras,
y de independencia el grito
resonó en España toda;
y los pechos animosos,
con la lealtad por cota,
como leones lucharon
contra la estranjera tropa.
Vencidos hoy, vencedores
mañana, dudas medrosas
nunca de aquellos valientes
en el corazon asoman;

y al fin de Bailen un dia
lució la brillante aurora
y al águila rechazó
el leon en Zaragoza.

II

Allá en la ciudad sagrada,
de la imágen guardadora
que todo Aragon venera
con fé santa y fervorosa,
la impía hueste francesa
quiso entrar y ser señora,
sin pensar que aquella imágen
era faro y era antorcha
de la aragonesa gente
que lo que es el miedo ignora.
Y tras horribles destrozos,
rüinas que se amontonan
y hechos mil que al mundo entero
de uno al otro polo asombran,
Palafox, Lazan y Marco,
Simonó, Calvo de Rozas,
y el cura de Sós valiente
y Agustina Zaragoza
y todos hombres, mujeres,
niños y ancianos, que afrontan
el peligro y que pelean
cuerpo á cuerpo, á quemaropa,
al fin de las calles mismas,
al audaz francés arrojan,
humillando aquella enseña
que hacia temblar á Europa.
Y en medio de tanto escombro
y tanto mal que acongoja,
los que á la paz invitados
por el sitiador, en cortas
palabras «Guerra y cuchillo»
contestaran, sin demora
al júbilo se entregaron
celebrando su victoria;
que es el patriotismo todo
para las almas heróicas.
Aquella noble alegría
eco en las naciones todas
encontró; mas solo España
no ocultó su risa loca,
porque España ante el coloso
la fiera cerviz no dobla.
Y el coloso que, afrentado,
la tempestad bramadora
del furor siente en su pecho
y en mares de ira se ahoga,
—«¡Sus! á sus legiones grita;
¡Sus! que mi prestigio arrollan.
¡A Zaragoza los mios!
¡A rendir á Zaragoza!»
Y legiones tras legiones
sobre ella corren furiosas.
Pero Palafox le espera
como al oleaje las rocas,
y las defensas prepara
y á rudas lides se apronta,
que, aunque de recursos falto,
esfuerzo y valor le sobran.
La artillería enemiga
rompe el fuego atronadora
é innúmeros batallones
cargan con ira impetuosa.....
Casablanca, Buenavista
y el Torrero largas horas
resístense; mas al cabo
abandonarlos importa.
Gazan al Tejar y el Rastro
embiste..... ¡mas no los toma!
Velasco está allí. Sus balas
barren la enemiga tropa,
y en inmensa sepultura
aquel arrabal se torna.
Moncey al notarlo invita
con la paz, y se sonroja
el bravo español caudillo
y le dá respuesta pronta.
—«Sabed, le dice, que nunca
fué rendida Zaragoza
y que el que ser libre quiere
su libertad al fin logra.»
Y desde entonces la muerte,
como la hoz segadora,
vida, amores y esperanzas
destruye, aniquila y corta.
Una cintura de hierro
á la ciudad aprisiona
á pesar de los esfuerzos
con que el sitiado lo estorba,
y cien cañones á un tiempo
contra el recinto maniobran
con estruendo inconcebible
y en confusion horrorosa.
Los flacos muros al rudo

combate se desmoronan,
y, entre el polvo, Renovales,
cuyo valor nada doma,
al descubierto pelea,
rechaza, mata y destroza.
Sin muros y sin cañones
que el enemigo desmonta,
sin parapetos, sin nada
mas que la conciencia propia,
entre una lluvia de balas,
de granadas y de bombas,
del invasor con espanto,
al asalto le provocan
sobre aquel monton de ruinas
izando bandera roja,
en tanto que alegre música
les cantaba en una copla:
«La Vírgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
pues quiere ser generala
de la gente aragonesa.»
A tal insulto siguieron
cinco asaltos... Mas no arrollan
al aragonés, que luego
palmo á palmo, hora tras hora,
un dia y otro, sin nadie
que le ayude y le socorra,
desdeñando los ofertas
que el jefe francés le otorga,
defiende brechas y calles,
falto de todo, en mal hora,
menos de ardor que la muerte
ni las epidemias postran.
Y del cruel bombardeo
fueron en pos las odiosas
minas, que el francés volaba,
mientras, terribles é indómitas,
el incendio era la estela
de las huestes españolas,
que rodeándose de llamas
tanta fatiga soportan.
Pero al fin, cuando del Coso
bajo el pavimento, prontas
á estallar seis galerías
estaban, como corona
de tan preciada conquista,
la rendicion, pero honrosa,
fué precisa; y se rindió
la invencible Zaragoza,
no al francés, sino á la peste
y al hambre devoradora.

III

Palafox, el incansable
caudillo que al mundo asombra,
en triste lecho yacia
moribundo entre congojas
cuando el galo, que la fé
de lo tratado viola,
entró del héroe en la estancia
con recias voces que asordan.
Allí junto al lecho ardia
una mecha: allí la pólvora
de un hornillo la bravura
de aquel hombre testimonia;
y allí, el francés, de los labios
que la muerte descolora,
supo que no se rendia
quien alcanzó tanta gloria.
Mas no comprendió el villano
lo que aconsejaba la honra,
y con perfidia que solo
cupiera en almas traidoras,
sin respeto al heroismo,
maltrata, fusila, inmola,
atropella, y sin conciencia
jefes y soldados roban.....
¡Baldon para el vil guerrero
que así su pendon enloda!
¡Gloria á la nueva Numancia!
¡Loor eterno á Zaragoza!

P. L.

MADRID: 1872.—IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA, BORDADORES, 7.

La Perla de Avila.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1515 á 1582.)

I

Dentro del líquido espacio
que recata sus riquezas
de las cristalinas aguas
bajo la bóveda inmensa,
en el fondo de una concha
al esterior ruda y negra,
en rico lecho de nácar
se cria la madre perla.
Submarinos vejetales
con tierno abrazo la estrechan,
y en torno suyo se ciernen,
con voluptuosa indolencia,
peces de variadas tintas,
y brillantes escarcelas
de plata y oro, que esmaltan
uces en color diversas.
Mas llega un dia en que el buzo
burla del mar la soberbia,
y hasta el abismo desciende
para arrancarle su perla.
Entonces al mundo sube,
se incrusta en la real diadema,
y allí el esplendor preside
de las humanas grandezas.
Así de un severo claustro
bajo la bóveda estrecha
la perla de Avila esconden
un hábito y una celda.
Hay de su sencilla historia
en las páginas primeras
indicios de que en el claustro
no es el mundo quien la encierra.
Para agradarle tenia
sangre de antigua nobleza,

carácter dulce y alegre,
ingenio, virtud y hacienda.
Diz que alguna vez el viento
llevó á su guardada reja
mas de un eco enamorado,
mas de una santa promesa,
y aunque siempre recatada
y siempre digna y discreta,
brillaba en sus negros ojos
una alma hermosa y risueña,
lago tranquilo que el cielo
con vivas luces refleja,
espejo resplandeciente
del candor y la inocencia.
Sin duda al mirar al mundo
fijó su impresion primera
toda la luz que le inunda,
la armonía que le alegra,
y el aliento á cuyo impulso
gira por su órbita inmensa
entre mil globos de fuego
que en derredor centellean,
y adormecida al encanto
de las mundanas quimeras
pensó en la vida del siglo
imaginándola bella.
Amaneció un dia oscuro:
llorando á su madre muerta,
gustó la primer ponzoña
de las humanas miserias.
Avaro su padre de honra—
porque su orfandad no fuera
á su virtud un tropiezo—
la cobijó en una celda,
y al entrar le dijo al mundo:
Adios: mi regreso espera,
que tengo una alma harto grande
para cárcel tan estrecha.
Vió acaso allí desde lejos
lo que antes tocaba cerca,
y halló pequeñez notoria
lo que estimara grandeza.
Tal vez al umbral del templo
envuelto en harapos viera
de lágrimas y dolores
vivo y terrible poema.
Acaso allí entró del alma
en las regiones inmensas;
agua bebió de la fuente
de las dulzuras eternas,
y al volver la vista al mundo
le dijo: tu vida es negra,
tus horizontes mezquinos,
adios, no esperes mi vuelta.
La soledad es su encanto,
su dicha mayor la celda,
que allí romper puede el dique
de la pasion más intensa.
De su corazon herido
por milagrosa saeta
brota un torrente de fuego
que el sentido la enajena,
y como sube entre el humo
la enrojecida pavesa,
así con su alma candente
el débil cuerpo se eleva.
A veces postrada, inmóvil,
sin color, rígida, y yerta
parece triste despojo
que á la muerte lisonjea,
en tanto el alma domina
del sol la esplendente hoguera,
las fantásticas regiones
de la luz y las tinieblas,
y tiende tan alto el vuelo
que á lo infinito se acerca,
do vaga como perdida
en su insondable grandeza,
como enmedio del Occéano
flota la astilla pequeña
que en el naufragio de un buque
arrebató la tormenta;
y cuando el color asoma
en sus mejillas de cera,
y sus labios se entreabren
y su corazon alienta,
cônserva una luz tan clara
una pasion tan intensa,
que bien conoce ser otra,
que no delira ni sueña,
pues trae señales el alma
que son conocidas prendas
de amor divino, y no es dable
soñarlas sin conocerlas.
Pero ¿qué le importa al mundo
que entre lirios aparezca
la túnica pura y blanca
de una sencilla azucena?
Nada: ni aun recuerdo tiene
de la mujer que en su celda

vive como en el Occéano
la desconocida perla.

II

Llega el tiempo señalado
en que ha de mostrar Teresa
el escondido tesoro
que en su corazon se encierra.
Luce el dia en que se arma
su brazo de fortaleza,
en nombre de Dios blandiendo
todo el poder de su diestra,
y presentándose al mundo
le pide con voz severa
matronas de alto linaje,
la flor de hermosas doncellas,
y suntuosos edificios,
y privilegios y haciendas
para ofrecerlo á María
sobre las cumbres escelsas
del Carmelo, do la Vírgen
sus sacros votos espera.
A los conventos antiguos
con paso firme se acerca
para ahuyentarles el sueño
que sus virtudes enerva,
y sin rendirse al cansancio
va por ciudades y aldeas
sustentando su demanda
con vigorosa insistencia.
¿Quién parará la corriente
de un rio que se despeña?
¿Quién arrancará los montes
de sus raices de piedra?
Una mujer sola, pobre,
abandonada y enferma
es la que á Dios invocando
acomete tal empresa.
Todo el poder del infierno
se vuelve febril contra ella:
arma el mundo sus desdenes,
su compasiva insolencia.
sus burlas y sus denuestos
y sus infames blasfemias;
mas atrevida y constante
lucha invencible Teresa
y al mundo espantado toma
con la flor de sus doncellas
sus codiciados tesoros
sus casas y sus haciendas.
A su voz se alzan los templos,
los nuevos claustros se pueblan
y se abren á la reforma
de los antiguos las puertas.
Pero aun es poco: es preciso
que su potente voz sea
de muchos siglos oida,
que sus prodigios se estiendan
hasta el hogar no encendido
de las gentes venideras.
Mándanla escribir: se rinde
á impulsos de la obediencia
y al papel confia el fuego
de su inspiracion escelsa.
Aquel papel baja al mundo,
hace gemir á la prensa,
llega al retiro del sábio,
y el sábio admira su ciencia.
Pasa sin arder los muros
de la Inquisicion severa:
bajo la nave del templo
su ardiente elogio resuena,
y al pasar entre las manos
del artista y del poeta,
les inflama, les subyuga;
sus concepciones alienta
y sus obras vivifica
y á nuevos triunfos les lleva.
¿Qué vá en el papel escrito?
¿Qué mágia tienen sus letras?
Secretos del cielo guarda,
encantos del cielo muestra.
Son sus palabras mas dulces
que la labor de la abeja,
mucho mas enamoradas
que las sentidas endechas
con que la tórtola arrulla
al pié del sauce sus penas;
mas blandas que el cefirillo
que entre flores juguetea
besándolas con tal arte
que no las mueve siquiera.
Son mucho mas armoniosas
que el gorjear en la selva
jilgueros, y ruiseñores,
sombra gozando en la siesta.
Sus conceptos esplendentes
mas que el alba en primavera,
sus pensamientos mas altos

que el vuelo del ave reina.
De fuego son sus palabras
y los corazones queman.
Tanto su fé resplandece,
que la trasmite y sustenta,
cual se trasmite el incendio
en mies apretada y seca.
Del corazon los arcanos
tan bien conoce y enseña
que todos dicen: el mio
fué adivinado por ella;
bien los latidos conozco
que un dia me sorprendieran
manteniéndome á mí mismo
su aspiracion tan secreta,
que me arrastré por seguirla
sin llegar á comprenderla.
Subyuga el entendimiento,
de las almas se apodera
y hasta su Dios las conduce
con irresistible fuerza.
Esto hace el papel escrito:
esta mágia hay en sus letras.

III

Teresa de Jesús muere,
pero no como en la tierra
el poderoso magnate,
cuyo recuerdo semeja
el tránsito de la sombra,
que un humo fugaz proyecta.
Su alma hermosa se desprende
del cuerpo que la encadena,
lo mismo que de la concha
un dia arrancan la perla,
para engastarla en el oro
de la corona de un César.
El mundo que la olvidara
dobla la rodilla ante ella;
porque el sucesor de Pedro
dice á la faz de la Iglesia,
que en la mansion de los justos
entre los santos se sienta,
y mil prodigios confirman
su declaracion por cierta.
Por sus obras los doctores
la reconocen maestra,
en su frente colocando
las insignias de la ciencia.
Alzala Italia una estátua,
Francia, Alemania, Inglaterra,
y en fin, las naciones todas
nos envidian esta perla
de la virtud castellana,
de las españolas letras.
Mas ¡ay! de la España antigua
tan débil recuerdo queda,
que aunque de honrada blasona
de ingrata y de injusta peca
porque á sus hijos olvida
y hasta su nombre desdeña,
si el pedestal de su gloria
guarda en el claustro una celda

J. R.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS,
Bordadores, 7.

NÚMERO 37.

La Conquista de Málaga.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1487.)

I.

Muchos van los capitanes,
muchos y los mas bizarros,
bien templada la armadura,
mejor los pechos templados.
Y no en esta parte ceden
ni en generoso entusiasmo
los que siguen sus banderas,
muy valerosos soldados.
Tiene su crecido número
en estas cifras descanso:
cuarenta mil los infantes,
doce mil los de á caballo.
Aunque aventaja á esta cuenta
otra que suspende el ánimo,
si por el valor se estiman
ya no es posible contarlos.
Forma una hueste famosa
el sitio mas avanzado;
la flor de la Andalucía
son sus guerreros, por bravos
á los demás aventajan;
su jefe á los mas preciados.
Marqués, le dicen, de Cádiz,
y el mas temido vasallo
de los Católicos Reyes,
la derrota en el amago
de su formidable lanza
cuentan siempre sus contrarios.
Una cruz que el aura besa
sobre el armiño del manto

recamada y roja luce
el gran Maestre de Santiago.
Quizá de los de su órden
sería el mas esforzado,
si no acreciera sus filas
el imberbe Garcilaso,
aunque por la faz bisoño
por el valor veterano.
Va del marqués de Villena
el descendiente preclaro;
su título inmortalizan
de las musas los encantos.
¿Y quién con tal gentileza
monta el corcel mas gallardo?
El de Aguilar que muy luego
le han de hacer mas señalado
las inmarcesibles glorias
del gran Capitan, su hermano.
Rige con fiera arrogancia
á los héroes castellanos
Iñigo Lopez Mendoza,
quien tiene un precio doblado;
á los mas en valentía
supera, á todos por sábio.
Y el conde de Benavente
y el de Cabra y otros varios
que parecieran por grandes
mucho para ser vasallos.
Ante un tan brillante ejército
suspéndese arrebatado
el génio de las batallas
y agota pródigo el mármol;
¡si el capitan es un héroe,
héroe tambien el soldado!
Y á todos guia al combate
el católico Fernando,
por su nobleza, un Alfonso;
por su constancia, un Pelayo,
que, si á cien baluartes osa
con su aliento sobrehumano,
de los cien se enseñorea
á la victoria cansando.
Y á Guadix, Ronda y cien pueblos
que se cubrian del bárbaro
turbante, á todos subyuga;
¡arma el Supremo su brazo!
Mas le resta un baluarte
para herir á su adversario
de muerte, y contra él se arroja.
¡Plaza á los héroes cristianos!

II

Espéjase la belleza
de la encantadora Málaga
en las apacibles olas
que se rizan á su planta.
En su tímido murmullo
sorprende atónita el alma,
el suspiro de una endecha,
ó el propagarse de un arpa,
en la pacífica noche
la débil nota llorada.
Porque al acercarse altivas,
pero en el reflujo lánguidas,
aunque la besen, muy pronto
no volverán á besarla.
Y espéjase en el concierto
que, con sus lenguas arpadas,
las vistosas avecillas
celebran en la enramada,
y en la pureza del cielo
el mas alegre de España,
y en las primorosas flores,
con que se muestra engarzada,
y en el perfumado ambiente
y en sus dulcísimas auras.
Cíñese por estremarse
en atavíos de gala
con un collar opulento
de caudalosas montañas,
cuyos dóciles declives
recamados de esmeraldas,
á ningun fruto se niegan,
con toda flor se regalan.
Le hacen las naves atando
su costa á las mas lejanas,
el emporio del comercio
con Levante y con el Africa.
Su poder con dos castillos
todo poder pone á raya;
el colosal Gibralfaro
sobre un monte se levanta;
á toda energía asombran
sus torres, labor titánica.
Tal sobrepuja en medida
la mayor á la mas alta
que cierra audaz el camino
al raudo vuelo del águila.
Mensajeras de la muerte
son las flechas arrojadas,

pero la muerte les hurta
la fatigosa distancia;
tampoco le dan alcance
las imponentes lombardas;
libre, pues, se encuentra al daño
de las impelidas armas.
Los pertinaces arietes
son vanos á herir su fábrica,
y ante su altura flaquean
las atrevidas escalas.
Mas cíñese Gibralfaro
por un lienzo de murallas
á otro castillo mas hondo,
no mas fuerte, la Alcazaba;
y que está en su goce el triunfo
piensa el prudente monarca,
¿mas pondrá su fortaleza
límites á su pujanza?
No, que al pecho de valientes
y españoles mejor cuadran
en la resistencia el llano,
embistiendo la muraila.
Y al horizonte despierta
noventa veces el alba
enrojecida en los fuegos
del sitio su tibia grana.
Y en la lucha los cercados
si rinden una pulgada
de tierra, á los vencedores
para sus muertos les falta.
Que los mas grandes imperios
que en el mundo se agigantan
han alentado á la historia
en cunas ensangrentadas.
No cede un dia sin lucha,
los ánimos no desmayan,
y mientras ánimos quedan
el hierro al hierro no ablanda.
Porque es una lucha á muerte
de dos enemigas razas
cuyo ódio ruge en el pecho
en hirvientes cataratas.
Son dos gigantes que intentan
con indómita arrogancia,
fijar la planta en un suelo
donde no caben dos plantas;
y dan apoyo á dos mundos
sus atléticas espaldas.
El acero y la diadema
del uno la cruz rematan,
que es bien que á la cruz se rinda
lo que por la cruz se gana.
Su rival, un yugo al orbe
ominoso imponer trata;
¡vióse Europa del turbante
al peso bamboleada!
Que empequeñecen la tierra
del agareno las ansias
y la tumba de Pelayo
no sufre agarena marca;
y al reto los dos se arrojan
que es lucha muy empeñada
la del leon de Castilla
con la pantera africana.
Nunca fragor mas tremendo
al despeñarse resaltan,
una avalancha que cierra
al choque de otra avalancha.
.....
.....
.....

III

Un atronador aplauso
por los aires se dilata.
—¡La Reina! ¡Viva la Reina!
Llega Isabel ¡ay de Málaga!
El ángel de la victoria
adonde va le acompaña.
¡Animo! ¡Sus! Al combate
¡Sus! ¡Santiago! ¡Calatrava!
¡La Vírgen y Covadonga!
gritos de la fé cristiana
—¡Alá, Alá! ronco el rugido
llevan los ecos en alas
de la legion de Gomeles,
mercenarios que Hamet manda.
Y estrepitosas retumban
las cien mortíferas máquinas,
y en mil proyectiles rompen
de su centro las lombardas.
Responde la artillería
de los muros, y las balas
rasgando el espacio hienden
cotas y pechos taladran.
Rotos en pedazos ruedan
los cascos y las corazas,
á un ¡ay! responde el acento
colérico de venganza,

y por los rajados pechos
la corriente se desata
enrojecida, que rompe
al piélago tributaria.
Revienta en hondo la mina,
al muro el cimiento falta,
y el polvo que se desprende
ciega á los ciegos de saña.
Suena una voz dominante:
—A la brecha las escalas.
Y los guerreros se arrojan:
un paso cejan, cien ganan,
que aunque la muerte allí impere
ésta no todo lo abarca.
—¡Animo, adelante!—Llegan,
las flechas enarboladas,
los dardos, los arcabuces
con enorme estrago, matan.
Gruesas moles de granito
que el impulso fuerte arranca
de cuajo, ruedan, arrollan,
rompen, derriban, aplastan.
Las pilas de los cadáveres
el foso profundo sacian:
mas no hay quien tenga el torrente
de las legiones cristianas,
que abre un guerrero el camino
al empuje de la audacia,
haci endo presa en el muro
con la vacilante escala.
Se oye un grito. Juan de Ortega
vacila, cae, se levanta
moribundo, en el adarve
los régios pendones clava.
—¡Victoria!—repetir quiere;
la muerte se le adelanta.
Se recrudece el combate
cuerpo á cuerpo en la muralla,
y se cruzan los aceros,
y cruge la cimitarra,
en los petos, y en los cráneos
recrujen fulmíneas hachas.
Y una trinchera de hierro
opone á toda esperanza
Requesens, el gran marino,
con sus naves aferradas.
Cede al fin la fortaleza.
En la mezquita de Málaga
pesa la cruz, y se rinde
Gibralfaro á la constancia.
Y un himno entonan al cielo
los Católicos monarcas,
al romper la media luna
sobre las frentes bastardas
Y ven pasmados sus ojos
á la encantadora Málaga,
muy bella del agareno,
pero mucho mas cristiana.

N. M.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO
Bordadores, 7.

El Rastro.

I

Vaya un poco de romance
entre duro y entre blando,
bien vestido á la española
con hidalguía de antaño.
Y en él estos pobladores
del desierto literario,
prosigan su pensamiento
tan provechoso como árduo.
Nada mas nos propusimos
á lo Quijote y lo Sancho,
que ora en burlas, ora en veras,
poner lo de arriba abajo.
Sin esperanzas de gloria,
sin comisiones de aplausos,
ni mas merced que la nuestra,
ni mas premio que dos cuartos,
y ocultos, como obras pias,
hemos ya romanceado
asuntos de bueno á bueno,
treinta y tres ó treinta y cuatro.
Poniendo ante las conciencias,
como espejo en que mirarnos
recuerdos á falta de obras
por ver si emulaban algo.
No hay en la historia resquicio,
ni oscuridad en los fastos,
donde esta social linterna
no haya dirigido un rayo.
A nuestro acento los héroes
sus sepulcros quebrantaron,
y volvieron las batallas
á resonar en los campos.
Volvieron aquellos dias
en que el amor, niño y casto,
fué vínculo de las almas,
fué un sentimiento y no un pacto.

En que esta tierra fué patria
de aquellos que cultivaron
con su sangre los laureles
de Covadonga y Lepanto.
De las cumbres de la historia,
tiempo es ya que descendamos,
pues no hay varones que sigan
nuestro ejemplo y nuestro paso.
Cese el vigor, cese el númen,
y sentémonos un rato
para limpiar la trompeta
y dar al pulmon descanso.
Si entre col y col lechuga,
nos dice un antiguo adagio,
yo, que encuentro por antiguas
hasta en las canas agrado,
voy á probar si ciñendo
á la máxima mi canto,
entre Granada y Cervantes
hago un sitio para el Rastro.
Volaré como sobre áscuas
sobre estas cosas de fango,
con una pluma que tengo
que para volar ya es algo.
La moral quedará intacta,
pues yo juro respetaros
hasta aquel sesto sentido
que teneis, sin sospecharlo.
Descubrimiento asombroso
con que ahora salen los sábios,
cuando de los cinco antiguos
no quedaba mas que el tacto.

II

Famosa córte de España,
reina que corona un charco
y das tu suelo en tributo
á hijos infieles y estraños.
En busca de tus grandezas
he perdido un tiempo largo;
ó eres mezquina y las guardas,
ó todas te las robaron.
La luz que dicen que tienes
es de rojos fogonazos,
y lo que se oye es mentira,
y lo que se ve es muy malo.
¡Oh: si aun Quevedo viviese
ó el latino del *Beatus*.....
que hallaban ruines los tiempos
de Augusto y Felipe Cuarto!
En vez de sátiras vanas,
yo quiero ver si han logrado
su intencion los que pretenden
no dejar de tí ni *rastro*.
Mas no, que el Madrid moderno
conserva en un lugar clásico,
aquella lengua de tierra
que le une con el de antaño.
Y allí abandonan sus restos
convertidos en harapos,
para pasar á la historia,
los sucesos y los años,
así como á la otra vida
pasa el espíritu humano,
por las sendas del sepulcro
sus despojos derramando.
Venid á ese cementerio,
á ese químico milagro,
mas trasformador de cosas
que el Dios que las ha creado.
¿Cual fué su orígen? se ignora;
la muerte debió fundarlo,
y aun sigue viviendo á espensas
de la vejez y el trabajo.
De antiguo creyése infierno,
gruta de hombres sin decálogo,
agencia de obras torcidas,
y tierra de picos pardos.
Nadie por allí pasaba
sin el credo entre los lábios,
pues aun el credo corria
riesgo de ser desnudado.
Majas, chisperos, rufianes,
eran, por el tiempo en que hablo,
amen de alguna taberna,
la sociedad del cotarro.
Y los sabuesos de entónces
traidos por el olfato,
de allí dicen que sacaban
caza abundante al juzgado.
Unos sí y otros no, opinan
que por rastrero fué rastro,
estos son hondos problemas,
y..... ¿para que estan los sábios?
A él venid, á ver si encuentro
las banderas de Pelayo,
aquella que soberana
sobre el mar saludó Byron (1).

(1) Léase Bairon

Y venced preocupaciones,
que hoy por hoy, seguros vamos,
pues ni aquello es ya lo que era,
ni ya es inmoral el ágio.
Es una plaza decente,
digna del tiempo en que estamos,
donde se dá por dinero
desde el pelo hasta el zapato.
Una estrecha encrucijada
no sé si abre ó cierra el paso:
en ella cuenta la historia
que falleció un escribano.
Tal la tradicion respetan,
que aun parece que el finado
segun las cosas que ocurren,
sigue viviendo en el barrio.
Colgadas están las casas
del portal al sotabanco;
no hay resquicio, ni agujero,
que no vomite un pingajo.
En medio de todos gritos,
de toda carga abrumado,
cada vendedor parece
una providencia andando.
Hay quien uno encima de otro,
y no por presumir de alto,
piramidal de sombreros,
lleva todo un dos de Mayo.
Quien, desde la hoja de parra
hasta el frac reaccionario;
que hoja atras, hoja adelante,
igual va un hombre con ámbos.
Desde la hoja al frac, decia,
hay quien lleva columpiando
catorce siglos de modas
en geométricos retazos.
¡Oh, admiremos cuantas cosas
crió el Señor para darnos!
¿Donde habrá naturaleza
ni arte que produzca tanto?
Entrad por donde parece
que un orbe se está formando,
de las primeras materias
en el hervor embrionario.
Vengan acá los que dudan
que hay supérfluo en el mundo algo,
aunque se incluya lo inútil
y de lo inútil lo malo.
Y entre si es ó no es Barahona,
si es pradera ó es mosaico,
ó el valle del *Rexurrexite*,
henos aquí en pleno Rastro.
Agur señores, cada uno
tire por donde halle paso,
y á los que vivos salieren
al fin de la plaza aguardo.

III

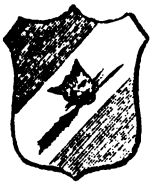
Al Rastro, caballeros;
aquí hay de todo,
el mirar es barato.
—¡Lo has dicho pronto!
Sean testigos
pañuelos que se escapan
de los bolsillos.
Pimientos y tomates
venden en cestas
y con calzas moradas
gallos sin crestas...
Vino de balde...
peñas dice debajo
son dos verdades.
Una mujer:
—¿Quién pasa
de este alboroto?
¿Quién entiende lo que hablan
tantos demonios?
¿Quién sufre un ciento
de pisadas, codazos ..
y otros escesos?
—Por dos reales tres pares
de calcetines.
—Serán viejos.—¡Señora,
usted qué dice!
—¡Ya se vá el tio
que de perder dinero
se ha arrepentido!
—Paso que mancha!
—¡Un carro
cargado de astas!
¡Horror! ¿Dónde habrán ido
por tales armas?
Responde un viudo:
—Todas se venden.
—¡Cielos,
como anda el mundo!
—Cerillas, jabon, peines.
—Trenzas de moda.
—¡Quién lleva una camisa
para la novia!

Véase la clase.
—¿De camisas ó novias?
—No, de silbantes.
—¡Vaya una hembra por parte
de mañanita!
—¿Cree usté que está arrimándose
á alguna esquina?
—Es que me empujan...
—Pues téngase derecho.
—Y á mí me gusta.
¡Ay del ciego que pasa
cantando coplas,
cuando en sus huecos párpados
lágrimas brotan!
O es un sarcasmo
ó el mundo se divierte
con sus hermanos.
—¡Un reloj por un duro!
—Diga, buen hombre,
¿que es aquella basura
que está en montones?
—Eso es tabaco,
y mucho mejor clase
que el del estanco.
—¡El retrato de un santo
por dos pesetas!
—¡Ay!... ¡es él! ¡Pobrecito!
¡Quién lo dijera!
—¡*La Nacion*!!!
—¡Hombre!
¡Y esa tambien se vende!
—¿Si hay quien la compre?
—Hija, estos guantes huelen.
—¡Y usted lo mismo!
—Yo queria pequeños.
—Pues al Hospicio...
—¿Y hoy vienes sola?
—Y convido á aguardiente.
—¡Viva la compra!

IV

—¿Llaman á este sitio América
por vergüenza ó por sarcasmo?
Armas tiene enmohecidas,
tiene por dueños gitanos.
Ya lo habeis visto, señores,
os encuentro cabizbajos,
imágen del mundo es esta
y todo es mentira y tráfico.
Noy hay cosa sagrada, ahora
ruedan por súcios pantanos
prendas que ayer recogian
besos de vírgenes lábios.
Esto formaba una dicha,
aquello costó un desmaye,
esa era la mística hoja
de algun poema romántico.
Todo se quiebra y se amasa,
y entre desnudez y escándalo
la degradada miseria
aquí tiene su reinado.
Pero al volver á esa córte
que sonríe un cielo diáfano,
y á la luz de los diamantes
la del sol compite en vano,
de local, no de miserias
cambia sólo el desengaño:
allí cubiertas con oro,
aquí regadas con llanto.
¿Qué es Madrid si no un inmenso
bazar de géneros falsos?
Prendas viejas las virtudes,
desechos del mundo... ¡al Rastro!

J. C.



ES PROPIEDAD.

MADRID: 1872.—IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA, BORDADORES, 7.

Villamediana.

(21 de Agosto de 1622.)

I.

En una estancia lujosa
donde el arte desplegó
para honrar á quien la ocupa
magnificencia y primor;
vése un apuesto mancebo
sentado en rico sillon.
Llámase D. Juan de Tassis
y de su padre heredó,
con un título de conde,
y un cargo de algun valor,
varios censos á pagar
y deudas en profusion.
Conde de Villamediana,
poeta, galan, decidor,
pronto venció las desgracias
y su caudal acreció.
Pero, menos favorable
que las cartas el amor,
vencióle y nunca sus penas
con favores mitigó.
Ingrato el niño Cupido
á la inquieta devocion
del conde, privóle siempre
del triunfo del vencedor.
Desdenes recibió Tassis
donde finezas sembró:
rindióle al amor la vida
y murió por el amor.
Correo fué de Palacio
y tanto y tanto corrió,
que le detuvo la muerte
por su elevada ambicion.
Osado como poeta
no temió la luz del sol;

Icaro quiso volar
y cual Icaro murió.
Que el conde Villamediana
poeta fué, díganlo hoy
sus obras; que fué atrevido
bien claro lo demostró.
Punzante, irónico, injusto,
procaz y difamador,
entre una honra y un aplauso
el aplauso prefirió.
Fueron ajenas flaquezas
fuente de su inspiracion;
y eran las flaquezas tantas
que cualquier murmurador
sin ser conde ni poeta,
viviendo cuando él vivió
tuviera tema abundante
para la murmuracion.
Su lengua fué su verdugo,
su muerte una expiacion,
su defensa... la bondad
infinita del Señor.
En el dia en que le vemos,
una extraña agitacion
domina al conde, y su pluma,
por lo regular veloz,
torpe en el papel resbala...
Sin duda no es su mision
herir honras, que en tal caso
corriera mucho mejor.
Escribe, y escribe versos,
que á veces alza la voz
y los conceptos repite
que ya en el papel grabó.
Dejemos que nos imponga
el papel revelador
en un secreto que encierra
pecado y reparacion.
«Francelisa, cuyos ojos
mi culpa y disculpa son,
dulcísimo laberinto
del que en ellos se perdió:
si no olvida quien bien ama
¿como puedo olvidar yo
desdenes que no escarmientan
porque es premio su rigor?
Vos, pues, de mis males causa
que con negros rayos sol,
haceis á las hebras de oro
afrentosa emulacion...
Permitid que á las cadenas
que tan puro amor formó,
no se les atreva el tiempo
ni la desesperacion.»
Aquí al llegar, un criado
varias cartas le entregó,
diferentes en tamaño,
símiles en la intencion.
Tomó la primera el conde
con alguna agitacion,
deshizo luego el plegado
y así en el papel leyó:
«Apiadado estoy de vos,
conde; aunque sin merecello,
que es vuestra lengua atropello
del mundo, del rey, de Dios.
Mas si á Dios no respetais,
no sé qué fin pretendeis,
porque en la vida que haceis
en peligro cierto andais.»
—Lo de siempre; me castiga,
dice, un poetastro ramplon,
remitiéndome amenazas
que no me inspiran temor.
¿Otro anónimo? Veamos
si merece mi atencion:
con una cruz se encabeza,
ya viendo al demonio estoy.
«Conde, no hay hombre que pued
afrontar la luz del sol:
ciego estais; abrid los ojos,
pedidle perdon á Dios,
que de la vida á la muerte
tan corta separacion
existe, que las confunde
la hoja de un puñal traidor.»
—Sin firma tambien. Mal año
para el cura que dictó
la amenaza, que á cogulla
huele y á misa mayor.
Veamos el papel postrero.
Y abriéndole, así leyó:
«No mireis á los demás
y mirad antes por vos,
que os amenazan parrillas
y os busca la Inquisicion.
Campanas de ajusticiados
lanzan al viento su voz:
condes condenados buscan
para la Plaza Mayor:

justo es que quemado muera
quien compite con el sol.»
Dobló las cartas el conde;
una sonrisa cruzó
sus labios; pero tan triste
cual hija de su dolor,
y en tanto que le preparan
el coche que ya encargó,
á caer volvió de nuevo
en honda meditacion.

II

Tan oscuro como el crímen
la noche tiende su manto:
Madrid, cansado de goces,
ya se dispone al descanso.
Solo algunos transeuntes
se encuentran de vez en cuando,
por las calles de la córte
del rey don Felipe Cuarto.
Las gradas de San Felipe
están desiertas, cerrados
sus comercios, que aunque otoño
no ha sucedido al verano,
y el calor es escesivo,
son muy pocos los que osados
buscan fresco entre las sombras
por evitar un fracaso.
Junto al quicio de una puerta,
y que es Agosto olvidando
segun oculta su rostro
con una capa de paño,
inquieto como el que espera
y algun objeto ocultando,
en la calle de Boteros
se encuentra un hombre parado.
Que es contagioso el ejemplo
(aun de abrigarse en verano)
pruébanlo sobradamente
otros dos encapotados
que la ya citada calle
recorren á grandes pasos,
cual si de espera estuviesen
y el que esperan fuese tardo.
Suena de lejos un coche;
páranse los embozados,
y despues de cerciorarse
de que se va aproximando,
se acercan al primer hombre
y con laconismo estraño:
—Ignacio, está prevenido.
—Bien lo estoy, responde Ignacio.—
Ya llega el coche; le ocupan
Tassis y D. Luis de Haro:
ambos silenciosos, tristes
y meditabundos ambos.
Preséntase de repente
un hombre y le habla al lacayo:
obedientes á la rienda,
las mulas paran el paso.
Se acerca á la portezuela
silencioso el embozado,
fija la vista en el conde,
y con sanguinaria mano
una ballestilla arroja
con brios tan desusados,
que Villamediana siente
clavarse al pecho su brazo.
—¡Traidor! esclama, y á tierra
en un instante bajando
quiere sacar el acero;
mas de sangre y vida falto,
dice: *Esto es hecho*; vacila
y en el humeante charco
de su propia sangre, inclínase,
su último aliento exhalando.
Tuvo la infernal escena
la rapidez del relámpago
y en vano vengar el crímen
pretendió D. Luis de Haro,
pues al bajar á la calle,
con el muerto tropezando,
por San Ginés vió que huian
veloces tres embozados.
Llevóse el cuerpo del conde
al portal de su palacio;
cercáronle en el momento
religiosos y escribanos,
y los pocos transeuntes
la triste escena mirando,
—Dios le perdone, decian,
que harto en su vida ha pecado.—
Supo Madrid aquel crímen;
corrió en lenguas el acaso;
se habló mucho en prosa y verso;
se hicieron mil comentarios;
pero algunos tan opuestos,
todos tan estraordinarios,
que á no haber muerto el poeta

dijérase sin empacho
que eran sin duda obra suya
muchos de sus epitafios.
Quien dijo que D. Juan Tassis
en un público diálogo,
mis amores son reales
afirmó con desenfado,
y que de ello noticioso
el monarca castellano
podrán serlo, dijo un dia;
pero yo los haré cuartos.
Y sobre base tan débil
ya señalaban la mano
del criminal, á Mateo
el ballestero acusando.
Otra voz á Ignacio Mendez
culpó del asesinato;
pero probarse no pudo
porque á muy poco del caso
Ignacio Mendez moria
por su esposa envenenado.
Un cronista mas curioso,
que aquel misterio estrañando,
quiso saber del poeta
por boca de sus criados,
supo que estos, cuatro meses
despues de morir su amo,
siguiéronle á la otra vida
por la Inquisicion quemados.
Quedan del crímen horrendo,
unos versos, que firmados
por Lope de Vega, Jáuregui,
Góngora, Quevedo y varios
escritores mas, corrieron
entonces de mano en mano,
pintando osados y libres
el orígen de aquel caso.
Unos á las nubes alzan
al poeta epigramático;
otros su arrojo censuran
de torpe y de temerario;
quién le aplaude, quién le injuria,
quién juzga proporcionado
á sus culpas el castigo
y á la venganza el agravio.
No copiemos tales versos,
no descifremos su arcano;
quédese á los eruditos
el afan de interpretarlos.
Tassis hirió maldiciente,
sembró enconos á su paso;
quien daños ajenos busca
motiva su propio daño:
la pena sigue á la culpa,
á toda deuda su pago
y el crímen recoge siempre
las semillas del agravio.

O Y B.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO,
Bordadores, 7.

El Suplicio de D. Alvaro de Luna.

(1453.)

I

Revuelta andaba Castilla,
roncos clamores de guerra
los espacios atronaban
sin dar al acero tregua.
Cizaña en campo sangriento
recogía por do quiera
don Juan, que siendo el segundo
fué el postrer en toda empresa;
alma templada en un yunque
de tan pobre resistencia,
que en el valor y constancia
no es de hierro, sí es de cera.
Solo mostrar logró al mundo
la virtud de la paciencia,
pues para mandar nacido
todos menos él gobiernan.
Todos, pues, todos se atreven
en la intrigante nobleza,
ganosos de poder y honra,
que es honra alcanzar hacienda,
á revolver contra el trono
su ambicion y sus banderas,
porque el rayo de la ira
no sabe esgrimir su diestra.
A él, de Aragon los infantes
sus primos, le mueven guerra,

y tras de caer matando
los perdona y recompensa;
contra él irguióse el infierno,
pues de su misma soberbia
aborto fué D. Enrique,
víbora de estirpe régia.
Poco cuerdo en sus mandatos,
vacilante en sus promesas,
mártir siempre de la duda
que su decision refrena;
oprimido bajo el férreo
yugo de planta estranjera,
lamentara el castellano
de su valor la impotencia,
si ante las gradas del trono,
de su esplendor puro emblema,
firme escudo de su honra,
baluarte de su existencia,
no hubiera surgido un héroe
que del cielo recibiera,
naciendo en bastarda cuna,
un corazon y una idea.
Con alientos de gigante
él acometió la empresa
de hacer reinar en Castilla
solo un rey, de ciento que eran.
Y si la fortuna próspera
en un principio, en adversa
se trocó cuando veia
su aspiracion satifecha,
cúlpese al rey que olvidando
el peso de sus cadenas
segó una vida, humillándola
á los piés de la nobleza.
Este es D. Alvar de Luna,
el primero en la pelea,
tan brioso en el torneo
como galan en las fiestas:
si es merecida su fama
de buen capitan, lo prueban,
mas que hazañas en Castilla
los laureles de Higueruela,
que tras de aquella victoria
renombre inmortal hubiera,
privando de timbre ilustre
á la mejor de las reinas,
si la envidia de los nobles,
que siempre en su mal conciertan
bastardos planes que él corta
con su espada ó su prudencia,
no tuviera prevenido
arrancarle la existencia
á traicion, esponiendo
honras y vidas ajenas.
Pero la envidia no puede
herir la altiva cabeza,
pues nació para arrastrarse
por el cieno de la tierra;
y es ya el de Luna la sombra
que la majestad refleja,
alma del alma del trono,
ser encarnado en su esencia.
Porque D. Juan, que conoce
su lealtad y grandeza,
ve en el Maestre un hermano
y hasta su altura lo eleva.
Mucho duró su privanza,
grande fué la recompensa;
pero la envidia no duerme
y la ingratitud le acecha.
Y en pecho ruin cayendo
chispa que pronto fué hoguera,
amistad, honra y valía
se llevó el viento en pavesas.
Búrgos vió si en ricos-homes
hubo justicia y clemencia,
y si en corazon de príncipes
virtud anidó ó miseria.
Allí hundióse el Condestable,
allí firmó su sentencia
aquel rey siervo de todos,
si por don Alvar no fuera;
y rendido, respetando
la voluntad que lo ordena,
á Valladolid va preso,
donde el verdugo le espera.

II

Ya ha llegado la mañana,
que todo en el mundo llega,
atropellando á la dicha
el torrente de las penas.
Lúgubre acento de muerte
do quier los espacios puebla,
eco que difunde el bronce
y eco en el dolor encuentra.
Raudal de llanto se vierte,
pues ¡cómo esperar clemencia

si al rey envidia y venganza
mano y voluntad sujetan!
Muchos al fondo del pecho
su pesadumbre relegan;
tras de sus rostros sombríos
hierve un volcan de soberbia.
Y en la inquieta muchedumbre
que en las calles se atropella
por dar un adios postrero
al alma que el cuerpo deja,
pocos hay que manifiesten
satisfaccion de la fiesta:
doquier sepulcral silencio,
llanto y congoja doquiera.
De pronto surcó un murmullo
aquel golfo de cabezas:
lamento de mil gargantas,
¡ay! lanzado entre cadenas.
Y un «ahí está» moribundo
oyóse, como si fuera
lo que alcanzaban los ojos
una pesadilla horrenda.
¡Cuán liviana y deleznable
es la terrenal grandeza!
ayer astro refulgente,
ni sombra suya hoy siquiera.
No rige su férrea mano
el fiero corcel de guerra,
alta mula le conduce
á la espiacion cruenta;
y animoso, resignado,
aunque en su frente serena
late un mundo de recuerdos
y una tempestad de penas,
como en cristal trasparente
brilla en calma su inocencia,
que el fantasma de Vivero
ni le oprime, ni le arredra.
Ni un ¡ay! sale de sus lábios,
ni un suspiro, ni una queja
contra el trono que él sostuvo
y le paga en muerte y mengua.
Nada espera del amigo,
nada del rey, que es de piedra
el corazon de la envidia,
y la envidia le aconseja.
Por eso marcha sereno,
que ante la muerte no tiembla
el que en cien rudos combates
pactó, al parecer, con ella;
y si hoy no puede humillarla
con el brio de su diestra,
porque el pensamiento solo
su lealtad se lo veda;
cual caballero cristiano
dirige, para vencerla
en mejor lid, oraciones
al Dios que castiga y premia.
El padre Espina que marcha
á su lado y que contempla
con admiracion doliente
tanta calma y fortaleza;
con acento acongojado
otros lugares le muestra
donde es verdad la justicia,
donde es la ventura eterna.
El le escucha; mas de pronto
sarcástica voz resuena,
puñal de acerado filo
que en su corazon penetra,
diciendo: «Esta es la justicia
que facer el rey ordena
de este usurpador tirano
de su poder y su hacienda.»
Y siempre que el pregon se oye;
como sangriento anatema,
«más merezco,» dice Luna
inclinando la cabeza.
Ya arriba al lugar siniestro
que há poco lo fué de fiestas,
donde cosechó laureles
por su valor y opulencia.
Allí muchedumbre hirviente
en rudo tropel se estrecha;
pavor infunde en el alma
sombra que en medio se eleva;
y al ver impreso en los rostros
dolor mortal, se creyera
que es la agonía de un pueblo
lo que la sombra refleja.
¡Triste verdad! que la muerte
allí codiciosa espera,
entre el tajo y el verdugo,
insegura aun de su presa,
al hombre que en fiera lucha
abrióle al pueblo ancha senda
para llegar hasta el trono,
para sentarse á su diestra.
Brilla en el negro tablado
y entre amarillas candelas,

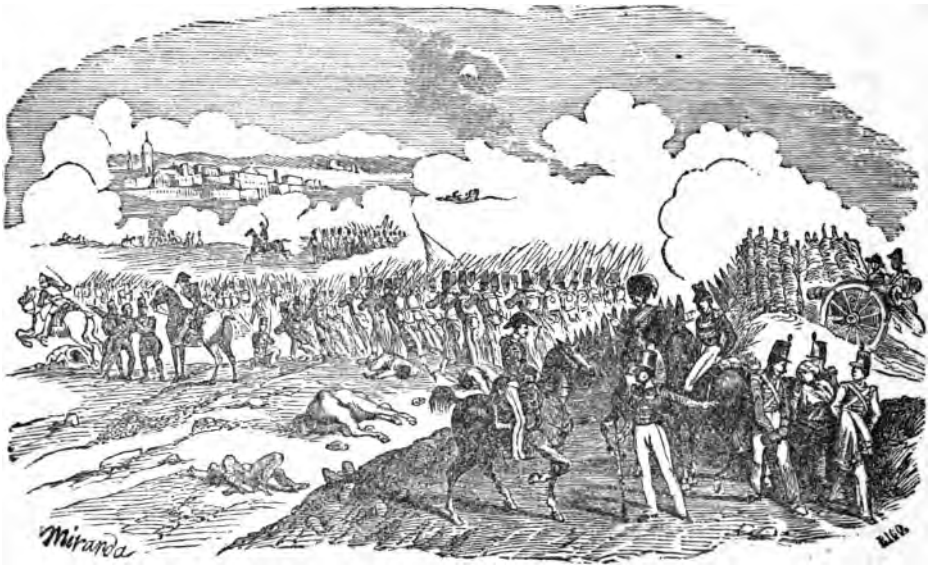
sobre un altar, puro símbolo
de las cristianas creencias;
y debajo de una escarpia
á grueso pilar sujeta,
se ve un ataud humilde,
que de limosna lo entierran.
De tan lúgubre aparato
el sangriento fin completan
un tajo, un hacha y un hombre,
que aguarda con impaciencia.
Por fin, abriendo ancho surco
lanzas mil que le rodean,
sube don Alvar de Luna
por la empinada escalera.
Toca su planta el tablado
y al crucifijo se acerca,
y humildemente se postra
y el pié lacerado besa.
Dirige despues en torno
una mirada postrera,
quiere hablar, y su hidalguía
hace enmudecer su lengua.
Mas ve á su paje Morales
que lloroso le contempla,
y quitándose un anillo
que fué de su orgullo prenda,
«Toma—le dice—mi amigo,
la dádiva postrimera,»
y á Barrasa, que es criado
del príncipe, y que le observa
con angustiado semblante,
con admiracion suprema,
«Dí á mi señor que no premie
así lo que el rey hoy premia.»
Luego se llegó al verdugo,
que ante tanta fortaleza
y majestad se estremece,
cual si el condenado fuera;
y al conocer el destino
del garfio que allí se muestra,
esclama: «Despues de muerto
nada son cuerpo y cabeza.»
Entonces el padre Espina
le dice al par que le enseña
el cielo: «Esa es tu patria,
nada esperes de la tierra.»
Pónese luego de hinojos
ante el tajo, el cuello entrega
cruje el hacha, y los gemidos
del pueblo son sus exequias.

F. M.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ
Bordadores, 7.



Bailén.

(19 de Julio de 1808.)

I

Llegó el intruso á la córte
ciñéndose una corona,
hecha de hierros franceses
con que los grillos se forjan.
Se la dió el César su hermano
propietario de la Europa,
el que regala naciones
como herencia de su gloria.
Era hácia el 20 de Julio;
tuvo el sol tiempo de sobra
para evaporar de Mayo
la sangre amenazadora.
Al usurpador rodean
agiotistas que deshonran
la patria donde han nacido,
y el nombre con que se adornan.
¿Quién grabó sobre sus pechos
blasones y ejecutorias
por sus padres conquistadas
palmo á palmo en tierra mora?
Dos títulos castellanos...
(para vergüenza uno sobra)
al rey José custodiaban,
si los traidores custodian.
Y en verdad era imponente
la marcial y grave pompa,
con que una nacion entraba
al vasallaje de la otra.
Allí veíanse aquellos
á cuya presencia sola
se cambiaban los destinos,
se borraban las historias.
Allí los soldados-reyes
que dieron vuelta á las zonas,

entre postores y amigos
repartiéndoselas todas.
Tantos jefes arrogantes,
tantos próceres de nota,
tanto semidios en suma,
contempla la España atónita,
que deslumbrada vacila
si entre una lluvia de joyas.
mas que cadena de esclava
traénla aderezo de esposa.
Y detrás los batallones
se mueven como las ondas.
que en los sembrados el viento
rumoroso tornasola.
Sus banderas avanzaban
como nubes tempestuosas
sobre el campo donde luego
han de servir para alfombra.
Madrid iba en oleadas.
pero en oleadas sordas,
muchedumbre que no llena
bosque de amarillas hojas.
Pues la fuerza es impotente,
para engendrar una sola
sonrisa en labios sinceros,
flor que del cariño brota.
¡Viva José Bonaparte!
gritan en estraño idioma
los genízaros... el pueblo
no sabe si es nombre ó solfa.
Pero algun héroe de Mayo
traduciéndoselo en prosa
¡viva Fernando! murmura.
¡viva! murmuran cien bocas.
Y aunque es el rumor furtivo,
tanto corre y se prolonga
que al entrar José en palacio
lo resonaban sus bóvedas.

II

Como lucha el buque sólido
batido por agua y vientos,
á quien la tormenta arranca
un pedazo en cada encuentro,
y el capitan embriagado
abandona á todo el riesgo
su gente que al mar combate,
ya bajando, ya subiendo;
y la destruccion repelen
con mas vigor cada esfuerzo,
ganando esperanza y costa,
muerte á muerte, dedo á dedo;
hasta que al fin vencedores
sobre el castillo deshecho,
para recibir la aurora
izan bandera en el puerto,
así fué la patria mia
su libertad conduciendo
á través de tantos golfos
que á tantas naves hundieron.
Mientras al rey por quien lucha
debe tan pobres recuerdos
que á no existir amor patrio
vilezas fueran sus hechos.
Pais donde el sol derrama
oro en su luz, donde el cielo
viste de igual gallardía
los jardines y los pechos.
Donde recuerdan las aves
cantos del eden primero,
y del color de la aurora
son el ambiente y los sueños.
Donde oscilan las estrellas
con voluptuosos reflejos
en las románticas noches.
palacio de los misterios.
Trueca, España, tu vestido
nupcial en arnés guerrero.
y levanta tu estandarte
como el sol sobre tus cerros.
Llegad á la régia gruta
los cautivos indefensos.
que los huesos de Pelayo
son las mazas de sus nietos.
Fernando abdica en su padre
y Godoy empeña el reino;
favoritos y señores
cambian la honra por el miedo.
Nuestros hombres graves ceden,
al incontrastable peso,
como se cede á la noche
que trae la paz con el sueño.
¡Patria mia y te llevaron
con tus ropajes mas bellos
al mejor de tus vergeles
prostituida á extranjeros!
¡Ay del hijo que no acuda
al rescate de tu lecho
y deje manchar la sangre

que le ha nutrido en su seno!
Mas contra ingratos y tímidos
surge la fé de los buenos:
la voluntad de agiotistas
no es el porvenir de un pueblo
Y hasta en su mismo palacio,
solo donde tenga puesto
su pié, tendrá por dominio
el monarca pasajero.
Que á Galicia desde Móstoles
la chispa del sagro fuego
corrió, como si de pólvora
hubiesen sembrado el suelo.
En Sevilla el conde Tylly
y el padre Gil, y el resuelto
Tap Nuñez, de ardiente frase
y de corazon inquieto,
á córtes ofrecen córtes,
contra ejércitos, ejércitos,
y á una España degradada
otra España y otro cetro.
Castaños llega á sus puertas,
acaudillando los restos
de las armas españolas,
y la fortuna con ellos.
Cádiz dá en señal de guerra
los cañonazos del puerto;
rinde una escuadra á su vista:
Francia dió el primer tropiezo.
Asturianos van á Lóndres
guerra y alianza pidiendo:
Lóndres compara en el mapa
su audacia con su terreno.
Y aquella nacion absorta
recuerda un rasgo profético
que oyó al borde de una tumba
como estravío de un génio:
Pitt lo presintió: «Id á España,
»que allí guarda el universo
»el hacha sola que puede
»cortar al buitre su vuelo.»

III

Hombres son, los halló el alba
en medio de sus esposas,
cantando entre el dulce vino
la hermosura de sus costas.
La tarde trajo los ecos
del clarin que los convoca,
y formados en batalla
los vió partir de sus chozas.
Castaños con sus reclutas
á una decision heróica
el Guadalquivir costea
buscando las fuertes hordas.
No hubo mas grito que un ¡muera!
contestado por la bronca
esplosion de cien cañones,
y el ¡ay! de las filas rotas.
Contra Dupont va Castaños,
y sobre Andújar le acosa,
miéntras otras divisiones
el rio en su paso cortan.
En el ímpetu brioso
pueblo y montes desaloja:
Gobert arde por ganarlos,
dá su vida y nada logra.
Cae Menjibar tras Andújar,
se forcea y se zozobra:
Dupont y Vedel replegan
á la ciudad que está próxima.
Y allí, Bailén por testigo,
ruge la batalla en toda
su delirante porfía,
y embriaguez devastadora.
Si una vez los elementos
combatiesen con tal cólera,
la creacion saltaria
fundida en nubes de pólvora.
Las batallas, semejantes
son á la rugiente tromba;
la confusion y el estruendo
envuelven lo que devoran.
Desesperado ya el brío,
despues de terribles horas,
en que los ódios en vano
su carnicería agotan,
los mermados regimientos
Dupont en batalla forma,
levanta el sable y la espalda
de sus trompetas azota.
Y bajas las bayonetas,
todo aquel mar se desborda
al toque de carga... ¡Al mundo
no castigue Dios con otra!
¿Y fué posible que el hombre
sostuviera en pié la bóveda
desplomada en su cabeza?
¡Lo fué! A la segunda tornan

por corage, por orgullo;
los caballos francos tocan
nuestros cañones... sus lanzas
de carne obstruyen las bocas.
Y otra vez... ¡firmes! y entonces
los nuestros cargan y arrollan
y enseñan que los cañones
con los brazos se desmontan.
El centro francés deshecho,
Cruz con los suizos destroza
la izquierda: Vedel no llega,
y el paisanaje se agolpa.
Y el dia va declinando:
sed, fuego y cansancio ahogan
Dupont en su rojo sable
bandera blanca enarbola.
¡Oh! aquel orgulloso ejército
vió su primera derrota
y arrojó al suelo sus armas
divorciadas de la gloria.

IV

Fué esta derrota la hoguera
que reunió en torno á su fuego
las naciones sonrojadas
de su indigno cautiverio.
A la hermana salvadora
todos la mano tendieron,
mientras ella devoraba
la flor de todo un imperio.
Y aquí apuraron el cáliz
de la humillacion aquellos
que hechos á rendir millones
los azotaba un labriego.
¿De imponerse aquí por guerra
qué enemigo os dió el consejo?
¿no sabeis que duró la última
año tras de año ochocientos?
Vos que trajísteis á España
la orfandad, el hambre, el duelo,
y las horribles pasiones
de una barbarie sin freno,
si eran así los laureles
de Austerlitz, Jena y Marengo,
¿qué estrañais que á vuestra infamia
Dios este abismo haya abierto?

J. C.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMP. DE J. NOGUERA, Á CARGO DE M. MARTINEZ,
Bordadores, 7.

Justicia del Rey D. Pedro.

ROMANCE HISTÓRICO-TRADICIONAL.)

(1357.)

I

Arcediano de San Gil
Don Jofre Diaz de Astorga,
Señor de las quince calles
que el barrio de San Gil forman,
usando las preeminencias
de usurpada ejecutoria,
sobre todos sus vecinos
ejerce autoridad propia.
Con los villanos, derecho
de baja justicia goza;
de los mas nobles, tributos
por vía de censos cobra.
Es señor de horca y cuchillo,
tienen sus armas corona,
y *Rey de San Gil* le llaman
las gentes de baja estofa.
Dicen que es traidor al rey,
que es su vida licenciosa,
que es impostor; y que á un crímen
debe su grandeza toda;
pero reprimen sus ódios
hácia tan alta persona,
y el miedo, ante su grandeza,
trueca el insulto en lisonja.
¿Qué hace el rey Don Pedro, en tanto,
que tan vil desman no corta?

¿Teme al noble, ó usa solo
con los débiles su cólera?
Nada sabe: que las quejas
son muchas, mas siempre sordas,
y añade el de San Gil, timbres
á su miserable historia.

II

En el fondo de la calle
del Comendador, grandiosa
se alza una feudal vivienda
con los blasones de Astorga.
De la suntuosa casa
muy cerca, se encuentra otra
pobre y ruin, formando ángulo
con una calleja angosta.
Hay sobre la puerta un Cristo
tallado en la piedra tosca,
por eso del *Ecce-Homo*
su nombre la casa toma.
. . . . . .
Es de noche. Un embozado,
recatándose en la sombra,
avanza rápidamente
hácia el palacio de Astorga.
Ruido estraño, segun anda,
síguele en marcha monótona,
ruido seco y sostenido
cual de dos huesos que chocan.
Destácase un blanco bulto
de la callejuela angosta,
y llegando hasta el incógnito
dice una voz temblorosa:
—¡Para enterrar á mi padre...
buen hidalgo, una limosna!
y los sollozos la embargan,
y las lágrimas la ahogan.
—¿Y no entierran á tu padre
porque es pobre? Tales cosas,
ni suceden en Sevilla
ni las creerá quien las oiga.
—No hay religion, no hay justicia,
aquí, ni misericordia!!
—¡Si el rey todo lo supiera
justicia habria y de sobra!
¿Cuánto há que murió tu padre?
—¡Seis dias!!
—Seis dias?
—Sola
apenas murió, corrí
sollozando á la parroquia:
mi padre ha muerto, esclamé,
Sepultadle.
—Y qué?
—Por toda
ontestacion dijo el amo.....
¡que le pagase una dobla!
Soy pobre, dije, señor:
por la bendita memoria
de Dios, y de vuestra madre,
enterradle de limosna!
Antes paga, repetia.....
pag a siempre!
—Y tú?
—Ya loca
me arrojé á sus pies llorando
y me arrastré por las losas.
Temblad ¡Dios está en el cielo!
le dije al fin, que su cólera
no os alcance!.... Con espanto
salí de vergüenza atónita.....
Y una horrible carcajada
que lanzó su impura boca,
pareció infernal seguirme
á lo largo de las bóvedas.
—Sigue.....
—Una noche á mi pue
llegó con sonrisa hipócrita.....
¡por sepultar á mi padre
vino á pedirme la honra!
—Dónde está tu padre?
—Aquí....
Soy huérfana, pobre y sola.....
¡Me han arrojado de casa!
—¿Quién es su dueño?
—El de tods
El rey del barrio.
—¿Rey? mientes
tú y cuantos decirlo osan:
en Sevilla no hay mas rey
que D. Pedro, ¿lo oyes, moza?
Silbó y al instante un bulto
de un callejon desemboca.
—Quien vá.
—*Justicia* y *Castilla*,
dijo muy cerca la sombra.
Rompe esa puerta, le dice,
y del Cristo esa luz toma.....
Es para alumbrar á un muerto,

no temas, que no se enoja.
Cedió la puerta al empuje,
franquearon su entrada lóbrega,
cerróse..... y quedó la calle
solitaria y silenciosa.
. . . . . .
Suenan á poco, angustiosos
los ayes de una congoja.....
frases de consuelo..... el ruido
de un cuerpo que se desploma.
Reinó otra vez el silencio;
alúmbrase entre las sombras
por bajo la puerta el suelo
con ráfagas luminosas,
y en su dintél el incógnito
llevando la luz, asoma
y dice al otro que saca
en sus brazos á la moza:
—Cuida de ella: y en San Gil
disponle suntuosas honras
á Zapata, cual Sevilla
jamás haya visto otras.
Vista terciopelo y oro
la iglesia de suelo á bóvedas;
á su puerta, de ocho pies
que abran al punto una fosa.
Calcula que *un rey* ha muerto
y no escasees la pompa,
pues pienso que estas exequias
han de pasar á la historia.
. . . . . .
Luce á poco el alba: á muerto
todas las campanas tocan.....
cunde el asombro en Sevilla.....
Ay ¡Dios sabe por quien doblan!

III

Sevilla entera se agrupa
á las puertas del gran templo
donde por Sancho Zapata
hacen funerales régios.
Suenan solemnes los cánticos
profundos que entonan dentro,
las campanas de San Gil
doblan sin cesar á muerto.
Un sordo rumor alzóse,
que de una calle al estremo
viéronse llegar con priesa
cercados de ballesteros
un rey de armas, secretario,
un escribano, y tras ellos
maese Pero de Chiclana,
verdugo del rey D. Pedro.
Mas á los pocos instantes
trocóse en asombro el miedo
cuando paró ante la iglesia
aquel estraño cortejo.
¿Para qué vendrá el verdugo
á presenciar un entierro?
Cortáronse los murmullos,
se abrió la puerta del templo,
y en dos filas continuadas,
entre el rumor de los rezos,
al pié de la sepultura
fueron llegando los clérigos.
Detrás marcha el arzobispo
llevando al lado derecho
al arcediano, que viste
sus sagrados ornamentos.
Alta la cruz, la manguilla
y el estandarte van luego:
todo avanza..... de los cirios
entre el resplandor siniestro.
En hombros, con triste pausa,
llevan el suntuoso féretro,
de tela de oro forrado,
cuatro hidalgos escuderos.
Cerrando la comitiva
con manto, corona y cetro
va el rey, seguido de nobles,
infantes y caballeros.
. . . . . .
La caja posan en tierra,
ciñenla cordones negros,
y lentamente en la fosa
va pausada descendiendo.....
Toca rechinando el fondo,
suenan los últimos rezos,
el arzobispo bendice
por última vez el hueco.
Y al irlo á cubrir, sombrio
dice el rey:—Aun no, me temo
que falta algo—sus ojos
en el rey de armas poniendo.
Saca éste un pergamino,
desarróllalo en silencio.....
percíbese la anhelante
respiracion de los pechos.
Palidece el arcediano,

ansioso se agita el pueblo.....
y se oye de real sentencia
el rutinario comienzo.

. . . . . .

Ya llega al final: «*Nosotros*
dar una prueba queriendo
de justicia..... y enfrenar
tan horribles desafueros,
Mandamos que por los crímenes
de impostura, sacrilegio
y vil traicion, Pero Sanchez,
(que es su nombre verdadero)
enterrado vivo sea
juntamente con el muerto
á quien por pobre ha negado
sepultura, sin derecho.»
Callaron todos, y solo
de aquella ansiedad en medio
resonó del arcediano
el desesperado acento:
—¡Señor ¡he sido un infame!
¡que el hacha corte mi cuello!
¡Maténme vuestros soldados
y me vereis estar quedo!
¡Pero no me enterreis vivo!
y á las plantas de D. Pedro
se arrastraba con angustia
su vesta talar asiendo.
—Arcediano de San Gil,
dijo con terrible acento;
asesinaste á tu hermano
para subir á su puesto;
profanaste los altares
sin ordenarte de clérigo,
y á las preces de la Iglesia
pusiste mísero precio.
¡Impostor! ¡has mancillado
cuanto hay de mas santo y bueno.....
por honrarse con tu alma
está impaciente el infierno!
Las sagradas vestiduras
arráncale, sin respeto,
tembloroso el arzobispo
ayudado por su clero.
Apodérase el verdugo
al instante de su cuerpo
y en la fosa le derriba
á pesar de sus esfuerzos.
Ya no pudo el arcediano
articular ni un acento,
convulsa, helada su lengua
la dejó el terror y el miedo.
Saltó á la fosa el verdugo,
púsole un pié sobre el pecho,
con el azadon la tierra
empezó á arrojar al hueco.
Una maldicion impía
quedó ahogada bajo el peso
de la tierra que agitaron
terribles sacudimientos.
Vaciló á tan brusco empuje
el verdugo..... irguióse luego
y en los bordes de la fosa
apoyo buscó su cuerpo.
La espesa capa de tierra
revolvióse unos momentos,
palpitantes asomaron
por ella crispados miembros.
Y á medida que el verdugo
iba mas tierra añadiendo,
menos marcado..... mas leve
se hacia aquel movimiento.
Al fin cesó, y los presentes
llenos de pavor intenso
en monton de tierra negra
vieron convertido el hueco.

. . . . . .

El rey montó en su caballo,
abrióse el cordon estrecho
de ballesteros y lanzas;
desfiló aterrado el clero;
los nobles se dispersaron.....
siguió tras ellos el pueblo.....
todos para sí decian:
¿Es cruel ó justiciero?

J. C. y S.

MADRID: 1872.—IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA, BORDADORES, 7

NÚMERO 43.

Alvarez de Castro.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1809 á 1810.)

I

¿Quién rige, potente el brazo,
las águilas del imperio?
¿Qién pone en fragor la tierra
con tan pavoroso estruendo?
¿Quién sobrepuja en las armas
á los mas famosos genios
desde el romper de la historia?
¿Es el huracán su aliento?
¿Tiene la fuerza del rayo
en el vibrar de su acero?
¿Qué le impele? ¿Acaso intenta
en su vanidad soberbio
anticipar el destino
señalado al universo?
¿O en su ambicion desatada
por los delirios de un sueño
se arroja á enclavar el mundo
de su diadema en el cerco?
Sintió arrogante el coloso
centellear su cerebro,
y vió al fulgor de su idea
dilatarse el firmamento.
—«¡Guerra! clamó enardecido
arrastrando á sus guerreros;
mis plantas en qué apoyarse
requieren dos hemisferios.
No habrá nacion que no rinda
dócil el erguido cuello;
y medirán los humanos
á mi albedrío su fuero;
y les daré por atarles
á mi diestra en nudo férreo,
monarcas de mi linaje
y nobles de mis pecheros.»

Y del simoun en alas
vuela al africano suelo:
qué mucho, pues, que el triunfo
vincule á su audaz esfuerzo,
si en la sollamada arena
probó fulmíneo el acero.
A las ateridas zonas
vuela despreciando riesgos:
¡lleva la muerte á su empresa
sometida como dueño!
Y los baluartes rompe,
y arrolla pueblos y pueblos,
y de su poder juguete
las razas hace y los cetros.
Nada resiste al empuje
de su acometer frenético:
señálanse su carrera
con un profundo sangriento,
¡la hendidura de su planta
en el sepulcro de un reino!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

¡Ah! la magnífica patria
de la nobleza y del genio,
la que jamás sufrió el yugo
de usurpador ó estranjero,
y el panteon de la gloria
con la suya hizo pequeño;
la que sin par en valía
vino á declinar, haciendo
las giras de sus banderas
banderas de cien imperios,
¿no correrás generosa
al clamor del universo,
que cifra en tí la esperanza
de encadenar al soberbio?
¿No miras que ya el coloso
se atreve á rasgar tu seno;
él, que se brindó tu amigo
para dominarte pérfido?
Alzate, ardiente matrona,
entónese el himno bélico:
¡Guerra! las corrientes todas
ríndanse al mar repitiendo.
¡Guerra! murmure irritada
la caudalosa del Ebro;
y dilatándose ¡guerra!
en las ráfagas del viento,
imperativa retumbe
del hogar bajo los techos;
y los animosos siempre
y leales, dejando férvidos
por la espada el curvo arado,
la oliva por el trofeo,
truequen del francés altivo
en túmulo vil el suelo.

II

Pagados de su arrojo los valientes
de Jena, de Austerlitz y de Marengo,
sobre la fiel Gerona se arrojaron
ganosos de botin y de trofeos.
Y al contemplar, fiados en su fuerza,
el muro endeble del humilde pueblo
¿resistirán, decian, al empuje
del valor indomable? Mas el eco,
desatándose en lenguas vibradoras
llena con un pregon el universo:
«¡Ah del tirano! á su sangrienta glori
una tumba dará el hispano esfuerzo,
y esos breves collados que profana
cerrarán de sus águilas el vuelo.
Hoy que la pátria en su defensa invoc
el honor, patrimonio de los buenos,
como tales salgamos á la lucha
á vengar los ultrajes con el hierro.
De mil hazañas la memoria viva
fuerzanos á seguir un alto ejemplo;
¿nos harán menos grandes esas huest
que á Sagunto y Numancia otras h
[cieron
Huya quien mas valore la existencia
uncida la cerviz al cautiverio
que con la frente libre y engarzada
en laureles, alzarse al mausoleo.
No son de tolerar en españoles
torpes querellas que arrebata el miedo
¡en la cuna del Cid y de Pelayo
los que lo quieren solo son pequeño
A cañonazos, que el honor lo exige,
los mensages de paz rechazaremos,
y morirá quien á decir se atreva
de capitulacion ó rendimiento.»
Así Alvarez de Castro el gran patri
digno responde al adversario reto,
y sus palabras vuelan á incrustarse
de la fama en los mármoles eternos.

Acaso de Guzman los sacros manes
Alvarez contempló romper el vuelo
y en la esfera inmortal del heroismo
grabar su nombre con buril de fuego.
¿Qué semejarse puede á la bravura
que logró despertar hasta en los menos
esforzados, aunque él ya de la vida
la fatigosa cumbre iba subiendo?
Mas no la nieve cubre la cimera
del monte y un volcan cierra en el seno?
Y el sacerdote y la doncella pura
aun mas que de la aurora el rayo tré-
[mulo
antes de matizar el árdua cima,
y el que se encorve de la edad al peso,
hasta la tierna y candorosa infancia
como el brotar, tan tímida de un pétalo,
á la defensa todos se lanzaron
heridos de patriótico ardimiento.
Y todos de los lauros inmortales
las sublimadas sienes se ciñeron:
por mucho que esforzarse un pueblo
logre
nunca superará tanto denuedo.
Y el caudillo francés que entre dos soles
de la ciudad juzgara hacerse dueño,
sin parar que no trueca en formidable
al pecho el muro sino al muro el pecho,
vió tres partes de un año ya apuradas
sin romper aquel círculo de hierro.
Y vió en escombros la batida plaza
y en triturado polvo de los vientos
á merced los hogares, y ninguno
teníanse de pié los parapetos.
Y vió por los valientes defensores,
agostada la flor de sus ejércitos;
sobre cada monton de sus cadáveres
de gerundenses cuenta solo un muerto.
¿Qué fué de la embestida tan terrible?
¿El valor y la fuerza qué se hicieron?
ante un puñado de valientes roto,
sin brillo el estandarte del imperio.
Que si llega á ondear sobre Gerona
no fué de timbres, de ignominia lleno.
¡Salve! el famoso de feliz renombre,
de los heróicos grande! Salve! oh, pueblo:
La noble, y rica con tu gloria, España
erígete sarcófagos soberbios
y esculpe en ellos su epitafio el mundo:
«El hambre le rindió, nunca el acero.

III

¡Alvarez el gran patricio!
si hasta el alcázar supremo
donde los mártires moran
llega el entonar del plectro,
y la magnánima frente
te es dado inclinar al suelo,
atiende como resuena
tu nombre de estremo á estremo
y cual de entusiasmo ricos
á tu glorioso recuerdo
palpitan los corazones
con santo estremecimiento.
¡Mártires que lanza al mundo
con mano próbida el cielo!
¿cómo os negarán los hombres
ferviente un culto y eterno
si llegais á ser la egida
en la causa de los buenos?
Descubrid los de grandeza
y de fé, sagrados tiempos,
á los que en deliquio miran
su lábaro decayendo,
descubrid libre á los ojos
el no apurado secreto.
¿Qué mucho que un alma ardiente,
falta de luz y de aliento,
quiera beber á raudales
en un corazon de fuego?
Y solícito se encumbra
en éxtasi el pensamiento
á contemplar del pasado
reanimarse el esqueleto.
Y á descubrir se le alcanza,
roto el embozado velo,
los palpitantes colores
de un cuadro..... ¡cuadro siniestro!
Desmaya al dolor la lira
y anuda en tan triste estremo
al arrebato de un himno
un melancólico treno.
Cierra el fuerte de Figueras
en un recóndito estrecho
al defensor memorable
de Gerona en cautiverio.
¿Pudo jamás el destino
estremarse en el tormento
que palpitando á la vida
en el cóncavo de un féretro?

Moribundo sufre Alvarez
en el granítico lecho,
ciñenle sus miembros todos
con ligaduras de hierro.
Por grande le daba el mundo
en Gerona resistiendo;
¿cuanto mas no le apreciara
verle animoso y sereno
acercarse al infinito
con la cruz del sufrimiento?
Que ya el déspota sañudo
por vengar su roto imperio
en hecatombe le muestra
de sus rencores sangrientos.
Dice en mengua de la fama
el sacrílego decreto,
y con alevosa mano
hiere el infame instrumento.
Empaña la muerte impía
con el enturbiado aliento,
el rostro limpio y augusto
del venerable indefenso.
Murmura apenas cortados
algunos tíbios acentos,
pátria..... libre..... se sucede
un funerario silencio.....
¡Se han roto las ligaduras
que atan á un alma y á un cuerpo!
Y resuena en el recinto
dos veces un golpe seco
¡dos veces que la cabeza
hirió sobre el pavimento!
¡La del héroe, y la del mártir
dos coronas..... fama. ... cielo.....
pocos hallaran mortales
mas del dolor, ni mas premio.
¡Como á los ojos gustaran
en su funerario lecho
los desgarrados girones
del imperial paramento!
¡Quién sabe si en la escondida
huesa, los humanos restos
han venido á reclinarse
en las reliquias de un cetro!
¡Alvarez, alma divina
templada en el pátrio fuego!
pues las legítimas glorias
se agigantan con el tiempo,
siempre durará tu nombre,
que son laureles eternos
laureles que vivifica
la santidad del derecho.

N. M.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ
Bordadores, 7.

Una aventura de Olmedo.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1620 á 1630.)

I

Entre aplausos y requiebros
gozando está en Talavera
Luisa Robles la fortuna
de ser hermosa y discreta.
Fueros de primera dama
en los corrales sustenta,
y bien puede en los estrados
pasar por dama primera,
que es mas honrada que quieren
los muchos que la requiebran.
Cobrador es su marido,
y aun añaden malas lenguas
que el afan de la cobranza
le cuarteó de manera,
que no pondria reparo
en cobrarse de cabeza
una entrada mas confusa
que la entrada de una escuela.
Muchos le tienen por malo
cuanto á la Robles por buena
y dicen que de advertido
nunca regaña con ella.
Ve que la siguen galanes:
ve que la mandan esquelas,
y ve por fin cuanto pasa
puesto que cobra á la puerta,
mas no hay miedo que se enoje
pues la estima por Lucrecia,
y tiene en poco á los celos
porque de gorra se asientan.
Entre enamorados pajes,
el del conde de Oropesa

por la dama anda perdido,
tan saturado en comedias,
que en la casa donde sirve
parece paje de pega,
y solo en el corral tiene
todo el gusto de sus fiestas.
De linajudos abuelos
corre la sangre en sus venas,
y por honrarla se ajusta
la ropilla y la conciencia.
Con alientos de soldado
tiene ínfulas de poeta,
y un corazon tan fogoso
que hace humos á la cabeza.
Desde que á Luisa conoce
hace de amor penitencia,
y en lugar de aloja y vino
bebe los vientos por ella.
Mas gasta el amor en balde,
que aunque la dama le atienda,
y le mire con regalo,
y le hable sin aspereza,
guarda la honra de modo
que á ser la Cava tan cuerda
no dejara junto al Tajo
una memoria tan negra.
El pobre Alonso de Olmedo
se pierde en esta tormenta
que aunque ciego, asoma un ojo
por debajo de la venda,
y ve que su Luisa guarda
tierno corazon de cera
dentro del muro de un pecho
que la honra en diamante trueca.
Llega el dia, ó mas bien dicho,
la noche, en que á Talavera
la compañía abandona
por ir mas allá una legua.
En el meson donde habitan
mueven animada gresca
las damas, en sus jamugas
para el camino dispuestas,
los galanes á pié firme,
los barbas en la carreta,
entre chismes y tramoyas
de su solar claro emblema,
y el autor pagando en voces
al huésped picos de cuentas
porque tomarle no quiere
sobre Melilla unas letras.
Uno gruñe: el otro amaga:
dá gritos la mesonera:
corre el mozo á buscar trunca
que dirima la contienda,
y cerrara de seguro
un mal temporal de piedra
si el paje Alonso de Olmedo
no apareciese en la puerta.
—Ténganse al rey—dice á todos,
mostrándole en la moneda,
y obtienen las armas reales
una victoria completa.
Entónces al autor busca,
su ajuste con él concierta
de galan, pues acredita
que sabe serlo de veras,
y sale la comitiva
con mucho aplauso y gran fiesta
de los que van sin chichones
y los que pagados quedan.

II

Entre triunfos y percances
caminan de pueblo en pueblo
galanes, damas, apuntes
y otras partes de por medio.
Mucha fama logra Alonso,
porque pinta con tal fuego
sus amores á la dama,
que parecen verdaderos,
y aun hay graciosos que dicen
á los que quieren saberlo,
que jamás galan se ha visto
que trabaje con mas celo;
que en los caminos la sirve
diciéndole en prosa y verso
mas flores que Mayo pinta
en las faldas de los cerros;
que en todos los malos pasos
sale á quitarla el tropiezo,
aunque con tan poca suerte
que á veces suele ponerlo;
que anda estudiándola el gusto,
tan hostil con su dinero,
que ahorrar no puede una blanca
aunque vive como un negro,
y en fin, que si algun cuitado
llega á hablarla sin respeto,
ya tiene de cardenales

seguro acompañamiento.
Bien la dama se le inclina,
pues tal vez sin conocerlo,
con sus lisonjas se emboba
y se aflige con sus celos.
Cuando imagina un peligro
le pide ayuda y consejo
y cuando rie se rie
solamente para Olmedo.
El cobrador, su marido,
hace alarde de discreto
guardando amistad estrecha
con el pródigo mancebo,
y si alguno le pregunta
la razon de su sosiego,
con tal arte le contesta
que al fin le impone silencio.
Dice que mujer querida
honra á su marido, haciendo
notar que tuvo buen gusto
y dicha segura en serlo;
que como los dos son uno,
querer á cualquiera de ellos
es aficion admisible,
porque hace en los dos efecto:
que si á la mujer regalan
goza el cónyuge el obsequio
de ahorrar un gasto seguro
ó de aumentar un provecho;
y si la sirven, y sufren,
y defienden sus derechos,
el marido es quien escusa
servicios y sufrimientos;
que todo está en ser honrada
la mujer, pues si por medio
hacen entre dos el gasto
él goza su gusto entero.
De pasar á Vélez-Málaga
toman un dia el acuerdo
y estiman prudente que uno
haga el ajuste primero.
Para lograrlo es preciso
que lleve poderes plenos,
y que por mar adelante
gastos, molestías y tiempo.
El cobrador, que imagina
sin duda lucrar el riesgo,
y ve ocasion en el trato
de poder dársele bueno,
con comision se queda
y se embarca sin recelo,
fiado en que en su cabeza
no puede caber mareo.
Mas el diablo, resentido
de que burlase su empeño
y no mirara á la costa
donde eran los moros ciertos,
hizo que en una fragata
vinieran á sorprenderlo
y á su tierra lo llevasen,
que fué llevarle al infierno,
pues bajo la media luna
es puntiagudo el tormento.

III

Han pasado algunos años;
Alonso y Luisa en Granada
son representando, amantes,
mujer y marido en casa.
Del cobrador indagaron
la suerte, y no habiendo trazas
de acudir á su rescate
por no haber dejado blanca,
esperaron su regreso
haciendo su ausencia honrada,
pagándose con halagos
de posibles esperanzas.
Compañeros del cautivo
trageron nuevas muy claras
de que pagó en los infiernos
la letra de sus cobranzas.
Hubo duelo, despues boda,
luna de miel acabada,
que lo que se ansía mucho
antes logrado se gasta,
y al cabo de los tres años
piensan solo en hacer casa
reponiendo bolsa y vida
para la edad de las canas.
Hablando están de su hacienda
en una apartada estancia
cuando un fuerte aldabonazo
suspende á los dos el habla.
—¿Quien es?—Un pobre cautivo—
les contesta una voz ágria,
y el uno al otro se miran
y el uno al otro se espantan.
Hasta el zaguan bajan juntos:
Olmedo lleva la espada,

abren, y lanzando un grito
quedan como dos estátuas.
Es el marido de Luisa,
el mismo en cuerpo y en alma
tan vivo y tan verdadero
como no hay otro en Granada.
Hoja corta de Albacete
lleva en las manos crispadas
y la sangrienta pupila
fija en la Robles su llama.
Mas Olmedo se repone,
cubre á Luisa puesto en guardia
y así al cautivo le dice
con voz firme y sosegada.
—No busqueis la parte débil
porque mi pecho la guarda
y podeis en el camino
hallaros una estocada.
Vuestra mujer no he tomado
que ella os honró las espaldas
y solo en lutos de viuda
favor logré de palabra.
Bendiciones de la iglesia
nuestros lazos aquilatan
y la dí de esposa nombre
sin que tuviera el de dama.
Ved si en paz vais á admitirla
puesto que os la vuelvo honrada
con la mitad de la hacienda
que para vivir os basta.
De otra manera yo juro
sobre la cruz de mi espada
hacer su viudez tan cierta
que no volvais á negarla.—
Mohino le oye el cautivo,
que es en verdad cosa amarga
tomar mujer que otro tuvo
sin ser viuda ni liviana,
y hacerse atras no es posible
que por sus pecados se halla
colocado en grave aprieto
entre la Luisa y la espada.
La pobre mujer sin culpa
gime, llorando más agua
que por valles y praderas
arrastran Duero y Jarama.
Con dos maridos se encuentra
en ocasion tan aciaga,
que el mejor se la despide
y el peor la juzga mala.
Solo Alonso satisfecho
feliz solucion aguarda
del lance, llevando pruebas
tan gustosas como estrañas.
En fin el primer marido
piensa las cosas con calma
y encuentra venirle ancho
el cobro de las ganancias.
Inclinando la cabeza
con voz ténue y apagada
otorga el recibimiento
de la mujer que lo abraza,
y Olmedo á caballo sale
por las puertas de Granada
viudo y soltero, pensando
en lo que deja á la espalda.

J. R.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ,
Bordadores, 7.

El soplo de la muerte.

ROMANCE HISTÓRICO-TRADICIONAL.

(1539.)

I

Camino va de Granada
lucido y grave cortejo,
que maravilla á los campos,
y preocupa á los pueblos.
Y no es que España se asombre
de su grandeza, que há tiempo
que ve pasar por sus calles
muchas que parecen sueños.
De Cristóbal Colon vive
en su memoria muy fresco
el triunfo con que á palacio
llevó un mundo por trofeo.
Aun vé la gallarda sombra
de aquel Francisco, el primero
de Francia, que entró en Castilla
como el último del reino.
Nada sus ojos deslumbra,
que á nadie lo propio es nuevo,
y diz que el sol no se pone
nunca en los estados nuestros.
Si tiene Italia señores,
de Cárlos V son siervos,
si es grande Alemania, él lleva
la diadema del imperio,
y porque Africa no escuse
rendir á sus glorias feudo,

de sus ardientes arenas
guarda laureles eternos;
los que estas hazañas logran,
los ojos que vieran esto
nunca rinden vasallaje
de la grandeza á los fueros.
Si camino de Granada
les preocupa un cortejo,
no es por la fúnebre pompa
con que conducen un féretro;
es porque en el van las dichas
del César, es que en su seno
la virtud lleva á la tumba
lágrimas de todo el reino.
La emperatriz ya no existe:
guarda el ataud sus restos;
del alma el cielo dispuso,
Granada espera su cuerpo.
De su custodia encargado
va el mas gentil caballero
de Castilla, á quien el César
mas estima como bueno.
Marqués de Lombay le llaman
por razon de su derecho,
y tal vez por recordarle
las hazañas de sus deudos;
porque tiene enmohecido
de sus armas el acero
y su corcel nunca rije
en las lides y torneos.
En vano en sus galas buscan
emblemas de un galanteo,
que el amor viste colores
y su color es el negro.
Que á la virtud rinde culto
afirman los más discretos:
algunos hay que sospechan
oculta grave misterio,
y no falta quien afirma
que dá resplandor siniestro
de cierta pasion menguada
el bien combatido fuego.
Sus ojos ardientes lloran
alguna vez en secreto,
palidecen sus megillas,
y se consume su cuerpo.
Dicen que del sólio emana
el móvil de su tormento,
que solo hablara á la Reina
la vista inclinando al suelo,
hábito equívoco que unos
tradujeran por respeto,
y otros por cuerda cautela
de quien tiene al mirar miedo;
mas nadie al Marqués acusa
de desleal caballero,
si es verdad que sufre y calla,
calla y sufre como bueno.
Don Cárlos, que leer sabe
de los hombres en el pecho,
con su amistad honra al jóven
sin doblez ni fingimiento;
ó lo de su amor es fábula,
ó su noble triunfo es cierto:
virtud que combate y triunfa
honra es delante del cielo.
Hé aquí el interés que ofrece
aquel fúnebre cortejo
que camina hácia Granada
acercando en lazo estrecho
por órden de Cárlos V,
del corazon un misterio,
con una cruz y un cadáver
bajo un sudario de hielo.

II

Noche oscura y tormentosa
se anuncia en el firmamento:
solo el huracan ataja
la furia del aguacero.
Ninguna cercana aldea
brinda un albergue. A lo lejos
solo muestra el horizonte
un torreon sobre un cerro.
A él llega la comitiva
presa de cansancio y sueño,
y halla harto mal acomodo
porque es su recinto estrecho.
Desmantelado y ruinoso
está el castillo; su dueño
allí aposentó un criado
para cuidar de un leñero.
En la más decente estancia
bajo artesonado techo
que una lámpara ilumina
con vacilantes reflejos,
el ataud se coloca
por el Marqués con respeto.
Manda que descansen todos,

él solo á velar dispuesto,
y aparentando obediencia
van desfilando contentos.
Detrás del último jira
la puerta; sus goznes viejos
lanzan áspero chirrido
que repiten muchos ecos
en las bóvedas vecinas
y van lejanos muriendo.
Solo de Francisco late
el corazon allí dentro;
su rostro ocultan las manos,
toca su rodilla el suelo.
¿Reza, ó llora? ¿Qué le oprime?
¿Es rudo dolor ó miedo?
No es temor. No se da cuenta
del ruido estridente y seco
con que las ventanas gimen
azotadas por el viento.
De la lámpara no escucha
el leve chisporroteo,
ni ve su luz que agoniza
ahogada en círculo estrecho,
ni cómo las sombras crecen
llenas de horror y silencio.
Y sin embargo le agita
nervioso sacudimiento,
é insistente, febril, loco
se encoje y dilata el pecho.
Ruda batalla sostiene
con un tenáz pensamiento,
al nacer fútil antojo,
al crecer torrente fiero.
Ver el cadáver quisiera,
más vedáselo el respeto.
¿Y á quién? ¡Si no ven sus ojos!
¡Su corazon esta yerto!
Su majestad ya no existe
porque se pierde en muriendo!...
Mas Dios la guarda, el sudario
de la eternidad es sello,
levantarle equivaldria
á profanar sus misterios.
¡Jamas!... Loca fantasía
da á los escrúpulos cuerpos:
ver, solo ver, no es delito,
acaso sea remedio,
que enseñanzas de la muerte
hacen eterno el provecho.....
Mas ¿y la fé prometida?
¿Es de leal caballero
hacer lo que á otros impide
la custodia en que le han puesto?
Y la soledad convida,
la falta amengua el secreto....
No, no está solo. A Dios oye
en su conciencia, en el trueno,
que hace temblar al castillo
sobre sus flacos cimientos.
Un sonido imperceptible
que ahogado nace en el féretro
corta el curso de sus dudas,
su indecision resolviendo.
A informarse del oido
acude pálido y trémulo....
¡No es ilusion! ¡Se renueva
del ataud en el seno!
¡Allí hay vida; no hay sonidos
en donde no hay movimiento!
Abre en fin..... y retrocede
con semblante descompuesto.
Aquella brillante antorcha
que ornato fué del imperio,
aquella majestad digna
de Cárlos, aquel portento,
es hediondo cadáver
que á la piedad pide un velo.
Vidriados no estan los ojos
porque ojos no hay en sus huecos;
rotas tiene las arterias,
todo es ruina y desconcierto.
¿A que seguir si la muerte
puso en afearla esmero?
Ni aun describir sus horrores
puede el humano concepto.

III

Como las olas se apagan
en las arenas del puerto,
como en el espacio agota
bravura y fuerzas el viento,
así del Marqués se aquietan
los vehementes pensamientos,
calma que siembra la muerte
y brota firme en el pecho.
¿Qué es la hermosura? Una gasa
que engalana un esqueleto
y en mil pedazos se rompe
al primer soplo del cierzo.

¿De qué la grandeza sirve
si es impotente un imperio
para impedir un instante
que se desmorone un cuerpo?
¿Que es la vida? Leve pompa
de jabon que en su reflejo
púrpura y oro parece
y que se extingue en naciendo.
¿Así es todo lo creado?
¿No hay nada firme y eterno?
¿Ha de ser todo tinieblas
en este triste destierro?
La luz cárdena de un rayo
iluminó el aposento
diciendo al pasar: observa,
yo soy luz, nací en el cielo.
Majestüoso estampido
los valles va recorriendo,
voz sublime que recuerda
que es infinito un acento,
y tras muy breves instantes
la ténue luz de un lucero
dice: yo soy la esperanza
gozosa de un dia nuevo.
La aurora vierte sus perlas
en las faldas de los cerros...
¡El dia!...¡El sol!...¡Otra vida!
¡Y todo viene del cielo!

.....

Al penetrar en la estancia
unos cuantos caballeros,
ante el Marqués sorprendidos
quedan en mudo silencio.
Que pasó un siglo parece
sobre sus ojos de fuego.
Como las marchitas plantas
estan lácios sus cabellos;
de cera y mármol las tintas
tiene su rostro sereno;
pero su voz vibra pura,
late tranquilo su pecho,
reza...sobre la materia
levanta el alma su vuelo:
la podredumbre del mundo
es el crisol de los buenos.

.....

Ya el ataud en Granada
descansa en marmóreo lecho.
Cárlos paga con sus brazos
del Marqués los sufrimientos.
Toma su mano, y no tiembla:
sus ojos estudia atento,
y dícele: la paz tienes
contigo. Dime qué has hecho
para encontrar lo que busco
inutilmente en el suelo.—
Oid, Señor, de la muerte
sentí en el alma el aliento;
puso en mi sus frios lábios
y en Dios mi ventura tengo.
Pensativo queda el César,
y al cabo de corto tiempo
entre sí murmura: «En Yuste
volveré á pensar en esto.»

J. R.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1873.
IMP. DE J. NOGUERA, Á CARGO DE M. MARTINEZ
Bordadores, 7.

NÚMERO 46.

El Príncipe D. Cárlos.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1568.)

I

A grandes pasos midiendo
la estancia régia y severa
pálido el rostro, la frente
que no agobió la diadema,
por hondo pliegue surcada,
y en la mirada siniestra
de la entornada pupila
revelando con fiereza
todo un mundo de rencores,
el rey Felipe se encuentra.
Negra ropilla de paño
cubre la persona excelsa
del gran monarca: de negro
colgada la estancia régia
está tambien; negro el cielo
presagiando la tormenta;
negra del rey está el alma,
negra del rey la conciencia;
negros son los pensamientos
que agitan su mente inquieta.
Tras el mármol de su frente,
que adivinar nunca deja
de su pensamiento oculto
ni la emocion mas pequeña,
de mil afectos distintos
se traba ruda contienda;
y allá en el fondo del alma
ruje la borrasca fiera
cuyas olas espumosas
rompen la cárcel estrecha

del corazon, invadiendo
la inteligencia serena....
y cabeza y corazon,
cual dos gigantes atletas,
se retuercen, gimen, luchan
con rudo afan, se golpean,
y el padre y el rey en tanto
con una calma siniestra,
sin que nada á los estraños
diga el semblante de cera,
á este combáte invisible
que sus horas envenena
asiste mudo y sombrío
como una estátua de piedra.
Del cariño paternal
la afeccion sublime y tierna,
el dulce amor de la esposa
que es angelical y bella,
altas razones de Estado,
deberes de una fé ciega
que hácia el católico culto
el rey D. Felipe muestra...
ódio, temores, y celos,
todo en confusion revuelta
dentro de su sér se agita
¡y aquel coloso no tiembla!

II

¿Qué se murmura en Palacio?
¿Qué estrañas historias cuentan?
Dicen que el Principe Cárlos
con una intencion perversa,
con los rebeldes de Flandes
que audaces alzan bandera
contra el Papa y contra el rey
se liga en union secreta.
Y dicen tambien, muy bajo,
moviendo apenas la lengua
con el terror en el rostro
y con la mirada inquieta,
que es Isabel de Valois
por demás cándida y bella,
que al príncipe prometida
para que su esposa fuera
un tiempo estuvo, que Cárlos
sintió del amor la flecha.
clavarse en mitad del alma
por la hechicera princesa,
y añaden que el rey lo sabe,
pues la córte lo sospecha,
y una víctima señalan
á la justicia severa
del rey Felipe Segundo
que no perdona una ofensa....
¿Será verdad, ó calumnia
lo que en palacio se cuenta?

III

Oyese á poco en la estancia
sordo rumor, y en la puerta
la ropa talar vistiendo
un clérigo se presenta.
—Adelante, cardenal,
dice el rey, y su eminencia
el cardenal Espinosa,
que es lumbrera de la iglesia
é inquisidor general,
dando de respeto muestras
avanza grave hasta el rey
que humilde su mano besa.
—¿Don Cárlos?....
—Señor, muy mal:
en su rebelde conciencia
ni hallaron eco mis frases
ni tiene entrada la enmienda.—
—Es decir?.....
—Todo es inútil
¡Rogad á Dios por su alteza!
Vuestro médico Olivares,
que es un portento de ciencia,
desconfia y vé la muerte
ya del enfermo muy cerca!
Calló el cardenal. El rey
la frente inclinó á la tierra,
y con pavoroso acento
y la voz queda, muy queda,
al cardenal Espinosa
fué hablando de esta manera.
—¿Es decir que quedo absuelto;
que el tribunal de conciencia
que vos habeis presidido,
al condenar á su alteza,
absuelve al padre y al rey
que su castigo tolera?
¡Solo el servicio de Dios
y el de mis reinos, pudiera
hacerme padre insensible
y rey justiciero! En prueba

de mi dolor, yo perdono
los crímenes de su alteza
y lloro sus desventuras
al llegar su hora postrera!
¡Sangre del Gran Cárlos Quinto
tiene el príncipe en sus venas,
sangre, que es tambien la mia,
y que en esta horrible prueba
dejo sangrar sin espanto
por la pátria y por la iglesia!
Dios me absolverá en el cielo
cual vos lo haceis en la tierra,
nada temo, estoy tranquilo,
como lo está mi conciencia!
Apenas estas palabras
el rey pronuncia, en la puerta
con el rostro descompuesto
Olivares se presenta.
—¿Qué ha sucedido—afanoso
el rey pregunta.
—Su alteza,
contesta el doctor temblando,
vá á morir, y antes desea
ver á su padre!
—Pues vamos,
dice el rey con entereza,
y el cardenal y el doctor
obedientes á una seña
van siguiendo del monarca
entrambos á dos las huellas.—
.....
.....
¡Que está absuelto dice el rey!
y es que insensato no cuenta
que el tribunal de la historia
para juzgarle le espera!
.....

IV

En una estancia sombría,
en un lúgubre aposento
por negra sombra invadido,
sin aire, sin luz, sin fuego,
el príncipe Carlos gime
agonizando en su lecho.
La muerte pálida y triste
señala ya con su dedo
aquella frente preñada
de ambiciones y recuerdos.....
gira la pupila ansiosa
rodando en los ojos ciegos,
y un estertor pavoroso
se escapa rompiendo el pecho.. .
¡Todo está en calma profunda!
¡Nada interrumpe el silencio
de la transicion sublime
del ser al no ser! Gimiendo
pero ahogando los sollozos,
está con valor supremo
don Rodrigo de Mendoza,
el cumplido caballero,
el servidor mas leal
que le queda al pobre enfermo.
Perdido entre la penumbra,
y en un ángulo desierto,
del salon, el ojo fijo,
y el oido muy atento
se divisa un bulto, inmóvil,
callado, grave, y austero.
Es el de Évoli, magnate
que espera el postrer momento,
para dar aviso al rey
de la *conclusion de aquello.*
De pronto, como vision
evocada del averno,
en el marco de la puerta
se destaca un bulto negro,
mas negro, que la penumbra
que domina el aposento.....
avanza con paso tardo
y en cauteloso silencio,
¡es el rey! ¡mármol parece
su rostro triste y severo!
Sin pronunciar una frase
se acerca impávido al lecho,
y al ver la muerte pintada
con su fatídico sello
en la frente de su hijo,
súbito se aparta... el miedo
se retrata en su semblante....
¡Tal vez el remordimiento!
Va á salir.... y al tiempo mismo
se escucha el acento trémulo
del moribundo, una frase
resbala en sus lábios secos,
y —¡padre!—dice en su angustia
y ¡padre! repite el eco.
Dobla el rey la altiva frente,
estiende el brazo con miedo....

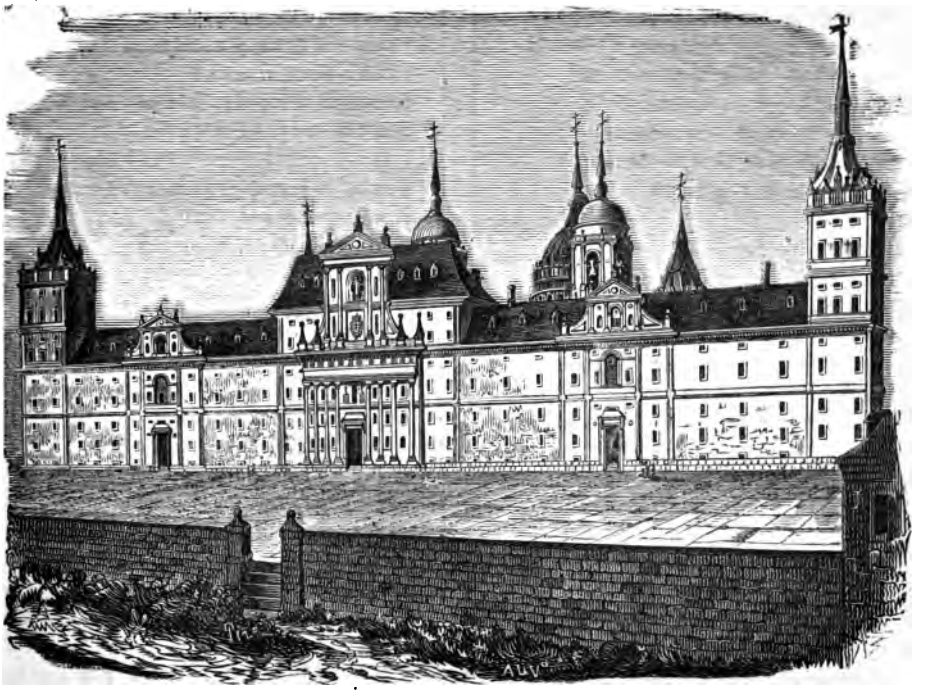
y el moribundo se agarra
á su diestra con anhelo.
Se acercan los cortesanos
y el rey con adusto ceño
de su lado les aparta
imponiéndoles silencio.
—Soy inocente—murmura
el príncipe en tanto.—Muero,
porque habeis pensado.....
—¡Calla!
dice Felipe, temiendo
que el eco de aquellas frases
puedan vender un secreto....
—Vuestro perdon necesito,
soy cristiano.... y caballero...
si de ambicioso.... he pecado.....
¡me arrepiento ... me arrepiento!—
Calló el Príncipe rendido
por aquel postrer esfuerzo,
un gemido prolongado
lanzó en su postrer aliento,
¡y se convirtió en la nada
como de la nada hecho!
.....
.....
Inclinó el rey la rodilla,
quitóse en calma el sombrero,
los cortesanos tambien
de rodillas se pusieron
y con voz lenta y serena,
y con reposado acento,
comenzó el rey don Felipe
una oracion por el muerto.
.....
Tenáz, inflexible y duro,
el misterioso proceso
de don Cárlos, llevó el rey
á tan desgraciado término.
La historia imparcial señala
un verdugo con el dedo....
sombras impalpables velan
el fatídico suceso....
¿Mató por razon de estado?
¡Quizá!—¿Le mató por celos?
¡Ninguno precisa el móvil
del drama, pero es lo cierto
que el drama fué! ¡Quién se atreve
á penetrar los misterios
de aquella conciencia negra,
de aquel corazon de hielo!

E. N. y G.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1873.
IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ,
Bordadores, 7.



¿Contra Dios ó contra el Rey?

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1577.)

I

Al pié de la altiva sierra
cuyas cumbres azuladas
el horizonte limitan
de la capital de España,
entre jarales y bosques
ricos en arbustos y aguas,
una fábrica jigante
sienta la atrevida planta;
y aunque no está concluida
es tan hermosa y bizarra
que, honra de un siglo y de un pueblo,
será de Europa envidiada.

Al rey Felipe Segundo,
á quien menguando su fama
hace tres siglos que estudia
sin comprenderle su pátria,
se debe aquel monumento
que al viäjero anonada
como de Ilion el recuerdo
como las ruinas del Asia.
Aquellos soberbios muros
con elocuencia entrelazan
de San Quintin y Lepanto
las increibles hazañas,
tumba de reales cenizas
las glorias del héroe hermanan

con el buril y el escoplo,
con la paleta y la escuadra.
Todo es piedra, todo es bronce
como el pecho del monarca
para gobernar el mundo
que vió rodar á sus plantas.
Una obra es una victoria
rudamente conquistada
al arcano de la ciencia,
á la materia, ó al alma,
por eso cuanto es más grande
más viva lucha reclama,
y obras hay que al hombre exigen
por cada paso una hazaña.
Tal es la del monasterio:
con obstáculos batalla,
que afrontarlos pueden sólo
prodigios de la constancia.
Voy á narrar el más leve;
sus proporciones fantásticas
muestran que en aquel recinto
parece un mundo una nada.
Con insistencia se dice
que cuando la noche avanza
se oye el pavoroso estruendo
de unas cadenas que arrastran.
A veces terrible ahullido
la sangre en las venas pára,
lamento semeja á veces
como ¡ay! de un dolor que acaba.
El hecho afirman los monges
y no conciben su causa,
testigos son los obreros
y cuantos la noche pasan
en el cláustro, ó de la sierra
en la pintoresca falda.
Más de un soldado atrevido
tomólo á cuento y patraña
por la tarde, y santiguóse
contándolo á la mañana.
En Madrid los descontentos
dicen que el cielo rechaza
altar que con privaciones
de los pueblos se levanta;
que bien dicen las cadenas
cuánto oprimen á la pátria,
y que el ahullido es del pueblo
que agobian las alcabalas.
Así se van formulando
murmuraciones livianas,
llevando en su seno el gérmen
de una insolente amenaza,
leve rumor que se estiende
y por doquier se propaga
como una niebla impalpable
que al reino envuelve en sus gasas.
El rey medita estas cosas
afectando despreciarlas
que es pensador por carácter
frio y severo por maña.
En las versiones medita
con que los suyos recatan
si no un proyecto, una idea
cuya concepcion le agravia.
Contra Dios ó contra el rey
juzga que siembran cizaña,
y ántes que brote pretende
estar dispuesto á arrancarla.
Si es contra Dios son herejes
que el fuego tan sólo acalla,
si es contra el rey son traidores
y piden soga ó mordaza.

II

La noche envuelve en sus sombr
la sierra del Guadarrama
de las estrellas velando
la luz vacilante y pálida.
La mole del monasterio
negros contornos destaca
y entre ellos una luz ténue
ilumina una ventana.
Es la luz del santuario,
es el emblema del alma,
que ante su Dios encendida
sus resplandores irradia.
Todo en el cerro es silencio,
todo es en el valle calma,
sólo en el templo resuenan
ecos de amor y alabanza.
Los monges están en coro:
en él las grandezas cantan
del Dios que cuenta los astros
y por su nombre los llama.
¡Cuánta paz! ¡Cuánta ventura
en los semblantes retrata
dulce soledad que llenan
las oraciones sagradas!
Si de fray Julian de Tricio

causan respeto las canas
y el báculo en cuyo estremo
rugosa mano descansa,
fray Julian de San Jerónimo
no ménos la atencion llama,
que escrita se ve en su frente
ciencia divina y humana.
Con estas nobles figuras
la de otro monge contrasta.
Villacastin, el obrero,
bien ostenta en su mirada
la actividad incansable
con que su génio batalla
con obstáculos que á Herrera
más de una vez acobardan.
De pronto un ruido estridente
turba del cláustro la calma,
ruido es como de cadenas
que un sér invisible arrastra.
Un temblor imperceptible
anuda aquellas gargantas
y en los cánticos sagrados
imprime huella marcada,
y de un eco indefinible
modulaciones extrañas
á veces fingen lamentos,
á veces gritos de rabia,
ecos de un sér que agoniza,
ecos de un sér que amenaza,
que en algo humanos parecen
sin tener de humanos nada.
Muy poco á poco los monjes
la voz en el coro bajan,
hasta que muere en sus labios
el eco de sus plegarias,
y al cabo de breve instante
se ve en las figuras pálidas
el cabello todo enhiesto,
todas las manos crispadas.
Villacastin y otro monge
son los únicos que callan
escuchando sin pavura
del ruido la expresion varia.
Con paso firme y seguro
Villacastin se adelanta
hasta el prior y así dice,
con voz que el miedo no empaña:
—Padre, si es Dios con nosotros,
contra Dios no pueden nada,
ni los planes de los hombres
ni del averno las trazas.
Si de un lamento es el eco,
y acusa pena en un alma,
la caridad nos ordena
acudir á remediarla.
En fin, si me da licencia
saldré á ver esa nonada,
que no es digno de nosotros
sufrirla sin verla en casa.
Sano volveré á decirle
quién es y de qué se trata;
si no volviere... una herida
no es obra de una fantasma.
Contra Dios ó contra el rey
se encaminará la farsa,
y yo moriré contento
por mi Dios ó por mi patria.
—No irá solo, que yo tengo
la misma intencion honrada,
dice el otro monje, y juntos
los dos la licencia aguardan.
Para hablar no tiene fuerzas
el prior, mas los abraza,
los bendice, y con la mano
el camino les señala.

III

Los bultos no se aperciben
de los dos monjes que marchan
por el jardin ocultando
el ruido de sus pisadas.
Solos hallaron los cláustros
y las obras solitarias,
ni un sér viviente se esconde
del jardin entre las ramas;
pero el eco pavoroso
sigue insistente á sus plantas,
parece que de las bóvedas
nace en las frias entrañas.
Bajando sus escalones
van á tiento y con tal pausa
que ni áun percibirse puede
su respiracion ahogada.
Prudencia inútil, los ecos
acreditan viva alarma
y más cerca se repiten,
y más la cadena arrastra.
En medio de las tinieblas
ven el fulgor de dos ascuas,

y un bulto negro..... los monjes
prorumpen en carcajadas.
¡Era de un perro el ladrido
de tanto terror la causa!
¡De su collar la cadena
los ecos férreos formaba!
Súbenle al jardin á punto
de clarear la mañana,
y por el collar descubren
que es del marqués de las Navas.
—¿Qué haremos? el uno dice.
Es prenda de noble casa
y tratarle con regalo
será prudencia estimada.
—Antes pienso, le replica
Villacastin, hallar traza
de ahogar las murmuraciones
que ocasiona esta garganta.
—Harános el marqués ruido.
—Con este esotro se apaga,
y la verdad se acredita,
que á Dios y al rey eso basta.
Dentro de breves instantes
el sol que los cláustros baña,
el enigma pavoroso
públicamente declara.
Pendiente de un antepecho
está la negra fantasma,
ántes motivo de espanto,
ahora de risa y de lástima.
.....
.....
Al saber el desenlace
el caviloso monarca
mirando á los descontentos
dijo con solemne pausa:
—Villacastin es un sábio,
pues á merced de su audacia
de sola una cuerda penden
un perro y una enseñanza.
Contra las grandes empresas
siempre se riñen batallas,
y á veces el fundamento
estriba en que un perro ladra.
Bien muerto está, y me parece
que será cosa acertada
que se guarde aquella cuerda
por si volviere á hacer falta.

J. H. G.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1873.
IMP. DE J. NOGUERA, Á CARGO DE M. MARTINEZ,
Bordadores, 7.

NÚMERO 48.

La Muerte de Escobedo.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1578.)

A la córte don Juan de Austria
hizo venir á Escobedo
auxilios para la guerra
á su hermano y rey pidiendo.
Crece el temor en España
de que más pudieron serlo
para realizar sus planes
de próximo encumbramiento.
Murmúrase que don Juan,
para entretener el tiempo,
enamora á una princesa
dando á un favorito celos,
y que han jurado su muerte
unos labios hechiceros
que dicen que el secretario
no guarda bien los secretos.
Há días que envenena le
en un banquete quisieron,
y desde entónces le acosan
horribles presentimientos.

Aislado del mundo vive;
para evitar todo riesgo
solamente le acompañan
sus armas y sus recelos.

I

En sombras está la villa;
el oscuro firmamento
la tempestad y la noche
visten con ropajes negros.
Solitaria está la calle
en donde mora Escobedo:
reina en torno de su casa
el más tranquilo silencio.
Una imágen de la Vírgen
alumbran tibios reflejos
de un farol, en el recodo
que hace la calle á un extremo,
y un círculo luminoso
de límites muy estrechos,
forma en la tapia vecina
que cerca un inculto huerto.
....
Alguien el callejon cruza
pues se oyen pasos muy quedos
hácia la esquina avanzando
con sigilo y con misterio.
En el muro iluminado
reflejáronse un momento
dos negros bultos informes
cual oscilantes espectros.
Uno en hombros de otro sube;
con vista y oido atentos,
asegúrase en el muro
con una mano; y abriendo
el farol agonizante
domínalo con esfuerzo:
se oye un débil soplo, queda
todo en sombras, suena luego
el crugido de una llave
y ábrese un postigo estrecho.
—Es don Juan,—dice en voz baja
uno de los encubiertos,
y ambos se ocultan al punto
de ancho porton en los huecos.
En el abierto postigo
apareció un caballero,
que por todas partes mira
vil asechanza temiendo.
Impaciente y temeroso
cierra el postigo y, atento
á todo rumor, deslízase
junto á la tapia del huerto.
Párase á veces y escucha...
y en el profundo silencio
un leve rumor traduce
por un peligroso encuentro.
La calle de la Almudena
gana con paso ligero,
en la esquina un hombre estaba
amante cita fingiendo.
Llegó á la de los Autores:
tocó en un porton secreto
con el puño de su espada,
brilló un relámpago en esto:
y atrás volviendo la vista
vislumbró de trecho en trecho
gente inmóvil... parecian
estátuas de mármol negro.
Se abrió la mezquina puerta;
franqueó su dintel estrecho;
el ruido que hizo al cerrarse
se ahogó en el rumor de un trueno;
y cual infernal aviso
tras de sus últimos ecos
un silbido penetrante
llevó en sus alas el viento.
Entónces aquellas sombras
moviéronse al mismo tiempo
y frente al porton se juntan
por donde se entró Escobedo.
—¿Nadie falta? ¿estamos todos?
dijo una voz con imperio.
—Todos,—los enmascarados
sordamente respondieron.
—¿Le habeis conocido?
—Sí.
—Parece que tiene miedo.
—Pues si se muere del susto
habrá que trabajar ménos.
—Asuntos en que andan tuertas
tienen que salir derechos.
Todos tras estas palabras,
esquivando el aguacero,
en opuestas direcciones,
por la calle se esparcieron.
A intervalos, un relámpago
los alumbraba un momento,
cual si la traicion y el crímen
se complaciesen en verlos.

II.

Doña Ana Mendoza se halla
en su estancia más secreta,
dónde los amores finge
y las traiciones concierta.
Sus inmóviles facciones
son de una hermosura enérgica,
jamás se cubrió la infamia
con tan preciosa careta.
Sentado junto á doña Ana,
fijos sus ojos en tierra,
el privado Antonio Perez
muy abstraido se encuentra.
.....
—Sombrío andais.
—¡Ah! señora,
cruzan ideas siniestras
por mi mente, y está el rostro
del color de mis ideas.
—¿La licencia de Escobedo
la firmó el rey?
—Mucha fuerza
tuve que hacer, pero al cabo
aquí teneis su licencia.
Mañana saldrá de España...
—Mañana... ¡que Dios lo quiera!
Su licencia el rey le otorga
pero aún le falta la nuestra.
—¡Pobre Escobedo!
—Tardasteis
en poner freno á su lengua
y hoy que habló al rey es preciso
que tenga su recompensa.
Venid junto á este balcon:
¿veis al lado de la iglesia
un hombre?
—Sí.
—Junto al arco,
¿qué veis?
—Otra sombra negra.
—A recibir el despacho
que alcanzó vuestra influencia
vendrá esta noche Escobedo.
—¡Qué vais á hacer!
—¿Qué os inquieta?
—Si alguien la traicion vislumbra.
—Está la noche muy negra
para vislumbrar traiciones...
—Si el rey...
—Alejad sospechas.
Y al tiempo que esto decia
una sonrisa siniestra
vagó infernal por los labios
de la villana princesa.
Callaron ambos; oyóse
con monotona firmeza
el choque del aguacero
contra los muros de piedra.
Un silbido agudo y largo
resonó luego muy cerca.
Palideció Antonio Perez,
con rapidez y con fuerza
empujóle doña Ana
hácia una estancia secreta.
Alzóse el tapiz del fondo,
con agitacion inmensa
entró don Juan de Escobedo
sin poder hablar apenas...
Adelantóse doña Ana
á su encuentro con sorpresa
fingiendo emocion al verle
con afectuosa impaciencia.
—¿Qué os pasa, don Juan? le dijo,
sentaos... la mano os tiembla.
—Señora, por Dios, señora,
dadme al punto esa licencia;
quiero apenas raye el alba
partir... partir de esta tierra
donde asesinos infames
por todas partes me acechan.
¿Y mi despacho?
—Firmado
por el rey aquí os espera.
—¡Oh! gracias.
—En este asunto
trabajo de propia cuenta.
Vos contasteis mis amores
al rey... no mostreis sorpresa...
y que no sigais contándolos
comprended que me interesa.
Que Dios os guie, Escobedo.
—Con él quedad; mas quisiera
sincerarme...
—Teneis prisa...
y os quiero evitar molestias.
¡Feliz viaje!
Don Juan
haciendo una reverencia
salió guardando el despacho
tembloroso en su escarcela.

Le vió doña Ana alejarse...
y al volver su faz serena
halló la de Antonio Perez
lúgubre cual su conciencia.
—Huid tambien vos.
—Llamadle.
—No es hora ya de clemencias.
—Si me encuentran soy perdido.
—Tomad por la otra escalera.
Vióle salir doña Ana
y dijo con voz incierta,
—¡Me faltaba un asesino
y es justo que tú lo seas!
Se animó su rostro frio
con satánica fiereza,
corrió al balcon... parecia
el ángel de la soberbia.
Entró de pronto en la estancia
agitada una doncella:
—Señora: el rey,—dijo y fuese
con misterio y ligereza.
Se abrió el secreto postigo;
salió don Juan; con cautela
cruzó la tranquila calle
creyéndola ya desierta.
Se oyó silbar levemente;
tres hombres la esquina dejan
siguiéndole á poco trecho
con marcha uniforme y lenta.
Llegó al callejon sombrío,
atravesó la plazuela
y vió cerrándole el paso
moverse tres sombras negras.
Nervioso esgrime su espada
y con increible fuerza
contuvo el ataque brusco
que á un tiempo le dirigieran.
Los que tras don Juan seguian
paráronse; con prudencia
adelantóse uno de ellos
y al lado de don Juan llega.
No se sienten sus pisadas,
no se le distingue apenas,
como una sombra impalpable
entré las sombras se mezcla
Ya casi su espalda toca...
alza su traidora diestra
y con el hierro homicida
un golpe mortal le asesta.
—A... mi... socorro... ¡asesinos!
con voz angustiosa y trémula
grita Escobedo, reuniendo
sus ya vacilantes fuerzas.
Quiso en vano sostenerse...
dió un gemido, cayó en tierra....
y los villanos huyeron
por torcidas callejuelas.
Un cuadro de luz formando
en medio de las tinieblas.
se abrió un balcon; en el fondo
apareció la princesa:
detrás un bulto encorvado
cual una aparicion tétrica
confundido en la penumbra
inclinábase hácia fuera.

.....

A poco junto al cadáver,
rondas y curiosos llegan,
hácense mil comentarios,
y se habla de una órden régia.
Murmuran de Antonio Perez...
Razon tuvo la princesa:
para vislumbrar traiciones
era una noche muy negra.

J. C. y S.

ES PROPIEDAD.

MADRID: 1873.—IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA, BORDADORES, 7.

El Caballero de Tracia.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

I

Quien en contínuos festines,
bacanales en torno,
sliza sus breves dias
a darse cuenta á sí propio;
ien nunca halló una mirada
e no rindiera orgulloso,
burlador de doncellas
de casadas antojo;
hoy en su mente acaricia
los pensamientos más hondos:
hoy no es Jacobo de Gratis
el seductor victorioso.
Dos meses há que navega
de una ilusion en el golfo,
y ya dos meses, que, en vano,
discurre planes diabólicos.
Ante una virtud de hierro
de nada sirvió su arrojo;

pero áun el crímen le ciega,
áun no se abate del todo,
que una palabra empeñada,
y un mal reprimido encono,
con bulliciosos latidos
le están hiriendo en el rostro.
Allí está; tras de una esquina
ocúltase silencioso;
enfrente de él se dibuja
de un edificio el contorno.
Cuantos le encuentran al paso
le observan mudos y atónitos,
que es doña Elvira una joya,
que desconocen muy pocos.
Y saben que ama al de Silva,
y es rica en virtud y en oro,
y que por nada del mundo
podrá faltar á su esposo.
No de otra suerte comprende
tambien su suerte Jacobo;
por eso triste sonrisa
asoma á sus lábios rojos;
por eso en traidores lazos
se fija impaciente y loco;
por eso todas las noches
acecha su presa el lobo.
Mas de una mujer la sombra
se vé en la calle; de pronto,
á una señal convenida
contesta él eco monótono.
Y tras de breves instantes,
de aquella calle en el fondo,
se escucha en frases sencillas
un diálogo misterioso.
—Buenas noches.
—Buenas noches.
—¿Nos miran?
—Estamos solos.
—¿Traerás la llave?
—La traigo.
—Pues venga.
—Esperad un poco.
—Mal tus palabras se avienen
con lo que expresan mis ojos;
¡Oh, ya veremos quién lucha
con un valor más heróico!
—¿Y no temeis?
—Ni al infierno.
— Mirad que puede el demonio...
—A los demonios se compra.
—¿Con qué?
—Como á tí te compro,
El oro es gran elemento.
¿No es verdad? ¿Te gusta el oro?
Pues suelta la llave y toma.
—¡Doscientas doblas!
—¿Es poco?
—¡Señor!
—Mañana otro tanto
si sirves del mismo modo.
Un elocuente silencio
siguió al infernal coloquio;
ambos cruzaron la calle
con aparente abandono,
y en direcciones contrarias
se encaminaron ansiosos,
con realidades la una,
con esperanzas el otro.

II

En un sofá reclinada
se encuentra la bella Elvira:
la blanca luz de la luna
alumbra su faz divina.
Sobre el dintel de una puerta
se vé una imágen purísima,
sus más preciados colores
dejó en el lienzo el artista.
Ni un eco turba el reposo
de aquella mansion tranquila,
sombras á sombras suceden
en silenciosa armonía,
y vaga un ambiente puro
vertiendo aromas y vida,
y el melancólico sueño
con blandas alas se agita.
Lejos, allá junto al fondo
un encubierto se mira;
inmóvil, como una estátua
clava en la hermosa su vista.
Febril entusiasmo anuncia
con sus miradas altivas.
¿Quién es, que á tanto se atreve?
¿Quién es, que tanto confia?
Un paso dá; las distancias
un poco más se limitan;
al leve ruido que se oye
despierta azorada Elvira,
y al descubrir con sus ojos

lo que su embargo motiva,
parece que se sacude
de una tenaz pesadilla.
—¿Qué ruido es ese?
—Silencio.
—¿Quién me habla?
—Quien noche y dia
piensa en vos, y en vos espera
la realidad de su dicha.
—¡Jacobo!
—El mismo, señora.
—¿Y os atreveis?...
—¡Por mi vida!
dejad á un lado desdenes,
que más á amaros me obligan.
Vos sois hermosa, entre hermosas,
vos sois la esperanza mia;
arde mi pecho en amores;
amores, pues, necesita.
Si vos, cariñosa y tierna,
quereis mostraros benigna,
vereis lucir en mis ojos
el fuego que me aniquila.
—¡Infame!
—Amar no es infamia.
—A mí, sí.
—¡Quién lo diria!
—Quien tenga un alma más noble,
que el alma que en vos se abriga.
—Si mi pasion os disgusta,
si llama de amor me inspira,
culpad á vuestros encantos,
culpaos más á vos misma.
—Vuestras audaces palabras,
ni debo, ni quiero oirlas.
Salid al punto.
—Imposible.
—Lo mando.
—¡Necia porfía!
—Antonia, Antonia...
—¡Insensata!
—Antonia!
—¡Si estás vendida!
—¡Vendida! Ah, ¿con que en vano
me esfuerzo?
—Sí, en vano gritas.
—En vano, no; aquella imágen
me salvará... ¡Vírgen mia,
Vírgen de amor... protegedme!
—Ya es tarde.
—No; quita, quita.
Tendió sus brazos Jacobo,
huyó colérica Elvira,
y hácia una próxima estancia
corrió á refugiarse tímida.
Con ambas manos, la puerta
quiso cerrar en su huida,
y al brusco golpe cediendo
el lienzo que estaba encima,
Entre la virtud y el crímen,
entre la fé y la perfidia,
con majestad, se interpuso
aquella Vírgen purísima.
Quedó un instante en suspenso
quien en la audacia vivia,
fijóse luego en el cuadro,
miró sus mágicas tintas,
y facisnada su mente
por una ilusion divina,
moverse vió la figura
y adelantarse á su vista.
—¡Perdon! exclamó Jacobo,
retrocediendo enseguida.
—¡Yo imploro vuestra clemencia!
¡Perdon, perdon, Madre mia!
Y ante la imágen, doblando
con humildad la rodilla,
de una oracion, nació un voto;
de un voto, un alma tranquila.

III

Cruzó la noche azarosa,
el sol extendió sus galas:
de tan extraña aventura
por todo Madrid se habla.
Y miéntras muchos el lance
de varios modos detallan
y pocos son los que dicen
que desconocen la causa,
quien es objeto de hablillas
quien hoy á la córte embarga
con lento paso discurre
por una lujosa estancia.
De vez en cuando sus ojos
en una puerta se clavan
como el que aguarda impaciente
y de impaciencia se cansa.
Tras largo rato, se escucha
el ruido de unas pisadas,

un servidor aparece
y al punto un diálogo entablan.
—Señor...
—¿Cumpliste mi encargo?
—Dejé en palacio la carta.
—¿Y nada más?
—El portero
que se encargó de entregarla
me dijo que sorprendido
quedó al abrirla el monarca;
que la leyó várias veces
con atencion bien marcada,
y al fin, murmuró:—¿Una audiencia
se solicita con ánsia?
Decidle, pues, que la otorgo
al Caballero de Gracia,
que estoy ganoso de oirle,
que el Rey á las dos le aguarda.
—Corriente, vete.

El silencio
volvió á desplegar sus alas;
una hora después, Jacobo
pisaba la régia cámara.

. . . . . .

Pasaron algunos años,
vendió el de Silva su casa,
y artífices ingeniosos
la hicieron mansion sagrada.
Allí entre dulces halagos,
en brazos de la esperanza.
vivió Jacobo de Gratis
en la oracion y en la calma.
Aun se conserva la iglesia,
áun una calle la ampara,
y áun ambas llevan el nombre
del *Caballero de Gracia*.

A. B. y C.

ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1873.
IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ,
Bordadores, 7.

La Arganzuela.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

En una humilde alquería,
no muy lejos de la puerta
de la Latina, pasado
un portillo de madera,
vivia un pobre alfarero
con extremada miseria.
Llamábanle el tio Daganzo,
y acariciaba con pena
en sus hijos el recuerdo
de mujer honrada y bella.
Entre todos era de años
y cuerpo, la mas pequeña
Sanchica, pobre muchacha
de tez palida y morena,
de dulce mirar tan lleno
de sentimiento y tristeza,
que asomarse parecia
tras de ellos un alma enferma;
sus descoloridos labios
no sonreian apenas,
y entre los sedosos rizos
de su rica cabellera
no habia flores ni adornos
de juvenil gusto muestra.
Tratábanla sus hermanos
con irritante dureza,
y el Daganzo muchas veces
las manos ponia en ella
porque prestándole ayuda
en su ordinaria tarea
rompia muchos cacharros
por la escasez de sus fuerzas.

Destinóla á subir agua
del rio, con mucha mengua
de su salud quebrantada,
y la pobre Daganzuela
quebraba la cantarilla
con dolorosa frecuencia.
Burlaronsela por esto
las convecinas mozuelas:
paró en juguete de chicos,
y hasta en blanco de sus piedras.
Un dia la suerte quiso
que la católica reina,
la que abrió con sus alhajas
del Nuevo Mundo las puertas,
la que conquistó á Granada,
Doña Isabel, la primera
de su nombre y de sus hechos
entre las nacidas reinas,
encaminase el paseo
á Manzanares, y cerca
pasara de la alquería
hallándose Sancha en ella.
Tomó á Isabel el antojo
de beber las aguas frescas
del rio, y un caballero
entró á pedir con presteza
un búcaro nuevo y fino
diciendo para quien era.
Corrió Sancha al Manzanares
con estraña diligencia
y sirviendo á su señora
la dijo de esta manera:
«Bebed, mi reina, de esta agua
dulce, tranquila y serena
como esa frente tan digna
de la corona que lleva,
si no es que cansado el rio
de mis importunas quejas
arrastra ya su amargura
entre las aguas envuelta.»
Contó tras esto sus cuitas
á Isabel, que dando muestras
de llorar, á un escudero
dijo así: «Volvedme llena
esta vasija tres veces,
con fino chorro vertella
mientras andais, y el terreno
que señale, dote sea
que quiebre la pesadumbre
de la gentil alfarera.
Amor he visto en sus ojos,
virtudes en su modestia:
merec mientos más cortos
hallé con más recompensa.»
La órden se cumplió, y de Sancha
cesó la fortuna adversa.
Esposo tuvo; fué madre
siempre virtuosa y tierna,
y al cabo de largos años
finalizó su existencia,
despues de llorar la muerte
de sus amorosas prendas,
en el sagrado recinto
de la humilde Orden Tercera.
Diz que en labrar su capilla
gastó parte de su hacienda;
que el campo que llevó en dote
se llamó de la Arganzuela,
su nombre dando á la calle,
que aquel terreno sustenta,
y que mudarse no puede
porque un hecho nos recuerda
de Isabel, y honra á Castilla
enaltecer á esta reina.

J. H. G.

ES PROPIEDAD.

MADRID: 1873.—IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA, BORDADORES, 7

INDICE

DE LOS

ROMANCES CONTENIDOS EN ESTE TOMO

1 La esposa de Padilla.
2 La calle de la Cabeza.
3 La torre de los Lujanes.
4 El voto de Alfonso Sesto.
5 El Cardenal Cisneros.
6 La batalla de Otumba.
7 A la luz de un candil.
8 El Nuevo Mundo.
9 El Alcalde de Móstoles.
10 Francisco de Avellaneda.
11 El réloj de San Plácido.
12 Las Trinitarias Descalzas.
13 El compromiso de Caspe.
14 La batalla del Guadalete.
15 La Peña de los enamorados.
16 Don Alfonso Octavo.
17 Los hermanos Carvajales.
18 Trafalgar.
19 La muerte de un artista.
20 Granada.
21 Pedro de Vera.
22 Alfonso Sesto en destierro.
23 La prision de Quevedo.
24 La campana de Huesca.
25 El Ave-Maria.
26 El mejor premio del arte.
27 La victoria de Lepanto.
28 El Cristo del Socorro.
29 Jaque al rey.
30 El mulato de Murillo.
31 Muerte de Lope de Vega.
22 El laurel de la Zubia.
33 Doña Juana la Loca.
34 El tributo de las cien doncellas.
35 Zaragoza.
36 La perla de Avila.
37 La conquista de Málaga.
38 El rastro.
39 Villamediana.
40 El suplicio de D. Alvaro de Luna.
41 Bailén.
42 Justicia del rey D. Pedro.
43 Alvarez de Castro.
44 Una aventura de Olmedo.
45 El soplo de la muerte.
46 El príncipe D. Cárlos.
47 ¿Contra Dios ó contra el Rey?
48 La muerte de Escobedo.
49 El caballero de Gracia.
50 La Arganzuela.